

CLAUDIA GRAY

STAR WARS

LEIA

PRINCESA DE ALDERAAN



HACE MUCHO TIEMPO EN UNA GALAXIA MUY, MUY LEJANA… HABÍA UNA PRINCESA QUE SE CONVIRTIÓ EN LEYENDA.

Con solo dieciséis años, la Princesa Leia Organa enfrenta el desafío más difícil de su vida hasta ahora: demostrarse a sí misma en mente, cuerpo y corazón, que es digna heredera del trono de Alderaan. Se aventurará en rigurosos viajes de supervivencia, se entrenará en la política, y encabezará misiones de rescate a mundos bajo el control del Imperio. Pero Leia tiene otras preocupaciones además de coronarse. Sus padres, Breha y Bail, actúan extraño últimamente; están distantes y se empeñan en dar fiestas y cenas para todos sus aliados en el Senado, más que ocuparse de su propia hija. Decidida a descubrir los secretos de sus padres, Leia toma un camino en donde el peligro incrementa poco a poco, y que la coloca bajo la mirada del Imperio. Cuando descubre lo que sus padres y aliados planean a escondidas, se enfrenta a una decisión que parece imposible de tomar: hacerse responsable de la gente de Alderaan —incluyendo al hombre que ama— o de la galaxia que está desesperada por encontrar un héroe de la Rebelión.

STAR WARS

LEIA

Princesa de Alderaan

Claudia Gray



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

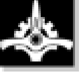
Título original: *Leia, Princess of Alderaan*

Autor: Claudia Gray

Arte de portada: Daniel Bolling Walsh

Traducción: Rodolfo Téllez Girón

Publicación del original: setiembre 2017

 3 años antes de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

28.12.17

Base LSW v2.22

ESTA ELECTRIZANTE AVENTURA TIENE LUGAR ANTES DE *STAR WARS: UNA NUEVA ESPERANZA* Y CONTIENE PISTAS ACERCA DE LA SIGUIENTE PELÍCULA: *STAR WARS: LOS ÚLTIMOS JEDI*

«Sencillamente, si te gusta Star Wars, entonces no te equivocarás al leer *Estrellas perdidas.* ¿Es la mejor novela del universo de Star Wars? Posiblemente».

—*SFSignal*

«Uno de los mejores libros de Star Wars que he leído».

—IGN acerca de *Star Wars. Estrellas perdidas*

«En muchos sentidos, *Estrellas perdidas* es, probablemente, el libro perfecto de Star Wars. Es todo lo que siempre quise y más».

—*Nerdophiles*

«Lo más brillante e importante que tiene *Líneas de sangre* es la representación de Leia Organa. Claudia Gray captura a la perfección la voz de Leia en esta novela, y es, probablemente, el mejor retrato suyo que he leído. Punto».

—*Kirkus Reviews*

«*Star Wars. Líneas de sangre* no es solo un gran libro de Star Wars, de Leia, o un libro valioso por sí mismo: es una introducción genial al vasto mundo de Star Wars en general. Claudia Gray tiene un claro entendimiento de los personajes de esta galaxia».

—ComicBook.com

DECLARACIÓN

CAPÍTULO 1

El Día de la Exigencia había sido anunciado hacía meses. Los invitados habían llegado de toda la galaxia. El banquete que preparaban despedía aromas exquisitos que llenaban el aire dentro de los muros del palacio. El clima no ayudaba con los planes de la celebración: nubes negras flotaban muy cerca de la ciudad de Aldera y amenazaba con llover, pero, de cierta manera, la inminente tormenta era tan espectacular como imponente.

Era la puesta en escena perfecta para que una princesa reclamara su derecho a regir el trono de Alderaan.

—Auch —dijo Leia—. Qué buen tirón.

—Y seguiré tirando —prometió WA-2V, la droide sirviente personal de Leia. Sus dedos azules de metal se movían hábilmente mientras terminaban la última trenza en el complicado peinado tradicional—. Hoy, más que nuca, debe verse hermosa.

—Dices eso a diario.

Cuando era pequeña, lo único que Leia deseaba era atarse el cabello en una colita. Sus padres le dijeron que podía peinarse como quisiera. Pero 2V se mantuvo firme. Estaba programada para peinar a la princesa con elegancia, y ni siquiera la propia princesa podía contradecir esa orden.

—Y cada día es verdad —insistió 2V, y enrolló la trenza. Luego la fijó—. ¡Los estándares son aún mayores en ocasiones especiales!

Leia sintió una ligera sacudida en el estómago por los nervios y la expectación. Era el día más importante de su vida desde el Día del Nombramiento, cuando sus padres la llevaron a la sala del trono y la declararon hija suya por adopción y en virtud del amor que le profesaban.

Se sacudió el pensamiento. En esa ocasión era solo una bebé y no tuvo que hacer nada más que recostarse en los brazos de su madre. Ahora tendría que valerse por sí misma.

Cuando el peinado estuvo listo, Leia se deslizó con gusto en el vestido blanco y sencillo que había acordado con 2V. La droide optó por joyas de plata brillante. Justo cuando se colocó sus zapatillas satinadas, se escuchó una fanfarria orquestal proveniente de la sala del trono, que hacía eco en los pasillos del palacio. Era como si sus padres estuvieran llamando a la puerta ellos mismos.

—¡Ah! Una última cosa —dijo 2V. Rodó hacia el cuarto que estaba en la pequeña esfera que tenía como base y regresó con una diadema plateada que colocó cuidadosamente en las trenzas de Leia para que las hermosas perlas colgaran de su frente—. Sí. ¡Sí! Eso es. ¡Se ve preciosa! Hago milagros. Definitivamente.

Leia sacudió la cabeza, divertida, y dijo:

—Muchas gracias.

Sin hacerle mucho caso, 2V la apuró hacia la puerta.

—¡Deprisa! Todos la esperan.

—No creo que empiecen sin mí, 2V.

Aun así, Leia levantó la cola de su vestido y se apresuró hacia el pasillo. No quería llegar tarde. Los príncipes y las princesas que hicieron sus exigencias en el pasado a veces tuvieron que luchar para llegar a la sala del trono. Se suponía que debía ser un momento de fortaleza y autoridad, o, en otras palabras, un momento en el que Leia debía probar que por lo menos podía llegar a tiempo.

El palacio real de Alderaan tardó más de un milenio en construirse. Su monarquía estaba al servicio de la gente, así que nunca construyeron torres de vigilancia o de mando para vigilar a la nación. En lugar de eso, se fueron agregando nuevas cámaras con el paso de las décadas, lo que resultó en un extenso laberinto donde había centros de información modernos y holocámaras pegados a viejos cuartos de piedra tallada. Leia conocía de memoria cada pasillo y puerta; de niña se deleitaba explorando algunos de los pasajes más oscuros y escondidos. A veces creía que era la única desde hacía siglos que había descubierto los cuartos del palacio.

Por fortuna, conocía el atajo de la vieja armería, que la llevó a la antecámara de la sala del trono con tiempo de sobra. Los guardias reales sonrieron cuando la vieron y ella les devolvió la sonrisa mientras enderezaba la capa de su vestido. Al guardia más alto, le susurró:

—¿Cómo está el bebé?

—Ya está durmiendo —contestó.

Leia aplaudió con mímica y el guardia agachó la cabeza con timidez.

En realidad, no era experta en bebés, pero sabía que los padres estaban orgullosos de tenerlos aunque mantuvieran despiertos a todos por la noche. Pero, si el guardia estaba feliz de tener al suyo dormido, ella estaba contenta por él.

«Somos muy afortunados aquí en Alderaan —había dicho su padre mientras estaban sentados en el centro de la biblioteca—. Nuestra gente nos quiere. Tenemos su lealtad, y eso es porque también los amamos y les somos leales. Si alguna vez dejamos de valorar a los que nos rodean, desde el lord con más títulos hasta el trabajador más humilde, perderemos su lealtad y lo tendremos bien merecido».

Leia se dejó llevar por el recuerdo, pero regresó a la realidad al escuchar el crujir de la cortina de terciopelo enfrente de la puerta. Con rapidez fue hacia el muro donde colgaba la Espada de Rhindon y la agarró por la empuñadura. Había practicado con ella varias veces, pero su peso siempre la sorprendía.

Posición: en el centro de la entrada. Espada: agarrada por la empuñadura con ambas manos, con la hoja hacia arriba y los hombros pegados al cuerpo. Discurso…

«Recuerdo el discurso. Claro que sí. Solo lo estoy olvidando ahora y seguramente lo recordaré cuando esté enfrente de cientos de personas».

La cortina se corrió hacia un lado. Una luz brillante teñida por paneles de vidrio gigantescos cayó sobre ella.

Los doscientos invitados se volvieron al mismo tiempo. Estaban parados a ambos lados de una alfombra azul y dorada que trazaba una línea por la mitad de la sala y que culminaba en los tronos dorados ocupados por Breha y Bail Organa.

Leia marchó mientras sostenía la espada en alto. Un estruendo grave resultante de un trueno le hizo agradecer que hubiera droides vela que proyectaban luz a través de las ventanas; de otra forma, el cuarto habría estado casi a oscuras. Ya lo había practicado, pero no pensaba que fuera capaz de hacerlo con los ojos cerrados.

«Tal vez sería más fácil si no pudiera ver a los invitados mirándome. No sé».

Leia había pasado toda su vida ante multitudes, pero esa era la primera vez que escucharían su voz de manera oficial y como su futura reina.

Breha Organa llevaba un vestido de seda color bronce y el cabello acomodado hacia arriba en trenzas entrelazadas con cordeles de perlas. Junto a ella, Bail Organa llevaba el tradicional y largo saco del virrey.

Habían traído la corona directamente del museo y estaba colocada en la cima de un pilar de mármol, iluminada por un droide vela. Sus padres se veían majestuosos, más de lo usual; casi imponentes. ¿Estarían disfrutando el *show*? Leia sí. Eso creía. O lo haría si sus padres hubieran invitado a menos personas. Por lo regular, estaban presentes solo un manojo de extraños, pero en esa ocasión su padre había invitado a muchos de sus aliados diplomáticos del Senado Imperial: Tynnra Pamlo de Taris, Cinderon Malpe de Derella, y Winmey Lenz y Mon Mothma de Chandrila. Mothma sonrió aún más al ver a Leia pasar junto a ella. Tal vez quería alentarla. Estaba bien, mientras no pensara que se veía *tierna*. El Día de la Exigencia no se trataba de lucir como una niña pequeña y adorable, sino de mostrar que había crecido.

Cuando llegó hasta el frente de la sala del trono, a unos cuantos metros de sus padres, Breha dijo la línea de apertura de la ceremonia:

—¿Quién osa molestar a la reina en su trono?

—Soy yo, Leia Organa, princesa de Alderaan —dijo; como había predicho, recordó el discurso en el momento necesario—. Vengo ante ustedes para que reconozcan que, en este día, se sabe que he alcanzado la edad de dieciséis.

Lo de «se sabe que» era una adición al protocolo del ritual. Una que se utilizaba solo cuando el primogénito del rey o reina era adoptado. Leia había cumplido dieciséis hacía tres o cuatro días; en realidad no sabía la fecha exacta de su cumpleaños, y no le importaba mucho. Se convirtió en la princesa de Alderaan el Día del Nombramiento, y ese era el aniversario que conmemoraba la ceremonia.

—Reconocemos que has alcanzado esa edad —dijo Bail. Solo el ligero arrugar de sus ojos delataba la sonrisa que quería ocultar—. Entonces, ¿por qué vienes ante nosotros armada?

—Vengo a exigir mi derecho a la corona —dijo Leia, y se arrodilló con ligereza. Sostuvo la espada por encima de su cabeza con una mano. Retumbaban truenos a lo lejos y causaban pequeños estremecimientos en el suelo—. Este día me reconocerán como su heredera.

La voz de Breha resonó por toda la sala:

—La corona de Alderaan no solo se hereda; se gana. La heredera debe probarse a sí misma en cuerpo, mente y corazón. ¿Estás preparada para hacerlo?

—Lo estoy, madre y reina mía —dijo aliviada de estar de pie de nuevo y poder bajar la espada—. He elegido tres desafíos. Cuando los haya realizado con éxito, habrán de reconocerme como la princesa heredera de Alderaan.

—Revélanos tus desafíos, y decidiremos si son dignos —dijo Bail, como si no los conociera ya. Por un momento, Leia se vio tentada a improvisar algo gracioso: «Aprenderé a hacer malabares y a ser una bailarina de fuego y plumas. ¿No están orgullosos?».

Pero había practicado su discurso tantas veces que fluía casi automáticamente.

—Para el Desafío del Cuerpo, escalaré el Pico de Appenza y llegaré a la cúspide. —La montaña se veía desde la ventana de su habitación. Proyectaba una silueta espectacular en la puesta de sol—. Para el Desafío de la Mente, asistiré a mi padre por completo en el Senado Imperial y representaré a nuestro planeta en la Legislatura de Aprendices. Y para el Desafío del Corazón, emprenderé misiones de caridad y compasión a planetas en necesidad, pagando directamente de lo que me corresponde del dinero real. Con estos desafíos, probaré que tengo derecho a la corona.

Breha inclinó la cabeza.

—Los desafíos son dignos —dijo, y se levantó del trono. Leia se colocó en el estrado y volvió a alzar la espada hacia enfrente. Breha tomó la espada por la empuñadura con ambas manos, los dedos de ambas se superpusieron un momento mientras Leia la soltaba—. ¡Que los presentes sean testigos! Si mi hija cumple sus desafíos, será reconocida como princesa heredera al trono de Alderaan.

La sala se llenó de aplausos y ovaciones. Leia le hizo una reverencia a sus padres, que lucían tan radiantes de orgullo que por un segundo se sintió como si todo estuviera en su lugar. Como si la ceremonia los hubiera dejado *verla* de nuevo. Pero los invitados se acercaron con felicitaciones e interrumpieron el momento. Ambos giraron para saludarlos en lugar de felicitar a su hija.

Bail platicaba con Mon Mothma y su senador, Winmey Lenz. Breha tomaba las manos de la Senadora Pamlo, que le agradecía por la invitación.

Así de rápido habían olvidado a Leia.

—¡Leia, querida! —dijo Lord Mellowyn de Birren, que sonreía debajo de su frondoso bigote blanco. Eran primos lejanos por parte del intrincado linaje de la Casa Mayor, aunque nadie se preocupaba por rastrear dicho linaje—. Estuviste maravillosa.

—Gracias —dijo, y le devolvió la mejor sonrisa que pudo hacer.

«Es cierto. No es mi imaginación. Ya no me prestan atención. ¿Hice algo mal o simplemente ya no les importo?».

• ◆ •

No creía haberlos hecho enojar. Nunca dieron señales de desencanto. Más bien, ellos… estaban distantes desde hacía seis meses.

Leia nunca tuvo muchos amigos de la misma edad. Por muy igualitaria que fuera la monarquía de Alderaan, siempre habría una división entre los que vivían en el palacio y los que no. Leia saltaba con algunos de los hijos de los cocineros en los campos ondulantes, pero la mayoría del tiempo su compañía eran sus padres.

Bail y Breha Organa esperaron un hijo por mucho tiempo. Le habían contado en muchas ocasiones, casi siempre a la hora de dormir, la historia de cómo un día su padre llegó a casa de una misión misteriosa para sorprender a su madre con una bebé en sus brazos. Ella *lo sabría* incluso si sus padres no le hubieran dicho. Sin importar cuántas preguntas hiciera, sus padres nunca se cansaron de buscar respuestas. Cuando tenía pesadillas en las primeras horas de la noche, ellos nunca la dejaron con ninguna enfermera humana o droide cuidadora; uno de ellos siempre acudía. A veces, ambos. Siempre que entraba a una habitación en la que ellos estuvieran, le sonreían. Leia sentía que los hacía felices con su sola existencia.

Muchos niños hubieran crecido irremediablemente malcriados, pero Leia estaba siempre llena de esperanza, en especial para aquellos que le importaban, y amaba a sus padres más de lo que se imaginaba que podría amar a cualquier otra persona. Así que se interesaba en todo lo que hacían. Breha plantaba orquídeas malastrianas, así que Leia también lo hacía, y hasta aprendió a cuidarlas para que florecieran con un color rosa pálido y fuerte. A Bail le gustaba bailar, así que Leia estudió danza y practicaba con su padre hasta que le salían ampollas en los pies.

El trabajo de reina de su madre no le interesaba tanto. Breha Organa estaba a cargo de los libros reales, llevaba el balance de muchas cuentas y supervisaba personalmente las finanzas de todas las obras públicas del planeta. Leia intentó aprender contabilidad básica a manera de juego. Lo hacía bien, pero lo odiaba. Tuvo suerte, ya que la tortura duró solo una semana, y su madre la liberó con abrazos y risas.

—Pero ¿no necesito aprender si seré reina? —protestó Leia.

—No si te enamoras de alguien a quien le guste la contabilidad —dijo Breha, y le guiñó un ojo—. Así puedes hacer que tu virrey lo haga.

Sus padres se habían puesto de acuerdo en sus propios deberes para que su madre atendiera asuntos internos de Alderaan mientras su padre representaba a su planeta en el Senado Imperial y se encargaba de los asuntos diplomáticos. En la Guerra de los Clones, fue el líder militar, y de muy pequeña, Leia se maravillaba de sus historias y aventuras. Cuando maduró, escuchó algunas de las historias más oscuras y tristes que eran parte de cualquier gran guerra.

Y aunque llevaban toda una generación sin una gran guerra, la galaxia estaba unificada de la peor manera posible: bajo la tiranía del Emperador Palpatine. Como representante de uno de los mundos más influyentes del Núcleo, Bail Organa fungió como una de las pocas voces en el Senado Imperial que podía moderar la autocracia de Palpatine. Los políticos estaban implicados en sus propias batallas, y Leia ya había

descubierto que le gustaba pelear. Asistía a su padre en las oficinas del Senado desde hacía dos años. Revisaba y corregía sus discursos, practicaba debatiendo con él de varios temas y desarrollaba temas tratados en las sesiones mientras viajaban de regreso a casa en el yate real o el *Tantive IV.* Pensaba que no solo era su hija, sino también su colega. Y eso la hacía sentir más orgullosa que la corona misma.

Leia había hecho su parte. Había sido una buena hija. Así que, ¿por qué habían dejado de preocuparse por *comportarse* como padres? No era como si la golpearan o hubieran sido malos con ella. Era mucho peor: la ignoraban.

Su padre comenzó a tener más y más sesiones privadas en su oficina, en las que discutía con senadores de Uyter o de Mon Gala y a las que Leia no era invitada. Siempre había conferencias del estilo, pero pasaron de ser varias al mes, a muchas al día. Y al terminar, Bail siempre se distraía durante horas. Si Leia le preguntaba al respecto, él le decía que se ocupara de sus propios asuntos. Era como si los negocios de poder fueran más importantes que nada: más que su propia hija.

Su madre era peor. De la nada se unió a una sociedad de anfitrionas e invitaba a dignatarios de toda la galaxia a lujosos banquetes que duraban hasta el amanecer. Aveces, Leia encontraba a Breha dormitando mientras intentaba hacer la contabilidad al día siguiente. Su responsabilidad hacia la gente ya no le importaba. No si la comparaba con hacer esas ostentosas cenas de gala.

Leia se sentía cada vez más y más arrinconada en el mundo de sus padres, tanto que llegaría un punto en el que ya no podría ni respirar en su presencia. Nada que hiciera o dijera parecía importarles en lo más mínimo. Aunque ya era lo suficiente grande como para llamarlos cuando tuviera una pesadilla, quería hacerlo de vez en cuando.

Pero no lo hacía, no quería descubrir que no irían.



—Aléjese de la ventana —la reprendió 2V mientras rodaba hacia la cama de Leia y tendía la colcha de seda—. Le podría caer un rayo.

Leia no se movió de su asiento. La ventana abierta dejaba entrar la brisa de la tormenta y agitaba su largo cabello, que colgaba suelto en su espalda. Su ondeante camisón blanco la cubría hasta las rodillas, que había doblado hasta su pecho mientras miraba el horizonte brillar por un momento con otro trueno.

2V rodó hasta ella con los brazos doblados en unos guardabarros que asemejaban caderas.

—¡Su Alteza, por favor! No es seguro.

—No me caerá ningún rayo. Además, me gusta la tormenta.

2V se acercó mucho.

—Mi programación me permite tomarla por la fuerza y moverla de cualquier lugar riesgoso.

—¡Okey, okey! Me estoy moviendo, ¿ves?

Bajó de un salto y fue a la cama. Era de una época antigua, tallada de madera dura invaluable de los bosques de Glee Anselm y con incrustaciones de líneas delgadas y curvas de oro y plata puros. La realeza ya no gastaba en estas cosas esplendorosas, pero Breha siempre dijo que sería bobo no usar una cama en perfecto estado. O tiara. O palacio.

—El droide de protocolo me informa que estuvo espléndida hoy —dijo 2V y fue hacia el tocador. Acomodó cada cepillo y peine—. Estoy segura de que su aspecto fue sumamente apreciado.

Leia tuvo que sonreír.

—Todos vieron el excelente trabajo que hiciste, 2V. Deberías estar orgullosa.

Destellando con satisfacción, 2V hizo una pequeña reverencia y rodó fuera del cuarto. Tan pronto como la puerta estuvo cerrada, Leia se destapó y regresó a la ventana. Otro trueno cayó, escondido parcialmente por el Pico de Appenza. Por un segundo, la montaña se vio perfectamente delineada por la luz brillante.

«Fue tan hermoso», se imaginó diciéndole a sus padres en el desayuno, pero por supuesto ya no desayunaban con ella. Siempre estaban ocupados planeando su próxima cena de gala antes de que amaneciera.

Leia abrió la ventana y dejó que el viento entrara al cuarto. Sintió la frescura de un par de gotas de lluvia en las mejillas y brazos. La ceremonia no había cumplido las expectativas de sus sueños de la niñez, pero una tormenta como esa nunca la decepcionaría. Le gustaba su naturaleza salvaje e impredecible; incluso el peligro distante. Había descubierto su amor por las tormentas hacía poco, y lo atesoraba porque era una de las pocas cosas que no había compartido con sus padres. Esto era solo suyo.

Aun así, quería contarles algún día, cuando todo regresara a la normalidad.

«Mañana —se prometió a sí misma—. Mañana cumpliré mi primer desafío. Me probaré. Haré algo tan grandioso que no podrán ignorarme».

CAPÍTULO 2

Quedaban solo tres semanas para la siguiente sesión de la Legislatura de Aprendices. Leia debía prepararse y revisar los asuntos más relevantes, para después presentar proyectos viables. Eso era lo que su padre siempre hacía antes de regresar al Senado Imperial. Ella llevaba dos años ayudándolo, y eso era más que suficiente para saber cómo manejar el trabajo por su cuenta, así que debía estar estudiando rodeada de material político.

En lugar de eso, corría a toda velocidad por el puerto espacial principal de Aldera con 2V zumbando a su lado.

—Debe mostrar respeto a los oficiales imperiales —insistió 2V mientras daban vuelta junto a un carguero gozanti en donde droides trabajadores levitaban cajas de mercancía en la bodega—. Está viajando como una diplomática en una misión humanitaria y debe presentarse como tal. Una princesa siempre debe vestirse para la ocasión.

—Lo haré, lo juro —susurró Leia.

Hacía años que no protestaba por llevar vestidos o hacerse peinados altos, pero seguía convencida de que tan pronto como estuviera fuera de su vista, Leia regresaría a usar sus overoles de la infancia con colita de caballo.

—En esta ocasión, se llevarán raciones a los refugiados hambrientos en Wobani, así que no necesito hacerme un peinado con trenzas y perlas —declaró, y 2V llevó hacia atrás la parte superior de su cuerpo en un movimiento que Leia solo podría describir como «afectado»—. No hay necesidad de ser ridicula. Las perlas son *tan* obsoletas.

La familia real prefería usar la instalación aérea pública central de Aldera. En un sinnúmero de ocasiones, Leia había ido ahí con uno o ambos padres para abordar, pero esta era la primera vez que ella estaba al mando de una nave que haría un viaje interplanetario. Leia hizo la solicitud por medio de Tarrik, el mayordomo del palacio, casi a manera de rutina, pero cuando vio que el *Tantive IV* la esperaba, su gran tamaño la dejó atónita. Solo saber que estaba a su disposición, junto con un poco más de veinticuatro tripulantes a sus órdenes, la entusiasmaba en lo más profundo. Por meses —incluso años— había anhelado una misión que le demandara responsabilidad. Y ese día había llegado.

Leia reconoció al hombre de camisa gris que caminaba hacia ella, así que se levantó y unió sus propias manos dentro de las mangas amplias de su vestido.

—Capitán Antilles. Gracias por preparar la nave tan rápido. ¿Cuándo podremos despegar?

—Dentro de una hora, Su Alteza —contestó Antilles y sonrió con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado—. Puede contar con nosotros.

Habiendo dicho eso, le hizo un brusco saludo militar y regresó a su trabajo. Leia se quedó parada preguntándose por qué no le había gustado esa respuesta. El Capitán

Antilles fue amable, cortés y hasta amigable. Leia no tenía duda de su lealtad y voluntad de servir, pero la inclinación de su cabeza…

«No piensa en mí como una líder. Todavía cree que soy una niña. —Frunció el ceño—. Cree que soy *tierna*».

Sería tonto sorprenderse por eso y, peor aún, ofenderse. El capitán la conocía desde que era muy chica, y hacía muy poco desde el Día de la Exigencia. Leia no había alcanzado su estatura máxima aún, tampoco. O eso esperaba. Como su madre decía: la autoridad puede aprenderse, pero el liderazgo debe ganarse.

Ese día empezaría a ganárselo. Pronto, ni el Capitán Antilles ni sus padres dudarían de lo que era capaz.

• ◆ •

El viaje a Wobani fue rápido y sin problemas. Leia pasó la mayoría del tiempo en el área de cargo asegurándose de que todas las raciones estuvieran bien empaquetadas y de que los oficiales tuvieran instrucciones claras para su distribución. Cuando llegaron, solo tuvo que echar un vistazo a los planos de la estación de reubicación para decidir en dónde aterrizar.

«Tan fácil como remojar a un mon calamari», murmuró para sí misma. Era un viejo dicho, pero al jugar con niños mon calamari en las piscinas del complejo senatorial había aprendido que el verdadero truco era sacarlos a la superficie primero. No puedes remojar a alguien que ya está en el agua.

Wobani no requeriría ningún tipo de maquinaria especial por la temperatura; tenía el clima de cualquier planeta del Borde Medio; húmedo, pero nada fuera de lo común, y estaban lo suficientemente cerca del ecuador para no preocuparse de la nieve. El planeta nunca había sido muy próspero o con mucha población, y se sostenía principalmente de la manufactura básica de pequeñas refacciones y armaduras, y de los cereales y especias que crecían muy bien en condiciones pantanosas. Como muchos otros mundos en la galaxia, era próspero, aunque apenas sobre la línea de subsistencia, dedicado al comercio intergaláctico en un grado modesto, y sin aspirar a un puesto de mayor relevancia en la galaxia.

Hacía seis años, Palpatine había comenzado el Programa de Mejora de Materia Prima, que prometía un mejor acceso a la comercialización de comida y otros componentes orgánicos crudos por toda la galaxia. Como muchas de las promesas del Emperador, era una mentira diseñada para el bien de otros propósitos: los padres de Leia le habían enseñado a adivinar la intención de ese tipo de acciones. A Wobani le fueron dadas cuotas imposibles de cumplir y, cuando los granjeros del planeta se quedaron cortos, los multaron. Areas grandes de uso común fueron divididas y designadas a varios oficiales imperiales que, supuestamente, «las gestionarían mejor». En realidad, esto significaba que ellos podrían lucrar mientras los nativos de Wobani se volvían más y más pobres y hambrientos.

Cada planeta sometido al programa de materia prima sufría, pero Wobani había colapsado por completo. La escasez estaba a la vista en todos lados. Mientras el sector agrícola decaía, las ciudades industriales se volvían más pobladas con migrantes desesperados en busca de trabajo, lo que significaba que las fábricas solo podían pagar salarios bajos y forzaban a los trabajadores a estar en condiciones muy peligrosas. Los wobani harían lo que fuera para mantenerse con vida. Se hablaba de construir prisiones imperiales de trabajo forzado en Wobani. Era, virtualmente, la única industria que podía sostenerse, y la población estaba suficientemente desmoralizada para aceptar que se construyeran dichas prisiones en su entorno. El libre desplazamiento entre los sistemas estelares era la norma, pero el Imperio impuso a Wobani estrictas restricciones para «prevenir su explotación». En el Senado se creía con firmeza que dichas restricciones estaban hechas principalmente para encubrir lo pésimo de la situación actual.

Leia pensaba que era ridículo. Cada senador y miembro del personal conocía la posición caótica en la que estaba Wobani, pero no lo decía. Si la gente hubiera hablado con la verdad, la noticia se hubiera difundido por todos lados y, entonces, no habría necesidad de encubrir nada en primer lugar.

Hasta su padre se quedó en silencio. A Leia, su silencio le enojaba más que la mentira.

Así que no les dijo a sus padres a dónde iba en esa misión. Leia, que estaba familiarizada con los protocolos de viaje, primero buscó una aprobación diplomática para aterrizar. Para alguien que representaba a la casa real de Alderaan, el consentimiento para realizar una acción de ese tipo era casi automático. El Capitán Antilles tal vez la veía como una niña, pero nunca cuestionaría que estuviera al mando del *Tantive IV* para una misión previamente aprobada. Quizás él asumió que sus padres fueron quienes hicieron la solicitud, pero ese no era problema de Leia. Ella se imaginaba regresando a Alderaan, dando un paseo por el comedor del palacio y explicándole a sus padres con tranquilidad que había estado en Wobani, sí, ese punto de conflicto diplomático del que miembros del Senado —como su padre— no se atrevían a hablar. *Eso* les enseñaría…

Pero Leia no quería comprobarles nada, en realidad. Solo quería que la miraran de nuevo.

La melancolía de la princesa se desvaneció por completo cuando escuchó la voz del Capitán Antilles en el intercomunicador:

—Su Alteza, estamos por comenzar el aterrizaje.

—Gracias, capitán. Estaré ahí en un segundo.

Cubrió sus trenzas con la capucha de su traje y se dirigió hacia la rampa de abordaje. Estaba a un instante de su primera misión humanitaria y quizá la más atrevida de su vida, y no sentía nada más que el deseo incandescente de hacer algo que importara, tanto a sus padres como a la galaxia entera, y la confianza de que podría hacerlo.

Esa sensación duró un instante, hasta que las compuertas del *Tantive IV* se abrieron para revelar un infierno.

Leia abrió la boca de golpe por el *shock*. El paisaje que se desplegaba ante ella y que alguna vez había estado cubierto por brotes verdes de cereal primaveral, fresco y verde, ahora era solamente lodo con pocas plantas amarillentas que ya no podían prosperar. El cielo de Wobani se había teñido de contaminación; una bruma que probablemente no volvería a irse. Sin embargo, la desolación del planeta no se comparaba con la de la gente.

Alrededor del campo había deplorables refugios prefabricados que se extendían hasta el horizonte en todas direcciones, como los que alguien llevaría a una excursión para dormir al aire libre. No estaban destinados para el uso diario, pero, por su aspecto, miles de personas llevaban meses viviendo ahí. Raíces profundas se veían en los caminos lodosos que servían como senderos entre los destartalados refugios. Cada uno de ellos albergaba a una familia, o tal vez dos, y alrededor había personas escuálidas con la ropa manchada y andrajosa, y una febril necesidad en sus ojos que asustaba a Leia, pero también la conmovía. Incluso antes de bajar de la plataforma, la gente había comenzado a pedir ayuda a gritos.

Pero nadie se acercaba, porque la plataforma estaba rodeada de stormtroopers con rifles bláster en la mano y su uniforme blanco, sucio y con manchas de lodo.

Un oficial imperial escaló la pequeña rampa que guiaba hacia el *Tantive lV*. Sus ojos eran tan secos como su tono.

—¿Esta es la misión *humanitaria* de Alderaan?

—Sí —respondió Leia. Había preparado un par de cosas para decir. Algunas prudentes y otras desafiantes, según el recibimiento. Ahora cualquiera de esos discursos cuidados sonaría vacío al ser pronunciado enfrente de ese público hambriento—. Nosotros, eh, estamos listos para comenzar.

El oficial se encogió de hombros.

—Como quiera —dijo, e hizo una seña rápida con la mano. Todos los stormtroopers tomaron posición de descanso.

Lo que sucedió después le pareció a Leia como una avalancha en la Cordillera de Grindel o una inundación repentina. Una oleada inmensa de personas se precipitó hacia la plataforma de aterrizaje más rápido de lo que jamás se hubiera imaginado y escaló por los bordes mientras se empujaban y tironeaban entre sí. En un instante, ella y su tripulación estaban rodeados de ojos totalmente abiertos y manos extendidas.

—¡Necesitamos comer!

—¿Tienen sistemas de purificación de agua? ¡¿Los tienen?!

—¡Lo que sea! ¡Dennos lo que sea!

El Capitán Antilles los empujaba para que retrocedieran. De reojo, Leia vio a otro miembro de la tripulación luchando por armar la primera de las que serían sus muchas mesas de distribución, y en la rampa, el oficial imperial estaba quieto cual piedra entre el mar de gente. Sonreía hacia el tumulto.

Y esa sonrisa se apoderó de Leia. Su miedo se fundió hasta las cenizas y se convirtió en ira. Saltó sobre la mesa y gritó con todo el aire de sus pulmones:

—¡Alto, todo el mundo!

Y todos se detuvieron. Tal vez eso se debía a la sorpresa de ver a una pequeña adolescente dando órdenes, pero Leia tenía que arriesgarse. El Capitán Antilles sacó un módulo de amplificación de voz de su cinturón y se lo pasó.

—Escúchenme —dijo Leia, con el módulo ajustado en la máxima potencia para que hasta las personas más alejadas pudieran escuchar—. No tienen que precipitarse ni pelear. Tenemos comida para todos.

Apenas. Creyó que las raciones que habían traído podrían alimentar a la gente por toda una temporada, pero esa comunidad era tan grande y empobrecida que devorarían todo en un par de semanas, como mucho. Aun así, era mejor que nada, y nada era lo único que tenía esa gente.

Continuó:

—Dennos un momento para organizar las plataformas de distribución. Tal vez…, mientras, puedan ayudarnos a encontrar a los más necesitados, como los ancianos y enfermos. Podrían traerlos hasta adelante para que puedan ir primero y no tengan que esperar de pie, porque todos tendrán lo que necesitan. Tenemos de todo. ¿Está bien? —dijo, y se escuchó un murmullo entre la gente, y por primera vez, Leia se preguntó si asaltarían el *Tantive IV* después de todo. Luego, los que estaban adelante empezaron a retroceder para ceder espacio. A lo lejos, Leia vio cómo la gente llevaba hacia delante a varios niños y a una anciana, y seguramente vendrían más—. Muy bien.

Leia bajó de la mesa de un salto y su vestido se sacudió de una forma que 2V hubiera llamado «poco elegante». Gritar a máxima potencia encima de una mesa tampoco resultaba elegante; no era el modo en que le hubiera gustado ser percibida como una líder.

Pero mientras le regresaba el módulo de amplificación de voz al Capitán Antilles, él la miró diferente. Ya no inclinaba la cabeza. Al parecer, de vez en cuando, el liderazgo significaba abandonar los modales, y comenzar a gritar tan fuerte como se pueda. El capitán dijo:

—Estaremos listos en pocos minutos, Su Alteza.

Leia asintió en señal de aceptación y regresó a su deber.

Pudieron haber programado a droides para distribuir, pero Leia los puso a sacar las cajas donde venían las raciones. Quería que esa gente viera un rostro vivo y sonriente, manos vivas entregándoles comida.

«No han sido olvidados —pensó mientras entregaba paquetes con raciones a una persona tras otra—. El Imperio no nos dejará salvarlos, pero aún podemos ayudarlos».

No podía decir eso en voz alta mientras estuviera rodeada de stormtroopers. Y aun así, sentía que el mensaje les llegaría.

Después de la distribución, un grupo de personas se quedó para ser atendido por el droide médico. El 2-IB podía reparar huesos rotos y coser heridas, y Leia estaba agradecida por todo eso, pero lo que en realidad necesitaba esa gente era alivio ante la

desesperación. Ella solo había podido proveer una diminuta parte de ese alivio, y duraría muy poco.

—Es un panorama terrible —dijo el Capitán Antilles, que estaba de pie a su lado con las manos unidas detrás de la espalda—. Me hace recordar lo afortunados que somos en Alderaan.

—Así es, capitán.

Leia siempre se imaginó a sí misma al tanto de lo que estaba mal en la galaxia. Sus padres fueron honestos con ella acerca de la crueldad del reinado de Palpatine. Sin embargo, saber del sufrimiento era muy diferente que presenciarlo. Leia se sentía honrada de haber ido, pero también se sabía impotente.

«¿Cómo se supone que ignore esto? ¿Cómo volaré lejos de Wobani sabiendo que esta gente se quedará aquí? —La respuesta le llegó en un instante—: *No* los dejaré».

El Imperio le había dado permiso de aterrizar. Después le daría permiso de cargar el *Tantive IV* con tantos refugiados como pudiera y se los llevaría lejos de ese lugar para siempre.

CAPÍTULO 3

—¿Pasajeros? —preguntó el Capitán Antilles, y frunció el ceño como si intentara traducir un lenguaje desconocido—. Su Alteza, con todo respeto, entiendo que quiera hacer esto, pero no lo permite nuestro permiso de aterrizaje.

—Sí, pero iré a hablar con el oficial imperial a cargo de esta zona. Cuando le explique que en verdad estamos ayudándolos a solucionar sus problemas, estoy seguro de que aceptará.

Leia ya había limpiado su atuendo y reacomodado su peinado para dar la mejor impresión posible. Tendría que haber llevado un cambio de atuendo. Le diría a 2V cuando regresara. Le haría el día.

El Capitán Antilles sacudió la cabeza.

—Los oficiales imperiales no son conocidos por su flexibilidad.

Leia nunca había lidiado con un oficial bajo sus propias condiciones, pero seguramente no sería más difícil que lidiar con el mayordomo del palacio. Además, no era como si tuviera que negociar con un gran moff o algo parecido. De acuerdo con los registros del archivo, la persona a cargo era un simple mayor. Leia sonrió para sí misma. «En cualquier juego de cartas, la princesa derrota al mayor. Siempre».

Aunque el capitán aún parecía desconfiado, asintió y apuntó hacia otra oficial que estaba parada en la bahía de cargo, que ya estaba vacía.

—Teniente Batten, acompañará a la princesa en su camino.

La Teniente Ress Batten era una mujer delgada de tal vez unos treinta años, con un largo y negro cabello enrulado y piel dorada. Sus brazos estaban cruzados.

—Si la meten en una celda, ¿también tengo que ir?

—Así es. Asumiendo que no sea yo quien la eche a los calabozos primero, antes de que el Imperio tenga la oportunidad.

Batten alzó las manos como si se rindiera, bromeando. Luego se dio vuelta para preparar uno de los speeders. Leia miró al capitán y él suspiró.

—La Teniente Batten tiene problemas de actitud, por así decirlo. Pero es una excelente piloto de speeder y una mejor peleadora aún. Más que nada, tiene muy buenos instintos acerca de las personas. Si se encuentra en un embrollo y solo puede llevar a un miembro de la tripulación, Batten es la indicada.

«Embrollo» es lo que dijo. A Leia le gustaba cómo se escuchaba eso.

Batten terminó enseguida de ajustar el speeder y, poco antes de que Leia se diera cuenta, las dos avanzaban por interminables campos negros de lodo que alguna vez habían sido verdes praderas. Otros campamentos se veían en el horizonte, y evidenciaban a miles de personas atrapadas en circunstancias inimaginables, sin poder ir a casa ni dejar el planeta.

—Increíble. ¿Notó que nadie tiene vehículos? Naves, speeders, ni siquiera un trineo. Debieron de habérselos prohibido —dijo Batten. Leia no se había dado cuenta de eso, y estaba a punto de comentarlo cuando, de repente, Batten enderezó su postura—. Mis disculpas por haberle hablado informalmente, Su Alteza. Es una mala costumbre que tengo.

—Está bien. El procedimiento militar es una cosa, pero a veces el protocolo real solo estorba.

Eso era lo que su padre siempre decía para prevenir que las cosas se pusieran tensas por haber roto las reglas de conversación con la realeza. Por lo regular, las personas sonreían de alivio, y permanecían en silencio después. Batten, por otro lado, lo interpretó como permiso concedido.

—El plan del Emperador no funcionó, y por accidente causó sufrimiento. ¿Y qué hará para arreglarlo? ¡Nada! Causa más sufrimiento a propósito —dijo, y frunció el ceño—. La gente se está hartando de esto. Peor que eso. Se están enojando.

—No los culpo —dijo Leia, y su mirada quedó fija en los campamentos a lo lejos mientras intentaba adivinar cuántas personas estarían atrapadas ahí.

• ◆ •

—Alrededor de mil familias por campamento —dijo el oficial imperial a cargo, el Mayor Tedam. Tenía los ojos entrecerrados y parecía como si lo hubieran despertado de una siesta—. Más o menos. Mil refugios, en cualquier caso.

—Debe ser una gran carga para usted —dijo Leia. Ya que el Imperio no hacía nada por esas personas excepto apuntarles con blásters, no estaba segura de qué tanta carga serían. Aun así, no debía sonar como si estuviera pidiendo un favor, sino como si intentara resolver el problema del mayor—. Estoy segura de que le vendría bien tener menos bocas que alimentar. Mi nave está lista para transportar a ciudadanos de Wobani fuera del planeta, de regreso a Alderaan.

—¿Transportar? —interrumpió Tedam, alerta, pero la tensión pasó—. Eso no está permitido.

Leia asintió.

—No bajo la autorización actual, lo sé. Tendríamos que negociar términos, lo que podría hacerse muy rápido.

Tedam negó con la cabeza y repitió:

—No está permitido. Aquí nos apegamos a las reglas —dijo, y parpadeó muy lentamente, como si esperara que Leia desapareciera cuando sus ojos se abrieran de nuevo.

«No te desesperes», pensó Leia, y dijo:

—Si no tiene la autoridad para negociar términos, ¿podría indicarme quién sí?

—Nadie en este planeta ni sector.

—Entonces… entonces *usted* debe tener cierta autoridad, si está tan aislado.

¿El Imperio dejaría tantas tropas y oficiales ahí y se irían sin órdenes para maltratar y dejar morir de hambre a los ciudadanos? «Sí, lo harían».

—Tengo la autoridad para aplicar permisos diplomáticos otorgados. Ni más, ni menos. Su nave se irá de este planeta sin nadie que no sea parte de su tripulación, como estaba planeado. Le recomiendo que se vaya pronto.

Y con eso, el mayor se fue a revisar la información. Ni siquiera miró a Leia cuando se alejó.

El pasillo trapezoidal del cuartel imperial local, como la mayoría, era oscuro, frío y deprimente. Vigas de metal parecían cerrarse frente a Leia, semejantes a la mandíbula de una trampa de oso vieja, y el tono rojizo del piso le recordaba a sangre. Tembló, de ira y miedo por los otros, y de mera impotencia.

En Alderaan no tenían pobreza verdadera. Todos los ciudadanos estaban bien proveídos, y las instalaciones y servicios públicos eran numerosos y con disponibilidad para todo el mundo. En Coruscant, Leia sabía, había gente que podía estar en apuros, pero era difícil verlos entre la interminable masa de personas que habitaba cada capa del planeta. Era muy diferente presenciar el sufrimiento de Wobani con sus propios ojos. Si tuviera que terminar el día yéndose y sin haber logrado un bien mayor…

No lo podría soportar.

No lo *haría*.

Batten le lanzó varias miradas oblicuas a Leia en el camino de regreso al *Tantive IV*. Leia lo notó, pero estaba muy sumergida en sus pensamientos para darse cuenta. ¿Qué podía hacer para arreglar las cosas? ¿Negarse a irse hasta que el acuerdo se renegociara? ¿Decir que regresaría cada semana —¡o hasta cada día!— hasta que le permitieran llevarse a algunos refugiados? Tenía que haber una manera, pero no se le ocurría ninguna.

Cuando llegaron al *Tantive IV*, Batten apagó el speeder y los droides transportadores lo recolocaron.

Leia se quedó afuera esperando que cargaran la nave, cuando vio a una anciana sentada en una esquina de un área pequeña y acordonada que rodeaba un refugio. Remendaba una prenda y sus manos temblaban. La cosía con aguja, como si fuera un personaje sacado de un libro de cuentos. Leia se preguntó si el temblar de sus manos era por la edad o el frío. Pero utilizaba la única habilidad que tenía para protegerse a ella y a su familia.

La palabra *habilidad* la iluminó.

El rostro de Leia se encendió y gritó:

—¡Capitán Antilles! ¡Teniente Batten! ¿Podrían ayudarme? —dijo, y ambos caminaron hacia ella con cara de confusión. Leia giró de nuevo para ver a la anciana—. Me parece que usted es hábil usando aguja e hilo.

La mujer pareció sorprendida de que le hablaran, pero respondió con calma:

—Oh, claro, Su Alteza.

—Esto es muy interesante —dijo Leia, y Antilles y Batten ya habían llegado con la anciana—. Los oficiales imperiales dijeron que no puedo llevar ningún pasajero. Solo miembros de la tripulación.

—Y no cambiarán de parecer —respondió el capitán con amabilidad y no a manera de «se lo dije». Leia lo apreció.

Pero ya no importaba lo que dijo o la manera en que lo hizo, no ahora que se le había ocurrido la mejor idea, y la sensación la quemaba por dentro.

Miró a la anciana.

—A veces, los uniformes de nuestros soldados se rompen y desgarran. Nos vendría bien alguien que nos ayude a repararlos. Así que contrataré a una nueva tripulante, una costurera oficial. Si aceptas el trabajo, volarás con nosotros de inmediato.

Su mirada atónita y de alegría podría haber calentado a Leia en una tormenta de nieve.

—Pero… pero mi esposo —dijo, y apuntó hacia un viejo que dormía en un catre.

—¿A qué se dedica? —preguntó Leia, y Antilles y Batten intercambiaron miradas de incredulidad.

—Es mecánico, o lo era cuando teníamos una tienda —dijo la anciana, y sonrió aún más por anticipar la respuesta. Triunfante, Leia dijo:

—Así que también estamos contratando un mecánico oficial. Hecho. Van dos. Capitán, ¿cuántas personas más aguantará la nave para un viaje corto?

Se tomó un momento para responder.

—Más o menos cien.

¿Cien individuos salidos de cien familias? No era suficiente, pero era un comienzo.

—Entonces contrataré noventa y ocho miembros más. ¿Me ayudarían a registrarlos en la bitácora oficial de la nave, por favor?

—Hecho, Su Alteza —dijo Batten, que tenía una enorme sonrisa. El capitán aún tenía una mirada cautelosa, pero asintió mientras Batten y Leia se pusieron manos a la obra.

Leia fue a buscar a los más pequeños, los más viejos, enfermos y embarazadas; los que necesitaban ayuda con urgencia. Dos niños pequeños, ninguno tenía ni cinco años, por lo que podían arrastrarse en lugares pequeños y encontrar cosas perdidas. Un hombre con una tos desgarradora sabía cómo pilotear una nave, así que sería un piloto de emergencia. Una mujer con la panza gigantesca que traería a un bebé al mundo en cualquier momento era dueña de un vivero y, de casualidad, el *Tantive IV* necesitaba una botánica. Mientras Leia nombraba a cada nuevo tripulante, Batten lo anotaba en la bitácora, lo que hacía su estatus tan oficial como el de cualquier otro a bordo.

El rumor se esparció por el campamento muy rápido. La gente se reunió con la esperanza de ser elegida, pero siguieron dejando pasar a los más necesitados primero. Algunos stormtroopers se acercaron también y, aunque no se atrevieron a interferir con la misión humanitaria, Leia escuchó el zumbido de los intercomunicadores en sus cascos mientras trataban de recibir nuevas órdenes para enfrentarse a esta situación sin

precedentes. Leia estaba feliz de ver a los recién contratados agarrar sus pocas pertenencias y subir por la rampa del *Tantive IV* hacia la libertad.

Después de que un percusionista retirado fue contratado como baterista oficial, Batten dijo rápido:

—Y con ese son cien.

—¿Ya? —dijo Leia y se sintió como si llevara horas de pie en el lodo helado (y probablemente así era), y, al mismo tiempo, como si estuviera lejos de terminar. Cientos de rostros la miraron con destellos de esperanza. En voz alta, dijo:

—No han sido olvidados. Le diremos a la galaxia lo que vimos hoy. Pronto, espero, otras naves harán lo mismo que la nuestra, y eso hará *la* diferencia.

Todos asintieron. Le creían. Aunque eso no hacía más fácil la retirada.



El humor en el viaje de regreso a bordo del *Tantive IV* fue completamente diferente al de ida. Sus nuevos «tripulantes» llenaban cada sala y pasillo, y aunque se sentían enormemente agradecidos y aliviados, también estaban hambrientos, exhaustos y enfermos. Leia escuchaba risas y llantos. Muchos de ellos dejaron gente atrás. El 2-IB comenzó a hacer todo lo que podía por ellos. Leia regresó al puente unos momentos antes de entrar al hiperespacio.

Caminó por las puertas y escuchó al Capitán Antilles decir:

—… de acuerdo con nuestras indicaciones.

—Esas *no* eran sus indicaciones —insistió Tedam desde la pantalla de la estación del capitán. Ya no se veía adormilado—. ¡Los límites del permiso de aterrizaje fueron claros, ninguna persona podía dejar el planeta en su nave!

Leia se metió en la conversación.

—Mire el permiso de nuevo, mayor. Creo que encontrará que el mandato es tan claro como el agua. Solo podíamos llevarnos a miembros de la tripulación, y eso fue lo que hicimos.

—Lleva a ciudadanos de Wobani a bordo.

—Quienes fueron contratados como tripulantes —respondió con suavidad—. El permiso no me prohíbe contratar. Como dijo, apeguémonos a las reglas. Y las reglas dicen que podemos irnos cuando queramos.

«Justo ahora, por ejemplo».

Parecía como si Tedam hubiera preferido comerse su propio calzado antes que acceder a algo así, pero, como la mayoría de los oficiales imperiales, sabía cuándo las normas iban en su contra. Con un rápido gesto de irritación, cortó la comunicación y la pantalla se apagó.

—Nada mal, Su Alteza —dijo Batten desde la puerta.

El Capitán Antilles permaneció firme en todo sentido.

—Sabe que no tenemos un plan para esa gente cuando aterricemos, Su Alteza.

—Sí, claro —dijo Leia. Su llegada al puerto espacial principal de Aldera sería un caos. Pero a ella nunca le preocupó armar un caos—. Lo arreglaremos rápido, estoy segura.

El capitán asintió.

—Como desee, Su Alteza, pero si no le importa…

—¿Sí?

—He visto combates mortales antes. Guerras masivas. No tengo miedo a enfrentarlas. —Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Antilles—. Pero *usted* deberá informarle a la reina de esto.

Leia rio con fuerza y dijo:

—Hecho.

Las restricciones imperiales en Wobani les hacían imposible saltar directamente a la velocidad de la luz e ir a Alderaan; el *Tantive IV* tuvo que hacer una parada en la Estación Calderos, un punto de paso en el espacio profundo que funcionaba como centro burocrático y de reparaciones para las naves del Imperio y sus escasos huéspedes. Como si fuera uno de estos huéspedes, Leia mandaría una señal y pediría permiso para irse a su planeta natal, y obtendría su autorización en segundos. Así que miró la espiral de color azul eléctrico del hiperespacio sin preocupación alguna, solo con un poco de impaciencia por llevar a esa gente a casa y enseñarles a sus padres lo que había hecho.

La nave salió de la velocidad de la luz y Leia ahogó un grito. El Capitán Antilles se levantó de su asiento y Batten dijo algo considerado indecente en muchos planetas. Luego dijo:

—¿Están viendo esto?

—Sí, teniente. Lo vemos —dijo Antilles.

La Estación Calderos, que era una gran instalación imperial importante en ese sector, había sido dañada. *Atacada*, mejor dicho. Leia reconoció el fuego de cañón láser a lo largo de la superficie de la estación, y algunas luces de búsqueda y seguimiento por el lado más cercano que estaban fundidas. Con un costado más o menos completo y el otro negro, quemado y en silencio, era fácil imaginarse cómo se había partido en dos.

Un enjambre de cazas TIE se acercó hacia ellos con un mensaje de advertencia:

—¡Identifiqúense!

—*Tantive IV*, nave diplomática en una misión humanitaria de Alderaan —dijo el Capitán Antilles—. Estuvimos en Wobani las últimas horas. Hay registro imperial al respecto.

—Esperen confirmación.

Leia miraba la estación, contemplando el daño que tenía. Aunque lucía como si no hubiera muchas vidas perdidas, el ataque la había incapacitado y, como resultado, era más sencillo viajar de manera clandestina desde y fuera de Wobani o cualquier otro mundo en esa zona. Y eso pasaría por días, tal vez por semanas.

Para dañar la estación imperial de esa forma se requería mucho fuego. Ninguna nave pudo haberlo hecho por sí sola, excepto un destructor estelar. Obviamente, no era el caso, así que…

—Confirmado —dijo la voz en los altavoces mientras los cazas TIE se retiraban—. Pueden abandonar el sector y regresar a su planeta.

El Capitán Antilles se movió para obedecer, y Leia juntó las últimas piezas del rompecabezas.

Alguien —o un grupo— había logrado sumar las armas necesarias para atacar y deshabilitar la estación. Eso habría costado dinero, planeación y tiempo. La gente no solo se estaba quejando del Imperio.

Estaban combatiéndolo.

CAPÍTULO 4

Alderaan era conocido en toda la galaxia por sus majestuosos paisajes, su arquitectura estética y complaciente y su compromiso por mantener la armonía y tranquilidad. La gente se sorprendía al ver la escena que se desarrollaba en el puerto de Aldera, cuando el *Tantive IV* descargó de la nada a cien refugiados de Wobani.

Algunos de los refugiados reaccionaron con locura por el deleite o incredulidad; otros se desvanecieron en cajas o sobre los droides ayudantes. Era obvio que necesitaban atención médica, o por lo menos un lugar donde descansar. Todos estaban llenos de lodo, al igual que toda la tripulación y la propia Leia.

—¡Le avisé a la Central que veníamos en camino! —protestó Batten mientras intentaban ordenar a los refugiados—. Digo, les dije cuando llegamos a la atmósfera, que fue hace no mucho, pero fue tan pronto como pudimos hacerlo.

—Está bien, teniente —dijo el Capitán Antilles, que parecía distraído, pensó Leia—. Contactaré al virrey de inmediato.

«¿Por qué hablará con mi padre?». Leia miró, confundida, cómo el capitán daba grandes zancadas sin mirar atrás. «El virrey se encarga de las cuestiones de Alderaan en toda la galaxia. El gobierno del planeta es cosa de…».

—¡Su Majestad Breha Organa! —anunció un droide desde el otro lado de la bahía, y Leia giró junto con los demás para ver a su madre entrar con un gran séquito detrás de ella. Como de costumbre, llevaba un vestido largo. Era uno de seda color ocre y terciopelo azul, y llevaba listones de cada tela enmarañados en un peinado muy elaborado. Sin joyas ni corona: Breha no las necesitaba para llamar la atención o para verse como una reina.

Todos quedaron en silencio automáticamente. Leia veía cómo su madre se colocaba sobre una plataforma, saludando a todo el mundo con una voz sonora que inundó toda la bahía:

—Buena gente de Wobani, bienvenidos sean a Alderaan. Perdónennos por no estar mejor preparados para recibirlos, pero desde este momento mi equipo resolverá cada necesidad que tengan —dijo, e hizo un gesto hacia su séquito: personal médico, trabajadores sociales, etc., que ya estaban haciéndose camino entre la gente—. No tengo duda de que quieren descansar, recuperarse y pensar en lo que querrán hacer a continuación. Me comprometo, aquí y ahora, a que cada persona que llegó hoy reciba una remuneración que le permita viajar a cualquier planeta donde tenga familia o amigos, o comenzar una nueva vida aquí en Alderaan. Es mi regalo de bienvenida para todos ustedes.

Algunos aclamaron: «¡Que viva la Reina Breha!», que no era la manera en la que la gente aclamaba a la realeza en Alderaan. Leia estaba más acostumbrada a un aplauso

gentil. Pero los wobani alababan con tanto entusiasmo que la tripulación se les unió, y hasta Leia gritó hacia el final.

Mientras la reina bajaba de la plataforma y los refugiados comenzaron a recibir la ayuda que necesitaban, Batten dijo:

—¡Guau!, su madre siempre tiene todo bajo control.

—Siempre tiene todo bajo control —dijo Leia, que admiraba esa cualidad de su madre tanto como la envidiaba—. Nació con esa habilidad. Desearía que me enseñara cómo hacerlo.

—Pues, si alguna vez se lo enseña, avíseme, ¿de acuerdo?

Batten le guiñó un ojo a Leia y regresó al *Tantive IV* a terminar de verificar los sistemas posvuelo.

Leia vio a su madre abrirse paso entre la gente para ir hacia ella; los que estaban cerca de ella le abrían paso sin ofrecer su mano ni decir una sola palabra para la reina. Por fin, Leia podría hablar con su madre acerca de lo que había logrado; del espléndido rescate que acababa de completar en un planeta que la gente no se atrevía a mencionar por miedo, y mucho menos visitar. Breha Organa tendría que hablarle a su hija cara a cara.

La reina llegó con Leia y la tomó entre sus brazos. Su abrazo fue cálido y honesto, pero cuando Breha se soltó, sus labios estaban apretados formando una línea muy delgada.

Leia sabía lo que significaba esa mirada.

—¿Qué? ¿Qué hice?

—Al Palacio —dijo Breha—. Ahora.

• ◆ •

—Debiste habernos preguntado primero…

—¿Cuándo? Tú y papá siempre están…

—Tu padre y yo tenemos asuntos importantes que atender, y deberíamos poder confiar en que lo entiendes.

—¿Asuntos importantes? ¿Como qué? ¿Planear otra cena de gala?

—¡Leia!

La Reina Breha rara vez alzaba la voz, lo que le impactaba aún más a Leia, que por fin se quedó en silencio y se sentó en el sillón largo y bajo que curveaba alrededor del muro este de la biblioteca real.

La biblioteca, como todo lo demás en el palacio, había sido el trabajo de varias generaciones. Datacrones de incontables mundos y eras resplandecían en sus cajas, y libros antiguos e invaluables estaban en un conjunto de estantes. Había algunos globos de constelaciones de varios sistemas en pequeños recovecos y otros colgaban del techo. Ardía fuego en el centro del gran cuarto en una chimenea esférica hecha de cobre y piedra, que, junto con el sol que se colaba por las ventanas estrechas, iluminaba la sala.

Había, claro, otra Biblioteca Real de Alderaan abierta al público y con una colección más abundante. Pero en la del palacio, la familia real guardaba sus propios tesoros y recuerdos. Era más que una simple biblioteca: era el lugar donde se relajaban, reían y donde hablaban con más libertad como familia.

Y no siempre se trataba de temas placenteros.

Breha negó con la cabeza mientras caminaba hacia y desde la chimenea.

—¿Qué te sucedió para querer ir a Wobani?

—Había gente necesitada —insistió Leia. No se disculparía—. Si hubieras estado ahí y visto lo desesperados que estaban…

—Sé lo desesperados que están —dijo la reina—. También sé lo peligrosa que es la situación en Wobani. Tal vez haya sido olvidada por el momento, pero solo es uno de los muchos cabos sueltos que podría ser un fusible.

¿Qué se supone que significaba eso? Leia continuó:

—Fue una misión humanitaria. Arreglé todo para tener la autorización. Puedes ver los registros.

Breha miró a su hija con severidad.

—Sí que arreglaste bien las cosas. Pero dime la verdad. Sabías que si nos hubieras preguntado, te habríamos dicho que eligieras otro destino para hacer tu misión humanitaria, ¿verdad?

Afligida, Leia asintió. Mentir por omisión aún es mentir.

—He pasado las últimas horas hablando por intercomunicador con oficiales imperiales enojados desde Wobani a Coruscant. No les gusta que una jovencita haya engañado a uno de los suyos, aunque, a pesar de todo, que lo tomen como quieran —dijo Breha, y suspiró, más casual, como madre y no como reina—. Lo más preocupante es que preguntaron cosas muy específicas acerca de la aparición de nuestra nave en la Estación Calderos tan rápido después de un… agravio. No podemos ser asociados con eso, Leia. En cuanto el Imperio decida que Alderaan tiene algo que ver con la rebelión…

—¿No deberíamos hacer algo acerca del Imperio?

—No cambies el tema. ¿No ves lo peligroso que es?

—Sí, pero yo no pude haber sabido que eso pasaría.

Breha se puso una mano en la frente, como si tratara de evitar un dolor de cabeza. La línea gris metal en su cabello negro parecía dorada a la luz del fuego.

—No. No podías predecirlo. Pero debiste darte cuenta de que no tenías ningún asunto que atender en Wobani.

—¿Por qué? ¿Porque haría enojar a algún mayor? El Emperador no quiere ayuda humanitaria *para nadie*. —Leia descubrió eso por su propia cuenta durante los debates del Senado Imperial—. Si los haré enojar sin importar a dónde vaya, deduje que debería ir a algún lugar donde de verdad necesitaran ayuda.

—Y regresar gente contigo, con engaños, tal cual.

El temperamento de Leia ardía.

—¡Sí! ¡Traje gente conmigo en lugar de dejarlos ahí a que mueran de hambre! ¿Cómo puedes enojarte conmigo por eso? ¿Qué tipo de persona eres?

Breha miró a su hija, herida. Las palabras ya estaban dichas, y Leia se sintió como si hubiera cruzado un límite más allá del que quería.

Pero su madre solo se arrodilló frente a ella y la tomó por las manos.

—Hija mía, pensé que ya habrías entendido. Tu padre, Mon Mothma y algunos de sus otros aliados del Senado han estado negociando la reubicación de los habitantes de Wobani desde hace meses.

—¿Qué? No estaba en ninguno de los archivos que revisé en su oficina.

—Tu padre no te muestra todo, Leia. Algunas cosas requieren permisos de mayor nivel de seguridad que el que tiene un interno, aun cuando la interna es la hija de un miembro de una de las Casas Mayores. Cualquier acuerdo que tenga que ver con Wobani tiene que ser negociado con sumo cuidado, y mantenido en secreto para que el gobernador de ese sector pueda acceder a nuestros términos sin quedar mal —dijo Breha, y agachó la cabeza—. Hablo como si ese acuerdo aún pudiera suceder. Ahora será imposible. Cualquier tipo de autoridad en Wobani está avergonzada, enojada y nada dispuesta a negociar un acuerdo. Meses de negociación se vieron hundidos por lo que hiciste hoy.

Aun si el suelo se hubiera desintegrado debajo de Leia, haciéndola rebotar por las rocas hasta llegar a la lava hirviendo, no estaría más aterrada de lo que estaba en ese momento.

—No. No es verdad. No *puede* ser.

—Ya casi eres una adulta, Leia. Ya pasó el Día de la Exigencia, y confío en ti para decirte la verdad, aunque te duela escucharla —dijo, y acarició el cabello de su hija con una mano—. Sé fuerte. En un par de meses, cuando todo este incidente haya pasado, tu padre retomará las negociaciones. Tal vez sean más provechosas entonces.

Retrasar el rescate de la gente de Wobani no era mucho mejor que destruirlo. Leia había visto lo desesperados que estaban, y ahora los había condenado inconscientemente a estar mucho más tiempo atrapados en ese infierno.

Breha apretó las manos de su hija, se levantó y dijo:

—No hablemos más del tema. Sé que tus intenciones eran buenas, Leia. Mostraste compasión, valor y hasta ingenio. Pero debes elegir tus misiones con más cuidado de ahora en adelante. Acepta que tal vez no tienes toda la información necesaria para tomar las decisiones correctas en situaciones de peligro, porque hay cosas que tu padre y yo no podemos decirte.

—Sí, señora —dijo Leia. En el primer día de la Legislatura de Aprendices, verificaría qué tipo de nuevos permisos de seguridad había recibido—. Pero…

—¿Qué?

—Si ustedes dos me hubieran hablado acerca de mi misión humanitaria antes de que partiera, esto no hubiera pasado. *Intenté* hablar con ambos y no tuvieron tiempo para mí.

—Las palabras salieron en volumen bajo y tranquilo, a diferencia de cómo se sentía—. Sé que no es una excusa, sino una *razón*.

Ahora su madre parecía tan avergonzada como Leia.

—Tienes razón. Hemos estado ocupadísimos últimamente y te pido disculpas.

—Está bien —dijo Leia, y se dio permiso de creer en sus propias palabras.

Breha colocó una mano en el hombro de Leia: una señal que significaba que las cosas se habían hablado y había que superarlo.

—Deberías regresar al puerto espacial y ayudar a la gente a que se instale. Yo regresaré a mis libros.

—¿Cuántas cuentas puede haber por balancear?

Breha solo se encogió de hombros mientras salía de la biblioteca.

Habían quedado en buenos términos, pero Leia sabía que la atención de su madre, una vez más, estaba centrada en alguna otra cosa.

Aun así, Leia no podía estar tan enojada con su madre como lo estaba consigo misma. Había estado tan orgullosa de lo que había hecho en Wobani y tan segura de que era lo correcto.

«Sacar a esta gente de ahí no puede ser tan malo. —Pensó en las sonrisas eufóricas en los rostros de la gente que había “contratado”—. Habrían ido a dormir en camas heladas, hambrientos y con miedo. Ahora están calientes, bien alimentados y felices. Eso tiene que valer algo. *Muchísimo*».

Caminó hacia el pasillo y pasó por la oficina de su padre. El destello del droide vela le permitió ver que estaba trabajando. Su palacio tenía muchas puertas antiguas que se abrían y cerraban manualmente, y esa era una de ellas; estaba entreabierta y dejaba ver una leve escena de lo que pasaba adentro. Estaba sentado en su gran escritorio y sostenía una atenta conversación con la persona del otro lado, que parecía ser el Capitán Antilles.

«No espíes». Se alejó rápido. Pero le dio en el orgullo pensar que el capitán del *Tantive IV* tuviera la oportunidad de reportarle todo lo que ella había hecho en Wobani antes de que pudiera hablar con su padre en persona. No había nada más que los dos hombres pudieran discutir.

CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente, Leia estaba a bordo de un transbordador suborbital y llevaba puesto un traje todoterreno. Estaba recargada contra su maleta de herramientas y bebía caf de un termo. Se sentó en la parte trasera con algunos miembros de la guardia real y las provisiones que llevarían al cuartel Istabith en la sierra. Con frecuencia servían en el palacio, así que nadie se sentía cohibido por su presencia; después de unos minutos, ya charlaban entre sí con tranquilidad, como si Leia no estuviera ahí, aunque ella suponía que no decían tantas groserías como de costumbre.

Leia lo prefería de esa forma. En lugar de participar de una charla trivial, podía permanecer en el asiento de la tripulación y ver las colinas nevadas debajo. Con la ventana de plasma que evitaba que entrara el frío, podía disfrutar la manera en la que el cielo se volvía de un color rosa pálido en el horizonte, o cómo los montones de nieve profundos suavizaban las cimas escarpadas de la cordillera.

A lo lejos estaba el Pico de Appenza. Aunque no era la montaña más alta de Alderaan, tal vez era la más icónica: como una aguja delgada que salía de las modestas colinas en su base. La bandera de esa región llevaba su silueta. Los cuentos para niños comenzaban a menudo con un espíritu que volaba lejos de su hogar en el Pico de Appenza para elegir un compañero de aventura. Los peregrinos religiosos decían que, en la cima, uno podía hacer comunión con la Fuerza, y la subida relativamente fácil hacía que miles la escalaran cada año.

Pero «relativamente fácil» no era lo mismo que solo «fácil». Incluso en los cuentos, se advertía que no subieran por capricho el Pico de Appenza.

Hacer el viaje por la montaña requería entrenamiento, equipo y voluntad.

«Equipo, listo». Leia sintió el peso de la mochila que colgaba de su hombro izquierdo y se sintió aliviada. «Voluntad, lista. Entrenamiento, casi listo».

Después de Wobani, anhelaba un desafío físico y tangible. Parámetros precisos. En la montaña, el éxito y el fracaso serían tan sólidos como la roca debajo de sus pies. La clase de exploración la prepararía para obtener el mejor resultado.

El transbordador aterrizó en las coordenadas designadas solo durante el tiempo suficiente para que Leia bajara de un salto. Se despidió de los guardias con un gesto mientras el transbordador se volvía a elevar, haciendo ondas de nieve en el aire. Luego, se reunió con los estudiantes de exploración que ya estaban juntos en un claro al lado de la cabaña alta y con tejado que funcionaría como su cuartel general.

—Espera, ¿no eres la princesa? —dijo un chico delgado, de piel negra, con rasgos aguileños y un acento aristocrático—. ¿Por qué llegaste en ese vejestorio?

Nadie de la familia real mantenía la solemnidad a menos que un protocolo diplomático lo exigiera. Proclamar con soberbia que no eres lo suficientemente bueno para ir en un transbordador era lo mismo que insinuar que, en realidad, eras *demasiado*

bueno para hacerlo y exigir una recompensa por pretender lo opuesto. Leia simplemente dijo:

—Venían hacia acá. Y sí, soy Leia Organa.

—Chassellon Stevis, de Coruscant —se presentó, y le hizo una reverencia muy elaborada, girando la muñeca de su mano extendida para hacerla reír. Funcionó—. Mi madre está a la cabeza de la representación diplomática, como probablemente ya sepas, y ahora tú y yo seguiremos el camino de nuestros padres en el negocio familiar.

Cuando Breha Organa la metió en esa clase, convenció a varios miembros de la Legislatura de Aprendices a que se unieran. Para Leia, lo más razonable era conocer algunas personas fuera del tumulto social de Coruscant, brillante aunque artificial. Parecía como si a su madre le urgiera encontrar nuevos amigos para su hija. «De ese modo, no tendría que sentirse culpable por ignorarme, si todavía es capaz de sentir culpa».

—Deseo que así pase —dijo Leia con sutileza. O lo que ella esperaba que lo fuera.

El refinamiento diplomático de sus padres a veces se le escapaba, y envidiaba las máscaras perfectas de la reina y el virrey. Sin embargo, conocía el momento preciso para dejar de favorecer a los aristócratas que la saludaban y giró hacia los otros.

Extendió la mano hacia una chica de cabello oscuro, y comenzó:

—¿Y tú eres…?

Fue con cada uno de los estudiantes y se aprendió sus nombres y caras justo como le habían enseñado desde que era pequeña. Harp Allor de Chandrila, amigable y muy bien preparada; Sssamm Ashsssen de Fillithar, un estudiante inusual que lucía un traje raro para los bípedos; un ithoriano cuyo nombre no pudo aprenderse y que tendría que volver a preguntarle después.

Y entonces, llegó con alguien que la hizo congelarse.

Esta estudiante era humana. Alta y desgarbada, tenía una cara estrecha y una nariz larga. Su cabello era de color verde ácido, lo que significaba que o era de Iloh, o en verdad le gustaba resaltar. Mientras que casi todos iban de blanco con líneas reflectoras doradas o naranjas, esta chica llevaba un arcoíris de colores brillantes que juntos hacían que Leia entrecerrara los ojos. Ya llevaba puestas sus gafas protectoras, y eran de manufactura antigua con lentes rosas que dibujaban una curva desde el armazón en un grado casi absurdo. Aunque era obvio que había notado a Leia, no se presentó. Solo se quedó ahí parada mientras observaba y sonreía.

—Hola. Soy Leia Organa.

—De Alderaan —dijo la chica con un tono curioso y plano, como alguien aturdido después de ser tratado con bacta. Su aspecto delgado y mirada boba le recordaron a Leia a una grulla de pantano.

—Eh, sí. Y tú eres…

—Amilyn Holdo de Gatalenta —contestó en el mismo tono llano—. Dale las gracias a tu mamá por invitarme a esta clase.

«Okey. Bien. Puede hacer una conversación normal. Tal vez solo necesita calentar primero».

—¿Te emociona mucho aprender a explorar?

—Definitivamente —dijo Amilyn, y su sonrisa se agrandó—. ¡Espero que sea peligroso! Quiero sentirme cómoda al estar cerca de la inevitabilidad de la muerte.

—… Okey.

Leia congeló su sonrisa a la fuerza mientras pensaba: «De ninguna manera dejaré que manipule mis cuerdas de rapel». Su padre a veces decía que cambiaba de parecer muy rápido con las personas. Su madre le dijo que confiara en sus instintos. Hoy seguiría el consejo de su madre.

Los últimos seis estudiantes ya se habían ido con la instructora, y marchaban desde el panel de aterrizaje más cercano. Leia ya había echado un vistazo en el directorio de la Legislatura de Aprendices y reconoció a varios. Uno en particular destacaba para ella: un chico que llevaba puesto algo parecido a un traje militar descuidado. Le sacaba una cabeza, pero no por ello era muy alto. Algunos dirían que era de aspecto raro con los ojos profundos y rasgos considerablemente angulares, pero otros dirían que era guapo. Leia no estaba segura de con quién estaría de acuerdo. Era el que más le interesaba conocer, así que se desvió un par de pasos hacia él y le extendió la mano.

—Eres Kier Domadi, ¿verdad?

—Sí, Su Alteza.

Kier habló con el respeto que ella escuchaba casi siempre en los ciudadanos de Alderaan. Su voz tenía una resonancia sorprendente para alguien tan joven y nervioso.

—Me da gusto que estemos juntos en la Legislatura de Aprendices, compartiendo el mismo pod, incursionando en la misma materia; tendremos que trabajar juntos casi a diario.

Leia sintió que su sonrisa se ensanchaba, demasiado, en realidad, para la ocasión.

La expresión de él era difícil de predecir, pero se concentró más en ella. Ya no estaba saludando a su princesa, sino examinándola, y ella hacía lo mismo con él.

—Espero que así sea.

—Por suerte, parece que nos llevaremos bien.

«¿Dije eso en voz alta? ¿Estoy *coqueteando*? No se supone que los diplomáticos coqueteen». Pero había concluido que estaba de acuerdo con el grupo que lo llamaba «guapo».

—La suerte no tiene nada que ver con mi presencia aquí —dijo Kier, y enderezó su postura, y la intensidad de su mirada se tornó incómoda—. Supongo que tampoco tiene que ver con que tú lo estés.

Se sintió como una cachetada. ¿Pensaba que Leia no se había ganado su puesto en la Legislatura de Aprendices? Había hecho un interinato por dos años con su padre y estaba familiarizada con los trabajos del Senado tanto como algunos senadores (y más que otros), y acreditó cada prueba de mandato con muy buenas calificaciones. «¡Trabajé tan duro como cualquiera! —quiso protestar—. Más duro que muchos».

Pero luego se acordó de Wobani; cuán orgullosa se había sentido de ella misma y de su autoridad real, y cómo había creído que sabía qué hacer y cómo hacerlo. En lugar de eso, había cometido un error que afectó a miles de vidas, tal vez para siempre. Nunca antes había dudado de la sabiduría de su herencia monárquica, pero ahora pensaba: «Heredé el poder antes de aprender cómo usarlo. Hice mal uso de él y gente salió herida».

La expresión de Kier se nubló.

—No quise… herir tus sentimientos, o…

—Estoy bien —dijo Leia brevemente. Se dio la vuelta y sacudió cualquier duda lo mejor que pudo. Esto era algo que tenía que considerar, pero no permitiría que el cabeza dura de Kier Domadi pensara que podía hacerla enojar.

—¡Okey todo el mundo, júntense! —llamó la instructora. Era una mujer negra con hombros grandes y una enorme sonrisa, era aún más alta que el ithoriano—. Soy la Jefa Pangie, del Cuerpo de Excursionistas de Chandrila. Se referirán a mí como «jefa» si quieren seguir con vida —dijo, y Leia notó algunas miradas nerviosas a su alrededor, lo que claramente significaba: «¿Está bromeando?»—. Su Majestad la Reina Breha fue muy amable al estructurar esta clase, así que la primera asignación será aquí, en Alderaan. Durante los siguientes meses visitaremos diferentes tipos de climas en mundos diferentes. El objetivo es que todos ustedes aprendan a manejarse en cualquier lugar, con nada más que sus dos manos y equipo básico —dijo la Jefa Pangie, y luego se tomó una pausa para hacerle una seña a Sssamm, de Fillithar—. Si no tienen manos, aprenderán a usar sus colas. Aquellos que tengan colas prensiles tienen suerte, porque eso es tan bueno como una cuerda extra.

—Sabía que debía instalarme una cola biotecnológica —murmuró Chassellon.

Al parecer, las colas estaban de moda en Coruscant. Sin embargo, los miembros biotecnológicos nunca duraban más de unos pocos meses, y en la opinión de Leia, nunca se veían bien. Tal vez se sentiría diferente acerca de una cola una vez que tuviera que escalar su primer risco.

La Jefa Pangie continuó:

—Ir en una excursión también se trata de saber orientarse con muy poco equipo o incluso sin nada. ¡Hasta la orientación astronómica les será inútil si no están en su planeta natal y no conocen el cielo! Así que deben observar cada detalle de su alrededor. Memoricen cada vuelta que den. Si no lo hacen, seguramente morirán.

Amilyn Holdo sonrió. Leia se preguntó si los herederos al trono podían cambiar su Desafío del Cuerpo después del Día de la Exigencia.

Con un aplauso, la jefa terminó.

—Veremos técnicas específicas después. Hoy solo quiero ver quién tiene lo necesario para recorrer el trayecto, y quién prestará mucha atención a los puntos de referencia del camino. Así que cuélguense sus mochilas y comencemos a movernos. ¿Todos tienen un generador de campo? ¡Muéstrenme!

Leia apuntó hacia la pequeña caja enganchada a su cinturón. El generador respondía a cambios súbitos en la velocidad con un pequeño campo de fuerza personal que haría un escudo alrededor del portador que prevendría caídas, aludes o colisiones fatales. Supuestamente. Todos habían sido equipados con uno, hasta Amilyn Holdo, que había decorado el suyo con un tipo de brillantina. Después de revisar cada uno de los generadores de campo, la Jefa Pangie asintió y dio una señal para que avanzaran.

Estaban en un camino que llevaba al bosque, y Leia miró hacia atrás. Vio la lejana silueta del Pico de Appenza. Su valor regresó cuando vio el desafío que estaba enfrente.

Se sintió como si ya estuviera dando sus primeros pasos hacia la montaña.



Cinco horas después, Leia había decidido que no le importaba si volvía a escalar una montaña.

Sentía como si ya hubiera subido *ocho mil* montañas, y aun así la Jefa Pangie no otorgaba ni un descanso. Hasta habían tenido que comerse el almuerzo de pie mientras avanzaban.

La pendiente de esa colina no estaba empinada, y aunque había nieve densa, el terreno no era difícil de atravesar. Las primeras horas habían sido un viaje placentero. Después, las correas de la mochila parecían escarbar los hombros de Leia, y sus piernas se sacudían por el cansancio. Mientras se hacían camino hacia un pequeño claro en medio de los enormes abetos, Leia no pudo evitar pensar en lo fantástico que sería ese lugar para tomar un descanso.

De pronto, la Jefa Pangie se detuvo, colocó las manos en su cadera y sonrió.

—Vaya, vaya, ¿ven esto?

Un hoversled estaba en el borde del claro en modo de espera, aguardando a su afortunado dueño. Leia se preguntó si agarrarlo contaba como robo si lo sustituía enseguida. O podría darle a cambio uno mejor, más nuevo, a su dueño, lo mejor que el dinero real pudiera comprar.

La Jefa Pangie fue a inspeccionar el hoversled. Chassellon se inclinó contra un árbol y el ithoriano se sentó en la roca más cercana. Aunque Leia se vio tentada a quitarse la mochila, sabía que ponérsela de nuevo se sentiría aún peor que seguir cargándola. Tomó valor cuando vio que Kier descansó una mano en un tronco de conifera; por lo menos él ya sabía que ella no era más débil. Los únicos estudiantes que no daban señales de cansancio eran Sssamm, de Fillithar, y, de alguna manera, Amilyn Holdo, cuya sonrisa permanecía igual de fresca que siempre.

—Este sí que es un hoversled hermoso —dijo la Jefa Pangie, y luego colocó una mano en el volante de la consola de línea de corriente—. Un increíble pedazo de maquinaria.

—Tengo uno mejor en Coruscant —dijo Chassellon.

Y eso le ganó una fuerte mirada de la Jefa Pangie.

—Qué bueno, ¿verdad? Pero tu pomposo hoversled está en un sistema estelar completamente diferente y nadie puede usarlo. Y el mío está aquí, justo donde lo necesito. Sé muy bien cuál prefiero.

Y con eso se subió de un salto. Presionó el interruptor de encendido y el hoversled volvió a estar en plena potencia. Leia y los otros la observaron, y entonces se dieron cuenta. Fue Chassellon quien habló:

—No va a… dejarnos aquí solos, ¿verdad?

—¡Miren al niño de Coruscant con cerebro de ciudad grande! —La jefa no podía estar más deleitada—. Así es, chicos. Les dije que quería ver quién puso atención en los puntos de referencia en el camino. Estamos por averiguar quién puede seguir instrucciones básicas.

Harp Allor se puso casi tan blanca como la nieve.

—Pe… pero… ¡usted nos dijo que aprenderíamos técnicas especiales!

—Y lo harán. La cosa es que ninguna de esas técnicas les hará bien si no se toman la molestia de poner atención a dónde van.

Sssamm siseó y casi se desmaya de la preocupación. Chassellon dijo:

—¿Y no es peligroso?

La alegría de la Jefa Pangie solo incrementaba.

—Si no tienen cuidado, lo será —dijo, y Amilyn alzó ambas manos hacia el cielo como si le agradeciera a algún Dios del Sol, y murmuró un: «¡Sí!»—. Todos tienen localizadores, así que, si alguien no ha regresado al anochecer, o sea en cuatro horas, bueno, regresaremos a buscarlo.

Leia soltó un suspiro de alivio, luego miró hacia un lado para ver si Kier la había escuchado. Y si así fue, no lo mostraba. Además, no estaba sola. Cada uno de los estudiantes se alivió al escuchar que podrían recibir un poco de ayuda para el regreso.

Y entonces, la Jefa Pangie agregó:

—Claro, quien no logre regresar a tiempo será expulsado de la clase. Así que mejor apresúrense a bajar. ¡Buena suerte!

Doblada de risa, aceleró su hoversled camino abajo, y enseguida se perdió de vista.

Como todos en la clase, Leia se apresuró detrás de la instructora. Había memorizado algunos puntos de referencia. Tal vez podría…

«No. No tal vez. De ningún modo regresaré con mis padres para decirles que fallé».

No importaba si los demás se sentaban en la nieve y se negaban a ceder. Ella bajaría de la montaña antes de la puesta de sol.

De alguna manera.

CAPÍTULO 6

Leia asumió que la Jefa Pangie los había abandonado ahí como una experiencia para hacer grupo. Trabajar juntos para superar las dificultades crearía un buen ambiente y los convertiría en amigos por siempre.

Si ese era el plan, estaba fallando notablemente.

—¿Podrían tratar de moverse más rápido que un glaciar? —preguntó Harp Allor cuando tuvo que parar una vez más para que los demás la alcanzaran—. Tenemos mucho que recorrer antes del anochecer, y ya están arrastrando sus traseros.

El ithoriano señaló sus incómodos zapatos de nieve, que resistían pero ralentizaban su paso. Sssamm, de Fillithar, siseó que tal vez podría recordar que no todos tenían traseros, y que dejara de centrarse tanto en los bípedos.

Amilyn, que se había subido a un tronco cortado, echó un vistazo hacia el agujero del árbol más cercano.

—Nop —dijo con su voz cantarína—. No hay lechuzas de nieve aquí tampoco.

Kier había conservado la calma hasta el momento, pero ese comentario le hizo poner los ojos en blanco.

—¿Por qué buscas lechuzas de nieve?

—¿Y por qué no?

Al parecer, Kier no pudo pensar en una buena respuesta. Después de un largo silencio, asintió como diciendo «buen punto».

Chassellon reajustó su costosa bufanda de lana de muunyak, y se aseguró de que quedara en un estilo llamativo. Leia no podía entender cómo alguien podía preocuparse por las apariencias en un momento así; además, para ese punto todos estaban acalorados por la caminata. Él estaba dispuesto a sudar aún más en lugar de perder su estilo. 2V amaría a este chico.

—Es obvio que la jefa como-se-llame nos odia. Cree que es muy buena para tener estudiantes en lugar de soldados. ¿Pueden imaginar los problemas por los que pasaría si le reportan esto a la Reina Breha? No puedo *esperar* a verlo.

—¿Podemos concentrarnos, por favor? —dijo Leia, que apenas controlaba su temperamento—. ¿Ven ese árbol muerto que está partido en dos en la punta?

Kier asintió.

—Al que le cayó un rayo. Lo vi en el camino de subida, también. Tenemos que girar al oeste aquí.

A Leia le pesó no haberse dado cuenta de que le había caído un rayo. Pero ¿qué importaba? Por lo menos alguien más en la clase podía usar su cerebro y boca al mismo tiempo.

—Okey, pues iremos al oeste.

Harp Allor ya se había adelantado de nuevo, y saltaba por la nieve profunda. Gritó:

—¡El camino está mejor por aquí! ¡Podemos ahorrar tiempo!

—¿Harp? —preguntó Kier—. Creo que recuerdo…

De pronto, Harp saltó hacia un lado y se cayó. Su grito de dolor hizo eco contra las pendientes rocosas.

—… hielo engañoso por aquí —terminó Kier.

Leia corrió a donde Harp había caído. Se agarraba una pierna y hacía un gesto de dolor.

—¿Estás bien?

Harp sacudió su cabeza y dijo:

—Me torcí el tobillo.

—Fantástico —dijo Chassellon, y enterró sus manos en su cabello negro, enrulado y alborotado—. ¿Puedes caminar igual?

Para entonces, Kier había ido con Harp también, y los dos intentaron ponerla de pie. Antes de que Harp intentara sostenerse, Leia vio la manera extraña en que estaba doblada su bota y le apretó el brazo para advertirle.

—¡No! No está torcido, ¡está roto!

Kier agregó:

—Nada que unas horas en un tanque de bacta no arreglen, pero no hay manera de que puedas bajar de la montaña sin ayuda.

«Gracias por decir lo obvio». Leia estaba mejorando en deducir exactamente la razón de su enojo. En ese momento, no se trataba de Kier Domadi, sino del lío en el que estaban metidos.

Los ojos de Harp estaban llenos de lágrimas.

—Lo arruiné para todos.

—No es así —dijo Leia, pero Chassellon bufó. Ella lo miró—. ¿Y eso *qué* significa?

Chassellon alzó sus manos cubiertas por costosos guantes de piel de fambaa, como gesto burlón de rendirse.

—Concuerdo contigo, Princesa Leia. Allor no lo arruinó para todos, solo para ella. Yo quiero regresar antes del anochecer de una vez por todas, con o sin ella. Y parece que será sin ella.

Cuando Leia se enojaba de verdad, le pulsaban las sienes, y a veces sentía como si la parte superior de su cráneo estuviera a punto de estallar para dejar escapar el vapor que había dentro. Ya le palpitaba la cabeza.

—¿La dejarías aquí sola?

Chassellon se encogió de hombros.

—Al parecer, la Jefa Pangie piensa que este tramo de zona salvaje es a prueba de todo, excepto de la torpeza. Por lo tanto, la señorita Allor, aquí presente, debería estar bien hasta que manden un transbordador a buscarla.

—Eso es inaceptable —dijo Kier, aún con su tono plano, pero Leia se dio cuenta de que estaba casi tan enojado como ella.

—Se sentiría sólita —dijo Amilyn, que aún estaba en la cima de su tronco, y miraba hacia el agujero como si las anheladas lechuzas fueran a aparecer.

—Sólita. Oh, bueno, que nos expulsen a todos para que no se sienta *sólita* por unas cuantas horas —dijo Chassellon, y cruzó los brazos—. O podemos actuar como gente racional y seguir en movimiento.

—Váyanse, entonces —dijo Harp, con la cabeza caída—. Estaré bien.

—No te dejaremos —insistió Leia, que soltó a Harp esperando que Kier pudiera sostenerla, y caminó hacia Chassellon—. Piensa un momento. Si todos nos quedamos con Harp, la Jefa Pangie tendrá que dejarnos quedar en la clase. No puede expulsarnos a todos.

—Tal vez te salves, Su Alteza, pero el resto tenemos que velar por nosotros mismos. Confía en mí, cuando alguien así quiere hacerle la vida más difícil a la gente que tiene poder sobre ella, encontrará una manera. No pretendo darle aún más armas —dijo, y volvió a ponerse su mochila. Colocó una mano en el hombro de Leia con una expresión tan genuinamente compasiva, que Leia pensó por un momento que cambiaría de parecer. En lugar de eso, continuó en voz baja—: Me doy cuenta de que tienes que quedarte. No se puede difundir el rumor de que la princesa de Alderaan abandonó a alguien en la barranca para salvar su pellejo, ¿o sí? Las apariencias importan.

—*¡¿Apariencias?!* —exclamó Leia.

Las sienes le pulsaban de nuevo, y sus mejillas enrojecieron, calientes contra el cortante aire helado.

Chassellon no lo notó, e hizo un llamado para los demás:

—Los que quieran ir a la cabaña, ¡síganme!

Para el espanto de Leia, la mitad de la clase comenzó a bajar por la colina detrás de él. Solo el ithoriano se detuvo e inclinó su cabeza como diciendo «perdón». Los demás siguieron sin mirar atrás.

«Y si tenía que quedarme varada con la mitad del grupo, ¿tenía que ser con esta mitad?», pensó Leia. Kier se quedó de pie, juzgándola en silencio mientras Harp resoplaba en su hombro. Sssamm parecía tranquilo y alerta, pero, como una forma de vida sinuosa, no podía ayudar a cargar a Harp, ni sus herramientas ni nada. Y Amilyn seguía buscando lechuzas.

Parecía que todos esperaban que Leia fuera su líder. Tenía sentido, ya que estaban en su planeta, pero hubiera ayudado si tuviera la más mínima idea de qué hacer.

«Pero sí la tengo. La tengo». Leia respiró profundamente. Su padre siempre le dijo que debía ser valiente cuando tenía a otros a su lado.

«Ve a través de ellos —decía—. Ayúdalos a descubrir de lo que son capaces, y siempre encontrarás que tienes a la gente adecuada».

Eso no era tan fácil de creer en ese momento, pero no había nada más con qué comenzar.

—Nos dirigíamos hacia el oeste. Entonces vamos.

•◆•

—Lamento mucho que te duela —le dijo Amilyn a Harp con honestidad mientras le tocaba arrastrar el trineo improvisado que ensambló Kier. Su cabello color verde ácido parecía como una quemadura química en contraste con la nieve—. Pero hay un lado bueno, también. ¿Quién hubiera adivinado que encontraríamos peligro de muerte tan rápido?

Harp hizo una mueca y dijo:

—Pues yo espero que no haya peligro *mortal*.

—¡Lo será si tropezamos en un precipicio! —dijo Amilyn, y su sonrisa se agrandó mientras Harp miraba a su alrededor, nerviosa.

Estaban seguros y lejos del peligro, dado que Sssamm se deslizaba al frente para explorar el terreno; sus escamas siseaban contra la nieve, a diferencia del crujir de los pasos de bípedos. Leia ya no tenía miedo; entre los cinco recordaban lo suficiente del camino de regreso para asegurarse de volver a la cabaña. Tal vez lo lograrían antes del anochecer, o tal vez no, pero lo importante era asegurarse de que Harp permaneciera a salvo.

«Aun así, si conozco bien a mi madre, seguro contrató a la instructora más ruda de la galaxia». Si alguien pensaba que las princesas eran mimadas, nunca habían conocido a la Casa Real de Organa. «Tal vez la Jefa Pangie me eche de la clase si no regreso a la puesta de sol. Si lo hace, habré fallado automáticamente el Desafío del Cuerpo. ¿Qué pasaría entonces? ¿Podría probar una vez más el siguiente año?». Nunca investigó qué sucedía a los herederos que no completaran los desafíos que fijaron en el Día de la Exigencia. La posibilidad de fallar nunca había pasado por su cabeza.

—Lo siento, chicos —dijo Harp por octava vez. Pero en esta ocasión, continuó—: Siempre he hecho lo necesario para ser la mejor de mi clase, en cada clase. Errores tontos como este… —respiró con brusquedad, como si intentara no llorar—. Supongo que no estoy acostumbrada a fallar tan rotundamente.

Kier continuó mirando hacia delante, e iba al mismo ritmo que los demás. Le respondió:

—Entonces esta es la mejor clase que has tenido. Nadie aprende nada nuevo sin fallar las primeras veces. Tienes que afrontar eso y averiguar cómo levantarte de nuevo. Eso significa que aprender a fallar es la lección más importante de todas.

Aunque Leia no dijo nada, sintió las palabras e intentó procesarlas. Toda su vida había sido como la de Harp, esforzándose constantemente por aprender, hacer y *ser* más. Nadie admitía que fallar era una posibilidad, mucho menos que podría ser algo bueno.

En otras circunstancias, habría encontrado sus alrededores tan bellos que le quitarían el aliento: los valles atiborrados de coniferas que se extendían debajo de ellos; los infinitos tramos de nieve pura; la manera en que la sierra escarpada cortaba la luz del sol que bajaba en varios rayos dorados. Las escamas iridiscentes de color verde de Sssamm

brillaban con cada doblar de su cola, y hasta la ropa multicolor de Amilyn era vibrante. Tal vez si pensaba en el fracaso como algo positivo, podría disfrutar algo de eso.

Algún día, tal vez. Como un recuerdo. Pero ¿hoy? Tenía que seguir avanzando.

Además, el fracaso no siempre era personal. Cuando Leia falló en Wobani, otros sufrieron las consecuencias.

Kier se colocó a su lado.

—Probablemente los otros no están tan lejos. Tal vez lo logremos antes del anochecer.

—Tal vez —dijo Leia, que dudaba de que así fuera, pero no lo creía imposible—. Gracias por hacer el trineo.

El se encogió de hombros.

—Mi maestro de antropología histórica siempre insistía en que intentáramos desarrollar habilidades primitivas, para ver qué tan difíciles eran. Si necesitas afilar un cuchillo, dime.

—Esperemos que no llegue a eso. Aun así, solo quería decir que lo agradezco. No tenías que quedarte y ayudar.

Kier la miró de reojo.

—Pero tú sí.

—¿Qué?

—Tuviste que quedarte.

—¿Por qué? ¿Por las apariencias? —dijo. Y ella que pensaba que estarían libres de idiotas una vez que Chassellon se fuera—. Eso no tiene nada que ver. Siempre ayudaré a quien lo necesite.

—Eso no es lo que quería… —Kier guardó silencio. Leia se dio cuenta de que él no sabía qué decir, y luego que no la podía ver a los ojos. Este chico no era huraño, sino *tímido*. Al fin, dijo—: Lo siento. A veces no soy bueno diciendo lo que realmente quiero decir.

Leia estaba más calmada y se sentía curiosa. Respiró profundamente; el aire olía a eterna primavera.

—Está bien. Inténtalo otra vez.

Kier avanzó varios pasos más, y tardó tanto en hablar que Leia comenzó a pensar que ya no diría nada, pero finalmente dijo:

—No quise insinuar que te quedaste por las apariencias. Me refiero a que tu puesto real te obliga a quedarte.

Leia no entendía la diferencia, pero quería seguir escuchándolo.

—¿Te refieres a que la gente espera más de una princesa?

—No. Digo que *tú misma* esperas más de ti —dijo Kier, y la miró. Sus respiraciones eran pequeños soplos de vapor blanco en el aire helado—. Escuchamos con frecuencia cómo la Casa de Organa se dedica por completo al bienestar de la gente.

—Lo hacemos.

Con una mano en alto, Kier continuó:

—Sí. En verdad lo hacen. No es nada más propaganda de Alderaan, como lo es en casi todos los planetas de la galaxia. La reina, el virrey y tú también, al parecer. —Leia estaba más tranquila, y asintió. El lo tomó como señal para continuar—. Así que tú no tienes que elegir entre irte o quedarte. Y tampoco tienes que hacerlo en la Legislatura de Aprendices.

—¿Crees que estoy atrapada en la Legislatura de Aprendices?

Bueno, eso era mejor que pensar que no se lo merecía. La cosa es que ella no sentía que lo hacía, no después de Wobani. Con firmeza y para convencerlos a ambos, dijo:

—Confía en mí, no puedo esperar a volver al Senado.

La mirada lateral de Kier se sintió como si la evaluara.

—¿De verdad? ¿O solo crees que deberías?

—Gracias, pero conozco mis razones a la perfección.

Leia quería sonar enojada. Enojada en serio. Pero, la verdad, quería que él estuviera en silencio para poder reflexionar lo que había dicho. La idea de poder elegir su propio futuro en lugar de heredar el trono era tan ajena para ella que nunca la había considerado conscientemente. Ni una sola vez. En ese momento se dio cuenta de que era muy extraño.

Como si Amilyn hubiera sentido la palabra *extraño,* gritó:

—¡Miren esto!

Habían pasado de un tramo difícil con trozos de madera a un espacio despejado con pendientes cubiertas de nieve y sin árboles; la blancura se extendía en todas direcciones. Pero las pendientes estaban muy empinadas como para bajar con facilidad, especialmente cuando uno de ellos tendría que tirar del trineo.

Por lo menos el camino era fácil de ver.

—Por aquí llegamos —dijo Leia, y apuntó hacia una hilera de rocas que bajaba por la colina, aproximadamente a doscientos metros hacia el oeste. Sssamm siseó que podía ver a lo lejos al grupo de Chassellon con su fina visión de Fillithar, lo que significaba que estaban a doscientos metros.

—Cuando era pequeña, amaba los toboganes —dijo Amilyn.

A Leia le costó trabajo no desesperarse.

—Bien por ti. Cuando regresemos al camino, va a estar muy desparejo para el trineo. Kier —Leia se sintió incómoda de pedirle cosas, lo que no tenía sentido, pero siguió—, ¿crees que puedas cargar a Harp?

El asintió, aunque se veía más temeroso que seguro.

—Lo que más me gusta de los toboganes es lo rápido que puedes ir —dijo Amilyn, que se quitó los breteles de su mochila y comenzó a escarbar en ella.

Sssamm siseó que tal vez él podría enroscarse y balancear a Harp en su espiral. Leia iba a objetar esa propuesta porque el peligro de caer y rodar era muy grande, pero la idea de abalanzarse colina abajo le hizo darse cuenta de lo que Amilyn había estado diciendo, y al mismo tiempo Amilyn sacó algo de color amarillo brillante de su mochila. Lo sacó y se desenvolvió en su totalidad con un un sonido ronco: era una carpa de supervivencia.

Amilyn se paró en la esquina de la carpa, y se inclinó para armar dos de las varillas flexibles.

—Miren, podríamos aplanarla, y luego…

—… tendríamos un tobogán lo suficientemente grande para todos —terminó Leia—. ¿Por qué no lo dijiste desde el principio?

Amilyn frunció el ceño.

—Pero sí lo hice, ¿no?

—Es muy peligroso —dijo Kier, que se arrodilló a un lado de Amilyn y negó con la cabeza—. Agarraríamos mucha velocidad con tanto peso a bordo y sería difícil de maniobrar. Si chocamos, todos podríamos terminar con un tobillo roto. Los generadores de campo nos protegen solo un poco.

Sssamm se deslizó cerca de ellos y siseó emocionado. Se enroscó en la carpa-tobogán, expandió sus espirales para agarrar los bordes, metió su cola en la última solapa que estaba suelta y la levantó, así se formó una vela perfecta, que movió de un lado a otro para probar lo fácil que sería manejarla. Kier sonrió y Amilyn aplaudió.

Por primera vez, Harp se veía esperanzada y no deprimida.

—¿Lo intentamos?

No necesitaban el permiso de Leia, quien en lugar de decir algo, comenzó a reír. Luego dijo:

—Hagámoslo.

El descenso fue una ráfaga de rocío de nieve y árboles a lo lejos. A veces tenían que girar con fuerza de un lado a otro tan rápido que Leia pensó que volcarían, pero Sssamm siempre mantenía el curso.

Harp gritó de nervios un par de veces cuando golpeaban un cerrito o cuando se levantaban del suelo por un momento y luego aterrizaban, pero la mayor parte del tiempo se iba riendo, al igual que Leia.

A la princesa se le ocurrió que no se había divertido así en mucho tiempo. Y menos con gente de su edad, desde hace… «¿Desde hace? Creo que nunca».

• ◆ •

Mientras el sol se ponía, Chassellon Stevis y su grupo recorrían los escalones de la cabaña, todos exhaustos y miserables. Pero todo fue aún peor cuando entraron en el gran salón con la chimenea enorme, y vieron a Leia y a sus amigos descansando con tazas gigantes de mocoa.

—¿En dónde estaban? —dijo Harp. Tenía una bolsa de bacta de emergencia en el pie y crema batida en la punta de la nariz—. Llevamos *siglos* esperándolos.

Chassellon balbuceó.

—No es… posible. ¿Có-Cómo…?

—Lo hicieron mostrando algo de ingenio, Stevis —dijo la Jefa Pangie, que acercó la segunda silla más cómoda a la chimenea, ya que había dejado la mejor para Harp—. Y también algo de compasión: una cualidad que tú y tu grupo podrían aprender a usar.

—Se están divirtiendo, ¿verdad? —dijo Chassellon, que mantenía la barbilla en alto tratando de parecer imponente, aunque tenía la ropa y el cabello empapados. Eso no era muy impresionante—. ¡Veremos quién ríe al final, jefa, cuando la Reina Breha sepa que nos abandonó!

Leia se encogió de hombros y dijo:

—He estado hablando con la jefa, y resulta que este reto fue idea de mi madre en primer lugar.

—Pero… una reina… nunca…

—¿Nos haría pasar un mal rato? Obviamente no conoces a mi madre.

Chassellon se desinfló de un modo tan patético que casi sintió pena por él. De reojo, Leia vio que Kier levantaba su barbilla como si se sintiera orgulloso, tal vez de la rudeza de su monarca. Tal vez le haría las cosas difíciles a Leia de vez en cuando, pero podía distinguir a un alderaaniano leal cuando lo veía.

La Jefa Pangie levantó su taza hacia el segundo grupo como si hiciera un brindis.

—Como fallaron en trabajar en equipo ahí afuera, tendré que asignarles tareas extras para todo el grupo en la siguiente lección. Podría ser… ¿cargar las mochilas de los demás? Eso suena bien.

El solo pensar en la cara de Chassellon fue divertidísimo para Leia el resto de la tarde y el viaje de regreso a Aldera. Mientras caminaba de regreso al palacio fundida y desarreglada pero llena de vigor, quiso encontrar las palabras correctas para describir lo que pasó. «Como una enredadera marchita de Harloff Minor…». No, así no. «Como 2V, cuando yo era pequeña y corría directamente desde mi baño a la formalidad del comedor…». Eso último se lo recordaban a Leia tan seguido que no estaba segura de si estaba en su memoria o simplemente se sabía la historia, pero se le hacía fácil imaginarse a 2V horrorizada al ver a su chiquilla mojada y desnuda salir disparada e irrumpir en medio de una cena diplomática.

—Buenas tardes, princesa —dijo el guardia que estaba afuera del camarote personal de Bail Organa, que indicaba la posición de su padre como si fuera una bandera. El guardia no se movió de inmediato para dejarla pasar; tal vez asumió que quería bañarse antes de ver a sus padres. Pero no esta vez. No podía esperar para contarles todo. Estarían orgullosos de ella, tal vez lo suficiente como para borrar la mancha de sus errores.

—Buenas tardes —dijo Leia, y su rostro casi le dolía por sonreír—. Vengo a ver a mis padres. Están aquí, ¿no?

—Lo siento, Su Alteza —dijo el guardia, que intentó ser gentil, lo que solo empeoraba las cosas—. Sus padres están en una conferencia acerca del siguiente banquete y dieron instrucciones específicas de no ser molestados por nadie.

Pasó un momento largo antes de que Leia se arriesgara con la única pregunta:

—¿Ni por mí?

—No, Su Alteza. Estoy seguro de que querrán verla cuando la conferencia termine.

«Cuando terminen de planear su próxima cena de gala».

—Bueno. Muchas gracias.

Su tono era tranquilo, ¿no? Como el de una princesa, y no como una niñita dolida.

Tal vez no. El guardia parecía triste por ella, incluso compadecerla, pero Leia no lo odió por eso.

•◆•

Varios días después, Leia seguía de mal humor. Ni siquiera su anhelado regreso a Coruscant para la primera sesión de la Legislatura de Aprendices la animaba.

La aventura con su clase de exploración la alegró solo un día. Después de eso, se quedó sola y con la ausencia de sus padres y el persistente remordimiento acerca de lo que sucedió en Wobani. Se dedicó a cuidar de los refugiados tan pronto como llegaron a Alderaan; era la única manera que se le ocurrió para compensar sus errores. Pero los refugiados no sabían que había arruinado las negociaciones que podrían haber servido al resto de la gente en Wobani, lo que hacía que su gratitud fuera más dolorosa.

—Nos iremos pronto —le contó una mujer a Leia mientras la princesa ayudaba a organizar las cuentas para la remuneración otorgada por la reina—. Tenemos primos en Itapi Prime. Primos lejanos, pero hemos hecho negocios juntos últimamente. Creo que estaremos bien allá.

—¡Yo me quedaré aquí! —dijo un viejo—. Alderaan es el planeta más hermoso de la galaxia, si me preguntan. Ya pienso en él como mi hogar.

Estaban tan *felices* y satisfechos por cómo resultaron las cosas para ellos. Leia sabía que debía encontrar placer en ello en lugar de recordarse constantemente a sí misma que la situación sería mejor para ella y todos en Wobani si ella hubiera…

«¿Hubiera qué? ¿Decidido alejarse y dejarlos sufrir?». Leia no hubiera podido hacerlo, no sin una fuerte razón. Y sus padres no le habían dado ninguna porque ella no tenía acceso a la información clasificada.

Bueno, entonces eso significaba que debía ser extraordinaria en la Legislatura de Aprendices. Ahí, por lo menos, sabía lo que hacía. Sería su primer paso hacia el verdadero poder político, y con el poder llegaría el conocimiento.

En su primera visita a Coruscant hacía dos años, había servido como una interna para su padre. Volaron juntos en el yate real, el *Polestar.* Leia recordó que su padre resaltó varios puntos de referencia: lugares legendarios que por fin se convertían en realidad. El bullicio y esplendor de Coruscant abrumaba a casi todos los que lo veían por primera vez, incluso a las chicas que crecieron en palacios, y Bail Organa reía al ver los ojos muy abiertos de su hija.

Para esta ocasión, Bail se había adelantado dos días para atender asuntos más importantes de los que la princesa no escuchó.

Leia vio el panorama sola desde el *Polestar* mientras la nave bajaba y se incluía entre el complicado tránsito que cubría el planeta. En su opinión, Coruscant se veía mejor de noche, cuando trillones de luces intensas resplandecían como si fueran un núcleo galáctico. Pero era de día, así que se vio abofeteada por la energía frenética de un sinfín de naves pequeñas, el ajetreo del tránsito a través de los corredores del transparente espacio aéreo cada cuadra y los puentes inquietantes de los edificios a su alrededor.

«Solo un lugar como este puede hacer que el Senado Imperial parezca calmado», pensó.

Ya que Leia estaba familiarizada con el complejo senatorial y tenía su propio lugar en el departamento de su padre, no se molestó por llegar temprano para la inauguración de la Legislatura de Aprendices. Sin embargo, no fue su intención llegar a última hora y correr por los pasillos en espiral para encontrar su pod en la cámara, mientras sonaba la primera fanfarria. Se deslizó dentro y Kier Domadi miró por encima de su hombro. Su atuendo simple de color gris marcaba un claro contraste con la vestimenta formal y fina de la mayoría, y con el vestido de cuello alto de Leia.

Kier dijo en voz baja:

—Me preguntaba si vendrías.

—¿Por qué no lo haría? —susurró en respuesta.

Que le hablara con ese tono silencioso hizo que se acercara más a él, tanto que pudo sentir el calor de su aliento.

—¿Y por qué no llegarías temprano?

Leia sintió una punzada de nuevo. Kier se había ganado su lugar ahí y lo valoraba más que ella. El Senado le era familiar, pero era nuevo para él. Aunque era importante para ambos.

—Tienes razón. Tendría que haber llegado temprano.

—No es lo que… yo… —dijo, y suspiró—. Lo que quiero decir es que pareces el tipo de persona que llega temprano, la mayoría de las veces.

Leia reflexionó acerca de eso.

—En realidad, lo soy.

—Ya veremos —sonrió mientras lo decía.

Hubo un aplauso inicial cuando el presentador se subió al estrado. Era un hombre que Leia nunca había visto pero del que había escuchado mucho. Nada bueno.

—Bienvenidos a la Legislatura de Aprendices —dijo el Gran Moff Wilhuff Tarkin. Era delgado, con rasgos afilados como una aguja esculpida de un hueso—. Cada uno de ustedes comenzará el proceso para representar a su planeta en el Senado, y, de hecho, ante el Emperador mismo. Todos vivimos para servir a este gran Imperio; para aumentar su fortaleza y trabajar para preservarla. Aquí comienza su servicio —dijo, y a Leia le sonó más como servidumbre que servicio. De eso no se trataba la Legislatura. El Senado Imperial era uno de pocos controles al poder de Palpatine, y no parecía que Tarkin quisiera admitirlo—. Algunos dirían que son muy jóvenes, aún niños, prácticamente, y que por lo tanto no tienen nada que ofrecer para nuestro Imperio. De hecho, hay algunos

en la Flota Estelar Imperial que se sorprendieron de escuchar que me ofrecí para hablar en su asamblea, hoy. Esas personas carecen de visión. —La mirada de halcón de Tarkin buscó entre los pods. A Leia no le sorprendería que memorizara todos los rostros para cuando terminara su discurso, si no es que ya se los sabía—. Cuando yo todavía era un estudiante, el entonces Senador Palpatine se interesó en mí. Me concedió una asesoría invaluable que guio mi camino. Su ejemplo me enseñó a buscar a los mejores cuando aún son jóvenes, porque mientras más pronto comencemos, nuestras lecciones tendrán mayor influencia. Así que sepan que no solo están practicando cómo gobernar, tomando decisiones acerca de algunos problemas menores; también se convertirán, tal vez, en líderes imperiales algún día. Demuéstrennos su potencial, y nosotros les mostraremos el camino.

Todos aplaudían mientras Tarkin bajaba del estrado. Leia también aplaudía, pero Kier no. Ella quiso aparentar que no lo había visto. Era más seguro para él de ese modo.



El banquete que siguió al discurso fue un poco informal: la comida y las bebidas estaban puestas en una de las altas repisas que tenían una vista amplia de la ciudad. La puesta de sol coloreaba el horizonte de un rosa oscuro, y los rayos del sol brillaban entre las siluetas oscuras y escarpadas de los rascacielos. Unos cuantos músicos rodianos tocaban una pieza alegre mientras todo el mundo se mezclaba y caminaba de un lado a otro. Claro que el punto era conocer personas nuevas, pero aun así, Leia se juntó con los estudiantes de su clase de excursión.

Chassellon Stevis parecía no guardar resentimiento; su cabello estaba peinado con trenzas, vestía un elegante saco de seda y tenía una sonrisa gigantesca. La saludó:

—Qué bueno es estar de regreso en la civilización, ¿no lo crees?

—Me gusta más que estar atrapada en el medio de una montaña, si es a lo que te refieres —dijo Leia, y también le sonrió.

Si Chassellon no iba a enojarse, entonces ella no lo haría tampoco. Pero no olvidaría lo que había sucedido.

Harp Allor se veía sonrojada y feliz.

—¿No están emocionados? El Senador Lenz dice que me presentará con el Gran Moff Tarkin después —dijo Harp.

—¿Vino tu senador? —preguntó Leia, sorprendida. Su padre no le había contado de esa posibilidad.

—Quería que empezara con el pie derecho.

Harp echó un vistazo a su alrededor y luego señaló a Winmey Lenz, el Senador Mayor de Chandrila. Era un hombre esbelto de piel negra y barba de pocos días. Le era familiar a Leia porque había ido a las recepciones previas a las cenas de gala de su madre. Le hablaba con ánimo a un oficial militar, uno de los pocos que asistieron. Lenz vio el gesto de Harp y la saludó con la mano antes de seguir su conversación. Leia miró a su

alrededor y se dio cuenta de que no todos los adultos presentes eran miembros del personal: había algunos senadores entre ellos.

«Mi padre pudo estar aquí conmigo todo este tiempo. Simplemente no creyó que fuera importante».

Kier interrumpió:

—El Senador Organa se encargó de que nuestra princesa empezara con el pie derecho desde hace unos cuantos años, supongo.

Intentaba hacerla sentir mejor, lo que significaba que se dio cuenta de que la hizo sentir mal. El hecho de que supiera que se había sentido avergonzada la hacía sentir peor.

—Pudo haber venido por *ti* —apuntó Leia.

—Estoy seguro de que tu padre sabe que estoy en buenas manos.

«Interesante elección de palabras»; pensaría en ellas después.

—Nos vemos otra vez —dijo Amilyn Holdo, que llegó de pronto y mantenía la misma expresión plana en su rostro. Se había teñido el cabello de color azul pálido con las puntas naranjas, y llevaba un ostentoso caftán en un patrón brillante y vertiginoso, ajustado con borlas y brillantina. En lugar de quedarse a conversar, fue directo hacia los bocadillos. Por lo menos conocía sus prioridades.

Leia se inclinó hacia Kier y murmuró:

—Pensé que valoraban la sencillez en Gatalenta. Me gusta su vestimenta, excepto por esas capas rojas.

—Pensé lo mismo. Al parecer, Holdo tiene su propio estilo —dijo Kier con gentileza, lo que era un buen recordatorio de que a Leia no debería importarle lo que Amilyn llevara puesto, o de qué colores se tiñera el cabello, o el hecho de que siempre hablara en el mismo tono monótono.

Un miembro de una especie alienígena que ella no conocía flotaba en el aire, cerca de las bebidas; tenía muchos tentáculos rayados que hacían gestos elaborados en un complejo lenguaje de señas. Desde una perspectiva galáctica, era difícil decir que algo era de verdad «raro».

Harp habló, quizá para encubrir el silencio incómodo:

—Así que ¿cuánto creen que realmente haremos en la Legislatura? Sé que tendremos varias tareas, pero ¿creen que el Imperio les hará caso a nuestras recomendaciones?

—Probablemente del mismo modo que «escuchan» las recomendaciones del Senado —respondió Kier—. En otras palabras, no lo creo.

—¿Perdón? —dijo Leia, y dio un paso atrás—. Trabajamos muy duro en el Senado. Mi padre está aquí diez horas por día, a veces…

—¡También el Senador Lenz! —protestó Harp.

Kier levantó las manos y dijo:

—Digamos que tengo mucha más fe en el liderazgo del virrey en Alderaan que cualquiera aquí en Coruscant.

—No suenes como un *radical* —dijo Chassellon, y se quitó distraídamente una pelusa del saco—. Sería muy torpe.

Necesitaban cambiar de tema, pronto. Leia asintió con la cabeza hacia Tarkin, que era el centro de atención en el medio del balcón. El sol comenzaba a esconderse y hacía que destacara la silueta de su perfil marcado. Leia pensó de nuevo en halcones y garras.

—Supongo que tendremos que ser capaces de trabajar sin preocuparnos por nuestro presentador. Y terminar de una buena vez con eso.

—A mí me parece un tonto, si me preguntas —dijo Chassellon, y se encogió de hombros con una indiferencia que solo puede surgir si eres rico—. Propongo que abandonemos este lugar y vayamos a divertirnos de verdad. Me conocen en algunos clubes en los niveles inferiores.

Ya que Chassellon no era mayor que Leia, lo dudaba. Pero solo dijo:

—No, necesito conocer al gran moff. Mi padre esperaría eso de mí.

«No creo que vaya a escuchar algo al respecto, de cualquier manera».

Kier negó con la cabeza.

—Dudo que al gran moff le importe conocerme. Y el sentimiento es mutuo. Además, necesito ir a instalarme en mi dormitorio.

Leia no había pensado en el hecho de que los otros aprendices se alojarían en un dormitorio. Ella se quedaría en el departamento de su padre. Mientras la familia Organa vivía con bastante sencillez en Coruscant (por lo menos para alguien con sus títulos), sintió que su cuarto era más lujoso comparado con el dormitorio. Era otra cosa más que la separaba de ellos. En realidad, de todos.

—Quiero seguir asimilando la atmósfera de aquí —dijo Amilyn, que había regresado. Lo que dijo parecía razonable, hasta que volvió a hablar—: Si no se acostumbran a los gases de un planeta nuevo y los dejan adentrarse en su piel de manera orgánica, causarán perturbaciones en sus sueños.

Chassellon puso los ojos en blanco. Leia lo tomó con una señal para ir a la línea de recepción y terminar de una vez por todas.

Muchos de los aprendices de legisladores estaban nerviosos por conocer al gran moff. Leia observó eso sin decirlo en voz alta; no tenía ni seis años la primera vez que conoció a un rey. Mientras los demás temblaban, tartamudeaban y caminaban con pies o tentáculos torpes, Leia se mantenía firme, agradecida de tener el cabello arreglado con trenzas enrolladas hacia arriba para dar la ilusión de ser más alta, y esperó su turno. Cuando por fin estuvo frente al Gran Moff Tarkin, tomó su mano con firmeza.

—Princesa Leia Organa de Alderaan.

—Su Alteza —dijo Tarkin. Su mano apretaba la suya un poco más de lo regular, pero lo suficiente para que Leia sintiera que la estaba reteniendo. La sensación solo duró un instante, igual que su frágil sonrisa—. Espero con ansias descubrir si será el mismo tipo de senadora que su padre.

—Y yo espero serlo. Visitaré Eriadu por primera vez pronto, como parte de mi entrenamiento de excursión. No nos dicen en qué montañas tendremos que explorar, pero pensé que usted sabría.

La diplomacia a veces requería halagar a la gente. Una manera de hacerlo era usar referencias de sus planetas de origen; otra era preguntarles su opinión acerca de algo de lo que estuvieran bien informados. Leia estaba orgullosa de utilizar ambas en una sola pregunta.

—La Cordillera de Rivoche —dijo Tarkin sin dudar. Sus ojos estaban fijos en los de Leia, llenos de una franqueza inquietante—. Hizo su tarea.

—Lo intento, señor.

—Un buen hábito que debe cultivarse —dijo, e hizo una pausa—. A diferencia, por ejemplo, de buscar brechas en las regulaciones imperiales.

Por fuera, Leia no dio señales de vacilar. Por dentro, se sintió impactada y luego avergonzada. ¿Tan lejos se había esparcido el rumor de su rescate en Wobani, y tan rápido?

Era probable que Wobani no fuera lo que le interesaba. Más bien, le molestaba que ella presenciara lo que había sucedido en la Estación Calderos. Leia estaba esperando que la información del ataque saturara la HoloNet, y estaba ansiosa por aprender las diferentes teorías acerca de quién podría ser el responsable. Y no había nada de eso. Eso significaba que lo habían encubierto.

Eso significaba que ella era una de las pocas personas que conocían un secreto que el Imperio quería guardar con muchas ganas. Leia lo entendía muy bien como para darse cuenta de que estaba en una posición riesgosa.

Tarkin agregó:

—Tiene talento para encontrar debilidades, Su Alteza. Y para explotarlas. Ese talento puede funcionar a su favor, o en su contra. Tendrá que decidir cuál.

Tarkin avanzó hacia el siguiente joven legislador, y Leia se quedó parada entre la gente, en silencio entre el bullicio, insegura de lo que la rodeaba.

CAPÍTULO 7

Leia se quedó despierta toda la noche con la esperanza de ver a su padre, pero mientras pasaban las horas, ella estaba más cansada. Al final, concluyó que él había regresado a Alderaan por un rato. O tal vez tuvo que salir del planeta para ir a una misión de reconocimiento imprevista. Cualquier opción era plausible; había ido una y otra vez entre varios mundos con él muy a menudo. Como Bail sabía que Leia estaría ocupada en la Legislatura de Aprendices, era lógico que no le hubiera pedido que lo acompañara. Con determinación, Leia se convenció de no alterarse al respecto. Se fue a dormir para empezar desde cero el día siguiente.

Cuando salió de su cuarto a la mañana siguiente, vio a su padre sentado en la mesa, comiendo una rebanada de pan de fruta, ausente, mientras su caf humeaba en una taza.

Bail Organa se sobresaltó cuando la vio.

—¿Leia? ¿Ya estás en Coruscant?

—Por supuesto. La Legislatura de Aprendices entró en sesión.

Hizo una mirada analítica.

—Pensé que era… —y entonces hizo una mueca—. Ayer.

—Sí.

Pero Leia ya se sentía un poco mejor. No estuvo bien que su padre se lo haya perdido, pero por lo menos se sentía mal al respecto.

—No puedo decir que siento haberme perdido el discurso, pero lamento no haber estado ahí contigo —dijo, y señaló la silla más cercana. Luego cortó varias rebanadas de pan de fruta. Leia se sirvió una taza de caf antes de sentarse a su lado. Su padre alzó una ceja—. Dicen que el caf atrofia el crecimiento.

—Mi crecimiento ya está atrofiado. Si ya soy bajita, el caf no me hará daño.

Bail rio con fuerza, y Leia tuvo que sonreír.

Muchos senadores se vestían con túnicas ornamentadas y lujosas, decoradas con piel o enchapadas con metales preciosos. Bail Organa llevaba un atuendo sencillo con capa y sin nada de lujo. Con su altura, hombros anchos y llamativos ojos oscuros, no necesitaba grandeza superficial para llamar la atención o imponer respeto. Hasta hacía poco, Leia pensaba que su padre no envejecía del mismo modo que los demás humanos. Sin embargo, en los últimos meses, el tiempo y el estrés habían comenzado a sacarle canas en el cabello al lado de las sienes, y creaba nuevas líneas en su frente y alrededor de sus ojos.

—Ahora, cuéntame de los otros aprendices —dijo Bail—. No tenemos mucho tiempo, pero debe haber uno o dos que sobresalen.

—Kier Domadi…

—¿El otro representante de Alderaan? Su madre es una profesora que enseña en la Universidad Archipiélago. ¿Qué tiene de especial?

Leia se dio cuenta de que no estaba segura de lo que quería decir, aunque Kier fue la primera persona que se le ocurrió.

—Al principio pensé que era distante, pero no es así. Es tímido, inteligente e interesante —afirmó, y se le vino a la mente que estaba pasando mucho tiempo con un solo legislador, así que agregó con astucia—. Y luego está Chassellon Stevis, de Coruscant, un completo ególatra.

—Impactante —dijo Bail, inexpresivo. Los dos pensaban lo mismo de la mayoría de los nativos de Coruscant.

—Está también una chica de Gatalenta llamada Amilyn Holdo. Ella es… digamos, un poco rara.

Su padre negó con la cabeza en desacuerdo afectuoso.

—Confío en tu juicio, Leia, pero no vayas por ahí criticando a todos. Aveces, la gente puede sorprenderte.

Bail se levantó de su silla y tomó lo último de su caf.

A Leia le fue imposible esconder su decepción, dijo:

—¿Ya te vas?

—Tengo una reunión con Mon Mothma durante la mañana —dijo Bail en un tono que denotaba que su mente estaba en otro lado—. Luego está la sesión, y después llevaré el *Tantive IV* a una misión de reconocimiento por una semana, tal vez dos.

—Es mucho tiempo.

Leia ya se había quedado sola en Coruscant anteriormente, pero no más de una noche o dos, y siempre en compañía de 2V.

—Estarás bien aquí —dijo Bail, y colocó una mano sobre el hombro de Leia—. No hagas fiestas locas mientras no estoy.

Eso la hizo reír, pero su atención estaba en otro lado. Bail le dio un beso en la frente, distraído, antes de irse sin mirar atrás.

Su residencia en Coruscant era un *penthouse* independiente del resto del edificio conocido como Casa Antham, y era considerado relativamente modesto para estándares senatoriales o de la realeza: dos habitaciones, una sala, y un balcón en forma de media luna que tenía una amplia vista de la ciudad. A Leia, que había sido criada en el palacio, el *penthouse* le parecía pequeño.

Pero se sentía enorme cuando estaba sola.



La verdadera primera sesión de la Legislatura comenzó con presentaciones. Leia nunca había estado tan agradecida de que solo cuarenta planetas hubieran mandado a sus representantes en esos días.

No estaba segura de que, si hubiera estado una generación antes, hubiera podido aguantar a miles de personas nombrando sus planetas natales y lo que les gusta hacer. Leia prestó muchísima atención todo el tiempo; nunca se sabe qué detalle puede brindar

algo en común o una visión interesante, pero le costaba trabajo concentrarse en todas esas nimiedades, tanto que le dolía la cabeza.

Chassellon Stevis habló acerca de recuperar los estándares lujosos de los speeders.

—Toma cierto tiempo encontrar las refacciones adecuadas, *jo* lo sé, pero el resultado final lo vale.

«Nota mental: es más paciente y metódico de lo que hubiera imaginado».

Amilyn Holdo incrustó plumas en su cabello azul trenzado, lo que la hacía parecer un pollo cambiando de plumaje.

—Me gusta comparar los mapas astrológicos tradicionales de diferentes planetas para ver si saben del poder que emiten varias estrellas. ¡Los paralelismos son asombrosos!

Sin notas mentales al respecto. Leia había entendido a esa chica desde el primer día.

Cuando fue el turno del pod de Alderaan, Leia hizo un gesto para que Kier hablara primero. Su interés la sorprendió más que a todos.

—Planeo ser historiador y especializarme en la era de la Guerra de los Clones, así que formo parte de las recreaciones de dicha guerra siempre que puedo. Por lo general formo parte como un clon soldado SCUBA, cuando hay batallas acuáticas.

Leia sabía por el expediente que le gustaba estudiar historia, pero se había imaginado que él era alguien que pasaba la mayor parte de su tiempo libre tranquilo y sumergido en un libro. Al parecer, no era así.

«Nota mental dos: aunque es tímido y silencioso, tiene un gran espíritu de lucha».

Las luces la apuntaron y los droides amplificadores sobrevolaron a su lado. Leia se puso de pie, contenta por hablar en público. Otros habían tartamudeado o vacilado, pero ella comenzó con suavidad.

—Soy Leia Organa, princesa de la casa gobernante de Alderaan, heredera a la corona, y ahora, miembro de la Legislatura de Aprendices. Ya que espero estar involucrada en el Senado Imperial durante toda mi vida, estoy agradecida de poder empezar aquí, y espero con ansias conocerlos a todos.

Listo. Había mencionado su estatus de realeza sin hacer mucho énfasis en él, y esperaba que nadie se quedara pensando mucho en ello.

Kier susurró:

—Di algo personal. —Leia lo miró y él alzó las cejas—. Todo el mundo lo hizo.

Tenía razón. Se suponía que debían mencionar un pasatiempo o algún tipo de interés personal, y debía respetar el formato. Entonces ella hablaría de… ¿qué?

«He estudiado la historia de Alderaan desde el primer asentamiento humano», eso era parte de la educación de la realeza. «He sido interna en la oficina senatorial de mi padre por dos años». Eso no era personal. «Soy una estudiante de clases de excursión junto con unos cuantos aprendices de legislación», pero eso también era su Desafío del Cuerpo, una cuestión oficial en su camino a ser reina. No se había dado cuenta de que no tenía muchos intereses personales en realidad; su deber y futuro consumían casi todo su tiempo, tanto que ni siquiera había podido verlo.

—Me gustan las tormentas. Me refiero a las tormentas eléctricas. Me gusta mirarlas —dijo y se sentó con las manos aferradas a su regazo. Los miembros de Glee Anselm iniciaron su presentación, y ella notó que Kier la miraba. No había duda de que se preguntaba cómo es posible que una princesa, no, quien sea, pudiera estar exento de tener una vida privada.

—Mi pasatiempo fue el más tonto —murmuró.

—No es tonto. Es honesto. Todo el mundo se infló. Hasta yo. Tú hablaste desde el corazón. Eso requiere valor.

Kier Domadi era un buen chico debajo de toda esa rareza. Eso, o tenía un gran futuro en la diplomacia. Leia le sonrió ampliamente antes de enfocarse en los otros estudiantes y aprender todo lo que podía de las pequeñas pistas que daban.

¿Qué podrían decir de ella por el hecho de que le gustaran las tormentas eléctricas?

Se sintió más cómoda cuando comenzaron a atender asuntos de suma importancia. Las luces se apagaron y una imagen holográfica surgió en el centro de la cámara senatorial: cuatro sistemas estelares distintos de partes diferentes de la galaxia. Una voz robótica dijo:

—Asunto: el Emperador pronto construirá una nueva academia de ingeniería y diseño aeronáuticos, pero no ha elegido en qué planeta hacerla. La Legislatura de Aprendices comparará los mundos de acuerdo con el criterio de las notas de su sesión, y hará una recomendación para el nuevo sitio de la escuela.

Este era el tipo de trabajo que hacía la Legislatura de Aprendices. No trataba temas de seguridad con consecuencias de verdad. Leia se alegró de ser capaz de poner en práctica su experiencia senatorial, ya que había aprendido ciertas cosas mientras trabajó con su padre. Una de ellas era que aun en un debate simple, todo puede volverse un caos.

—¡Tiene que ser una broma! —dijo uno de los aprendices de Malastare—. ¡Iloh es la única opción!

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo Harp, y sus mejillas se sonrojaron por la emoción del debate—. Iloh es un planeta acuático. ¡Hay muy poco espacio para una plataforma de aterrizaje! Harloff Minor es más adecuado en todo sentido.

—Excepto por el denso tráfico aéreo —apuntó Kier. El era uno de los pocos que hablaban sin exaltarse—. Por lo menos en Iloh, el cielo está libre para hacer pruebas y diseños experimentales, incluyendo los que pueden ser poco estables.

Chassellon hizo un gesto hacia el holograma del planeta más cercano a él.

—¿A nadie se le ocurrió pensar en Lonera?

—Está prácticamente en la Región de Expansión —se burló alguien en el pod de Arkanis.

—Ese sería un problema si nadie hubiera descubierto cómo volar más allá de la velocidad de la luz. Ya que sí se puede, ¿cuál es el problema? —siseó Sssamm.

Se suscitaron más disputas hasta que el droide moderador comenzó a encender y apagar una luz amarilla. La advertencia calmó a los aprendices, pero también los puso de mal humor.

«Todos quieren ganar el primer debate. El punto de una negociación es hacer que cada parte crea que ganó».

—Si me permiten —comenzó Leia, que hablaba por primera vez desde que comenzara el debate—. Estamos desperdiciando casi todo nuestro tiempo hablando de tres planetas de cuatro. Nadie ha dicho nada sobre Arreyel.

Después de un momento de silencio, Chassellon dijo:

—Y con razón.

Algunos murmuraron con aprobación.

Arreyel era un mundo pequeño en el Borde Interior, un antiguo planeta separatista que nunca se pudo recuperar de haber elegido el lado equivocado en la guerra. Era desfavorecido por el Emperador desde el principio de su gobierno por razones que ahora eran turbias, casi olvidadas, pero la mancha no se borraba. La economía de Arreyel estaba hundida, y no tenía materiales únicos ni talento que ofrecer. El planeta no tenía muchas opciones para cambiar su rumbo. A menos que algo importante se construyera ahí. Por ejemplo, una nueva e importante academia imperial.

—Lo admito, Arreyel no es la primera opción que viene a la mente —dijo Leia, e hizo un gesto hacia el holograma que hizo que el sistema de Arreyel se expandiera. El planeta azul y blanco giraba frente a ella—. Pero está incluido en este grupo de cuatro planetas. Eso significa que el Emperador está abierto a hacer algo con él, y tiene la oportunidad de volver a empezar.

—Esa no es la cuestión —dijo Kier. De algún modo se las arregló para hablar en un tono que no diera a entender que peleaba con ella, sino que extendía la discusión—. Debemos elegir el mejor planeta para la escuela, no el que más se beneficiaría.

Leia extendió los brazos e hizo un gesto hacia toda la cámara.

—Después de las últimas dos horas, pienso que todos sabemos que ninguno de estos mundos es mejor que el resto. Todos tienen pros y contras, pero están parejos. Cualquiera de ellos sería un buen lugar para la academia, así que somos libres de considerar cuál se beneficiaría más. Y, claramente, es Arreyel.

La gente se quedó en silencio un momento, hasta que Chassellon se encogió de hombros y dijo:

—Podría también propagar la riqueza.

No todos estaban contentos, pero consiguieron los votos necesarios para avanzar. Con Arreyel elegido, todos aplaudieron y Leia no pudo evitar sentirse orgullosa. Había encontrado una manera de hacer una buena acción desde el corazón del gobierno de Palpatine. De esa forma se podía hacer, a veces, que el sistema funcionara.

—Bien hecho —dijo Kier.

Como si necesitara que ese chico le dijera cómo operar en el Senado.

—Ya sé.

Kier miró hacia el costado y Leia no supo si estaba divertido u ofendido. Esperaba parecerle igual de misteriosa.

Pero, más que nada, Leia pensaba en decirles a sus padres acerca de su logro… cuando pudiera hablar con ellos.

•◆•

En su primera noche, Leia trabajó hasta tarde. Su «oficina» era un cubículo diminuto al lado de la rotonda de la Legislatura de Aprendices. Era un poco más grande que un armario; no era nuevo para ella que la mayoría de los aprendices utilizara los cuartos más como casilleros que como lugares de trabajo. Pero Leia tenía un lugar para sus cosas en Coruscant y además le gustaba trabajar. Así que metió una sillita y un escritorio pequeño, que ahora usaba para revisar varias pantallas llenas de información.

Quería adelantarse y, además, no tenía apuro por regresar al vacío de la Casa Cantham.

Después de terminar de leer el expediente de Arreyel, analizó otros documentos para ver lo que más valía la pena considerar. Algo llamó su atención e hizo que regresara a revisarlo. Cuando lo vio bien, se enderezó, sorprendida.

«Estación Calderos».

No había escuchado nada en Coruscant acerca del ataque. Era obvio que el Imperio quería mantenerlo en secreto. Así que ¿cómo es que estaba en los archivos?

Una leída rápida reveló todo: era un archivo viejo que hablaba de la Estación Calderos, uno que no había sido actualizado con los eventos recientes… o en el que esa información ya había sido eliminada.

La información ante ella resumía el transporte en esa área como parte del trasfondo de un debate acerca de la tarifa que tendrían después en la sesión.

Pero quien fuera el que hubiera atacado la estación tendría que haber disfrazado su ataque como una vieja caravana de cargamento.

Leia comenzó a rastrear los vectores más comunes de tráfico aéreo que llegaron a la Estación Calderos durante los últimos meses. La mayoría de los planetas eran grandes, como Bilbringi y Arkanis —nada sorprendente—, y algunos envíos que iban a Wobani, pero no con frecuencia.

Dos planetas extraños aparecían constantemente en los registros. El primero era Crait, del que nunca había oído hablar. Cuando lo buscó en los archivos, vio por qué. Era un planeta cubierto por rocas y sal en medio de la nada. ¿Cómo es que ese planeta tenía *algo* que comerciar? Y peor todavía, ¿por qué iba tan seguido a Wobani?

El segundo, Itapi Prime, era un mundo cercano a Coruscant, próspero y completamente leal al Emperador. Pero no era un planeta con mayor exportación, y menos a planetas distantes.

«¿No había escuchado a alguien mencionar a Itapi Prime hace poco?». Leia frunció el ceño. Lo recordaría luego.

Por ahora solo sabía que los patrones de tráfico en la Estación Calderos en los últimos meses eran anormales, no tanto para llamar la atención de inmediato, pero sí si alguien

los revisaba después del ataque. ¿Era posible que esos patrones estuvieran relacionados con el ataque?

Si así era, esos eran los rastros de gente que se estaba levantando contra el Imperio, pero en la manera más terrorífica posible.

Leia tenía que decirle a su padre. O tal vez a su madre. O podría enterrar los archivos muy profundo en los bancos de información y esconderlos muy bien para que nadie supiera que los había visto.

En lugar de eso, sacó unos mapas que revelaban rutas de viaje hacia Itapi Prime y hacia Crait también.

CAPÍTULO 8

Leia regresó de Coruscant y nunca había visto a Alderaan tan hermoso. Después del desastre metropolitano, siempre agradecía la sensación de libertad que la llenaba cuando veía las montañas nevadas, los lagos con glaciares resplandecientes y el vasto cielo azul.

Por lo general celebraba el regreso a casa dando una larga caminata al aire libre, o dándose un chapuzón en algún lago. En esta ocasión tenía deberes mucho más importantes.

Leia se encontró con una de las familias de Wobani con la que había hablado varios días antes. Se cruzó con ellos cuando estaban a punto de irse en su viaje a Itapi Prime.

—Pues, claro, Su Alteza —dijo el padre—. Mis primos han movido su mercancía por la Estación Calderos. No he escuchado de ese planeta que menciona.

—Crait —repitió Leia, y esperaba que le sonara familiar. El negó con la cabeza.

—No, no lo conozco. Pero sí Wobani e Itapi Prime, son muy activos en la estación.

—Supongo que no sabes exactamente qué tipo de comercio hacían —dijo, y alzó una ceja.

—Para nada, aunque supongo que lo averiguaré pronto cuando me una al negocio familiar —dijo, y sonrió ampliamente. Si le estaba mintiendo, estaba haciendo un buen trabajo.

Como lo había anticipado, Breha estaba muy ocupada haciendo planes para su próxima cena de gala como para darle la bienvenida a su hija. La ironía era dolorosa, pero no tanto. Nada reconfortaba más a Leia que tener trabajo o hacer un rompecabezas.

Esa noche, en la biblioteca, se sentó junto a uno de los globos estelares y revisó los archivos de la Estación Calderos que logró rescatar. Y *rescatar* es la palabra adecuada. Cuando se metió en los bancos de datos senatoriales en busca de información reciente, vio que habían borrado todo desde meses antes del ataque en Calderos. Leia estaba acostumbrada a que cierta información «desapareciera». El gobierno de Palpatine era descarado en la manera en la que borraba la historia. En esta ocasión, sin embargo, Leia pensó que el Imperio no tendría la culpa.

«Si algunas personas se están organizando para tomar medidas en contra del Imperio, encubrirían sus ataques lo mejor que pudieran. Si esa gente estaba usando Calderos como un eje para traficar naves y armas, intentarían borrar cualquier registro que los pudiera delatar, e incluso elegirían la base como blanco; incapacitarían el tráfico imperial en el área y se esconderían, todo al mismo tiempo. Qué listos».

Leia se sorprendió. Odiaba al Imperio, claro, pero eso no significaba que debería agarrar un bláster y empezar a disparar a lo primero que la molestara.

Su padre siempre hacía énfasis en la importancia de su trabajo en el Senado, la necesidad de pelear por un cambio por medio de las leyes. ¿Podría condenar a estas personas por hacer uso de la violencia? Las pérdidas en la Estación Calderos se

«redujeron» a algunos heridos, pero ese tipo de medidas a gran escala lleva tarde o temprano a que haya muertes.

«¿Cuántas personas mueren por culpa del gobierno de Palpatine cada año? ¿Es aún peor pelear contra la tiranía o dejarla florecer? ¿Cuándo es el tiempo de renunciar a la paz y levantarse en armas?».

Leia no tenía respuestas para eso. Tal vez ni siquiera con un título en filosofía. Solo sabía una cosa con seguridad: quería averiguarlo.



No podía ni plantear llevarse el *Tantive IV* fuera en una misión secreta. En cambio, Leia solicitó el *Polestar* y pidió que la tripulación fuera de una sola persona.

—¿Crait? —Ress Batten frunció el ceño al ver los mapas estelares—. Nunca he escuchado hablar de ese sistema.

—Y con razón —dijo Leia, que vestía un overol pálido y llevaba equipo de excursión a bordo del yate. Encontrar actividad en un planeta desolado como Crait podría tomar algún tiempo—. No hay nada ahí, o no debería. Estoy en una misión de reconocimiento de la Legislatura de Aprendices.

Ya que Leia era una aprendiz y estaba en busca de información, pensó que no contaba como mentira, pero Batten no estaba convencida. «Okey, daré más detalles».

—Rastreo algunos cargamentos que irán para allá.

—¿Quién envía cosas en medio de la nada? —dijo Batten, y cruzó los brazos, aún más desconfiada que antes.

—Es lo que vamos a descubrir —dijo Leia, y sonrió con toda la seguridad que pudo mostrar, pero eso hizo que Batten levantara una ceja.

—Esta gente intentará dispararnos, ¿no?

—¡No! Es decir, lo dudo. Les haremos saber que somos amigables.

—¿Y si nos disparan antes de poder hacer amigos? —dijo Batten, y se encogió de hombros ante su propia pregunta. Luego, introdujo las coordenadas—. Supongo que antes tendremos que mandar unas invitaciones de fiesta. Despegamos en diez, Su Alteza. El viaje debería durar pocas horas.

Leia consideró dejar un mensaje para su madre. Claro que no podría explicar a dónde iría, y mucho menos la razón, pero al menos podría decirle a Breha que estaba saliendo de Alderaan. «Podría decir que voy a una práctica de excursión a Gatalenta o a Chandrila. O tal vez que iré a pasar el rato con algunos aprendices en Coruscant».

Todas eran muy buenas coartadas, pero no las necesitaba. En su corazón, sabía que su madre ni siquiera se daría cuenta de su ausencia.



Corría por los pasillos del palacio y reía mientras escuchaba los pasos apresurados de su madre detrás de ella. Miró hacia atrás y vio a la reina de Alderaan con el cabello sobre la cara y su bata suelta detrás de ella.

—¡Te voy a alcanzar!

—¡No podrás!

Reía y corría aún más rápido, pues sabía que su madre estaba unos pasos detrás.|

—Mira —la voz de su padre sonó grave en sus oídos mientras la ponía en su regazo y apuntaba hacia la montaña que estaba a lo lejos—. Ese es el Pico de Appenza. Tu madre lo escaló para probar que estaba lista para convertirse en princesa heredera de Alderaan.

—¿Ella sólita?

Leia aún no tenía edad para subirse a su cama sin la ayuda de 2V, y no podía imaginar nada tan atrevido como subir una montaña.

—Ella sólita.

Bail Organa la abrazaba con fuerza, y la hacía sentir cómoda y segura ante todo.



Leia se obligó a no evocar viejos recuerdos cuando se dio cuenta de que tenía un nudo en la garganta. Batten ya tenía sospechas acerca del viaje; definitivamente sabría que algo andaba mal si comenzaba a llorar sin control.

¿Por qué no le dejaba de doler? Sus padres la habían ignorado desde hacía casi un año. Era suficiente tiempo para darse cuenta de cómo funcionaban las cosas. Aun así, no lo podía aceptar. Su corazón se rehusaba a aceptar que todo había cambiado; le dolía a causa de gente que no respondía a su llamado. El dolor nunca disminuía, y peor aún, cuando sufría, lo primero que quería hacer era ir con sus padres. La herida estaba abierta. Y tal vez siempre lo estaría.

—¿Su Alteza? —habló Ress Batten desde la cabina. Lo hizo con un tono tan gentil que Leia se preguntó si había delatado su dolor en la expresión de su rostro—. Estamos por salir del hiperespacio.

—Perfecto.

Leia se acomodó las trenzas en un solo mechón. Quería estar preparada para lo que fuera; desde tener un buen aspecto, hasta…

Después de un momento, tomó un bláster del casillero y lo enfundó en su cadera.

Batten miró por encima de su hombro.

—Así que no optará por las invitaciones de fiesta.

—Estaremos bien —prometió Leia, con la esperanza de no mentir—. Simplemente soy… precavida.

—Lo siento, Su Alteza, pero *precavida* es algo que usted no es —dijo Batten, y tuvo que sonreír—. Prepárese en tres, dos, uno.

Las ondas color azul eléctrico del hiperespacio se desvanecieron, y en su lugar surgió un campo de estrellas desconocido y la blancura de Crait. Era un pequeño planeta, y estaba tan desolado como su ubicación. Una capa gruesa de sal cubría casi toda la superficie, aunque Leia pudo ver unos espacios donde había suelo de un color rojo intenso y líneas estrechas escarbadas entre el blanco, que se veían en los cañones y canales acuáticos muy profundos.

—No detecto ninguna señal de tráfico aéreo —dijo Batten, y frunció el ceño con la mirada fija en el tablero—. No hay estaciones orbitales, ni puertos espaciales. Espere, aquí está —apuntó hacia una variación en una señal de rastreo tan pequeña que Leia quizá no hubiera podido detectarla sola—. Estamos siendo monitoreados.

Leia sintió el bláster más pesado contra su muslo.

—¿Mandaron a alguien hacia nuestra posición?

Batten negó con la cabeza.

—Nadie viene. No tengo lecturas de armas. La señal de rastreo debe ser automática.

Leia se sentó en el asiento de la tripulación de la cabina.

—¿Hay señales de vida?

—Hay poco movimiento en los cañones, tal vez criaturas acuáticas, pero en la superficie… —La voz de Batten se cortó, y miró fijamente la señal—. Tenemos una pequeña marca; un establecimiento en la parte norte del continente.

—Vayamos ahí, entonces —dijo Leia con mucha más seguridad de la que tenía.

Ress Batten llevó la nave hacia la superficie y Leia se colocó su equipo de montaña: un atuendo simple de color blanco que se mezclaría con el entorno salado, un cinturón multiusos y una capa con visores para protegerla del sol y mejorar su vista. La funda de su arma era justa, aunque no estaba acostumbrada a la sensación de tener un bláster junto a ella.

Por afuera, Leia se veía como una agente secreta. Por dentro, sus nervios comenzaban a comérsela. Una cosa era querer investigar una posible rebelión contra el reinado de Palpatine, y otra era encontrarla y confiar en ellos. Pedirles que confiaran en ella era aún más atemorizante. Cualquier persona que actuara en contra del Emperador estaría con la guardia alta, ¿no?

«Aún no nos han disparado. Además, estás aquí para ayudar».

Pero ¿exactamente cómo? No les podía prometer tropas ni un refugio en Alderaan. Necesitaría la cooperación de sus padres para eso, y ya no confiaba en su habilidad para persuadirlos. Un grupo rebelde necesitaba muchas cosas, pero no una chica extraviada de dieciséis años.

Aunque era una chica de dieciséis con acceso a su parte del dinero real. Ese dinero estaba destinado a propósitos humanitarios, y ¿qué sería más humanitario que luchar en contra del gobierno de Palpatine?

«O tal vez no pelean por la libertad. Tal vez solo son comerciantes terroristas y estás caminando hacia una trampa».

Leia revisó minuciosamente su bláster y lo colocó en su abrigo, escondido. Aunque nunca había jugado sabacc, había visto muchas partidas en holovideos como para saber que los buenos jugadores guardaban su mejor carta para el final.

Desde el puente, escuchó a Ress Batten repetir:

—*Polestar* de Alderaan a cualquier nave dentro del rango. Pedimos permiso para aterrizar en Crait. Somos la nave *Polestar* de Alderaan, cambio. *Polestar* de Alderaan a cualqui…

¡Pum!

Leia no preguntó cuál era el problema. Se sujetó del arnés de seguridad más cercano un instante antes de que la nave comenzara a ladearse súbitamente y a sacudirse.

—¡Rayo tractor! —gritó Batten—. Uno débil, para remolcar cargamento, no naves. Sujétese.

Las grandes naves y estaciones imperiales tenían rayos tractores. Quizá no era la resistencia. Tal vez habían caído directamente en una trampa.

La perspectiva no era muy aterradora. Siempre y cuando no les dispararan, estarían bien. En cuanto los oficiales imperiales supieran de quién se trataba, la dejarían ir en cualquier momento.

«Pero me vigilarían. Me tendrían bajo sospecha. Mis padres se enterarían tarde o temprano. ¿Y Batten? ¿También la dejarían libre?». El miedo por su piloto borró cualquier preocupación que Leia tuviera por ella misma. «Por favor, que nadie más resulte herido. No de nuevo».

El *Polestar* se liberó con una fuerte sacudida que casi hizo que Leia se estrellara en el piso, y no podía sentirse aliviada mientras la nave bajara a gran velocidad hacia el suelo.

—¿Batten? ¿Estamos bien?

—¡Lo estaremos! Será un aterrizaje forzado, pero lo lograremos. ¡Solo no les cuente a los otros pilotos!

—¡No le diré jamás a *nadie*!

El *Polestar* aterrizó con un ruido sordo y una sacudida, y derrapó por las llanuras de sal por un largo tiempo. O eso pareció.

Finalmente, se detuvieron. Leia miró la pantalla más cercana y vio que estaban rodeadas de blancura infinita en cualquier dirección, a excepción de un tajo rojizo que se elevaba de la superficie y apuntaba hacia ellos como si fuera una flecha gigante. «Si alguien quiere encontrarnos, será pan comido».

Ress Batten llegó a su lado y Leia ya casi estaba cambiada. Batten negó con la cabeza.

—¿Vamos a salir así simplemente, sin examinar nuestros alrededores?

—Ya vimos con los sensores de la nave que no encontraremos nada más.

Y si Leia esperaba más tiempo, el miedo la devoraría. A nadie le gusta admitirlo, pero el valor no dura mucho, y hay que actuar mientras lo tienes.

Cuando ambas salieron del *Polestar*, ráfagas de viento entraron por la escotilla; pequeñas cantidades de sal irrumpieron en las fosas nasales y mejillas de Leia. Por lo

menos el viento borraría el rastro rojo que habían dejado en la zona de aterrizaje, pero eso era lo único bueno al respecto. Leia se colocó sus gafas de seguridad y caminó hacia fuera.

Leia no se imaginó que Crait fuera un mundo tan uniforme. El paisaje estaba marcado únicamente por montones de sal que se derramaban hacia la cordillera que estaba frente a ellas, y un horizonte indistinto detrás. Todo era blanco, con excepción de las manchas rosadas debajo del lugar en el que se deslizó el *Polestar*. Leia se sintió aliviada de haber llegado en la puesta de sol. Al mediodía, el brillo del sol en la sal sería cegador.

—No es el centro vacacional de moda en la galaxia, ¿verdad? —dijo Batten. Su voz crujía a través del altavoz de su máscara de oxígeno—. Aunque supongo que si de verdad quiere alejarse de todo, este es el lugar indicado.

Caminar por la nieve era difícil, pero Leia aprendió rápido que el sodio resbaladizo y pesado era mucho peor. Subió a través de la sal para colocarse en una posición más alta, y luego sacó sus macro-binoculares. Si las lecturas que habían hecho antes eran correctas, la estructura que habían visto estaría aproximadamente a medio kilómetro enfrente de ellas, cerca de la base de las montañas. No había señal de actividad a lo lejos, lo que sugería que habían logrado aterrizar sin ser detectadas.

Eso, o que estaban siendo observadas.

—Sigamos adelante —dijo Batten, y Leia asintió.

—Repite nuestro mensaje de antes en el intercomunicador tanto como puedas. Quiero que sepan que no intentamos entrar a escondidas en su instalación. Es una… visita amistosa.

—Somos unas chicas geniales. Listo —dijo Batten, y comenzó a caminar hacia el horizonte. Presionaba el botón de reenviar cada par de pasos.

Otra fuerte ráfaga de viento elevó sal blanca del suelo y dejó ver rastros de color rojo. A Leia le recordó la sangre que salía a través de vendajes improvisados. No era la imagen más reconfortante. El rojo nunca duraba mucho, la sal volvía a cubrir el suelo casi al instante con un siseo grave y constante. Sonaba como un susurro, y eso le daba escalofríos a Leia. Era imposible estar tranquila cuando se sentía como si todo el planeta intentara advertirle algo y tapara la grabación que rebotaba desde el intercomunicador de Batten.

Montones de sal más grandes marcaban el terreno mientras avanzaban. El viento aumentaba y hacía que la sal girara desde la tierra hacia arriba, como si fuera humo. Aunque Coruscant siempre le había parecido claustrofóbico a Leia, sus rascacielos eran alentadores en comparación con esta tierra desolada y austera. El bullicio de Coruscant sería música para sus oídos después de la espeluznante quietud de Crait.

Leia podía escuchar fragmentos de su mensaje desde el cinturón de Batten:

—*Polestar* de Alderaan llamando a base. Por favor, respondan.

Un retumbo grave detrás de un montón de sal hizo que se le erizara la piel. El enorme montón de sal comenzó a temblar por la vibración; los granos comenzaron a resbalarse. Leia gritó:

—¡¿Es una avalancha?!

Fuera como fuera, caía sal en lugar de nieve.

—No lo creo. Parece más bien como… un vehículo. O una máquina.

El montón de sal explotó, o eso parecía. Se dispersaron ondas de sal hacia todos lados, y azotaron en los muslos y el abdomen de Leia, por lo que se cayó hacia atrás. Los granos hicieron que tuviera un aterrizaje duro, y se raspó las manos y un cachete. El sodio entró a su boca y tosió al sentir los rasguños en la garganta.

—¡Arriba las manos! —dijo una voz desconocida. De entre la sal comenzaron a tomar forma unas figuras: surgieron cinco soldados armados con rifles bláster. Batten se movió con nerviosismo, claramente buscaba su arma, pero tuvo el buen razonamiento de permanecer de rodillas. El soldado dijo:

—Identifiqúense.

Leia se puso de pie, alzó el mentón y habló en el mismo tono intrépido que usó el Día de la Exigencia:

—Soy la Princesa Leia de la Casa Real de Organa, futura reina de Alderaan, y exijo hablar con su líder. *Ahora*.

Los soldados intercambiaron miradas incrédulas. Al parecer no estaban acostumbrados a que alguien diera órdenes al mismo tiempo que eran tomados prisioneros, pero tendrían que acostumbrarse. Era una princesa, carajo, y había mucho poder en saberlo.

Finalmente, el soldado al mando le hizo un gesto a Batten.

—Tú, regresa a tu nave. La princesa viene con nosotros.

—De ningún modo —dijo Batten, y se paró junto a Leia, interponiéndose entre los rifles y la princesa—. Soy su guardiana. Me quedo con ella.

El soldado negó con la cabeza.

—O la princesa viene con nosotros, o ambas regresan a su nave y se largan de aquí.

El rostro se le iluminó a Batten y contestó:

—Lo entiendo. Ya está, gusto en conocerlos. Nos vamos.

Leia extendió la mano. Si se iban, podrían dispararles. Esta gente tenía que convencerse de que eran amistosas, no solo por su propia seguridad, sino para proteger a su piloto también. No quería que nadie saliera herido nunca más.

—Iré con ellos.

Batten negó con la cabeza una vez más.

—Su madre me matará. Literalmente. Y luego tostarán mi pellejo y lo utilizarán como un tipo de cinturón, bolsa o accesorio.

—No exageres —dijo Leia con firmeza—. Solo estarías un rato en los calabozos.

—Oh, a esto llegamos. Pasar un tiempo en los calabozos cuenta como el lado positivo —murmuró Batten.

El soldado dijo:

—Estará segura.

Leia quería creerle.

De cualquier manera, iría a donde le dijeran.



Los cuarteles no estaban tan lejos, pero caminar sobre la sal movediza lo hacía parecer eterno. O tal vez el problema eran las armas inconfundibles en las manos de los soldados. De cualquier modo, para cuando llegaron a la estructura gris de techo bajo que emergía de la sal cerca de las montañas, Leia respiraba con dificultad y sudaba a chorros. Los soldados la guiaron a través de una puerta. Luego bajaron unos escalones; el sonido que rebotaba a lo lejos revelaba que la mayor parte de la base o estación estaba bajo tierra. Sin embargo, llevaron a Leia por un pasillo estrecho y desierto que no revelaba nada acerca del diseño o las capacidades del establecimiento.

En ese momento, no había ningún problema para ella. Solo quería desplomarse en el piso, agradecida de tener un lugar en donde descansar. Esta gente necesitaba entender que había acudido a ellos como igual y como una potencial aliada.

Si no le creían…

«¿Es esta la situación de mayor peligro en la que he estado? Tal vez. Estoy casi segura».

—Quédese aquí —dijo el soldado al mando mientras la colocaban en un cuarto pequeño medio lleno de cajas blancas con equipamiento.

Dentro, había un droide de la serie MSE que analizaba y escaneaba códigos de contenido. Leia se sentó en la única silla y el soldado continuó:

—Traeremos a nuestro líder a verla pronto, o la dejaremos ir.

No dijo qué opción era más probable, o qué haría la diferencia. Cerró la sólida puerta de metal cuando salió detrás de ella con un fuerte ¡TRAS!

«¿Por qué me dice que me quede aquí si me van a encerrar?».

Leia no pensó mucho al respecto. Estaba muy ocupada desabrochando su abrigo para alcanzar su bláster más fácilmente. Ni siquiera la habían revisado en busca de armas. Ser una adolescente en la mitad de una situación como esa tenía sus ventajas: sus oponentes la menospreciaban, y eso le abría muchas posibilidades.

Leia agarró el bláster. No era muy buena disparando, pero en un cuarto tan chico como ese, seguro que no sería difícil acertar.

¿De verdad podría dispararle a alguien? ¿Mutilar o matar para salvar su propia vida?

Ojalá no llegara a eso. Pero Leia sabía que podría.

«Okey, me sentaré en esta silla enfrente de la puerta. Apuntaré el bláster al líder en cuanto aparezca. No, eso lo haría parecer un ataque y me dispararían de inmediato, pero si no tengo nada en mis manos, podrían revisarme después y encontrarlo, lo que me haría prisionera y para colmo, estaría desarmada. No puedo hacer eso».

No tomó la decisión conscientemente. Cuando se escuchó un clic en la puerta y se abrió, Leia le hizo caso a sus instintos, sacó el bláster y lo apuntó, lista para disparar.

Y luego vio al hombre que entraba por la puerta y caminaba hacia la luz. Se quitó la capucha de su abrigo y reveló una cara de asombro. Un rostro que la princesa conocía mejor que nadie.

Leia susurró:

—¿Papá?

CAPÍTULO 9

Bail Organa dio otro paso hacia delante y miró a su hija como si nunca la hubiera visto antes. La impresión debilitó cada músculo en el cuerpo de Leia, y dejó caer el brazo a un lado, y el bláster pendía de sus dedos blandos.

—Me dijeron que estabas aquí, pero no lo creí. ¿Cómo nos encontraste?

—Rastreé un tráfico aéreo extraño en la Estación Calderos —dijo, pero ¿por qué estaban siquiera hablando de eso?—. ¿Qué está pasando, papá?

—No necesitas saberlo.

—Pues *sí* necesito saberlo —dijo, y dejó a un lado su asombro, y sostuvo con fuerza el bláster a un costado—. ¿De verdad seguirás intentando esconderme esto? ¿Aquí y ahora?

Bail se colocó una mano en la frente, como si tuviera dolor de cabeza. Tal vez Leia se lo había causado.

—Dime lo que sabes, Leia. Y dime cómo lo supiste.

La sorpresa se transformó rápido en enojo.

—Te encuentro en la mitad de algún tipo de… campamento insurgente, ¿y *yo* soy la que tiene que dar explicaciones?

—Así es —dijo Bail con un tono de urgencia que Leia nunca había oído—. Si pudiste encontrarnos, también lo puede hacer el Imperio. Pensamos que habíamos borrado toda la información acerca de la Estación Calderos, pero si dejamos algún rastro… Es cuestión de vida o muerte.

Un golpe de miedo subió por la espalda de Leia. Su brillante imaginación le hizo tener visiones de destructores estelares encima de ellos, y cazas TIE volando como cuervos en un campo de cultivo para matarlos a todos.

—Los datos de transporte entre Crait y la Estación Calderos estaban guardados en unos archivos viejos que junté para la Legislatura de Aprendices. Y algunos de los refugiados que salvé de Wobani mencionaron Itapi Prime, que tenían primos ahí que hacían negocios por medio de la estación. Algo acerca de esa conexión me pareció raro, así que seguí el rastro que me trajo hasta aquí.

—Necesito que borres esos datos inmediatamente después de que regreses a Coruscant —dijo Bail. Su postura se relajó y asintió al responder mentalmente a una pregunta que él mismo se formuló—. Gracias a la Fuerza estaba en tus archivos privados.

—Okey, lo haré. Pero ¿qué es todo esto? Sea lo que sea, tú atacaste la Estación Calderos, ¿verdad? ¡Atacaste al Imperio!

Su padre alzó una mano para evitar que hiciera más preguntas, pero por lo menos había aceptado que no podría irse sin decir nada.

—No personalmente. Pero nuestro… uno de nuestros grupos fue responsable, sí. Estamos llevando a cabo varios ataques tácticos para debilitar el control imperial.

—Siempre dijiste que teníamos que ejercer nuestra influencia a través del Senado para cambiar el sistema desde adentro.

—Aún creo que hay trabajo que hacer ahí. Pero el gobierno de Palpatine solo se hace cada vez más déspota. Algunos pocos hemos pensado que operar dentro de los límites de la ley ya no es suficiente —dijo, y suspiró con pesar mientras se sentaba en el borde de una de las cajas, y el diminuto droide ratón zumbaba cerca de sus pies—. Sé que esto debe de ser desconcertante para ti y que estás decepcionada de mí. No te culpo por sentirte así, Leia. Solo pido que trates de comprender.

—¿Decepcionada? Papá, esto… esto es *increíble*.

Sus dudas acerca de la acción violenta se esfumaron en el instante en el que se dio cuenta de que su padre tuvo un rol en ello; que hasta parecía estar al mando. A pesar del reciente distanciamiento entre ambos, la confianza de Leia en la bondad de sus actos era irrefutable. Para ella era muy sencillo: si Bail Organa guiaba este movimiento rebelde, entonces estaban haciendo lo correcto.

Y ella quería ser parte de eso.

—¿Mamá sabe?

Baile la miró con severidad.

—Como si pudiera esconderle algo a tu madre. La verdad es que a ella se le ocurrió primero. Ella se queda en Alderaan, pero también participa. Dejémoslo ahí.

Probablemente no iban a dejarlo ahí.

—¿Y yo qué? ¿Qué puedo hacer?

—Leia, no. No participarás en esto.

—Ya lo estoy haciendo. ¡Te dije la manera en la que alguien podría encontrar esta base!

—Eso no cuenta —dijo Bail, injustamente, en la opinión de Leia—. ¿Cómo llegaste aquí?

—En el *Polestar*.

—¿Con qué miembros de la tripulación? —La voz de su padre se aguzó, y su mirada se intensificó. Esa era la etapa que venía antes del clásico «estás en serios problemas, jovencita».

—Solo uno —respondió rápido—. La Teniente Ress Batten. Ella se quedó en el *Polestar*.

La expresión de Bail se suavizó por el alivio.

—Conozco a Batten. Podemos confiar en ella. Pero necesito hablar con ella en persona cuando regresemos a Alderaan.

—¿Y cuándo será eso? ¿Cuánto más nos quedaremos aquí? ¿Qué hay que hacer?

Decenas de preguntas surgieron en Leia, pero lo que quería era ponerse manos a la obra. ¿Construir refugios? ¿Limpiar? Lo que sea, sin importar cuán mundano fuera, parecía una oportunidad emocionante para ayudar a su padre a alzarse en contra del Imperio.

—¿Tú? Regresarás a casa. No hables de esto con nadie, nunca. ¿Queda claro?

—Pero… mamá.

—Sí, obviamente hablaremos de esto con tu madre. Pero eso es *todo.* Después de hablar, harás de cuenta que este viaje nunca sucedió. ¿Lo entiendes?

—¡No! ¡Eso no tiene sentido! —dijo Leia, y golpeó un pie contra el piso—. No la parte en la que no se lo cuento a nadie, obvio no hablaré de esto, pero ¿cómo se supone que deba pretender que nada está pasando?

Bail extendió las manos como gesto de impotencia o desesperación. Tal vez ambas.

—Si quieres ser parte de una rebelión, tienes que aprender a mentir bien.

Leia se iluminó, y dijo:

—Así que, cuando aprenda a mentir bien, seré parte de esto.

—No quise decir… era solo una… —Bail respiró profundamente, frustrado. Hizo una pausa y después continuó—: ¿Te das cuenta de lo riesgoso que fue que vinieras aquí? Si no hubiéramos identificado tu nave como una civil, tal vez le habríamos disparado. Batten es una buena piloto, pero tenemos artilleros aún mejores. Y yo hubiera sido el encargado de dar la orden. Podría haberte *matado,* Leia —dijo, y le tembló la voz. Esa idea lo mataba de miedo más que a ella—. ¿Y si te hubiera seguido una nave de reconocimiento imperial? Todos en Crait hubiéramos muerto. Todos: mis soldados, tus tripulantes, tú y yo. Todas esas vidas perdidas, solo porque no pudiste manejar la situación.

El recordar a la gente de Wobani la hizo vacilar, pero no podía ceder, no ahora. En lugar de eso, se cruzó de brazos.

—¡Tendré que investigar las cosas por mi cuenta si no me quieres decir la verdad!

—Suficiente. Te enviaré a casa.

•◆•

Leia voló de regreso a casa en el *Polestar* junto con la nave de su padre, el *Tantive III,* muy juntos como cualquier escolta militar. Ress Batten hizo su trabajo sin desviar siquiera la mirada; era obvio que entendía el valor de la discreción.

Aun así, cuando volvieron a entrar en el sistema de Alderaan, Batten preguntó:

—¿Estamos en problemas o no?

—Tú no.

«Yo, por otro lado…».

—Así que nunca fuimos a Crait. Ni siquiera hemos oído hablar de ningún planeta llamado Crait. Y mucho menos encontramos a su padre ahí, porque ¿cómo encontraríamos al virrey en un planeta al que nunca ha ido y que no estamos seguras de que exista? —dijo Batten. Se encogió de hombros y alzó las cejas—. Es un misterio.

—Fuimos en una… navegación de vigilancia. Y no encontramos nada.

Batten asintió con firmeza.

—Nadie tomaría en cuenta planetas que no existen. ¡Entendido!

Si tan solo todas las preguntas de Leia pudieran resolverse rápido…

Sentía como si ya nada tuviera sentido, y tal vez nunca lo tendría a menos que su madre se lo pudiera explicar.

Después de aterrizar en Alderaan en medio de la noche, corrió desde el puerto espacial sin esperar a que su padre aterrizara. Bail Organa no dudaría en avisar al palacio antes, así que Leia no tenía ilusiones de contarle primero a su madre su versión de lo sucedido. Solo quería un momento para hablar libremente con ella a solas.

Como lo había anticipado, tan pronto como entró en los cuartos del palacio, vio a Breha de pie en el gran salón, esperándola. No había duda de que el mensaje la había despertado, porque su cabello colgaba largo y suelto en su espalda, y llevaba puesta solo una bata de terciopelo en lugar de algo elegante. Una luz tenue de color dorado brillaba sobre el cuello de la bata y se proyectaba debajo, sobre sus pulmonodos. Pero nada de eso importaba tanto como la expresión inquietante y nada familiar en la cara de Breha. A Leia le tomó un momento reconocer que era incertidumbre: una emoción que no creía que su madre pudiera sentir.

—Leia —dijo Breha, y extendió una mano hacia ella—. Hija mía, no tenías que haberte enterado de esto.

—Quería saber —insistió Leia. La mano de su madre estaba extrañamente fría, como si estuviera enferma o en *shock*—. ¿Por qué no me contaste?

—Porque el conocimiento es peligroso. Para ti, para mí, y para tu padre también. Lo es para cada persona que se alió con nosotros en esta pelea —dijo Breha, y negó con la cabeza, triste. Luego, agregó—: Tienes que actuar como si no supieras nada.

—¿Cómo se supone que haga eso? Mamá, me criaste para reconocer lo malvado que es el Imperio, para querer hacer algo al respecto.

—Esto es diferente. No me preguntes cómo. Ya lo sabes.

Leia lo sabía.

Las grandes puertas del salón se abrieron de nuevo, solo que ahora le daban paso a su padre. Bail Organa había cambiado su traje gris y blanco de Crait por el abrigo largo del virrey, aunque no necesitaba verse tan intimidante.

—¿No me pudiste esperar en el puerto? —le preguntó a Leia.

—Quería hablar con mamá —insistió Leia. Se dio cuenta de que mordía su labio inferior, y dejó de hacerlo; ya era lo suficientemente grande para hacer pucheros. Si quería dar un punto de vista, tendría que argumentar—. ¿Quién empezó esto? ¿En dónde comienza?

Sus padres se miraron; medían en silencio lo que podían decir y lo que no. Tenían una forma de comunicarse sin palabras; un entendimiento tan perfecto que a veces Leia pensaba que no necesitaban hablar para nada. Le tomó mucho tiempo darse cuenta de que no todas las parejas eran así, que no todos habían encontrado el tipo de amor que unía las almas.

Por fin, Breha contestó:

—Nadie lo empezó. En la galaxia, muchos hemos visto la necesidad de tomar otro tipo de medidas, y comenzamos a dar los primeros pasos por nuestra cuenta. Nos

encontramos. Todavía estamos aprendiendo a confiar en nosotros. El trabajo que sigue requiere total confianza.

—¿El trabajo que sigue? —suspiró Leia—. ¿Qué significa eso?

—Aún no lo sabemos —dijo Bail, y tomó la mano de su esposa y la colocó en su pecho—. Tenemos que estar listos para lo que sea.

Estaban determinados. Eran firmes. Y estaban asustados. Ver su miedo hizo a Leia creer en su valor con más firmeza que nunca. Si podían ser así de valientes, ella podría serlo también.

—También puedo estar lista. Déjenme ayudar.

—Por supuesto que no —declaró Breha, que había regresado a su modo de mamá, la versión más cercana al «modo reina»—. El peligro al que nos enfrentamos es muy grande.

—¿Y creen que al no decirme nada me van a proteger? —dijo Leia. Sus padres podían ser valientes, pero para ella, parecía que les faltaba visión también—. Si los descubren a los dos, ¿creen que el Imperio no vendrá por mí?

Su madre hizo un sonido grave de angustia desde la parte trasera de la garganta, no tanto como un gemido.

Bail apretó la mano de su esposa más fuerte por unos segundos. Hubo un momento de silencio, y luego dijo:

—Lo harían. Lo *sabemos.* Cargamos con el peso de saberlo día tras día. Y si vienen por ti, tienes que ser totalmente inocente. ¿Lo entiendes, Leia? Si te interrogan, si te… si te torturan —la voz de Bail se quebró, y no pudo continuar.

—Si de verdad no sabes nada, se darán cuenta en algún momento —continuó Breha como pudo—. Hay una probabilidad, una buena, creo, de que te dejen ir. Tal vez sentirán la necesidad de dejar con vida a alguien de la casa real de Alderaan, y si eres inocente, te pueden colocar como reina para intentar hacer que parezca una transición normal de poder. Es el único escudo que tenemos para ti, Leia. No nos pidas que lo destruyamos. De cualquier otra manera, no podríamos durar otro día en esta pelea. Y tenemos que hacerlo. El destino de toda la galaxia está en riesgo. No creo que podamos arriesgarte por algo menor.

Comenzaron a aparecer lágrimas en los ojos oscuros de su madre, y Leia se sintió incapaz de reconfortarla. En lugar de eso, vio cómo Bail la abrazaba y besaba su cabello largo y negro.

—Pensé… —Las palabras temblaban más de lo que Leia pensó que lo harían—. Pensé que los dos se habían olvidado de mí. Pensé que me ignoraban sin razón alguna.

Sus padres la miraron al instante con ojos de incredulidad. Bail negó con la cabeza y dijo:

—Amor mío, no. Nunca te haríamos eso. Jamás.

Breha llevó a su hija hacia ella y la tomó en un abrazo familiar.

—Nada que no fuera este trabajo nos alejaría de ti —susurró Breha mientras acariciaba el cabello trenzado de Leia—. Ni siquiera esto cambia lo mucho que te amamos. Peleamos por tu futuro. ¿Lo entiendes?

Leia no pudo responder en voz alta. Solo asintió, y luego se hundió en los brazos de sus padres. Deseó que nunca tuvieran que estar menos juntos que en ese momento.

•◆•

Cuando llegó a su cuarto, ya casi había amanecido. La ventana de Leia daba la espalda a la puesta del sol, así que la única prueba era el esclarecimiento del cielo. Cansada, se preguntó si el personal doméstico habría recordado desactivar a 2V para no despertar a Leia temprano. Tal vez no.

Si se dormía en ese instante, tendría más o menos dos horas de descanso. Era para echarse a reír. Se sentía como si no le fuera posible dormir de nuevo. Su mente estaba en demasiadas cosas, llena de conocimiento nuevo y miles de preguntas que sus padres se negarían a contestar.

Sin embargo, se había dado cuenta de algo increíble que sus padres no sabían: se estaban engañando si creían que la protegían.

Si el Emperador Palpatine descubría que sus padres estaban con la rebelión, toda la Casa de Organa sería destruida. Leia moriría junto con sus padres. Tal vez los stormtroopers quemarían el palacio entero. No mostrarían compasión, y la inocencia no la protegería de aquel terrible destino.

En realidad, sus padres eran muy inteligentes como para creer lo contrario. Solo la desesperación de su amor los había convencido de que parte de su plan tenía posibilidad de salir bien. Leia conocía la verdad. Y no tenía tiempo de engañarse a sí misma.

El peligro la aterraba, pero también la emocionaba. En lugar de acoger el misterio y la incertidumbre, vio una batalla en el horizonte; una con un enemigo obvio. Leia estaba cansada de vivir en la confusión del miedo. Quería entrar en acción.

Pero ¿cómo lo haría? Sus padres no darían por vencida la ilusión de seguridad para su hija. Nunca le darían permiso de unirse a cualquier organización que estuvieran formando. Leia todavía no sabía exactamente de qué se trataba, y eso la volvía loca; además, sus padres no le habían dicho nada nuevo, aparte de lo que ella había descubierto por su propia cuenta. Y más que nada, sus padres se engañaban acerca de la seguridad de Leia porque era la única forma en la que podían continuar. Leia no quería herirlos o hacerlos sentir más asustados de lo que ya estaban. ¿Y si se retiraban de la batalla solo para alejarla de todo?

Si la batalla era su futuro, ya estaba involucrada en ella, lo supieran o no sus padres.

CAPÍTULO 10

«Podría ser una mensajera, tal vez. Si estoy fuera donde nadie sabe que soy una princesa, nadie me pondrá atención porque creerán que soy muy joven para ser importante. Eso significa que puedo entregar mensajes secretos importantísimos sin que nadie me note…».

—¡Cuidado! —gritó Kier, y Leia se resbaló. Logró reaccionar antes de caer, pero el sonido de las rocas que cayeron de la montaña justo debajo de ella fue algo solemne. Otra vez alerta, Leia acomodó su centro de gravedad en la cresta de la montaña. La clase de excursión consistía en escalar con cuerda la roca en Eriadu, un planeta envuelto en niebla. El camino los llevaba por las afueras de una barranca forestal llena de musgo y neblina; no se podía ver la Ciudad Eriadu; estaban alejados del ruido del pueblo. Leia solo escuchaba los ruidos de sus compañeros en el sendero montañoso y el ocasional crujido de ramas cuando uno de los enormes reptiles voladores del planeta se posaba en ellas, dejando ver solo sus sombras.

A un par de metros, Amilyn Holdo colgaba de una cuerda de escalar. Se mecía de un lado a otro y hacia Leia; su cabello morado se asomaba debajo de su casco de seguridad.

—Entiendo tu urgencia de explorar el terror extremo —dijo en su tono monótono de siempre—. Pero tal vez no sea el momento.

—Me distraje.

Era solo un poco de la verdad que les podía compartir. Amilyn sonrió con displicencia y se meció de regreso a su posición inicial.

—¡Concéntrense! —gritó la Jefa Pangie, que iba debajo de ellos—. ¡Necesitamos regresar de este viaje con el mismo número de princesas con el que empezamos!

—¡Perdón! No volverá a pasar.

Kier dijo algo para sí mismo que no estaba destinado para los oídos de Leia:

—Sí. Volverá a pasar.

—¿Disculpa? —dijo Leia, y giró hacia él.

Kier permaneció indiferente; sus ojos oscuros más curiosos que ofensivos.

—Es verdad. Tu mente ha estado en otro lado todo el día. No sé qué es más importante que no caerse en esta montaña, pero sea lo que sea…

—No sabes de lo que estás hablando. Y no veo cómo pueda ser de tu incumbencia cómo escalo.

—Escalamos juntos —señaló Kier con razón. Leia reconoció por primera vez la tensión en su temperamento, brazos musculosos, y el sudor que brillaba en su frente—. Si te caes, yo también.

Eso la hizo regresar a la realidad más que cualquier otra cosa. Tenían campos de fuerza portátiles proyectados a un par de metros debajo de su posición; una caída no sería fatal, pero sí vergonzosa, pero Leia era más consciente acerca de poner a otras personas

en riesgo. Se concentró de nuevo y comenzó a escalar. Puso atención únicamente en la roca debajo de sus guantes y botas.

En media hora, llegaron a la meseta que funcionaba como meta. Sssamm subía con la ayuda de una sustancia que podía secretar por sus escamas, y llegó mucho antes que los demás. Lo encontraron tirado y tomando sol.

—Habrá un transporte para bajar, ¿verdad? —dijo Chassellon, y su cara larga brillaba por el sudor. Sus rizos, que por lo general estaban perfectos, estaban alborotados en todas direcciones—. *¿Verdad?* Tiene que haber uno.

—Qué débil, Stevis —dijo la Jefa Pangie, que se había sentado junto a Sssamm y buscaba su almuerzo en la mochila—. No puedes parecer débil si quieres ser fuerte.

Chassellon se cruzó de brazos.

—Soy rico. No tengo que ser fuerte.

—Nunca sabes cuándo puedes perder todo tu dinero —apuntó Amilyn mientras se quitaba el casco, y luego sacudió su cabello morado.

Chassellon abrió los ojos, espantado, como si Amilyn hubiera descrito el mayor desastre que le pudiera pasar en la vida.

Leia se sentó en el otro lado de la meseta. Sus pies con botas colgaban del borde. Estaba sucia por el sudor y el polvo; tenía marcas de mugre en las mangas. Le gustaba la sensación de euforia que era consecuencia de un gran esfuerzo.

«¿Ya ven? —les dijo a sus padres imaginarios, que eran mucho más flexibles y fáciles de sorprender que los verdaderos—. No me da miedo asumir riesgos. Estoy lista para el trabajo duro. Déjenme intentarlo».

Luego recordó la voz de su padre quebrándose cuando habló de la posibilidad de que Leia fuera capturada. ¿Cómo podría presionarlos aún más cuando ya estaban muy asustados por ella?

Pero ¿cómo podría quedarse callada ante el Imperio?

Leia abrió la lata de sopa que había llevado para su almuerzo y colocó un pañuelo como mantel. Se dio cuenta de que Kier no estaba muy lejos, y cuando él se dio cuenta de que lo miraba, dijo:

—Estoy bien aquí, ¿verdad?

—No soy dueña de la montaña.

—Cierto. Ya no estamos en Alderaan.

Leia dejó salir una rápida exhalación de desesperación.

—Tampoco soy dueña de las montañas en Alderaan.

Kier no miró su sándwich mientras lo desenvolvía.

—No, les perteneces a ellas.

—¿A que te refieres, Kier?

—En Alderaan, estás resignada a ser princesa todo el tiempo. En Coruscant, eres una senadora en entrenamiento. Pero aquí, cuando escalamos, creo que puedes ser tú misma.

Nunca había pensado en eso.

—¿Por qué te preocupa tanto si soy feliz o no siendo una princesa?

Eso no era exactamente lo que él había dicho, pero Kier no hizo hincapié en eso.

—Eres la futura reina de mi planeta, así que tengo curiosidad en tus gustos.

—Supongo que… tiene sentido —admitió Leia.

—Esa no es tu única razón —cantó Amilyn Holdo, que estaba sentada en una piedra que se elevaba sobre su posición. Miró a Kier con una sonrisa atrevida—. Pero es una buena excusa. Apégate a eso.

Kier agachó la cabeza, más divertido que avergonzado.

—No puedo apegarme a eso si me delatas.

Amilyn se encogió de hombros, y se volvió a concentrar en su almuerzo, una pasta multicolor.

No era como si Leia no lo hubiera considerado ya. Kier era difícil de descifrar, pero era un chico listo y lúcido. Le interesaba la enorme galaxia a su alrededor. Estaba dispuesto a participar y a ayudar. No le importaba el estatus de realeza, aun cuando a veces se preocupaba mucho por probar su punto al respecto.

«Y es guapo. No olvidemos que es guapo». No tenía que recordárselo, tampoco. Le gustaba su delgadez, sus cejas pobladas y sus profundos ojos oscuros.

Aun así, la apariencia no lo era todo. Leia tenía que descifrar un poco más a Kier Domadi antes de saber lo que quería de él.

Leia miró hacia el horizonte y escuchó con atención el zumbido del tráfico aéreo de Ciudad Eriadu, tanto como el tráfico que se podía ver en Aldera, aunque Alderaan era un mundo del Núcleo que comerciaba con muchos planetas en la galaxia, mientras que Eriadu era una estación poco visitada en el Borde Exterior hasta hace una generación o dos. Asintió en dirección a la ciudad, y dijo:

—Creo que el Gran Moff Tarkin cuida de los suyos.

—Obviamente. Nadie tendría que venir aquí a recargar combustible a menos que tuviera que hacer una desviación oficial —dijo Kier, y ya no tenía ningún rastro de timidez; su atención estaba en la ciudad a lo lejos—. Tarkin no es el único oficial de alto mando del Imperio que invierte en su planeta natal. Así opera el Imperio: favoritismos y corrupción.

Leia estaba de acuerdo con cada palabra, pero nunca había escuchado a nadie hablar tan abiertamente al respecto, ni siquiera a sus padres fuera de la privacidad del palacio.

—Deberías tener cuidado —dijo Leia en voz baja—. No todos aprecian la honestidad.

Sus ojos se posaron un segundo en Chassellon Stevis, que yacía con las manos y piernas extendidas en el suelo, exhausto al punto de casi quedar inconsciente.

Kier se encogió de hombros.

—No le miento a la gente.

Leia recordó lo bien que le mintieron sus padres y cómo ella le mentía a Kier y a toda la galaxia, por medio de su silencio acerca de los planes de sus padres. La honestidad y el engaño eran más complejos de lo que parecían.

Leia solo sonrió y dijo:

—Si no te gusta mentir, ¿por qué estás en la política?

Kier rio con fuerza, y fue la primera vez que lo escuchó hacerlo. Fue extraño, pero se sintió recompensada.

—Avanzo tan rápido como puedo. Espero que algún día pueda enseñar en la universidad como mi madre. Ella es maestra de Ciencias Políticas, pero yo quiero ser historiador. La Legislatura de Aprendices me pareció un buen lugar para hacer ambas. Construir sobre lo que me enseñó mientras yo avanzo en mi propio camino —dijo, y se inclinó hacia delante. Descansó sus brazos en sus rodillas—. No todos tenemos tutores, ¿sabes?

Kier no la estaba provocando, y Leia por fin se dio cuenta. La estudiaba con el mismo entusiasmo que le ponía a todo, todo el tiempo.

—A veces los tutores no son de mucha ayuda —dijo Leia, y apuntó con su pulgar hacia la Jefa Pangie, que sonreía por la alegría de pensar en bajar de la montaña—. En especial cuando tienes una docena de ellos.

—¿Una docena? ¿De verdad? —preguntó Kier, y sacudió la cabeza como alguien que está debajo del agua, sale a la superficie y reajusta sus perspectivas—. ¿La realeza no utiliza droides educacionales?

—Sí, para temas académicos estándar. Pero también tengo tutores de excursión, diplomacia, piloteo, navegación. Tú di de qué más. Hasta he estudiado combate uno a uno, aunque sigo progresando ahí.

—Nunca me hubiera imaginado que en la Casa de Organa estuvieran tan interesados en las peleas a puño limpio.

La broma estaba implícita; todos en la galaxia sabían que sus padres tenían reputación de pacíficos.

«Si tan solo supieran la verdad».

Rápido, Leia dijo:

—Honestamente, creo que mis padres solo quieren que me distraiga. Desearía que las lecciones comenzaran mañana.

Kier mordió su sándwich y masticó pensativo.

—Nunca he estudiado combate uno a uno, pero soy muy bueno disparando.

—¿Blásters?

Kier asintió.

—Si tienes ganas de tener un tutor más, el número trece, y no tienes miedo de un desafío, podría enseñarte alguna vez. Si quieres, y así…

Leia podría tener ese tipo de tutor cuando quisiera. Tal vez hasta sería parte de sus lecciones de combate. Y sabía muy bien que Kier no se ofreció porque pensó que lo necesitaría. Estaba buscando un pretexto para pasar tiempo con ella.

—Sí. Me encantaría.

•◆•

Dos días después en Coruscant, Leia y Kier entraron a un campo de práctica: un espacio estrecho y con forma de pirámide que subía diez metros por encima de sus cabezas.

El brillo metálico no muy intenso de sus paredes opacas se reflejaba en los holoproyectores y marcadores electrónicos. Debajo de las botas de Leia, el piso oscuro era de goma, pero no como una colchoneta de gimnasia.

Leia se balanceó sobre sus talones.

—Puedes pedir una superficie más suave para que te acostumbres a medir el terreno sin tener que recurrir a un suelo liso y sólido.

—Tiene sentido. —Como ella, Kier llevaba puesto un overol anatómico de color blanco y con canalizaciones en forma de líneas plateadas. El atuendo claro enfatizaba el bronceado de Kier. Leia parpadeó con fuerza y volvió a concentrarse—. Empecemos.

—Muéstrame tu posición de disparo —dijo Kier, y Leia se colocó en la posición que había visto varias veces en sus guardias. Después de un momento, Kier asintió y alzó las cejas, impresionado—. Okey, dominas esa parte.

Creyó que tal vez él pondría sus brazos alrededor de ella para corregir su postura, y se preguntó si debía arreglarla un poquito…

Pero no. Leia quería que cualquiera que estuviera interesado en ella supiera quién era realmente, y de lo que era capaz. Si Kier Domadi quería poner sus brazos a su alrededor, pues tendría que encontrar un modo.

O ella lo haría.

«Concéntrate». Las luces se atenuaron a un cuarto de su brillo normal, pero ella nunca había pasado tanto tiempo con alguien de su edad; mucho menos con alguien que le atraía. Estar cerca de Kier la energizaba de un modo que nunca había sentido. Y le gustaba.

—Adelante la simulación uno de tiro al blanco —dijo Kier mientras tomaba posición; su espalda casi tocaba la de Leia—. A mi señal… Vamos.

Un poliedro pequeño y dorado apareció flotando en el aire del lado de Kier, que disparó enseguida con fuego de prueba azul y «destrozó» la imagen holográfica. Un marcador electrónico transparente voló sobre sus cabezas y mostró diez puntos para Kier.

—¿Llevaremos la cuenta? —dijo Leia, y ajustó la empuñadura de su pistola.

Leia vio en el límite de su visión periférica que él la miraba.

—No te asusta un reto, ¿verdad?

Su respuesta fue apuntar hacia el siguiente poliedro flotante y disparar. El rayo solo lo rozó, pero se quedó inmóvil, aturdido, y pudo disparar una vez más y destruirlo.

«CINCO PUNTOS», dijo el marcador.

—Okey, perfecto —dijo Kier y, por su voz, Leia supo que sonreía.

Las siguientes horas felices y violentas se pasaron muy rápido. Leia continuó rozando los blancos en lugar de destruirlos a la primera, hasta que se dio cuenta de que estaba apuntando un poco más hacia la izquierda. Cuando dedujo cómo ajustar la mira, su puntaje mejoró radicalmente. Para cuando se encendieron las luces, estaba solo treinta

puntos debajo de Kier, pero había estado más de ciento cincuenta puntos debajo de la mitad de los puntos totales.

—Otros cinco minutos —jadeó Leia, sorprendida de lo cansada que estaba—, y te habría alcanzado.

Leia pensó que Kier iba a reprocharle, pero asintió.

—Oh, sí. Creo que tienes talento para esto.

—Tendremos que hacerlo de nuevo para ver, ¿no? —dijo Leia, y alzó una ceja.

Por suerte, Leia no era la única que disfrutaba el reto. Una sonrisa se dibujó lentamente en el rostro de Kier.

—Sí, hagámoslo.



Esa noche llevó el *Polestar* de regreso a Alderaan. Su mente estaba llena de pensamientos acerca de la práctica de tiro al blanco, y ya moría por regresar. Por primera vez en meses, no se preocupó por el paradero de sus padres o si se darían cuenta de cuando regresara. Y, casualmente, la estaban esperando.

—Esperábamos que estuvieras aquí para cenar —dijo su padre mientras entraba a la biblioteca, donde Leia había planeado tener un momento para fantasear—. Hace mucho que no comemos juntos como familia. Y te ves hambrienta.

¿Entonces se veía así? Enderezó su postura e intentó parecer normal.

No lo logró.

—Para mí, se ve contenta —dijo Breha, que entró unos pasos detrás de Bail. Llevaba dos vasos escarchados de té de menta, el favorito de Leia—. ¿Qué hiciste hoy?

—Tiro con precisión. Kier y yo practicamos juntos. El va muy seguido, y yo creí que sonaba… —«Como buena práctica de combate», tal vez no era la respuesta que sus padres querían escuchar—, muy divertido.

Bail y Breha se miraron.

—¿Kier? ¿Kier Domadi de la Legislatura de Aprendices? —preguntó Bail.

—Y de la clase de excursión —agregó Breha.

Por lo menos las sombras de la biblioteca ocultarían las mejillas sonrojadas de Leia. No quería que sus padres fisgonearan. ¿Cómo se supone que debería explicarles lo que sucedía con Kier antes de saberlo ella misma? Era tiempo de cambiar de tema.

—Sí, él —dijo tan distraída como pudo aparentar—. Me ganó esta vez, pero casi lo alcanzo. Creo que tengo talento para disparar.

—Tal vez tengamos a una campeona de tiro al blanco en nuestra familia —le dijo Breha a Bail con una gran sonrisa—. ¿Crees que pueda competir de incógnito?

—Hasta que gane su primer combate mayor —dijo Bail, y puso su brazo alrededor de Breha para acercarla hacia él—. Y entonces tendremos que anunciar el nuevo talento de nuestra hija.

La aprobación de sus padres siempre era reconfortante para Leia, y después de tanto tiempo sin eso, se sintió increíble. Tenía noticias que, esperaba, incrementarían esa sensación.

—Por cierto, viajaré mañana para hacer mi siguiente misión humanitaria.

Breha se cruzó de brazos de una manera intencionalmente teatral.

—Nada peligroso, ¿verdad?

—Onoam. Es una luna, en realidad. Las condiciones mineras son difíciles, así que les llevaré equipo de protección nuevo. Eso es *todo*.

—Está muy bien —respondió Breha, aliviada.

Bail frunció el ceño.

—Onoam. Creo que escuché de esa luna. Hace años, tal vez.

—¿Virrey? ¿Su Majestad? —dijo el Capitán Antilles, que apareció por una de las puertas. Tenía una mirada tensa y distraída que Leia comenzaba a reconocer—. Debemos hablar en su oficina.

Sus padres salieron de inmediato sin decir nada más. Leia no se ofendió. Era obvio que discutirían sus acciones en contra del Imperio, fueran las que fueran, y esas conversaciones aún no eran aptas para ella. El viaje a Onoam sería un paso importante hacia su respeto. Por lo menos era una misión segura. ¿Qué lugar podría estar más alejado de la actividad antiimperial que el planeta natal de Palpatine?

Estarían más que felices cuando supieran de su viaje al sistema de Naboo.

CAPÍTULO 11

El *Polestar* se deslizó por el azul eléctrico del hiperespacio, y Leia se atrevió a hablar.

—Parece como si hubiera pasado mucho más de dos semanas desde que viajamos juntas la última vez.

—¿En serio? —dijo Ress Batten. Parecía muy concentrada en el tablero, demasiado para mirarla—. Tal vez me estoy confundiendo con otro vuelo. Todos los viajes se mezclan en mi mente.

Desconcertada, Leia regresó a su datapad, pero la información en la pantalla no significaba nada; sus pensamientos estaban en otro lado.

No tenía sentido que Batten no pudiera decir: «¡Sí, recuerdo que viajamos ilegalmente a ese puesto de avanzada militar y nos encontramos a tu padre ahí!». Admitir lo que habían visto sería muy riesgoso para ambas, y también para Bail Organa. Aun así, a Leia le pareció muy incómodo el silencio. «Tal vez solo quiero poder hablar con alguien de esto. Alguien además de mis padres».

Pero Ress Batten no podía ser su confidente. Si llegara a admitir lo que sabía, solo los pondría en riesgo; su padre siempre había dicho que no debería poner a nadie del servicio real en juego sin su consentimiento. Además, Batten había hecho un juramento de servir como piloto y oficial, no como una posible conspiradora. Y mucho menos como amiga.

Su madre le había explicado la división entre princesa y piloto:

—El palacio puede ser un lugar solitario, Leia —le había dicho muchas veces Breha a su hija pequeña, desde que era tan chica que no entendía cómo un hogar feliz podía llegar a ser solitario—. Tenemos muchos privilegios, pero también tenemos que hacer muchos sacrificios. Nosotros debemos llevar nuestra propia carga.

Y aun así, no tenía mucho sentido para Leia. Sus padres se apoyaban entre sí, y tendrían su apoyo si la hicieran parte de sus planes para derrocar al Emperador.

Pero ese silencio dolía; la incomodidad entre ella y la otra persona a bordo en la que ninguna podía admitir lo que habían visto era una de las cargas de las que hablaba Breha.

Tendría que acostumbrarse a cargar con ese peso.



Los planes de Leia no eran viajar al mismísimo planeta Naboo. No estaba ansiosa de pisar el planeta natal de Palpatine, pero el *Polestar* aterrizó en la órbita de Onoam y Naboo se veía enorme en el panorama espacial. Leia sintió una punzada súbita; era un planeta hermoso de color verde y azul y rebosante de nubes ligeramente cargadas, al que se le podía perdonar que uno de sus ciudadanos resultara… estar podrido.

Luego recordó Wobani, Arreyel y un sinnúmero de planetas que alguna vez fueron hermosos antes de ser envenenados por el Imperio de Palpatine. No podría disfrutar de la belleza de Naboo si sabía el costo que significaba su prosperidad.

De cualquier modo, su destino tenía sus propios encantos. A diferencia de muchas lunas que eran pequeños satélites mineros, Onoam era un lugar encantador; por lo menos en la superficie. Leves corrientes de viento soplaban sobre pastizales altos que se esparcían a lo largo de llanos vastos que se enrollaban debajo de un cielo rosado. Muchos ciudadanos ricos de Naboo tenían residencias ahí, incluido el gobernador regional. Un segundo palacio real se encontraba a unos cuantos kilómetros del puerto espacial.

De casualidad, el personal real estaba de visita en Onoam. Leia conocía muy bien el protocolo para saber que aunque su misión era de caridad, tendrían que esperar una hora o dos, porque era el deber de una princesa visitar a la reina.

—Bienvenida sea a nuestro sistema, princesa —dijo la Reina Dalné en un tono más bajo y formal, tradicional de los mandatarios de su mundo. Estaba sentada en un trono alto y dorado. Vestía con los ropajes ostentosos típicos de Naboo; sus largas túnicas eran de un violeta tan oscuro que casi parecía negro, y estaban ornamentadas con bordados plateados. Su cabello negro había sido entrelazado con rejillas de un tocado que se esparcía hacia fuera como un abanico, y el maquillaje blanco en su cara que remarcaba el rojo de sus labios—. Si nos hubieran avisado antes de su visita, habríamos podido preparar un banquete en su honor.

—No esperaba encontrarlos aquí —dijo Leia, como una especie de disculpa—. Pensé que las muchas necesidades de su mundo los mantendrían en Naboo.

Oh-oh. ¿Sonó como si estuviera criticando a la reina? «Fantástico. Dos viajes, dos incidentes diplomáticos. Con esta racha, empezarás una guerra antes de un mes».

Pero la Reina Dalné sonrió, aunque con un toque de tristeza.

—Alguna vez las reinas de Naboo eran las que gobernaban de verdad este planeta. Pero desde que nuestro Senador Palpatine se convirtió en Emperador, sus gobernantes se han apoderado de todas las cuestiones de Naboo. En realidad hay muy poco que pueda hacer más allá de las ceremonias.

Las palabras de Breha de nuevo resonaron en Leia: «El palacio puede ser un lugar solitario». Dalné era una chica no mucho más grande que Leia, sin padres que la apoyaran y sin tareas significativas que hacer. Estaba a la cabeza de una vida lujosa que muchos envidiarían, pero Leia entendía que era una jaula de oro.

Aun así, ser de la realeza no significaba estar aislado totalmente.

—Su Majestad, si tiene tanto el tiempo como la voluntad, podría unirse a mí el día de hoy. Distribuiremos equipo de seguridad entre los mineros.

Pensó que Dalné se negaría enseguida. Sin duda había dificultades políticas involucradas que Leia, como alguien de fuera, no podía entender.

Y otra vez, la reina de Naboo sonrió. Su maquillaje ya no ocultaba su rostro.

—Tengo la voluntad, Princesa Leia, así que encontraré tiempo para hacerlo.

De acuerdo con los archivos que Leia había estudiado, la relación entre Naboo y su colonia minera en Onoam era revoltosa. Hacía una generación, los mineros habían estado varias veces en huelga para pedir mayores ingresos, y varios grupos de choque habían cometido actos menores de violencia política, como romper ventanas y escudos de seguridad, o hasta quemar un almacén vacío en Naboo.

Sin duda, los mineros de una generación después habrían dado mucho por trabajar en las condiciones que sus predecesores decidieron que eran malas. Los predecesores querían que los trataran con más justicia; los siguientes querían ser reconocidos como seres humanos. El carguero con la primera tanda de equipo llegó e iluminó todo. La luz era cada vez más escasa ahí abajo y hacía el trabajo casi imposible. Las enormes cantidades de polvo parecían colgarse del aire. Leia tosía seguido y el maquillaje blanco de Dalné comenzaba a ensuciarse. Claramente, no era un ambiente adecuado para ellas ni para nadie.

Solo se permitía que los humanos extrajeran en la mina especias médicas. Los droides podían ser intervenidos o secuestrados para contrabandear cantidades suficientes para cocinar sustancias nuevas y más potentes; en otras palabras, sustancias ilegales. Los humanos también podían hacer fraude, pero no eran tan habilidosos en ello, y otras motivaciones podrían mantener su honestidad. Leia pensaba que esas motivaciones serían mejores salarios, condiciones de trabajo y un sentido de comunidad y camaradería.

Palpatine prefería «motivarlos» con crueldad y terror.

Cuando por fin llegaron al último nivel de la mina, un pequeño grupo de mineros esperaba a sus visitantes reales. Tal vez hubieran hecho que otro comité fuera a saludar a los dignatarios que estaban de visita si no hubiera sido por el grupo de stormtroopers que rondaba en el fondo. Había uno en cada salida.

El droide de protocolo de Dalné anunció su llegada, y le hizo una seña a un hombre alto y delgado.

—Brel Ti Vorne, representante designado de los mineros.

—Mi Reina —dijo Ti Vorne, pero antes hizo una reverencia, como es adecuado. Pero fijó su atención en Leia inmediatamente después—. Princesa Leia de Alderaan, la recibimos con gratitud.

—Obtendrán algo más útil que una princesa —dijo Leia, y señaló hacia las cajas que cargaba un hoverdroide—. Les hemos traído suministros para quinientos mineros: cinturones de seguridad, máscaras de oxígeno, campos de fuerza portátiles que purifican el aire y otras cosas que estoy segura de que les serán útiles.

Leia esperaba sonrisas, o por lo menos gestos de gratitud y reconocimiento, pero en lugar de eso, Ti Vorne agachó la cara, y los mineros detrás de él arrastraron los pies y murmuraron entre ellos.

La Reina Dalné dijo:

—Estos regalos no los complacen. ¿Podemos preguntar por qué?

—Si necesitan otra cosa con mayor urgencia —dijo Leia apresuradamente—, intentaré conseguírselas. Solo díganme de qué se trata.

Ti Vorne negó con la cabeza.

—Estos objetos harían que nuestro trabajo sea más fácil, Su Alteza.

«Harían», no «harán». Leia miró con sospecha a los stormtroopers más cercanos. No parecía que les estuvieran prestando atención, pero ¿quién podría saber lo que pasaba debajo de esos cascos? Así que Leia se acercó a Ti Vorne y le dijo en voz baja:

—Así no pueden escucharnos. Dime qué sucede.

Ti Vorne dudó por un momento largo, tanto que Leia casi se retractó de lo dicho, pero al final suspiró y dijo:

—Usted puede entregarnos el equipo, Su Alteza. E incluso ellos pueden permitirnos usar algo, al menos por un turno o dos, pero al final todo será retirado de nuestras manos como castigo, o porque el equipo estará «defectuoso» o porque nos dirán que se perdió. Algo por el estilo. Logramos ahorrar para comprar nosotros mismos algunas cosas de vez en cuando, hasta que nos dimos cuenta de que todo tenía el mismo destino. El mayor imperial a cargo de la mina los venderá y se quedará con las ganancias.

Leia apenas pudo hablar por la indignación.

—¡¿Qué?! Eso… ¡eso es un acto criminal!

Ti Vorne se encogió de hombros.

—No si lo hace el que está a cargo.

—Entonces es aún peor. Entonces es… pura *poodoo* —dijo, y Ti Vorne abrió grande los ojos. La Reina Dalné se aguantó una risita. Leia no se vio muy diplomática—. Perdónenme —dijo con toda la gracia que pudo—. Su necesidad me enoja y me hace actuar.

—Entonces ya es mejor que muchos, Su Alteza —dijo Ti Vorne, que tenía una curiosa expresión en su rostro, como si las palabras que pronunciaría le dieran aún más miedo—. Le hemos pedido ayuda a otros últimamente, y pensamos que tomarían medidas en nuestro nombre. Pero no.

Leia juntó sus manos enfrente de su pecho.

—Entonces déjenme hacer lo que pueda por ustedes. Por favor acepten estos regalos en beneficio de todos los mineros. Pretendo encontrar una manera de asegurarles que podrán mantenerlos.

—Ambas lo haremos —agregó la Reina Dalné, con una fuerza en su voz que Leia nunca había escuchado.

La sonrisa en el rostro de Ti Vorne era triste. No las culpaba, pero tampoco les creía.

—Sus buenas intenciones ya son un regalo.

Poco después, cuando Leia y Dalné regresaban de la catastrófica mina y subían en el elevador de carga, Leia murmuró:

—La buena voluntad no se puede comer. Ni respirar.

—Todos conocemos la corrupción imperial —dijo Dalné, y sonaba miserable. En el poco tiempo que habían estado bajo tierra, su maquillaje se había vuelto casi gris—. Se esparce hacia todos lados. Pero ni siquiera yo me había dado cuenta de que también se extendía muy profundamente bajo la tierra.

—¿Hay algo que usted pueda hacer, Reina Dalné? ¿Cualquier antigua norma o deber ceremonial que le permita intervenir?

Dalné se tomó mucho tiempo para pensar, tanto que Leia asumió que estaba pensando en una manera de decir con tacto que no podría. Pero luego chasqueó los dedos.

—Puedo exigir una audiencia con los oficiales de más alto rango. El gobernador regional tiene una cabaña aquí en Onoam; creo que podría estar de visita por aquí ahora mismo.

—Hablamos del… Moff Quarsh Panaka, ¿verdad?

—Sí. Es originario de Naboo, así que será más fácil hablar con él, y aunque hace la vista gorda, no es corrupto como tal —dijo Dalné, y dudó un segundo—. Pero es *totalmente* leal a Palpatine.

Esa lealtad lo hacía peligroso, pero…

—Deberíamos darle una oportunidad. Los oficiales imperiales honestos no son muy comunes. Sería una pena desperdiciarlo.

El hecho de tener algo importante que hacer llenaba de vigor a Dalné.

—Entonces ¿solicito una audiencia inmediata?

Leia asintió.

—Creo que es tiempo de conocer a Panaka.

CAPÍTULO 12

El Moff Panaka les concedió una audiencia a la reina de Naboo y a su invitada, aunque solo pudo agendarlas el mismo día y muy pronto. Leia se preguntaba si los subordinados del moff tenían la esperanza de evitar la reunión tan solo asegurándose de que llegaran tarde.

Y para colmo, Leia necesitaba cambiarse de atuendo. Su vestido blanco y sencillo era adecuado para la mayoría de las ocasiones, pero no después de haber estado en la mina. Aunque intentó convencerse de que entrar a la audiencia sucia y llena de polvo le daría fuerza a su argumento, no podía hacerlo. Al parecer, las constantes advertencias de 2V acerca de verse lo mejor que pudiera habían funcionado. Así que se dieron el tiempo de volar hacia la residencia de Dalné en Onoam, donde había ropas elegantes y lujosas en gran cantidad.

«Jamás le contaré a 2V de esto. —Leia se colocó uno de los vestidos de la reina—. Alardearía de eso durante días».

Tomó prestado el vestido más sencillo que le ofrecieron. Era otro de color blanco, pero el más «sencillo» de la reina de Naboo era uno con muchísimos ornamentos. Tenía velos de color rosa y amarillo claros que caían en varias capas, y una red blanca se estiraba detrás de su cabeza como si fuera un collar. El efecto era hermoso, pero extravagante a ojos de Leia.

—Es un vestido tradicional —insistió Dalné mientras esponjaba los velos que caían sobre los hombros de Leia—. Las reinas y otras oficiales de alto rango visten así en tiempos de gran alegría. Es apropiado vestirlo cuando conoces a un dignatario; de ese modo, se muestra que las intenciones son de tener una negociación exitosa.

—Es… mucho para mí.

Dalné negó con la cabeza.

—Después de que me nombraron reina, me tomó varios meses acostumbrarme al peso de los tocados. El que llevo ahora es uno muy ligero. Aunque el que va con el vestido de júbilo es muy fácil de…

—No, no, no —dijo Leia, y alzó una mano—. No quiero que parezca que pretendo ser una reina.

Dalné estaba divertida.

—¡Le sobran credenciales para ser una doncella!

Batten aceleraba el *Polestar* sobre los pastizales ondulantes y altos de Onoam. Leia escuchaba a Dalné hablar de los muchos roles que habían ejercido las doncellas en el pasado, sirviendo como consejeras personales en servicios de espionaje. La tradición se había caído cuando la reina se convirtió más en una figura que en una gobernante, pero las doncellas tenían que calificar por medio de exámenes físicos y mentales que desafiarían hasta a los cadetes de la Academia Imperial.

¿Cómo habría sido una verdadera reina de Naboo? «Sería un gran peso en cada sentido: desde la responsabilidad de estar al mando de todo un planeta, hasta los tocados». Incluso, algunos vestidos del guardarropa personal de Dalné debían pesar unos cinco o seis kilos. Menos mal que las tradiciones reales de Alderaan no pedían nada más que que la reina llevara trenzas.

Batten se quedaría en el *Polestar*, que había aterrizado a una distancia considerable de la casa de Panaka. Las regulaciones de seguridad imperial no eran flexibles, ni siquiera para princesas y reinas. Un trabajador civil registró el aterrizaje; un hombre raro y alto que llevaba una máscara de oxígeno. Debió ser muy extraño para él verse rodeado de tanta naturaleza hermosa y aire fresco que no podía inhalar.

Los velos de la capa se rizaban alrededor de los pies de Leia, que subía por los escalones que llevaban a la casa, junto a Dalné. La residencia del moff era una estructura imponente hecha de vigas gruesas de madera roja con abundantes patrones. Leia caminaba con seguridad y sin miedo a caerse. El hecho de ser una princesa le había enseñado a lidiar con un vestido que tuviera cola.

Un pequeño y rechoncho droide LEP las llevó hacia un cuarto con el techo muy alto y ventanas anchas, que tenía una vista hermosa hacia el horizonte en tres direcciones diferentes. Leia se dio cuenta de que ese era un verdadero lujo de la galaxia. A la mayoría de los oficiales imperiales de alto rango les gustaba rodearse del *glamour* sin fin de bienes ganados fraudulentamente: estatuas robadas de museos, mobiliario carísimo, etc. El Moff Panaka prefería lo sencillo y práctico, pero al mismo tiempo tenía buen gusto.

A pesar de sus años de experiencia con las autoridades imperiales, Leia se sentía esperanzada. Dalné le había comentado que Panaka era un hombre decente. El cuarto confirmaba, por lo menos, que no era igual que la mayoría de los oficiales imperiales. Tal vez las negociaciones serían fructíferas.

—Su Majestad —dijo Panaka. Su voz masculina llenó el cuarto.

Leia giró la cabeza y vio a un hombre negro, alto y guapo que caminaba hacia la reina con una taza en la mano. Era más o menos de la edad de su padre, aunque no tan alto, y unas manchas de color gris marcaban el cabello encima de las sienes. Otro droide LEP se balanceaba detrás de él, con una olla humeante y más tazas para sus huéspedes. El Moff Panaka continuó:

—Me sorprendieron en medio de mi té de la tarde. Espero que usted y su invitada…

Panaka por fin miró a Leia. Se calló de golpe, y abrió muy grande los ojos. Aunque se las arregló para no soltar su taza, derramó algo de té en el piso.

—¿Está bien, Moff Panaka? —preguntó Dalné, preocupada mientras el pequeño droide limpiaba el té derramado.

—Claro. Perdónenme. Su invitada… me recordó a alguien —dijo, y enderezó su postura en un intento de recuperar la dignidad. Caminó hacia Leia, aparentemente tranquilo de nuevo, aunque se veía una curiosidad intensa en sus ojos—. ¿Usted es la Princesa Leia Organa de Alderaan?

—Así es, Moff Panaka. Es un placer conocerlo —dijo Leia, que se sentía más desconcertada de lo que debería por el comportamiento de Panaka. En lugar de dar cumplidos, como era normal, fue directo al grano—. Necesitamos discutir la situación de los mineros de Onoam.

Panaka respiró profundamente; era obvio que seguía calmándose.

—Por supuesto. Discutámoslo con té, si es que todavía hay en la olla y no en el piso.

Leia sonrió. No era una broma muy buena, pero era mucho más de lo que ofrecerían otros oficiales imperiales. Tenía que ser una buena señal, sobre todo después de la presentación tan incómoda.

Se sentaron con Panaka en su terraza, que daba a un río angosto que brillaba de un color plateado bajo la luz del sol. Leia habló acerca de lo que habían visto en las minas y le contó los problemas que Ti Vorne les había descrito, aunque fue lo suficientemente lista para no decir el nombre del minero. Panaka apretó los labios, tal vez de ira, y mientras seguía hablando, Leia vio que el enojo era por los estafadores imperiales.

—Claro que el Emperador Palpatine fomenta un cierto grado de… —Panaka hizo una pausa en búsqueda de una palabra que fuera lo suficientemente diplomática—: iniciativa entre sus oficiales. Se supone que deben manejar la desobediencia con multas económicas cuando lo necesiten, en lugar del uso de la violencia.

«¿Así es como lo llama? ¿Y la gente debería estar agradecida de que les roben en lugar de matarlos?». Leia asintió.

—Ajá —dijo Leia, con ironía.

Panaka negó con la cabeza.

—El problema surge cuando oficiales sin mucha experiencia comienzan a creer que pueden actuar de este modo en contra de todos los ciudadanos, en lugar de solo infraccionar. Necesitamos vigilar este tipo de comportamientos, o la disciplina de las tropas se extinguirá.

Prácticamente cualquier otro planeta bajo el mando del Imperio veía «ese tipo de comportamiento» todo el tiempo. Sin embargo, el Moff Qúarsh Panaka estaba dispuesto a asegurarse de que Naboo no fuera uno de esos planetas. Leia se arriesgó:

—Si pudiera establecer algún tipo de supervisión del equipo nuevo que trajimos en las minas lo más pronto posible, podría haber un cambio real.

—Entonces lo haré —dijo Panaka.

Leia miró a Dalné con una sonrisa victoriosa. Aunque Dalné le sonrió también, el maquillaje en su rostro no dejaba ver si era de confusión o de felicidad. Al parecer, Panaka no era tan complaciente todo el tiempo. ¿Por qué lo era en este caso, con Leia?

Panaka se acomodó en su silla de madera de wroshyr sosteniendo la taza en la mano, aunque el té ya debía estar frío porque no había bebido desde hacía mucho. Panaka dijo:

—En verdad es un honor conocerla, Su Alteza. Me reuní con su padre algunas veces durante la Guerra de los Clones.

El rostro de Leia se iluminó. Desde que era pequeña, se maravillaba con las historias de las aventuras de su padre durante dicha guerra. Cuando era muy, muy pequeña, Bail

contaba historias sencillas: cuentos de escapes difíciles o de heroicos Caballeros Jedi. Cuando creció, le hablaba más de diplomacia, de la complejidad y la tragedia de las batallas. Aun así, seguía fascinándose por la Guerra de los Clones.

—¿Sirvieron juntos bajo el mando del General Kenobi?

Tan pronto como lo pronunció, quiso morderse la lengua. No todos querían recordar a los Jedi. Como Palpatine. Y Panaka era leal a su Emperador, pero asintió.

—Conocí a Kenobi, aunque fue antes de que empezara la Guerra de los Clones. Incluso antes de que se convirtiera en un Caballero Jedi.

—¿En serio?

Debía haber varias historias acerca de la grandeza de Obi-Wan Kenobi, unas que su padre ni siquiera sabría.

Antes de que Leia pudiera preguntar, Panaka se movió un poco en su silla para mirarla directamente.

—Perdóneme si esta es una pregunta muy personal, pero creo que escuché que el virrey y la reina adoptaron a su hija, ¿verdad?

—Sí, claro. No es para nada personal. Mi adopción se celebró públicamente en Alderaan.

Qué pregunta tan *rara.* ¿Qué tenía que ver con las minas?

Panaka asintió, como si considerara sus palabras con mucho cuidado.

—¿Hace cuánto tiempo fue eso?

—Cumplí dieciséis hace unos meses. Mis padres me adoptaron inmediatamente después de nacer.

—Dieciséis años casi exactos. —Los ojos de Panaka recobraron la intensidad del momento en el que se conocieron—. Y sus padres biológicos…

Esa *sí* era una pregunta personal, pero a Leia no le preocupaba responderla. Lo poco que sabía lo sabía igual que la mayoría de la gente en Alderaan y hasta en otros lugares.

—Me han dicho que mis padres biológicos murieron en una de las últimas batallas de la Guerra de los Clones. Mi madre biológica resultó muy mal herida y apenas vivió para dar a luz.

—¿Sabe su nombre?

—No. Nunca pregunté.

—¿Por qué no? —preguntó Dalné, que intentó suavizar la conversación; que pasara de lo específico a lo general—. ¿No le da curiosidad? A la mayoría de los adoptados les da.

Leia se encogió de hombros.

—Si cualquiera de mis padres biológicos hubiera sobrevivido, me habría interesado conocerlos, pero murieron antes de que yo cumpliera un día de nacida. Mis padres adoptivos son la única familia que tengo y los únicos que quiero. No todos los adoptados se sienten de ese modo, pero yo… mi familia está completa tal como está.

—Los tiempos de la desintegración de la República fueron muy peligrosos y caóticos —dijo Panaka. Sus ojos no se movieron de Leia—. Muchos se perdieron y era muy difícil saber su paradero. Uno escucha muchos rumores, y nunca se sabe qué creer.

—Seguramente.

Leia no estaba segura de cómo tomar esa digresión, pero por lo menos Panaka había dejado de hablar de sus padres biológicos. ¿También era adoptado? O ¿había adoptado a alguien? Si así fuera, tendría algo de sentido, pero Leia no estaba satisfecha.

Su extraña fiesta de té terminó. El Moff Panaka las acompañó hasta la puerta mientras charlaba de trivialidades, aunque miró a Leia con cautela todo el tiempo. Irritada, Leia pensó si Panaka creería que se iba a robar alguna taza de té.

—Gracias de nuevo por su audiencia y su amable atención, Moff Panaka —dijo Dalné.

Panaka le ofreció una sonrisa que parecía genuina.

—He servido a las reinas de Naboo por muchos años. Es un privilegio para mí servirle.

—Hoy también le sirvió a la Princesa de Alderaan. —Leia extendió las manos y Panaka las tomó en las suyas. Su apretón era fuerte e incómodo, pero la expresión de Leia no lo dejó ver—. Me tranquiliza saber que la autoridad a cargo verá por el interés de los mineros.

«Por fin», añadió, pero solo en su cabeza.

—Conocerla ha sido una experiencia única —dijo Panaka, y ladeó la cabeza mientras la estudiaba con una mirada de láser—. Le hablaré al propio Palpatine de esto.

—¿De los mineros? —preguntó Leia. De ser así, era mucho más de lo que esperaba conseguir.

Panaka negó con la cabeza.

—De usted, Su Alteza. Creo que debe saber que los Organa adoptaron a una hija tan sobresaliente.

¿Y *eso* qué significaba? Ya hablaba de adopción otra vez. Leia se las arregló para retraer sus manos del agarre de Panaka con educación.

—Si mencionara también a los mineros, se lo agradecería.

Panaka pareció restablecer sus prioridades.

—Claro. Lo dije en serio, Princesa Leia. Los supervisores de los mineros no volverán a beneficiarse del robo nunca más.

Todo había valido la pena, entonces.

Después de que Panaka se diera vuelta para regresar a su cabaña, Leia y Dalné descendieron los escalones hacia el *Polestar*. El viento que soplaba por el pastizal que las rodeaba hacía que sus capas y túnicas revolotearan, y con suerte taparían un poco la conversación. Leia murmuró:

—¿De qué se *trató* todo eso?

—No me lo puedo imaginar. ¿No crees que… —Dalné dudó—, que tu padre y el Moff Panaka fueron amigos alguna vez, pero tuvieron diferencias? Tal vez le enoje que le vaya bien a su enemigo, incluso la adopción de una hija.

A Leia le pareció exagerado. Pero…

—Todos saben lo que mi padre piensa de Palpatine. Si Panaka es en exceso leal al Emperador, tal vez esté resentido.

Una ola de calor impactó contra Leia y la tiró, haciendo que todo su mundo fuera de color blanco brillante. Un sonido estruendoso fue todo lo que Leia pudo escuchar hasta que no oyó nada más. Dalné parecía una línea borrosa junto a ella, y se tambaleaba por los escalones. Lo único que Leia pudo ver además de Dalné fueron columnas de llamas estirándose hacia arriba en el cielo rosado.

«Una explosión» fue lo único coherente que se le ocurrió a Leia.

Leia cayó con fuerza boca abajo en el suelo, y no pudo respirar durante lo que le pareció un largo momento. Dalné se arrastró hacia ella y varios mechones de su cabello negro colgaban fuera del tocado plateado. Las lágrimas habían corrido parte de su maquillaje. No dijo nada y solamente agarró a Leia de la mano.

«Algo explotó». Leia estaba aturdida. «La cabaña del moff. Pero no tiene sentido. Era una casa de madera, no una nave ni una estación».

Lo que significaba que la casa había sido destruida por una bomba.

Leia se enderezó y miró a su alrededor para ver el caos. Vio partes de droides en llamas esparcidas por el césped junto a madera y escombros que también ardían. La casa, o lo que quedaba de ella, apenas podía verse a través de las negras nubes de humo que se alzaban hacia el cielo. Varios stormtroopers corrieron hacia el fuego, seguramente intentaban rescatar a Quarsh Panaka, aunque parecía imposible que alguien que hubiera estado tan cerca de la explosión sobreviviera. Ress Batten corría hacia ellas, a unos pasos detrás de los stormtroopers.

A la distancia, un hombre escapaba.

«¡Es el trabajador civil, el que tenía la máscara de oxígeno!». Leia intentó ponerse de pie, pero no pudo. Levantó su mano para apuntar hacia el hombre que escapaba… hasta que se dio cuenta de que era un ataque a un oficial imperial. Un ataque hacia el Imperio.

Eso significaba que podría estar conectado con las actividades misteriosas de sus padres en Crait.

Leia no podía delatar al bombardero si había posibilidades de que estuviera conectado a su familia. Nunca la había lastimado su lealtad a Bail y Breha, pero lo hizo mientras permanecía ahí derribada y forzada a dejar escapar a un asesino.

¿Sus padres se habían convertido en asesinos también?

CAPÍTULO 13

El caos que sucedió después de la explosión dejó derribada a Leia alrededor de una hora. Miró la casa en llamas y pensó: «estaba tomando té ahí adentro, con un hombre que ahora está muerto». Un droide médico planeó sobre ella y analizó sus posibles heridas; para cuando terminó, Leia tenía sintplast sobre las pocas cortadas de su cuerpo y un yeso de plasma alrededor de su tobillo, que palpitaba de forma preocupante. Luego, Leia se acordó del hombre enmascarado que huyó, y se preguntó de nuevo si tendría algo que ver con sus padres, y si ellos sabían lo que le sucedería a Quarsh Panaka y cualquiera que estuviera cerca de él. Pensó también en la cara de pena y la manera en que el líder de los mineros había hablado acerca de pedir «ayuda».

—Tú —dijo una voz metálica de stormtrooper que asentó a Leia de regreso a la realidad. Se inclinó encima de ella. Su uniforme estaba lleno de manchas de hollín. La manera en la que la luz del sol se reflejaba en su máscara blanca casi le permitía ver los ojos humanos que estaban debajo. El stormtrooper le hizo una seña con su rifle bláster hacia un área donde varias personas conmocionadas y sucias eran acorraladas por otros stormtroopers—. Reúnete con los otros sospechosos.

—¿Sospechosos? —dijo Leia. Su temperamento había regresado a su estado normal y vivaz, pero antes de que pudiera decir algo, la Reina Dalné de Naboo intervino, ya desempolvada y con una muestra de su antigua grandeza.

—Ella no es ninguna sospechosa —dijo en un tono grave y simple que significaba que hablaba como monarca, no como individuo—. Es Leia, Princesa de Alderaan, hija de su reina y su representante en el Senado Imperial. Sería absurdo acusarla de terrorismo.

A Leia la sacudió darse cuenta de que estaba más cerca de la verdadera causa que cualquiera de ellos.

Pero la explicación de Dalné convenció al stormtrooper.

Las estrictas jerarquías del servicio imperial hacían que el soldado promedio se aferrara a la autoridad enseguida.

—Discúlpenme, Su Majestad, Su Alteza. No me informaron.

—Está bien —dijo Leia con toda la ligereza que pudo—. Creo que todos estamos sacudidos.

Era claro que el stormtrooper no sabía si admitir que estaba «sacudido» enfrente de dos adolescentes. Finalmente, señaló hacia el *Polestar*, donde Ress Batten había sido forzada a esperar.

Leia se puso de pie, e hizo una mueca de dolor cuando apoyó su tobillo. Al verla así, Dalné rápido la tomó del brazo. Mientras caminaban juntas hacia el yate real, Dalné murmuró:

—Si no fuéramos de la realeza, estaríamos detenidas junto a los otros.

—¿Y si ninguno de ellos es culpable?

Leia no volvió a ver al hombre enmascarado; había planeado bien su escape.

Dalné frunció el ceño bajo su maquillaje espeso.

—Uno de ellos lo será ante el oficial legal local. Querrán que alguien pague por esto, y no se atreverán a reportarle a sus superiores que no pudieron contener un ataque terrorista hacia el gobernador regional, y un moff —dijo, y sacudió la cabeza, dudosa—. Debió ser alguien que conocía muy bien Naboo y Onoam para planearlo tan bien. Hay muy pocos lugares donde un moff estaría desprevenido.

Leia sintió otra punzada de miedo. Su padre mencionó que había visitado Naboo muchas veces. Al parecer tenía amigos ahí durante la Guerra de los Clones. Aunque nunca detalló sus visitas a Naboo, es muy probable que visitara Onoam también. Tal vez conocía bien el área.

Bail Organa podía estar relacionado con quien planeó el ataque.

«Mi padre no lo montó, pues sabía que vendría, pero no recordaba de qué planeta era la luna Onoam. Tal vez solo sabía que el ataque se llevaría a cabo en una de las lunas de Naboo».

Dalné, que parecía no estar al tanto de las preocupaciones de Leia, continuó:

—Pronto bloquearán todo el sistema. Su estatus de realeza la protegerá de ser arrestada, pero aún pueden retenerla aquí.

—Nos iremos de inmediato —dijo Leia. El viento soplaba menos fuerte, y el césped alto que las rodeaba parecía una pared impenetrable de color verde, como el camino de un laberinto en el que nunca había estado—. Pero usted…

—¿Qué?

—Si… si van a retener el planeta por un tiempo, eso significa que ninguna otra autoridad imperial será capaz de establecer control pronto. Por varios días, o hasta semanas, tal vez la reina de Naboo pueda volver a ser una verdadera reina. Tal vez tenga el poder de ayudar a los mineros, después de todo.

Casi inmediatamente después de pronunciar esas palabras, Leia se dio cuenta de lo riesgoso que sería para Dalné. Hasta una reivindicación temporal de poder en un solo planeta podría verse como una sublevación. La construcción en llamas en el horizonte le enseñó qué tan peligrosa, y hasta sanguinaria, sería una revolución en contra del Emperador, pero no necesitaba ese ejemplo para comprender qué tan cruel podía ser el Imperio. Sabía eso con mucha certeza, al igual que todo ciudadano de la galaxia.

Dalné tendría que saberlo. Y en lugar de rehusarse o pretender que no escuchó, alzó el mentón.

—Tal vez haya oportunidad. Vale la pena intentarlo, por el bien de los mineros.

Leia tomó la mano de su nueva amiga.

—Siempre tendrá una aliada en Alderaan.

—Y usted siempre la tendrá aquí.

• ◆ •

El regreso a casa fue tenso. Por primera vez en la vida, Leia temía verse con sus padres. Les tenía que hacer las preguntas más serias que nunca les había hecho, y esta vez no podrían menospreciarla diciéndole que debía ser más sabia, o responsable, o ser una anciana antes de ganarse el derecho a escuchar la verdad. Si Leia casi había perdido la vida por su culpa, y si sus padres habían asesinado al Moff Quarsh Panaka… entonces necesitaba saberlo.

«¿Y si lo hicieron? —susurró una voz traicionera en su mente—. ¿Qué harás?».

Jamás podría delatar a sus padres. Nunca. Era impensable.

Pero tampoco podría hacer como si nada hubiera pasado. No si eran culpables.

—Gracias a la Fuerza que está viva —dijo Ress Batten mientras bajaban de la nave en el puerto espacial de Aldera—. Si tuviera que regresar e informarle a su madre que había sido asesinada en mi turno, seguro que me reprenderían —dijo, y luego se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Es decir, a lo que me refiero es que me hubiera puesto muy triste.

—No te preocupes —dijo Leia, cuya mente estaba en otro lado. El zumbido del puesto espacial y las naves a su alrededor parecían meros hologramas parpadeando con fragilidad; visiones de algún lugar lejano—. Gracias por todo.

Batten frunció el ceño.

—Su Alteza, ¿está segura de que está bien? Podría llevarla a un hospital, o encontrar al droide médico más cercano.

—No, gracias, no es nada. Solo necesito descansar.

Le sonrió con esfuerzo a su piloto. Batten no se veía convencida, pero estaba contenta de dejarla en el palacio.

Cuando Leia entró al área privada del palacio, la única que la esperaba era WA-2V, que abrió de golpe sus brazos metálicos.

—¡Su Alteza! ¡Increíble!

—Hubo cosas increíbles, supongo, aunque no es como yo lo llamaría…

—Sí, está sucio, ¡pero es el vestido más hermoso que se ha puesto! —dijo 2V, que rodó a toda velocidad hacia Leia y extendió sus dedos metálicos y delgados para tocar uno de los velos color rosa pálido de la capa—. Claro que todos los que comprenden de moda saben que Naboo es *el* lugar de la ropa formal, ¡pero no me imaginaría que aprendería tan rápido!

La dedicación enfocada solo a peinados y vestimenta de su droide la divertía por lo regular. Ese día le costó muchísimo trabajo contenerse para no darle un golpe a 2V. «Es su programación. Y no la pudo elegir».

—Lo siento, 2V, pero me lo prestó la Reina Dalné. Tenemos que lavarlo y devolverlo.

Todas las articulaciones de se aflojaron por la decepción.

—Ay, bueno. Por lo menos tenemos un buen ejemplo en el que basarnos, ¿no lo cree?

—Sí, está bien. ¿En dónde están mis padres?

—La reina y el virrey están en la biblioteca, pero debería dejarme arreglarla un poco antes de presentarse con ellos. ¡Aunque tal vez valga la pena que vean el vestido! ¡Entonces, tal vez aprueben ir de compras a Naboo!

—No les preguntemos eso todavía.

Más bien quiso decir *nunca*. Leia no tenía ganas de regresar al sistema de Naboo jamás.

Se las arregló para hacer que su droide consiguiera un atuendo nocturno cómodo y que guardara su vestido, aunque estaba segura de que no dormiría pronto. Estaba anocheciendo, y cada músculo del cuerpo le dolía por el cansancio, pero no descansaría hasta que hablara con sus padres.

Leia se acercó a la biblioteca más lento cuando vio que una de las grandes puertas de bronce estaba abierta, y escuchó que sus padres conversaban en un tono que delataba su horror, o rabia o ambos.

—… una postura, inmediatamente —dijo su padre, que daba pasos de un lado a otro en el suelo de madera—. De otro modo, pronto perderemos el control de los partisanos, y no podremos predecir qué tan lejos llegarán.

Su madre habló en el tono que Leia reconocía cuando daba malas noticias:

—El juicio de Saw es deficiente, pero llegamos al punto en el que debemos preguntarnos… ¡Leia!

Ambos se dieron vuelta de golpe cuando cruzó la puerta. La luz del fuego resplandecía en toda la biblioteca, era casi la única luz en la habitación, pero Leia vio lo afectada que se veía su madre. Su padre, en cambio, se veía… enojado.

«Furioso».

Su madre habló primero.

—¡¿Estás bien?!

—No estoy tan herida —respondió Leia. No era lo mismo que decir que sí, y sus padres lo sabían.

Breha fue hacia su hija con los brazos extendidos. El dobladillo de su bata de color rojo oscuro hacía ruido mientras se arrastraba por el suelo. Se detuvo a unos pasos de Leia con una expresión sin igual. Cuando volvió a hablar, sus palabras fueron en un tono bajo y parejo, como habían sido cuando Leia se cayó de chica y se raspó la rodilla:

—Corazón, ¿hay alguna razón en específico por la que decidiste ir a Naboo? ¿Te interesaste en ese mundo por algo que no nos has querido compartir? Puedes confiar en nosotros.

Después de todo lo que había sucedido, ¿cómo era posible que esa fuera su primera pregunta?

—Los dos dijeron que no podía ir a un planeta que fuera políticamente sensible. Supuse que el planeta natal del Emperador estaba tan alejado de la política como era posible, en especial cuando solo iba a ir a una de sus lunas. No sabía que alguien asesinaría al moff. —Su madre vaciló, y Leia temió que sabía la respuesta—. ¿Ustedes sí?

—¿Qué?

Leia enderezó su postura.

—¿Sabían lo que le iba a suceder al Moff Panaka?

Breha se cubrió la boca con la mano y, por primera vez, la reina de Alderaan se quedó sin palabras. Bail, que por lo regular tenía el temperamento más equilibrado, respondió:

—¿Crees que seríamos capaces de asesinar a alguien? ¿Qué te pasa, Leia?

—¿Cómo se supone que sepa? No me dicen nada de lo que hacen, así que debo adivinar.

Como muy pocas veces, Bail le alzó la voz.

—¡¿Así que crees que nos hemos convertido en unos asesinos?!

—¡Planean ataques al Imperio! ¡Tarde o temprano, eso matará a alguien!

—Exactamente —dijo Breha con calma, mirando a su esposo. Leia, sobresaltada, dio un paso hacia atrás. Si su madre se dio cuenta, no dio señas de haberlo hecho.

Bail negó con la cabeza.

—Ya no puedo seguir hablando de esto. Necesito… necesito descansar, y pensar.

—Eso es lo mejor —dijo Breha, que acarició el hombro de Bail con su mano; fue como si lo hubiera contagiado con una nueva fuente de calma.

Bail caminó hacia la puerta y se detuvo un momento junto a Leia para decir:

—Estamos aliviados de saber que estás bien. Te amamos.

—Y yo a ustedes —dijo Leia en voz muy baja. Sintió como si hubiera otra presencia en el cuarto: lo desconocido, o tal vez el futuro. Algo más grande y oscuro.

Una vez que su padre se había ido, Leia miró a Breha, y su madre le dijo:

—Vamos a pasear por los jardines.

—Tenemos que hablar de esto.

—Los jardines son un buen lugar para hablar. Además, quiero darle algo de privacidad a tu padre.

El palacio ofrecía suficiente privacidad para mil personas, pero Leia entendió lo que su madre quería decir. Sus padres necesitaban separarse de vez en cuando por un rato.

Los jardines, como el propio palacio, habían sido el trabajo de siglos. Había arreglos florales diseñados con mucha dedicación, y los heléchos dibujaban patrones a través del atrio central. Las esculturas de mármol blanco o metal brillante estaban situadas dentro de arreglos de hiedra que funcionaban como marcos. A Leia le gustaban más los jardines en el invierno, cuando la nieve hacía que los elaborados diseños parecieran una manta de cordones blancos. Aunque en la primavera también eran hermosos, las flores apabiladas que se abrían de noche se habían expandido para revelar sus pétalos luminiscentes de color naranja claro con dorado.

Cuando era muy pequeña, Leia creía que el brillo tenue en el pecho de su madre era un racimo de pabilos en su corazón. Luego entendió que eran los pulmonodos de su madre y conoció a más gente con repuestos mecánicos de órganos, pero el cariño que tenía por las flores apabiladas nunca se fue. Para ella, siempre representarían magia y amor.

Breha se sentó en uno de los bancos de piedra tallada. Aunque Leia también podía sentarse, no lo hizo. Quería permanecer de pie otro rato.

—El reporte que recibimos de la Teniente Batten indica que conociste personalmente al Gobernador Panaka. ¿Es verdad?

—Sí. Tal vez soy la última persona con la que habló.

—Dime lo que sucedió entre los dos.

Leia casi perdió el temperamento.

—No creo que importe lo que le dije al gobernador tanto como el hecho de que alguien lo asesinó, y…

—No, Leia. —No habló como una madre gentil, sino como la reina, cuya palabra es la ley—. Sé que pusimos a prueba tu fe en nosotros, pero debes confiar en mí esta noche. Es vital que me digas exactamente lo que hablaste con Panaka. No omitas ningún detalle. Tengo que entender lo que pasó antes de que podamos proceder.

No tenía sentido. Y aun así, Leia confiaba en su madre. Así que le contó acerca de los mineros, de la Reina Dalné, de su decisión de visitar la casa, e incluso acerca del vestido que eligió. Cuando Leia mencionó que Panaka se sorprendió de verla, Breha se tensó, pero no dijo nada. Al final de la historia, su madre temblaba tanto que Leia se vio forzada a mirar hacia las flores apabiladas. De otro modo, no estaría segura de poder continuar.

—Dijo que hablaría personalmente con Palpatine acerca de que mis padres adoptaron una… hija excepcional, o sobresaliente, algún halago, no recuerdo qué. Nos despedimos, y Dalné y yo comenzamos a bajar por los escalones. Ahí sucedió.

—¿Cuánto tiempo pasó desde el momento en que se fueron al de la explosión?

—No mucho. Si hubiéramos dicho una o dos frases más, aún hubiera estado en la cabaña cuando explotó —dijo Leia, que por fin miró a su madre. Breha Organa se veía como si hubiera envejecido varios años en un minuto. Tenía una mano presionada contra el pecho, en donde sus pulmonodos parpadeaban entre sus dedos, y la otra apretaba un puñado de tela de la falda de su bata. Su piel, que por lo regular era dorada, se veía como ceniza. Alarmada, Leia se acercó—. ¿Te vas a desmayar?

—No lo creo —dijo Breha, cerró los ojos y respiró profundamente—. Estuvimos tan cerca de ser destruidos por completo.

—Yo estuve más cerca que ustedes —dijo Leia, y se cruzó de brazos. Su vestido aún olía a humo.

—Oh, corazón, no me refería a eso. Tú fuiste la que estuvo en mayor peligro, más del que pudiste imaginar —dijo Breha, se levantó y tomó a su hija en los brazos—. Pero si algo te llegara a pasar… no puedo ni decirlo. Tu padre y yo correríamos el riesgo. Lo sabes, ¿verdad?

Aunque Leia estaba conmovida, se resistió a abrazar a su madre.

—No han respondido mi pregunta. ¿Tienen algo que ver con esto?

El silencio que le siguió a su pregunta duró tanto que Leia pensó que la conversación había terminado; que simplemente la mandarían a dormir y ya. Pero al final Breha dijo:

—No sabíamos que esto pasaría, no. No lo hubiéramos permitido. Quarsh Panaka era por mucho el oficial imperial de más alto rango al que teníamos esperanzas de contactar algún día, incluso hasta para trabajar con él, tal vez. Era un hombre bueno, más de lo que cualquiera en el círculo de confianza del Emperador puede llegar a ser, y mejor que la mayoría. Panaka era… una opción que me hubiera gustado dejar abierta.

—También vi eso en él. Pero si querían hablar con Panaka, ¿por qué…?

—Ese era el trabajo de un asociado nuestro —comenzó Breha. Negó con la cabeza y le hizo una seña a Leia para que se sentara junto a ella—. No. Mereces que te diga la verdad. El bombardeo fue el trabajo de un grupo que se hace llamar «Los Partisanos», guiados por un hombre llamado Saw Gerrera. Es un hombre valiente y un combatiente muy inteligente… pero sus métodos se están haciendo más violentos, más extremos. Saw está enajenando algunos de los aliados que tu padre y yo más necesitamos. No sé cómo lo vamos a resolver. Puedes estar segura de que quiero decirle lo cerca que estuvo de matar a nuestra hija. Si eso no lo sacude para hacerlo pensar dos veces lo que hace, nada lo hará.

Breha estaba tratando a Leia como una adulta, y quería responder como una. Pensó bien en las palabras que pronunciaría.

—Dices que no apruebas sus métodos. Pero cuando dije que tarde o temprano la violencia mataría a alguien, dijiste «exactamente». ¿A qué te referías?

Ahora era el turno de Breha para pensar su respuesta.

—Soy una hija de Alderaan. Mi madre me crio para conservar la paz. Intento criarte del mismo modo. No apoyo la guerra. Y aun así, no soy tonta. Solo un tonto creería que el mandato de Palpatine podría terminar sin violencia. Cuando se entere de que hay una rebelión organizada, y claro que lo hará, si queremos lograr algo que en verdad sea grande, entonces pedirá nuestras cabezas. Si no estamos listos para pelear, será nuestra perdición.

Leia sintió que debía discutir eso. O, por lo menos, que quería hacerlo. Por más intimidantes que fueran las palabras de su madre, sabía que en el fondo tenía razón.

—¿Por qué se enojó tanto papá cuando lo mencionaste?

—No ha aceptado por completo que cualquier rebelión exitosa tendrá que ser a una gran escala. Después de lo que vivimos en la Guerra de los Clones, es entendible. Esas batallas marcaron a toda la galaxia por una generación, y no hay duda de que por eso tanta gente está en desacuerdo con unirse a la lucha de nuevo. Pero otros ya comenzaron a ver la verdad.

—Como tú.

—Como yo y algunos de nuestros amigos. Y no, Leia, no te diré quiénes. Revelar la identidad de Saw fue mucha más información de la que tenía que darte. —Su madre acomodó con gentileza un mechón suelto del cabello de Leia por atrás de su cabeza—. Digamos que tenemos una gran oportunidad de negociación por venir, con muchas partes que representan distintos puntos de vista.

Leia hubiera pensado que cualquier movimiento en contra de Palpatine estaría unido por la mera bondad de su propósito. En cambio, por las palabras de su madre, se imaginó una alianza más complicada; una en donde las partes compartían una meta, pero que discernían en casi todo lo demás.

—¿No están todos en el mismo lado?

—En lo más importante, sí. Pero no hay un solo camino. Cuando hablamos de moral y de lo que planeamos hacer… encontramos nuestro camino bajo muchas sombras.

—Juntos —dijo Leia con intención de terminar la frase de su madre.

Breha hizo una sonrisa torcida.

—Esperemos que así sea.

CAPÍTULO 14

Cuando Leia se fue a dormir esa misma noche, aseada y exhausta, sintió que todo estaba tranquilo entre ella y su madre, tal vez hasta mejor que antes, ya que Breha por fin empezó a compartirle detalles acerca de su alianza misteriosa contra Palpatine. Podían confiar la una en la otra de nuevo. Su padre no había ido a verla después de que se fue de la biblioteca, pero estaba segura de que hablarían de nuevo por la mañana, cuando se hubiera calmado. Sin embargo, mientras estaba bajo las colchas de seda, y a pesar de su fatiga, no podía dormir. Quería respuestas a las preguntas morales que hizo su madre, pero no eran fáciles de encontrar.

«Quarsh Panaka era un hombre decente que servía al Imperio con suma lealtad, más que con ambición. Asesinarlo junto con la gente que estuviera en su hogar… ¿cómo podría ser algo bueno? Mamá tiene razón, no obstante. Palpatine no renunciará a su poder a menos que se vea forzado. Si el Senado Imperial no ha sido capaz de retener al Imperio hasta ahora, nunca lo hará».

Ese último pensamiento la horrorizó; era una verdad que no había visto hasta ese momento. Su padre y sus aliados en el Senado trabajaban sin descanso para corregir los grandes males de la ley del Imperio.

Él y su aliada política más cercana, Mon Mothma de Chandrila, se las arreglaron para disminuir los castigos impuestos a los individuos o sistemas enteros. Con la ayuda del otro senador de Chandrila, Winmey Lenz, y la Senadora Pamlo de Taris, derrocaron mociones de castigos imperiales de esclavitud. Ella misma había ayudado a su padre a hacer proyectos de legislación que prohibieron la leva de stormtroopers, en respuesta a los rumores que decían que algunos almirantes hacían campaña al respecto.

Habían hecho muchísimo, pero no era suficiente.

«No debes temer ensuciarte las manos».

Pero esta no era suciedad. Era sangre.



La luz del sol que entraba por su ventana la mañana siguiente le hizo saber que el desayuno estaba listo para ser servido en la terraza sur. Aunque fuera un placer sencillo, necesitaba una razón para estar alegre, por lo menos la hora siguiente.

La terraza sur tenía vista hacia el río Wuitho y a las villas más pequeñas en las afueras de Aldera. Algunas enredaderas de las flores apabiladas se entrelazaban sobre los barandales tallados de la terraza, aunque de día estaban cerrados en capullos pequeños y apretados. Una parvada de thrantas volaba por el cielo; sus alas grises se batían a lo lejos, arriba de ella. Leia se iluminó cuando vio la mesa llena de queso, rollos y jugo verde

dulce. Y más aún cuando vio que su padre estaba ahí. Por lo general, sus padres ya se habían ido cuando ella se levantaba, pero tal vez la estaba esperando para hablar con ella.

—Buen día —dijo Leia, y le sonrió ampliamente a su padre, pero se paralizó cuando él la miró inexpresivo—. Yo, eh… supongo que no tienes un día muy ocupado, ¿verdad?

—Ahora todos mis días son ocupados —dijo con un tono solemne, no enojado, pero de alguna manera la alteró—. Tú y yo tenemos que hablar sobre tu futuro en las misiones humanitarias.

—Tal vez antes deba consultarte a ti y a mamá.

Bail alzó una ceja.

—¿Recién llegaste a esa conclusión?

Leia se puso las manos en los labios y contestó:

—Es que no es fácil encontrarlos. Ya nunca tienen tiempo para mí.

Leia esperaba que su padre estuviera avergonzado. Seguramente se sentiría culpable cuando lo confrontara, pero en lugar de eso, su padre dijo:

—No, no lo tenemos. Ahora que entiendes el porqué, espero que seas más comprensiva con ese tema.

—¡Lo soy! Es solo que… ya me acostumbré a hacer las cosas por mi cuenta.

De alguna forma, su tono se suavizó.

—Eso es obvio. Pero el precio potencial de otro error es muy alto. Tenemos que eliminar hasta la más pequeña posibilidad de que resultes herida. Te hice una lista de planetas de entre los que puedes elegir tus próximas misiones. Todos tienen gente necesitada que los hacen dignos de cualquier ayuda que quieras darles.

Leia había decidido que no importaría si ella elegía sus misiones o no, mientras el planeta en cuestión necesitara ayuda. Y aun así, se sintió aplastada. Se suponía que su Desafío del Corazón era un paso más hacia la adultez.

—¿Y si yo elijo mis propias misiones, pero cada vez me aseguro de que tú y mamá estén de acuerdo?

La expresión de Bail fue severa de nuevo. Puso un datacubo enfrente de ella, y le dio un golpecito a la pantalla. Se desplegó una imagen de los planetas que había seleccionado para ella; su nuevo universo reducido. A Leia le parecía que su padre estaba tan distante que podría estar en uno de esos mundos.

—La lista es definitiva, Leia. No volveré a discutirlo contigo —dijo, bajó su taza y se fue caminando de la terraza. Dejó a Leia para que comenzara su día, sola.



Su humor estuvo oscuro los días siguientes. El *Tantive IV* llegó a la atmósfera espesa y verde de Chal Hudaa para comenzar su primera misión de caridad elegida por su padre. El planeta necesitaba de su ayuda tanto como cualquier otro, pero sería más fácil para ella *actuar* caritativamente que *sentirse* de ese modo.

Chal Hudda era un planeta del Borde Exterior por el que al parecer nadie se interesaba. Su superficie pantanosa hacía que el aterrizaje fuera difícil hasta para la nave más ligera, y sus recursos naturales eran del uso de las pocas formas de vida que habían evolucionado ahí. Eran independientes y tercos; una sociedad autosustentable. O lo habían sido hasta hacía poco, cuando una terrible enfermedad comenzó a afectar a los jóvenes chalhuddanos. Los adultos se veían incapacitados por un tiempo, pero la mayoría de los niños moría. Los informes indicaban que la enfermedad se estaba convirtiendo en una epidemia, y la pobreza relativa de Chal Hudda dificultaba importar el tratamiento médico necesario.

Las vacunas que llevaba Leia servirían para más o menos medio millón de niños chalhuddanos, y todas las vacunas cabían en envases que fácilmente podrían entrar en su cuarto de Alderaan. Había tenido que llevar el *Tantive IV* en lugar del yate, porque solo una nave tan grande podía cargar un bote de desembarque.

Leia caminó hacia la bahía de lanzamiento en su traje para todo clima color azul claro, y se ajustó el cierre hasta el cuello mientras caminaba hacia el Capitán Antilles. Le tomó un momento reconocerlo dentro del traje para todo clima anatómico y algo brillante que llevaba en lugar de su uniforme.

—¿Estamos listos, capitán?

—Listos para zarpar cuando lo indique, Su Alteza. Por aquí —dijo, y señaló hacia un bote de desembarque en forma de burbuja: Leia saltó a su interior.

Llevaron consigo solo a otros dos miembros de la tripulación y un droide de protocolo. El Capitán Antilles se sentó junto a ella. La puerta transparente de plasma volvió a encenderse. La voz de Ress Batten sonó por los altavoces.

—Listos para zarpar en cinco, cuatro, tres… —Las puertas de la bahía se abrieron, y dejaron entrar la bruma de color verde blanquecino—… dos, uno.

Antilles oprimió el tablero, la burbuja comenzó a avanzar y luego se sumergió con rapidez. Leia aguantó la respiración por reflejo cuando vio que se rodeaban de agua, hasta que salieron a la superficie de nuevo. El último rayo de sol se perdió en la penumbra, y el capitán encendió los faros.

—¿Cómo es que alguien puede vivir aquí? —murmuró Leia.

Un mundo acuático era una cosa, pero esta suciedad era muy opaca para siquiera llamarla una ciénaga.

—Un mundo diferente para una vida diferente —dijo Antilles con entusiasmo. Era un viejo dicho, uno que muchas veces Leia encontraba difícil de creer.

Su burbuja se deslizó por una gruta y luego salió hacia una de las brechas de aire subterráneas en donde vivían los chalhuddanos. Leia ya había visto a miembros de esa especie antes, viajaban y comerciaban, aunque con moderación. Y aun así, Leia se seguía maravillando por su tamaño. Los chalhuddanos eran casi tan altos como un dewback, con piel reluciente color olivo, dos grandes protuberancias en forma de cuernos a cada lado de su cabeza y melenas negras que no eran ni de pelo ni tentáculos, sino de algo entre los dos.

El droide de protocolo de nombre C-3PO apareció y dijo:

—En caso de que no lo sepa, Su Alteza, los chalhuddanos tienen cinco diferentes géneros y pasan por todos ellos a lo largo de su vida. Los pronombres correctos en su lenguaje nativo para referirse al género son muy complejos, e indican no solo el género actual, sino dos o tres previos, y, en ocasiones, el género que les gustaría tener después, pero como nuestro lenguaje no tiene palabras equivalentes, se pueden utilizar «tú» o «ellos» en todos los casos.

Leia no creía que fueran necesarios tantos pronombres, pero los droides de protocolo nunca sabían cuándo detenerse. Sobre todo este.

—Gracias, C-3PO.

Esta misión prometía ser breve, casi de rutina. Leia dejaría las vacunas, aceptaría la gratitud de los chalhuddanos y se iría. La siguiente sesión de la Legislatura de Aprendices podría empezar pronto, y estaba ansiosa por regresar a Coruscant. En parte porque sería bueno regresar a trabajar, pero también anhelaba ver a sus amigos. Sobre todo a Kier.

«Esto ni siquiera tomará cinco minutos —pensó mientras llegaban al punto de desembarque—. Mi padre escogerá las misiones. Menos mal que las eligió rápidas y fáciles».

O eso creyó, hasta que, cinco minutos después, se encontró parada frente al líder de los chalhuddanos y repitiendo:

—¿Que *no* aceptarán las vacunas?

—No aceptaremos su lástima. Rechazamos su condescendencia —dijo su líder, Occo Quentto, y dejó escapar un «puf» cuando apretó la bolsa de aire que los chalhuddanos tienen debajo de su labio inferior, haciéndolos aún más intimidantes—. Siempre nos hemos valido por nosotros mismos. Y eso no cambiará.

—Esta… esta no es ninguna amenaza para su independencia —dijo Leia, que nunca se imaginó tal respuesta, y luchó por encontrar las palabras—. No queremos parecer condescendientes.

—¡Claro que no es una amenaza! —rugió Occo Quentto—. Ustedes los desecados se creen tan superiores a nosotros que nunca preguntan lo que *nosotros* creemos de *ustedes*. Hablan con falsedad, con palabras elaboradas que no significan nada, en lugar de lidiar con nosotros como seres honestos. No confiamos en ustedes, y no nos gustan. No los queremos aquí. Lárguense.

Occo Quentto comenzó a balancearse para bajar de la tarima alta y los otros chalhuddanos croaron en muestra de aprobación. Dejó a Leia boquiabierta y de pie. La princesa miró al Capitán Antilles, que se encogió de hombros.

«¡Piensa en algo rápido!».

—¡Occo Quentto! Por favor, escúcheme.

Quentto no se detuvo.

—Ya la escuchamos. Cree que no tenemos fortaleza. Cree que no tenemos orgullo.

Y eso fue suficiente. Leia gritó:

—¡Al diablo con su orgullo!

Los chalhuddanos se quedaron en completo silencio. Occo Quentto giró para observar a Leia con sus ojos prominentes, mirándola con lo que probablemente era indignación.

A Leia no le importó. Estaba muy enojada para ser diplomática. Tanto, que se sacudió. Continuó:

—¡Esta enfermedad está matando a sus hijos! Si eso sucediera en mi planeta, y la única manera de salvarlos fuera tragándome mi orgullo, ¡lo haría! Me arrodillaría en la suciedad. Rogaría o pediría o *lo que fuera* para salvar la vida de mi gente. Si usted no haría lo mismo, no merece ser su líder.

Esa última palabra hizo eco por toda la gruta por lo que pareció una eternidad. Los chalhuddanos miraron a Leia, al igual que el Capitán Antilles. En voz baja, C-3PO dijo:

—Oh, cielos, esto no va nada, nada bien.

Leia se preguntó si debía arrepentirse por lo que había dicho. Pero no lo haría. Tenía razón.

Occo Quentto asintió.

—Por lo menos uno de ellos dice lo que piensa —dijo Quentto, y varios chalhuddanos croaron en aceptación—. Es arrogante, pero por lo menos es honesta. Pocos desecados lo son.

Leia decidió aceptar el calificativo de «desecado».

—Entonces ¿aceptarán las vacunas?

Occo Quentto se quedó quieto y en silencio por mucho tiempo; tanto, que Leia pasó de preocuparse por que dijeran que no, a dudar de si habían entrado en una clase de trance. Finalmente, Quentto dijo:

—Con una condición.

—¿Cuál?

—A cambio, debe pedirnos un favor. No puede venir a nosotros como una salvadora adinerada. Debe venir como una igual. Eso significa que le debemos una deuda igual a lo que nos dieron.

«¿Qué se supone que debo pedirles?». Pero Leia pensó rápido.

—Yo, eh, no quiero pedirles un favor indigno de su generosidad, Occo Quentto. ¿Puedo guardar ese favor para algún punto en el futuro? Cuando tenga una tarea digna, les pediré que la realicen —dijo Leia, y se cruzó de brazos para verse lo más seria posible—. Y cuando lo haga, esperaré que cumplan su palabra.

Occo Quentto hizo una burbuja enorme que flotó en el aire. C-3PO se inclinó hacia enfrente y dijo:

—Su Alteza, esa es la manera en la que los chalhuddanos se ríen.

Leia comenzaba a descifrar las expresiones en el rostro de Occo Quentto, y esa era muy parecida a una sonrisa.

—Aceptamos estar en deuda con ustedes, siempre y cuando no tarden mucho.

—¿Eso es un sí? —dijo Leia.

Y esta vez, sabía que sonreía.

•◆•

Varios días después, Leia iba a toda velocidad por las autopistas aéreas de Coruscant, y seguía ensayando la historia en su cabeza. ¿Qué detalle haría que Kier se riera?

Cerca, una pantalla electrónica brillante mostraba la cara del Emperador mientras varios *slogans* políticos salían en la parte de abajo. La imagen de Sheev Palpatine tenía que ser de hacía décadas. Leia nunca había estado en presencia del Emperador, pero había escuchado rumores acerca de su aspecto fantasmagórico y piel de un blanco casi decolorado. Sin embargo, el hombre en las pantallas sonreía con gusto. Leia pensó que probablemente era la imagen que habían usado durante las últimas dos décadas, pero con una edición digital que actualizara su vestimenta con estilos más actuales. Todo el mundo tenía que saber que las imágenes eran falsas; los humanos mostraban grandes signos de envejecimiento después de veinte años. Pero nadie lo decía en voz alta.

«Vivimos con demasiadas mentiras. Tal vez Occo Quentto tenía un buen punto al decir que los "desecados" nunca dicen la verdad».

Cuando entraron a la antecámara de la Legislatura de Aprendices, Leia se iluminó al ver a Kier, que conversaba con algunos compañeros, y en especial cuando la vio, e inmediatamente se despidió para ir hacia ella. Leia hubiera ido hacia él también, de no haber sido por Amilyn Holdo, que apareció frente a ella con su cabello verde con pompones de brillantina metálica en sus colitas de caballo, y una expresión de tragedia en su rostro.

—Son tiempos de gran luto —dijo Amilyn, y tomó las manos de Leia—. Sé que lo sientes tanto como yo.

—¿Alguien murió? —dijo Leia, y miró a su alrededor. Parecía que nadie faltaba.

—Leia —sonó la voz de Kier un poco más fuerte que un suspiro—. Intenté comunicarme contigo antes del día de hoy. Quería darte la noticia en persona, cuando no estuviéramos en público.

A Leia se le anudó el estómago.

—¿Decirme qué?

Amilyn dijo:

—La Legislatura de Aprendices recibió una mención especial por recomendar a Arreyel para la nueva academia.

Leia frunció el ceño. ¿Por qué serían malas noticias?

Kier colocó una mano sobre el codo de Leia.

—Los primeros ingenieros que exploraron el lugar encontraron una fuente de radiación debajo de la superficie, rodeada por roca, pero están a punto de explotar esa roca para que Arreyel pueda darles energía masiva a nuevas fábricas para el Imperio. Fábricas del tamaño de planetas.

—Les dieron a los habitantes seis semanas para evacuar —añadió Amilyn. Ya no se veía ridicula—. Sin compensarlos.

Los ojos oscuros de Kier se ensancharon por la rabia.

—Al parecer, el Gran Moff Tarkin les informó que tenían suerte de no ser multados por ocultarles la fuente de radiación al Imperio todo este tiempo.

El horror que sintió Leia no nubló su pensamiento. En todo caso, la ayudó a ver con más claridad.

—Era una trampa —susurró—. Sospechaban que había una fuente de poder. Sabían que elegiríamos Arreyel para la academia. Entonces podrían usarlo como excusa para hacer los escaneos masivos que necesitaban para confirmar lo que había bajo la superficie.

—Probablemente —dijo Kier—. Leia, no te alteres. No es tu culpa.

—Tan no es tu culpa, que nadie nunca te culpará —agregó Amilyn—. Pero tú lo harás, porque así eres.

—No estoy alterada —dijo Leia, y era verdad. Estaba furiosa. La habían engañado para hacer el trabajo sucio del Emperador por él.

En silencio, juró: «Nunca más».

CAPÍTULO 15

En cuestiones oficiales, la primera sesión de la Legislatura de Aprendices cumplió todas sus metas. Fueron elogiados por su éxito, incluida la identificación de Arreyel como un planeta de «interés extraordinario».

Pero para Leia, el pasar de los días fue turbio. Revisó sus paquetes de información una y otra vez. Aún seguía indecisa y buscaba con desesperación más huecos y trampas que tal vez ni siquiera existían. Los otros iban a las excursiones nocturnas de Chassellon, incluso iban a la vivienda de los Organa e intentaban llevar a Leia con ellos, pero siempre rechazaba las invitaciones. Se sentía mal salir y celebrar cuando ella era la responsable de hundir un mundo entero.

Cuando se quedaba, Kier Domadi casi siempre permanecía con ella. La primera vez que se quedó después de que todos se habían ido, Leia quería estar sola tan desesperadamente que casi lo echó. Primero, intentó con tacto:

—No estoy haciendo nada, solo miro un holovideo.

—Suena bien.

—Ni siquiera sabes qué holovideo.

Kier la miró extrañado.

—Va a ser algo que te distraiga un rato, ¿no?

—… sí.

—Suena perfecto.

Kier tenía la extraña cualidad de saber cuándo alguien quería estar en silencio, y la aún más rara de aceptar ese silencio. Leia pronto se sintió cómoda con él, y después hasta relajada. Cayeron en el hábito de pasar tiempo juntos no solo en ocasiones especiales, sino como si siempre hubieran estado juntos en sus actividades diarias. Algunos hijos de las Casas Mayores habían intentado conquistarla en el pasado, pues pensaban en la princesa como un premio, el más grande que alguna vez pudieran presumir. Kier era más precavido y por el momento solo quería conocerla más.

Leia estaba consciente del peso del silencio entre ellos; cómo silenciosamente decidían acercarse más el uno al otro. Pero Kier nunca metió presión. Aunque no le había contado del miedo que tenía por sus padres ni la incertidumbre de sus planes, parecía como si Kier presentiera que Leia trabajaba en algo confuso y difícil; algo que ella tenía que deducir por su propia cuenta, e intentaba ayudarla cuando veía que sufría.

—No es tu culpa —Kier ya le había dicho eso varias veces, por lo general en voz baja mientras estaban sentados juntos en su pod de legislación—. Nos tendieron una trampa para elegir Arreyel. Cualquiera de nosotros hubiera mordido el anzuelo. Pudo haber sido cualquiera.

—Pudo haber sido. Pero fui yo.

Leia salió solo una vez, por la fiesta de cumpleaños número diecisiete de Harp Allor. El senador de Harp, Winmey Lenza, reservó personalmente la sede como regalo, y así fue como terminaron en un parque acuático cerrado exclusivamente para ellos en un campo de energía en forma de burbuja que estaba a cien metros sobre el rascacielos más alto de Coruscant. Pocos meses antes, Leia se habría deleitado con la oportunidad de surfear por una espiral invisible en el cielo y salpicar a sus amigos con agua, pero todo el día se sintió como si actuara por inercia, cada frase que decía era tan mecánica como la de un droide.

La compañía de Kier le era de ayuda. Los viajes de Bail Organa seguían siendo misteriosos, en especial si no sabía el propósito, así que cuando Kier estaba de regreso en Alderaan, Leia se quedaba sola. Pero nunca se sentía tan sola como cuando su padre estaba en su vivienda de Coruscant. Al parecer, todavía no la perdonaba por su viaje a Onoam, porque por razones que nunca había explicado, ir al sistema de Naboo parecía ser lo peor y más detestable que alguien podría hacer.

A veces, Leia se detenía a pensar en eso. No era tan grande como para enfurruñarse y hacer una rabieta, pero había madurado lo suficiente para darse cuenta de que la estaba haciendo. Tal vez estaba exagerando por el humor de su padre. Aun así, él exageraba más, y Leia lo sabía.

Su mal humor regresó junto con ella a Alderaan. En su primera noche de regreso, no pudo ocultarse en la biblioteca ni viajar hacia las Cataratas Istabith para refrescar su alma. No, tenía que recurrir a la ayuda de WA-2V para volver a ser una princesa glamorosa y poder mostrarse.

—Otra fiesta —se quejó Leia cuando 2V deslizó un chal suave de color azul alrededor de los hombros de su vestido blanco—. ¿Cuántas fiestas ha dado mi madre este año? ¿Diez? ¿Veinte?

—Catorce. Ahora, quédese quieta. Estos son los alfileres antiguos que aún pueden pinchar. —2V aseguró el chal con mucha habilidad con dos broches llenos de joyas, uno en cada hombro. Brillaban de un modo hermoso, pero a Leia no le importaban en lo absoluto—. Creo que esta noche le irían bien dos moños. ¿No lo cree, Su Alteza?

—Como quieras.

2V inclinó su torso hacia delante para estudiar a su ama, tal vez pensaba que la falta de interés por la moda era la evidencia de un colapso inminente. Leia solo se sentó en el tocador y dejó que 2V hiciera su trabajo. Se miró al espejo y recordó cómo, cuando era pequeña, solía buscar en ella algún parecido con sus padres. Aunque siempre supo que era adoptada, y se daba cuenta de que cualquier rasgo similar sería solo una coincidencia. Pero aún esperaba encontrar un poco de la sabiduría y belleza de su madre, o algo de la bondad que alguna vez encontró tan fácilmente en los ojos de su padre.

«Ahora es como si no los conociera —pensó mientras 2V reacomodaba su cabello desarreglado en un peinado—. Son más valientes de lo que imaginé, pero tal vez más peligrosos también, y de alguna manera se las arreglan para seguir con sus fiestas tontas… espera. Yo soy la tonta».

Leia no asistía a los banquetes, ya que aún no la habían investido como heredera, pero siempre se arreglaba para recibir a los invitados. O sea que sabía quiénes serían: Mon Mothma y Winmey Lenz de Chandrila, Pamlo de Taris, Vaspar del sector Taldot…

Todos eran senadores o líderes de sus planetas conocidos por oponerse a las políticas severas de Palpatine.

Los ojos oscuros de Leia se abrieron. No eran banquetes. Eran *sesiones estratégicas*.

—No lo puedo creer —susurró.

—Lo sé —respondió 2V, y se inclinó para admirar su trabajo—. ¡Ya casi está hermosa!

«*Tenemos* que desactivar la honestidad de rutina de este droide».

Revitalizada y curiosa, Leia se apresuró a bajar al recibimiento. Mientras que las funciones oficiales demandaban cuartos más grandes, estas reuniones informales comenzaban por lo regular en la terraza oeste. Leia cruzó las grandes puertas y vio a un grupo de invitados que charlaban entre sí con vasos de toniray de color verde azulado en sus manos. Músicos kitonak tocaban una melodía dulce en la esquina, y a lo lejos, las luces de la ciudad de Aldera brillaban con intensidad contra la puesta de sol. Su madre estaba charlando animadamente con la Senadora Pamlo y Cinderon Malpe de Derella; su padre no estaba ahí todavía, lo que era raro. O, quizás, estaría conversando en privado con otro invitado en la biblioteca acerca de Crait, de Saw Gerrera o de cualquier otra cosa que Leia no debía saber. Tal vez tendría una oportunidad de captar algo de información esa noche.

—Princesa Leia —dijo Mon Mothma, la Senadora Mayor de Chandrila, que se acercó a Leia con una gran sonrisa. Llevaba puesta la túnica blanca típica de su planeta, junto con la cadena plateada que siempre usaba—. Es bueno verte de nuevo.

—Es bueno verla también, senadora.

—Por favor, dime Mon. Ya casi eres una mujer adulta —dijo Mothma. Cuando la mayoría de los adultos decían cosas como esa, lo decían para asemejar a un superior imponente, pero Mon Mothma parecía ser sincera—. Pronto serás la heredera del trono.

—Si consigo completar mis desafíos. —Leia fue muy cuidadosa en cómo se dirigía a ella. Por mucho que le hubiera gustado llamarla por su primer nombre, todavía no se animaba a hacerlo—. No estoy segura de qué tan bien lo estoy haciendo.

—¿Cuál ha sido el más difícil?

—El Desafío de la Mente, supongo —respondió Leia. Las clases de excursión eran rudas, pero se las arreglaba muy bien en ellas. Sus misiones humanitarias habían probado ser en extremo complicadas, pero por razones que Leia no creía que fueran su culpa—. Después de hacer el interinato con mi padre en el Senado Imperial, pensé que la Legislatura de Aprendices sería fácil, pero ha resultado ser… digamos, resbaladiza.

Mon Mothma frunció el ceño y asintió, del mismo modo en el que Leia lo haría si discutiera con senadores adultos.

—Continúa.

Leia aún no había compartido eso con sus padres. Después de las últimas discusiones que tuvieron, no había querido hablarles de otro fracaso. No estaba acostumbrada a no confiar en ellos. Así que era un alivio poder contar la historia de lo que había sucedido con Arreyel. Y lo hizo.

Después de hacerlo, la respuesta de Mon Mothma hizo que se sintiera mejor:

—No te desanimes, Leia. Oficiales con décadas de experiencia han caído en las mismas trampas. Palpatine sabe cómo poner sus anzuelos.

El hecho de que Mothma hablara tan abiertamente era prueba de que la teoría de Leia acerca de los banquetes era correcta: solo en un grupo seguro de aliados, podría alguien criticar tan abiertamente al Emperador.

—¿Cree que el propio Palpatine está detrás de esto?

—Probablemente no. Pero le ha enseñado a sus moffs y almirantes a seguir su ejemplo. Yo misma he tropezado con sus artimañas. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que sucedió, pero nunca bajo la guardia. Es lo mejor que podemos hacer.

Leia sintió una ola de esperanza. Mon Mothma, al fin, le hablaba como a una adulta, y confiaba en ella con opiniones verdaderas acerca de la jerarquía imperial. Si uno de sus aliados creía que Leia podía tener un rol significativo en sus esfuerzos contra el Emperador, tal vez eso convencería a sus padres.

—Lo siento —dijo Bail Organa, y entró a zancadas en la terraza. Los músicos bajaron el volumen de su música para dejar que Bail saludara a sus invitados—. ¿Soy el último en llegar?

—Creo que soy yo —dijo Kier.

Leia cerró y abrió los ojos, sorprendida. Kier Domadi, que, hasta donde sabía, nunca había conocido a su madre, y se había encontrado con su padre algunas veces en su vivienda de Coruscant, casualmente había cruzado las grandes puertas. Aunque era probable que se sintiera fuera de lugar en el palacio, no lo aparentaba; no solo llevaba puesto un saco elegante de color gris claro y pantalones negros, sino que también mantenía la compostura y hablaba con seguridad.

—Señor Domadi —dijo Breha, que se colocó al lado de Kier y extendió su brazo hacia él de un modo en el que quedó claro que lo invitaba a extender el suyo. Cuando lo hizo, lo guio hacia Leia—. Muchas gracias por aceptar nuestra invitación, en especial con tan poco tiempo de aviso.

—Es un honor, Su Majestad. —La única muestra que dio Kier de no estar tranquilo fue la forma en la que sus ojos oscuros continuaban mirando la mano de la reina posada en su antebrazo.

—Hola, Kier —saludó Leia, y hubiera sentido que su sonrisa la traicionaba, de no ser por el hecho de que la presencia de Kier hacía obvio que sus padres ya sabían lo que ella sentía—. ¿De qué se trata esto, mamá?

Breha se encogió de hombros y luego reacomodó los dobleces de su chal.

—Sé que a veces te sientes sola mientras ofrecemos los banquetes. Esta noche, pensé que disfrutarías un poco de compañía. Ordenamos una magnífica cena para ambos; los droides armarán una mesa para ustedes aquí.

Leia estaba desgarrada. Por una parte, cenar a solas con Kier enfrente de esa vista espectacular… a veces soñaba despierta con algo así. Y por otro lado, ya había hecho otros plañes para la noche, unos más urgentes.

Detrás de ella, escuchó que su padre saludaba a Mon Mothma.

—¿El Senador Lenz no pudo venir?

—Winmey envía sus disculpas, pero lo veré a mi regreso —dijo Mon Mothma.

«¿Contarle acerca de la fiesta? Lo dudo».

Leia pensó que su madre no había invitado a Kier solo para complacerla. Tal vez lo hizo para distraerla de lo que en realidad sucedía.

Si las cosas estaban así, era la primera vez que Leia estaba un paso delante de la reina.



Cuando el banquete comenzó y los invitados se fueron junto con los músicos, Leia y Kier se quedaron a solas, excepto por los droides que servían la cena con destreza. Aunque Leia se sentó a comer y beber con normalidad, su mente estaba fija en la sala de banquetes y lo que podría estar sucediendo ahí.

Tanta era su curiosidad, que Kier Domadi no pudo retener su atención por completo.

—¿Así que nunca puedes estar en los banquetes? —preguntó, y tomó un trago de néctar en su vaso color rojo oscuro con cuidado—. ¿Aunque seas la princesa?

—A las princesas no se nos permite todo, ¿sabes?

Leia lo dijo en broma, pero se sorprendió cuando Kier agachó su cabeza disculpándose.

—Lo sé, me di cuenta… cuando nos conocimos, de que…

—Kier, está bien. Soy ridiculamente privilegiada. Pero mi familia y yo tratamos de usar nuestros privilegios para beneficiar a otros más que a nosotros mismos.

Esa fue una respuesta de rutina, el tipo de frase diplomática que su padre hubiera dado. Y nunca antes le había sonado tan inadecuada. Era una pequeñísima parte de la verdad.

Sus padres hacían más por la galaxia de lo que nadie más pudiera soñar. Más aún de lo que… ¿deberían?

—Confío en la casa real de Alderaan —dijo Kier con honestidad. Sus ojos se encontraron con los de Leia con la misteriosa intensidad de siempre, como si atraparan la luz de los droides vela que flotaban encima de ellos—. Nuestra monarquía nos ha servido con dignidad por cientos de generaciones. Es mucho más de lo que la mayoría de los planetas pueden decir, y muchísimo más de lo que la galaxia, cuan larga es, puede demandar.

Esa era la segunda vez en el día que escuchaba a alguien criticar abiertamente a Palpatine sin mirar con nervios a su alrededor para asegurarse de que nadie lo notaba. El valor de Kier la conmovió aún más que Mon Mothma. Leia alzó el mentón.

—No confías en el Imperio.

—¿Quién lo hace, además de su carne de cañón, a quienes les lavaron el cerebro? El gobierno de Palpatine es un… chiste acerca de lo que en realidad debería ser un gobierno. La corrupción nos rodea, y ni siquiera se molestan en esconderlo. Su crueldad es conocida por todos, pero los únicos que lo soportan son lo suficientemente repugnantes como para elogiarlo por su brutalidad. Sé que la República tenía sus problemas, pero comparado con esto, no eran nada —dijo Kier, que se reclinó hacia atrás en su silla y miró el horizonte rojizo. Las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo que se oscurecía sobre ellos—. Todos los días le agradezco a la Fuerza por haber nacido en Alderaan. Lo menos que puedo hacer es ser leal a mi planeta y a sus gobernantes. Por lo menos sé que nuestra felicidad y seguridad no proviene de la miseria de otros. Aquí somos libres de una forma en la que casi nadie en este Imperio lo será.

Una idea misteriosa comenzó a formarse en la mente de Leia. Hacía unos minutos pensó que era muy atrevido para esa noche, que era algo en lo que podría pensar en las siguientes semanas o meses. Pero ahora…

«Confío en él. Es una buena persona que se interesa en nuestro planeta y confía en el reinado de mi madre. Tal vez se interesa por mí. Y siempre querrá hacer lo correcto. Tal vez pueda ayudarme a descifrar lo que significa hacer lo correcto».

Leia tomó su propia copa de néctar, más que nada para tener las manos ocupadas.

—¿Sabes que las partes más antiguas de este palacio tienen más de mil años?

Kier asintió.

—He estudiado el palacio, incluso escribí un ensayo acerca de él alguna vez. Es la historia de la arquitectura alderaaniana en una enorme construcción. —Su sonrisa era tímida—. ¿Qué oportunidad tengo de que me den un tour?

«Concéntrate».

—La sala de banquetes es uno de los cuartos más viejos. Antes, todo era iluminado con lámparas y velas, y los sirvientes eran seres vivos en lugar de droides.

—¿Solo seres vivos? Suena… primitivo —dijo Kier con cara seria.

En el mismo tono seco, Leia contestó:

—De alguna manera sobrevivimos. *Bueno,* antes, si querías escuchar lo que alguien decía sin ser visto, no podías instalar dispositivos de espionaje. Tenían otros métodos.

Kier se enderezó con una sonrisa juguetona.

—Su Alteza, ¿está considerando escuchar a escondidas?

Kier ansiaba jugar. Por un instante, Leia deseó que eso fuera todo a lo que lo estaba invitando.

La invitación que ella iba a ofrecerle era más pretenciosa y mucho más peligrosa.

Leia se enderezó y se inclinó hacia enfrente de la mesa, con intenciones de que Kier entendiera la seriedad del asunto.

—Tienes que hacerme una promesa. Sin importar lo que oigas esta noche, nada saldrá del palacio.

Nunca se lo mencionarás a nadie que no sea yo, nunca. No quiero revelar los secretos de mis padres. Solo quiero… compartirlos.

«Así que alguien más lo sabrá. Así, no tendré que cargar con esto yo sola». Leia continuó:

—Tienes que *prometerlo* por lo que más quieras.

El comportamiento de Kier cambió por completo. Tal vez no podía adivinar lo que estaba por descubrir, pero sabía que era mucho más que un juego, así que asintió lentamente.

—Lo prometo por Alderaan.

—Okey —dijo Leia. Un escalofrío la recorrió, y no estaba segura de si era por miedo o emoción—. Sígueme.

CAPÍTULO 16

Varios cientos de años atrás, la gente de Alderaan prefería un estilo de arquitectura con celosías muy ornamentadas. Los ricos y poderosos hacían las suyas con incrustaciones de gemas preciosas, mientras que los ciudadanos comunes disfrutaban de patrones complejos tallados directamente en la piedra. Solo artesanos refinados podían cortar la piedra tan delgada que el sol brillara a través de ella sin que se rompiera la superficie.

En su mayor parte, la sala de banquetes del palacio estaba llena de la piedra mejor tallada en el estilo de los ciudadanos comunes. La familia real de hacía cientos de años espiaba a la antigua manera: escuchaba a escondidas. Sus artesanos habían esculpido las paredes con tanta maestría que las hendiduras naturales o sombras en la piedra escondían pequeñas aberturas que tenían un ángulo que amplificaba el sonido del cuarto hacia los pequeños pasadizos entre las celosías y los muros internos.

Diminutos pasadizos.

—¿Las personas eran más pequeñas antes? —susurró Kier mientras se arrastraban por el piso. Había patrones de sombras y luz tenue sobre sus cuerpos mientras avanzaban.

—Quizás.

El pasadizo no era tan incómodo para Leia, pero hasta ella se tenía que apretar un poco. Tal vez la realeza de antes quería que espiar fuera difícil.

Llegaron a una de las diminutas cámaras en donde había el espacio justo para que alguien se sentara. Apenas tenía el tamaño suficiente para que cupieran ambos, y solo si se sentaban uno al lado del otro. Sus hombros y piernas se tocaban, y sus caras estaban muy cerca.

A Leia no le importaba.

—La sopa está deliciosa —dijo Cinderon Malpe—. De verdad, Breha, tus chefs se han superado a sí mismos.

—Muchas gracias —dijo la madre de Leia en su tono de reina—. Me aseguraré de devolverles el cumplido.

Kier alzó una ceja y dijo:

—Escandaloso.

—Espera un poco, ¿sí?

A Leia la invadió la duda por un instante. ¿Y si estaba equivocada acerca del propósito de estas cenas de gala? ¿Y si todo era en realidad comida deliciosa y conversaciones triviales?

«No. Estoy en lo cierto. Pero eso no significa que no hayan terminado ya de hablar de sus planes nocturnos».

—¿Te escondes aquí seguido? —murmuró Kier. La luz que se filtraba despareja en la piedra delgada y tallada pintaba su rostro en la oscuridad—. ¿Escuchando secretos?

—Solía entrar a escondidas cuando era pequeña. Hace mucho que no lo hacía.

La última vez que se había aventurado detrás de esas celosías había sido siete años atrás, cuando sus padres cenaron solos una semana antes de su Día del Nombramiento. Entonces, Leia era tan pequeña y egocéntrica como para asumir que quizás hablaran de sus regalos. En cambio, los escuchó reír y coquetear… y acabó por irse, sonrojada, justo a tiempo para evitar una lección desagradable acerca de qué hacen los esposos en su tiempo privado. Eso fue suficiente para que no se atreviera a volver hasta esa noche.

—¿Fue solitario crecer en el palacio?

La pregunta de Kier la agarró con la guardia baja.

—No sé —admitió—. No tengo mucho con qué compararlo. Deseaba tener más amigos, pero no es que no me divirtiera.

Kier contempló su cámara secreta. Iba a hablar, pero un droide sirviente rodó muy cerca de ellos, y ambos se callaron.

—… eso dije, si esa es la ruta más corta que encuentras, no importa —suspiró la Senadora Pamlo con un toque dramático—. Viajar alrededor de varias restricciones ya es lo suficientemente difícil.

Vaspar le dio un golpe a la mesa, y dijo:

—Y la situación solo empeoró después del desastre en la luna de Naboo.

Leia respiro profundamente. No le había contado a Kier de su viaje a Onoam; sabía que sus padres no lo hubieran querido. Pero por la manera en la que Kier la miraba, supo que había escuchado la noticia de la muerte del Moff Panaka, y por lo menos entendía que la situación era más compleja que el simple homicidio de un gobernador regional.

—Saw Gerrera ha ido muy lejos —dijo el Senador Malpe; su voz delgada y aguda aumentaba de volumen con cada palabra—. ¡Esta no es la manera en la que intentamos operar!

—Tenemos que ponerle un alto a esto —aceptó Pamlo.

Breha dijo:

—Los partisanos de Gerrera rebasaron la línea. Asesinaron a gente inocente y a lo más cercano a un aliado que podíamos haber encontrado en los altos mandos del Imperio. Pero no podemos esperar, y les pediré que lo consideren, que nuestra lucha permanezca sin violencia para siempre.

—Eso tendrá un efecto de bola de nieve —dijo una voz que Leia no reconoció—. Está muy cerca de justificar un *asesinato,* Su Majestad. ¿Cuál sería el resultado?

—La guerra —dijo Breha.

Todos se callaron. Leia miró rápido a Kier, que estaba boquiabierto por la impresión, pero escuchaba muy absorto como para darse cuenta.

Después de un momento largo, Cinderon Malpe dijo:

—Esperemos que ese día no llegue pronto.

—Estoy absolutamente de acuerdo —contestó Bail—. Pero debemos comenzar a blindarnos. Se acercan días oscuros, tanto si actuamos como si no. De todos modos, solo si actuamos podemos esperar algo mejor.

No dio muestra de las dudas que lo perseguían o de las disputas que había tenido con su esposa. Ya fuera que se había convencido, o que entendía la importancia de presentar un frente unido.

—Esas reflexiones son sobre el futuro —dijo Mon Mothma, tan tranquila y recta como cualquier reina—. Por ahora, debemos encontrar una manera de encaminar a los partisanos de Saw Gerrera. Su uso indiscriminado y prematuro de la violencia es tan peligroso para los fieles al Imperio como lo es para nosotros.

—Si no es que más —dijo Bail.

—¿Se están escuchando a sí mismos? —preguntó la voz que Leia no conocía—. Todos detestamos la crueldad y la violencia del Imperio. ¿Cómo podemos afirmar que tenemos una moral superior cuando nos estamos rebajando a la misma violencia?

Mon Mothma le respondió al hombre misterioso:

—Llega un momento en el que negarse a usar la violencia ya no puede llamarse pacifismo. Si nos oponemos a ella, nos convertiremos en meros espectadores. En algún punto, la moral debe convertirse en acción, si no, no es más que pura… vanidad.

—Si te refieres… —dijo la Senadora Pamlo, y su voz se cortó cuando las grandes puertas de la sala de banquetes se abrieron de pronto.

—¡Estimados seres gentiles! —anunció uno de los droides de protocolo—. Ahora presentaremos un interludio musical para su entretenimiento.

Los suaves pasos que se escuchaban eran de los kitonak.

«Fantástico». Leia sabía que sus padres pensaron lo mismo. Habían contratado músicos vivos para la velada, en lugar de droides. Y era más difícil despedir a los músicos vivos sin crear sospecha, que a los droides. Toda charla rebelde debería posponerse por un rato, o tal vez por la noche entera.

Leia y Kier se miraron sin decir nada. Kier la entendió al instante, y comenzó a arrastrarse hacia atrás y afuera del pasadizo. Leia lo siguió.

No hablaron hasta que estuvieron de vuelta en la terraza. Los droides de servicio ya habían limpiado la mesa, aunque uno rodó hacia ellos con dos copas de néctar. Leia tomó la suya sin siquiera mirarla; estudiar la reacción de Kier era mucho más importante.

Por fin, Kier dijo:

—¿Hace cuánto sabes de esto?

—No mucho —respondió Leia. Había elegido confiar en él, pero sabía que decirle cosas muy específicas lo pondrían en peligro, al igual que a sus padres y sus aliados—. Quiero apoyarlos, pero después de lo que pasó en el sistema de Naboo… no sé qué pensar.

—Alguien tiene que actuar en contra del Imperio —dijo Kier, que respiraba con fuerza, y dijo algo que Leia no anticipó—: Pero desearía que tuvieran esta conversación en otro planeta.

Leia frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Kier la miró y por un instante tocó su mano, tal vez trataba de suavizar el impacto de sus palabras.

—Debes darte cuenta de que el hecho de que tus padres estén involucrados en esto pone a nuestro planeta entero en riesgo. Si el Emperador Palpatine llegara a enterarse de esto, podríamos perderlo todo. Podrían bloquearnos. Los más jóvenes podrían ser reclutados, o podrían ponernos en campos de concentración. Quién sabe de qué más podrían ser capaces.

Los temores más grandes de Leia centellaron febrilmente. ¿Los ejecutarían en público para poner un ejemplo gráfico? El pensamiento casi la hizo vomitar, al igual que imaginarse a todo Alderaan siendo sentenciado a la devastación y desesperación que vio en Wobani.

Sin embargo, Leia juntó valor para hablar:

—Alderaan es un mundo clave del Núcleo, lo que significa que tenemos poder, dinero e influencia. No deberíamos escudarnos detrás de ellos. Deberíamos usarlos para el bien común.

Kier reflexionó en lo que dijo antes de responder. A Leia le gustaba la manera en la que analizaba las cosas con cuidado antes de hablar.

—No solo es tu familia la que se «escuda» detrás del estatus de Alderaan. No solo es gente como yo, tampoco. Son millones de niños y ancianos, incluyendo un sinfín de albergues y refugiados de cientos de planetas con problemas. Alderaan podría ser el único lugar verdaderamente seguro en todo el Imperio. Proteger este lugar no es un acto de cobardía, Leia. Tal vez sea el mejor regalo que podamos darle a la galaxia.

—Tengo que pensarlo bien. Pero ¿estás de acuerdo en que… tenemos que hacer algo?

Después de otra pausa, asintió.

—Tus padres son valientes y fuertes. Necesitaremos a mucha gente como ellos si queremos derrocar al Imperio. Pero discutir alrededor de una mesa… no puedo decir si es un movimiento político o un desastre esperando a suscitarse —dijo Kier. Leia no podía debatir al respecto, aunque ganas no le faltaban. La falta de unidad entre los potenciales rebeldes en contra del Imperio estaba peor aún de lo que Kier pudiera saber con tan solo escuchar esa conversación—. ¿Y si van por el mal camino y son engañados, o hasta capturados?

—Mi padre peleó en la Guerra de los Clones, Kier. Sabe cómo diferenciar a un amigo de un enemigo. Si no supiera, nunca habría sobrevivido.

Kier inclinó su cabeza, aceptando su argumento.

—Tienen que cubrir sus pisadas y conseguir que sea posible negar que están involucrados si el Imperio alguna vez se entera de esto. Tus padres son muy listos, sin duda.

—Son lo suficientemente listos.

Lo eran. Sin embargo, Leia sabía que sus padres estaban en el centro de ese movimiento; cualquier indicio de la existencia de la rebelión los condenaría. Incluso si

sus padres llegaran a pensar una manera de encubrir su participación para protegerse, se negarían a hacerlo si eso implicaba poner en peligro a sus aliados.

Pero contarle a Kier solo lo haría preocuparse. Era mejor dejar que creyera que había un cierto tipo de seguridad. Por lo menos estaba de su lado.

Leia se acercó a él.

—Ya prometiste que nunca dirías nada. Pero necesito que vuelvas a hacerlo.

—Lo juro por Alderaan —repitió. La miró a los ojos con esa intensidad que Leia comenzaba a conocer tan bien—. Nuestros secretos son solo nuestros. *Siempre*.

Quería darle un abrazo para agradecerle, o tal vez solo quería abrazarlo, pero las puertas de la terraza se abrieron, dejando entrar a sus padres y a los demás invitados. Varios droides de servicio iban a unos pasos detrás de ellos cargando vasos de toniray. Si Leia no hubiera estado tan tensa, tal vez le habría sido divertido ver a todos pretendiendo que en sus mentes no tenían nada más que la belleza de la noche y la dulzura del vino.



Leia mandó a 2V a recargar para poder estar sola en la cama y en silencio. Se sentó enfrente de la ventana, peinó su cabello con aire ausente y pensó en lo que había dicho Kier. ¿Sus padres eran tan irresponsables como para poner en riesgo a su planeta? ¿O sería más irresponsable no utilizar el poder y riquezas de Alderaan para el servicio del bien?

Alguien tocó la puerta y se dio vuelta.

—¿Quién es?

Su madre abrió la puerta. Su cabello negro colgaba suelto sobre sus hombros con el pasador de plata a un lado de su cara. Lo que más le impactó a Leia fue la sonrisa maliciosa en el rostro de su madre.

—Bueno, pensé que debía mencionarte que… a tu padre y a mí nos agradó mucho Kier Domadi.

Leia esperaba que, algún día, fuera lo suficientemente madura para no sonrojarse. Deseó que ese día llegara pronto.

—Ah, de acuerdo. Es… —En el último momento, cambió su respuesta—. Gracias por invitarlo.

—Pensamos que deberías tener compañía para variar. —Breha habló con tanta sinceridad que Leia se sintió mal por haber sospechado que su madre lo había hecho por otros motivos—. Es inteligente, sereno, y es obvio que le gustas.

«¿Cómo lo sabes?», quería preguntar Leia pero no dijo nada.

Breha continuó:

—Y es muy guapo, tanto como debería serlo un joven si es posible. Has elegido bien.

Leia no estaba segura de haber elegido, pero había algo en el tono de su madre que la distrajo.

—¿Qué sucede?

Con un suspiro dramático intencional, Breha puso una mano enfrente de su chal de seda color escarlata.

—Supongo que una pequeña parte de mí esperaba que el primer romance de mi hija no fuera tan… adecuado. A veces le hace bien a una chica enamorarse de un pillo, de vez en cuando.

Una idea completamente nueva se le ocurrió a Leia.

—Mamá… ¿Cuando eras niña… alguna vez… nunca… *pudiste*…?

—Buenas noches, cariño.

Breha miró hacia la puerta.

—¿Mamá?

Su madre se despidió con la mano y salió.

La pregunta acerca de la persona de quien se había enamorado antes de conocer a su padre era inquietante y al mismo tiempo le fascinaba. Pero ni siquiera eso distrajo a Leia por mucho tiempo. Lo que había escuchado esa noche era muy amenazador como para que pudiera acostarse y pensar en otra cosa.

«Mon Mothma tiene razón. Es nuestra responsabilidad hacer *algo,* aun si todavía nos hace falta averiguar cuál es el siguiente paso. Y me habló como si fuera una adulta, no como una niña. Si ella ve que puede confiar en mí, tal vez mis padres también lo hagan».

Leia acomodó su almohada debajo de su cabeza y comenzó a revisar los planes que tenía.

«Olvida ganarte a mamá y papá. Si alguien puede meterte en la lucha en contra del Imperio, será Mon Mothma».

CAPÍTULO 17

Al día siguiente, Leia pasó horas encerrada en la biblioteca, comiendo fruta y pan de una bandeja y bebiendo un sinfín de tazas de té. Sus padres no habían ido a verla, pero si lo hubieran hecho, habría estado totalmente preparada para mostrarles lo que estaba haciendo: una ardua revisión de cada planeta de la lista «aprobada» por su padre para sus misiones caritativas. Investigar sobre las culturas y necesidades de esos planetas era una tarea digna y responsable; el tipo de comportamiento del que estarían orgullosos.

No necesitaban saber que Leia trabajaba en cómo hacer que esos viajes a uno de esos planetas tuvieran que ver con un acto en contra del Imperio.

No como algo que haría el tal Saw Gerrera. Ni siquiera como lo que su padre preparaba en Crait. Leia entendía los límites de lo que podía conseguir siendo una chica de dieciséis con una nave a su disposición, y poco más. Lo máximo que podía ofrecer en esta lucha en contra del Emperador Palpatine era *evidencia*.

El Imperio presentaba una fachada pulida e impenetrable, que supuestamente representaba el mandato estricto de la ley. Si bien mantenían muchos de los símbolos de la República, como armaduras y diseños de uniformes ligeramente modificados, esos signos externos de poder se habían hecho más cortantes, concisos e imponentes. Mucha de la autoridad de Palpatine residía en la ilusión de que él solo fue capaz de proveer orden luego de la Guerra de los Clones. Pero lo que él llamaba orden era mero control, y ese control existía solo para el beneficio de los más poderosos de sus aduladores.

Los planetas que tenían sus propias riquezas e influencia tenían protección de los excesos y males del Imperio. Leia aprendió esa realidad primero por sus padres, y luego por su trabajo en el Senado. Era seguro que había muy poca gente que seguía engañada. Pero la población de la galaxia, tan inmensa como era, no podía entender la brecha entre las promesas de Palpatine y la realidad tirana.

«No ven lo peor de sus acciones. —Frunció el ceño mientras tachaba a Dinwa Prime de la lista de candidatos—. Podría documentar algo de eso y mostrárselo a la gente que sabrá cómo usarlo. Eso no pone a nadie más que a mí en riesgo».

Desde luego sus padres no querrían que se pusiera a sí misma en riesgo, pero Leia no creía que el peligro sería mucho. Tenía inmunidad diplomática gracias a su trabajo en el Senado, además de su estatus de princesa de Alderaan. Una infinidad de explicaciones plausibles cubrirían el tipo de contabilidad que pretendía hacer.

Pero ¿dónde comenzaría? Tenía que buscar en la lista de su padre o la descubrirían antes de que pudiera lograr algo.

Ruoss Minor estaba fracturado después de las últimas medidas severas de Palpatine, pero el daño estaba hecho desde hacía mucho, y comprobar la causa y el efecto podría ser difícil con sus recursos tan limitados. Anelsana sufría las repercusiones de un bloqueo de

comercio, pero la mayoría de las pruebas las encontraría en sus ciudades principales, y su padre había limitado sus viajes al continente rural del norte.

«La hambruna de Chasmeene».

Leia se sentó derecha y reacomodó la pantalla para que no le molestara el brillo del sol que se filtraba por las grandes ventanas. La hambruna de Chasmeene llevaba años, pero había comenzado con los ataques de represalia del Imperio sobre las vastas franjas de los cultivos. El «crimen» por el que los castigaron fue no cumplir con una cuota imperial. Fue un castigo que probablemente devastaría a Chasmeene por varias generaciones venideras. Leia podría hacer mediciones que probaran la fuente y el alcance del daño; las marcas podrían ser visibles en holoimágenes normales.

Una sonrisa surgió en la cara de Leia mientras pensaba: «Gracias por la sugerencia, papá».

•◆•

La solución para la hambruna requería muchas reservas de comida, semillas y equipo agrario, así que para Leia era necesario volar en el *Tantive IV*. Habría llevado esa nave de cualquier forma; era más fácil evitar ser notada en medio de un gran bullicio.

La tripulación se apresuró a juntarse y preparar los paquetes para cada zona que ayudarían, y Leia buscó un poco de ayuda para sí misma. «Necesitaré estar virtualmente involucrada en cada movimiento; no es que no quiera ayudar a esta gente, también. Pero las holoimágenes tienen que tomarse con mucho cuidado, y no al azar».

—¡Oye, tú! —le dijo a uno de los droides astromecánicos del Capitán Antilles de color azul con plateado—. ¿Me puedes ayudar? —El droide silbó en afirmación, y rodó a su lado en la bahía de carga. Leia se inclinó hacia él en la manera en la que alguien cuenta un secreto, aunque el droide fuera capaz de «escuchar» instrucciones en voz baja desde mucho más lejos—. Tengo instrucciones especiales para ti. —La pequeña cabeza semiesférica del droide pareció mirar hacia arriba para mirarla mientras se recostaba apoyándose en sus brazos. Leia sonrió; siempre era lindo ver que un droide tuviera personalidad, aunque lo que más necesitaba en ese momento era discreción—. Necesito que mantengas estas instrucciones en secreto. Eso significa que no puedes hablar de ellas con nadie, ni siquiera con el Capitán Antilles. Prometo que no irán contra las normas.

El droide dudó por un momento; un acto casi vivo, pero luego hizo un bip de afirmación.

Leia bajó la voz un poco más.

—Necesito que tomes holos y escaneos de la superficie de Chasmeene, sobre todo de las áreas en las que se realizaron los ataques de represalia hace unos años. Están indicados aquí —dijo Leia y deslizó una tarjeta de datos en el lector que estaba justo debajo de la cabeza semiesférica del droide—. Obtén toda la información que puedas, ¿okey? Quiero todo lo que puedas sacar.

El droide silbó contento y luego se alejó directo hacia el área central para los sensores de la nave. «Qué pillito tan listo».

Y eso le dio otra idea.

—Una cosa más —dijo, y el droide se detuvo en seco y giró su cabeza para ver a Leia, que corría detrás de él—. Si tienes la oportunidad, ¿podrías meterte en los bancos de datos locales para hacer una copia de seguridad de esto? Sé que es casi violar las normas, pero si lo pones como «referencias de sensores de nave», como un tipo de inspección de mantenimiento, te aseguro que no te bloquearán.

Al parecer el droide accedió, porque regresó a sus labores con un par de silbidos y cliqueos.

El único indicio de problemas apareció al final de su estancia, cuando el Capitán Antilles comenzó a sacar el *Tantive IV* fuera de órbita y una imagen holográfica inoportuna de un comandante en el puente de una flota imperial apareció en la pantalla.

—Me temo que una revisión de nuestros bancos de datos revela que se hicieron unos escaneos altamente irregulares —dijo el comandante. Su rostro era delgado y tenía la nariz y la barbilla afiladas, igual que su mirada—. Alguien en su nave pudo ser responsable. Haremos una búsqueda.

Dejar al Capitán Antilles al margen del asunto fue una buena idea, Leia se dio cuenta, porque ni un actor profesional pudo haberse ofendido tanto.

—¡Esta es una nave diplomática con autorización! Estuvimos en una misión de caridad, como sus reportes lo indican. Esto es un acoso hacia un miembro del Senado Imperial, comandante, y será *reportado*.

De una aprendiz de legislación a un miembro del Senado Imperial… eso era exagerar un poco, la verdad. Lo mejor que podía hacer Leia en ese momento era seguir con esa exageración. Se acercó al holograma con los ojos bien abiertos y se aseguró de que pareciera un poco nerviosa. Eso siempre la hacía verse más joven.

—¿Hay algún problema, Capitán Antilles? No quiero que…

Leia miró al comandante imperial, y juntó las manos como si suplicara. Continuó:

—… Solo soy miembro de la Legislatura de Aprendices. Lo juro, no quise hacer ningún daño.

El Capitán Antilles le lanzó una mirada lateral que sugería que no le gustaba ser interrumpido así públicamente. El no sabía que Leia era la culpable, así que no pudo apreciar el alivio que la invadió cuando la expresión del comandante imperial cambió de dudosa a satisfecha, a divertida.

Nadie veía a una chica pequeña como una amenaza. Esa era una ventaja que sus padres no habían entendido aún, pero Leia la comprendía al cien por ciento.

—Me corrijo —afirmó el comandante con una ligera sonrisa en el rostro. Leia hizo una seña hacia alguien afuera de la imagen holográfica, y varias señales que parpadeaban con luz roja en el tablero del puente del *Tantive IV* volvieron a ser verdes—. No quiero importunar a un miembro tan importante del gobierno.

Cuando la nave salió de órbita, uno de los oficiales del puente murmuró:

—Cada vez están más paranoicos.

El Capitán Antilles no respondió en voz alta, pero la expresión en su rostro reveló un momento de satisfacción; Leia lo pudo imaginar pensando: «Bien. *Deberían* tener miedo».

Leia caminó hacia un pequeño cuarto de datapuerto en el que se había metido el droide astromecánico azul y plateado. Se inclinó hacia el droide y murmuró:

—Estuvimos cerca.

En respuesta, el droide proyectó la información en una de las pantallas. Mucha información. Leia estaba sorprendida de ver que el droide no solo había juntado la información acerca del estado actual de Chasmeene, sino que también había recopilado información de años atrás, tal vez décadas, que probaba que el Imperio era responsable sin lugar a dudas de la devastación. Pocos humanos hubieran mostrado tanta iniciativa, y aún menos un droide.

—Perfecto —dijo Leia.

El droide silbó en muestra de satisfacción como si dijera «lo sé».

Llena de vigor, Leia introdujo los comandos para alistar las múltiples tarjetas de datos. Por lo general no se sentía tan poderosa como en ese momento, cuando sostenía pruebas de los delitos de Palpatine en sus propias manos.

• ◆ •

Su euforia duró dos días, hasta que regresó a Coruscant y le llevó la evidencia a la persona que creía que tomaría las medidas necesarias.

—Su Alteza —dijo Mon Mothma, que probablemente usó su título para suavizar sus palabras—. Me temo que no podemos hacer mucho con esto.

—¿A qué se refiere? —protestó Leia—. ¡Esto prueba lo que el Emperador le ha hecho a un mundo que solo falló una cuota! La gente enfurecerá cuando vea esto.

Mon Mothma se cruzó de brazos en su escritorio.

—Aquí en el Senado, donde revisamos muchas versiones «oficiales», a veces olvidamos que las personas promedio están sujetas a menos propaganda que nosotros. Escuchan conversaciones y rumores que van más allá de las infotransmisiones oficiales. Tenemos que apegarnos a los discursos artificiales de la política porque así trabajamos en el Senado. Pero esos discursos no hacen mucho ruido fuera de Coruscant y otros Mundos Centrales, incluido el tuyo.

Una de las dos no estaba entendiendo bien las cosas.

—Pero… esto *prueba…*

—No hay necesidad de más pruebas. La gente de la galaxia *ya sabe* que Palpatine es corrupto y cruel. Lo han sabido por mucho tiempo —dijo Mon Mothma, y se reclinó hacia atrás como si el peso de ese conocimiento la hubiera fatigado—. La ignorancia no es la razón por la que el Imperio se sostiene. Sus bases son la tiranía y el miedo.

Leia se derribó en su silla. Estaba tan segura de que había logrado algo significativo, que había sido muy poco peligroso para la tripulación del *Tantive IV* y que le haría ver a sus padres lo mucho que podía ayudar. En cambio, era todo lo contrario: una prueba de que no entendía a lo que se enfrentaba, que no comprendía nada de aquello en lo que estaba tratando de involucrarse.

—No te desanimes, Leia —dijo Mon Mothma con una ligera sonrisa—. Si lo piensas bien, te darás cuenta de que es una de las armas más poderosas que tenemos. Palpatine puede aplicar su dictadura aquí, en sus academias y con su Flota Estelar Imperial, pero eso lo hace pensar equivocadamente que su dictadura es omnipresente. No es así. Trillones de personas saben la verdad, y cada día que pasa, más de ellos están dispuestos a hacer lo que sea para ver caer al Imperio. Ahora, lo único que les hace falta es una bandera que los una. Espero que pronto nos sea posible darles una.

A pesar de su desolación, a Leia le impresionó la calma total de Mon Mothma. Sus padres eran valientes, pero su miedo de lo que vendría era evidente y entendible. Pero esta mujer se veía totalmente lista para aceptar lo que fuera. No tenía miedo, y era difícil sentirlo en su presencia.

«Tal vez no sea una bandera lo que nos una. —Leia vio que Mon Mothma se levantó de su escritorio—. Tal vez sea una persona».

La senadora caminó a lo largo de su oficina y parecía buscar las palabras adecuadas. La atmósfera sugería serenidad y paz; con sus colores claros, sillas acolchonadas y vista hacia las nubes. Hasta la taza de té chandrilano que humeaba en el escritorio evocaba tranquilidad. Pero la oficina, como su ocupante, ocultaba ciertas complejidades.

Finalmente, Mon Mothma dijo:

—Ya llegará el día en el que la evidencia importe, cuando Palpatine por fin haya caído, cuando necesitemos reescribir su historia falsa para mostrar la verdad. Documentación como esta, reunida por gente honesta… eso es lo que nos dará un lugar para comenzar de nuevo.

Leia no había pensado en convertirse en historiadora. Algún día, cuando pudiera contarle a Kier sobre todo eso, él apreciaría la ironía de que fuera ella quien debiera acabar escribiendo libros.

—Me da gusto que sea útil —dijo Leia con un tono soso. Por lo menos podía sentirse orgullosa de controlar su temperamento.

Mon Mothma también parecía orgullosa, porque se colocó a un lado de Leia y puso una mano en su hombro.

—Más que nada, me siento honrada porque me confiaste todo esto. El Imperio trabaja muy duro por toda la galaxia para destruir la fe entre nosotros. Solo atrevernos a pedir apoyo nos ayudará a hacer los aliados que necesitamos.

—Tal vez algún día sea una de esos aliados.

—Ya lo eres.

Las palabras amables ayudaban, igual que la sonrisa de Mon Mothma. Pero Leia salió de la oficina ese día con una nueva percepción acerca de su incapacidad.

¿Cómo podrían luchar contra todo un gobierno y una manera distorsionada de ver el mundo?

Tal vez Mon Mothma y sus padres encontrarían la manera. Y si lo hacían, Leia no sabía si lograría ser parte de ella.

CAPÍTULO 18

Ojalá la Legislatura de Aprendices del día siguiente hubiera sido sobre algo más. Lo que fuera.

—El problema ante ustedes el día de hoy es aconsejar sobre las sanciones contra el planeta Lolet —entonó el droide RA-7—. Su gobierno ha violado la Regulación 16-ME acerca del suministro de combustible necesario para los pilotos imperiales.

Leia estaba sentada en el pod senatorial de Alderaan. Se sentía tan triste que parecía adormecida. Holos mostraban la versión de los eventos del Imperio, donde Lolet había fallado egoístamente en ayudar a una caravana de TIE varados. Sin embargo, era fácil ver la verdad escondida.

Esa caravana TIE solo había sido abandonada en el sistema de Lolet por una razón: para intimidar a los habitantes. El planeta se había rehusado a llenar los tanques de las naves enviadas a aterrorizarlos; entonces, todos los habitantes tenían que sufrir.

Y el Emperador le concedió a la Legislatura de Aprendices el *honor* de decidir en qué se basaría su sufrimiento.

Leia miró hacia donde estaba Kier, para ver que él ya la miraba. Si se hubiera sentido un poco menos desdichada, se hubiera puesto nerviosa, o se hubiera deleitado. En cambio, se encogió de hombros, desamparada. Kier frunció el ceño, preocupado, pero antes de que pudiera decirle algo, comenzó el debate de manera formal.

—No veo la necesidad de elaborar nuevas penalizaciones —dijo Harp Allor. Su cabello negro brillaba en la luz intensa del centro de la cámara—. No cometieron un delito especialmente escandaloso.

—¡*Cualquier* delito en contra del Imperio es escandaloso! —protestó uno de los representantes de Arkanis—. Y tales delitos se están volviendo muy comunes. Necesitamos poner mano dura ahora, antes de que más planetas comiencen a creer que pueden salirse con la suya faltando al respeto con tanto descaro.

La forma de hablar, arrastrando las palabras, de Chassellon Stevis fue tan casual que parecía sarcástico:

—Ay, ahórranos tu parloteo patriótico. El procedimiento estándar será suficiente. Si no fuera así, ¿crees que nos enviarían este problema en primer lugar? El Senado no delega trabajo a la Legislatura de Aprendices esperando que hagamos algo novedoso y creativo. Lo hacen cuando ya saben cuál será el resultado.

El corazón de Leia se hundió aún más. Ya había digerido lo que dijo Chassellon en el desastre en Arreyel. Pero admitir que la Legislatura de Aprendices tenía tan poco poder y autonomía era hacerla sentir aún más inútil.

La penalización estándar por violar la Regulación 16-ME era hacer un incremento en el tributo pagado al Imperio, con la cantidad específica dada por el gobernador regional a cargo. Si el planeta valía mucho, la cantidad se podía triplicar, creando una deuda

alarmante que nadie podría pagar. La única manera en la que se podía pagar esa deuda era rendir el planeta a la autonomía del Imperio, y estar totalmente sometido a su control.

Lolet estaba lejos de ser el primer planeta que sufría ese destino. Tendría el mismo destino que planetas como Umbara, Raxus, Gossam…

«Es una obra de títeres para niños. Somos la audiencia y al mismo tiempo la escenografía».

El pod de Gatalenta bajó con cierta velocidad, y Amilyn Holdo fue el foco de atención. Se había teñido el cabello del mismo color verde de su capa, aunque al menos solo la capa tenía unas campanitas cosidas por todos lados.

—Si me permiten su atención, miembros de esta asamblea… ¡aún hay sorpresas por revelar! —dijo con emoción, pero luego regresó a su postura formal—. Es decir, tengo más información que podría servir en este tema.

Desde el pod de Glee Anselm, Leia escuchó que alguien murmuró:

—Aquí es cuando nos cuenta cómo en sus sueños vio la profecía de la siguiente moda o algo.

Leia los hubiera mirado con severidad por ridiculizar a una compañera aprendiz si su predicción no hubiera sonado a algo que podría decir Amilyn.

La cara grande de Amilyn brillaba con el azul de las luces de los gráficos tridimensionales que colocó en los holos.

—Si miran esto, verán que representa las reservas de combustible de Lolet en el periodo en cuestión. Sus niveles estaban mucho más bajos de lo normal, al punto en el que la mayoría de los planetas se considerarían en estado de crisis. Mi investigación indica que Lolet había gravado sus reservas casi al punto de quiebre mientras evacuaban una de sus lunas después de una inestabilidad geológica mayor a principios de año. No le dieron el combustible requerido al Imperio *porque no lo tenían*.

A Leia le pareció como si no hubiera sabido que estaba dormida hasta que despertó al escuchar las palabras de Amilyn. Mientras ella buscaba pruebas de la mala actuación del Imperio en los lugares más alejados de la galaxia, Amilyn Holdo encontró otro crimen bajo las narices de todos. Nunca más dejaría que su estado de ánimo la hiciera tan descuidada.

—¡Sí lo tenían! —protestó el chico de Arkanis—. El gráfico muestra claramente que podían llenar la cuota.

—Solo si vaciaban sus reservas por completo —respondió Amilyn, y apuntó uno de sus brazos flacos hacia el esquema holográfico; sus extremidades eran tan largas que parecía que su dedo iba a atravesar las columnas azules de información—. Lolet se hubiera quedado sin nada para futuras emergencias en su sistema. Imagina que su… —Hizo una pausa evidente para no divagar. Por lo menos intentaba parecer una persona normal, aunque no lo estuviera logrando del todo—. Ninguna regulación requiere que un planeta se ponga en riesgo de ese modo.

El chico de Arkanis era indomable.

—Y ninguna regulación dice que un planeta puede retener su combustible por esa razón, tampoco. Si la Flota Estelar Imperial reportó a Lolet, y nos asignaron el imponer una sanción, entonces eso significa que los planetas *deben* entregar el combustible cuando el Imperio lo necesite.

—Además —dijo uno de los aprendices de Glee Anselm—, ¿por qué Lolet tendría que preocuparse por una emergencia hipotética? Si algo ocurriera, podrían pedirle ayuda al Imperio.

Amilyn negó con la cabeza.

—¡El Imperio no siempre responde esos llamados!

Leia sintió un golpe en sus entrañas. Decir esas cosas en privado o entre amigos era un riesgo. Solo alguien tan candorosa como Amilyn Holdo se atrevería a decir una verdad tan explosiva como esa en público.

—¡¿Perdón?! —El aprendiz de Arkanis tomó la oportunidad—. El Emperador ha dejado muy claro que su preocupación se extiende a todos, ¡y negarlo es casi un acto de traición!

«O de sedición».

Kier se inclinó tan cerca de Leia que casi pudo sentir su aliento en la oreja mientras le susurró:

—Tenemos que crear una distracción, o esto acabará con stormtroopers arrastrando a Holdo a prisión.

Leia asintió. Kier tenía razón, pero ¿qué tipo de distracción podrían crear? Por un segundo, a Leia se le ocurrió la loca idea de pretender que su pod estaba roto y que volaba aleatoriamente por el aire como si fuera una carrera de speeders para niños en lugar de una asamblea legislativa.

Amilyn no se había dado cuenta del peligro en el que estaba, o no le importaba.

—¡Es una galaxia enorme! ¡Planetas enteros a veces escapan de nuestra percepción! Es simplemente algo… normal.

—Tal vez lo es para *ti* —dijo el aprendiz de Glee Anselm—. Con esa cabeza llena de plumas… por eso es que siempre salen de tus cabellos, lo apuesto.

Leia asumió que la rabia la distraía. Se puso de pie y alzó la voz:

—¡Suficiente! Si están tan vacíos como para criticar lo que lleva puesto alguien, entonces tal vez necesiten regresar a jugar con los niños y dejarle el gobierno a la gente que ha madurado un poco.

El aprendiz de Glee Anselm tuvo la gracia de parecer que estaba avergonzado, pero el de Arkanis solo se enojó más y dijo:

—¿Así que crees que es apropiado criticar al Emperador en público?

Era un anzuelo que podía engancharla fácilmente, pero Leia solo alzó una ceja.

—Creo que criticar *la vestimenta* de otros aprendices en público demerita a esta asamblea.

Al parecer, Amilyn no sabía cuándo detenerse.

—Simplemente no creo que sea correcto penalizar a todo un planeta por… por… —Luchó por encontrar palabras que no la condenaran, pero se quedó corta.

Fue entonces cuando Kier entró en el debate:

—Por falta de claridad en las leyes. Como dijiste, ninguna regulación estipulaba claramente lo que un planeta debe hacer en esa situación.

Leia se agarró a ese argumento.

—Exacto. Lo que necesitamos hacer es recomendar un nuevo lenguaje para el código legal, para que ningún planeta cometa un error o tenga una confusión, como en el caso de Lolet.

La idea de crear un nuevo código legal era novedosa para la mayoría de los aprendices, y también emocionante; una indicación de verdadera autoridad. De inmediato, la gente comenzó a discutir quién crearía el lenguaje y cómo lo presentarían. Hasta los que querían hacer un ejemplo de Lolet estaban ansiosos por establecer una nueva regulación que pudiera darles un giro a las leyes.

Se le ocurrió a Leia que podrían perdonar a Lolet. Cualquier nueva ley que propusieran tendría que ser severa y dura, y requeriría que cada planeta agotara sus propias reservas por el capricho de cualquier comandante imperial que estuviera de paso, sin importar la necesidad genuina. Pero le habían conseguido un poco de tiempo a Lolet; una oportunidad para resolver su situación actual de penalización. No era de mucha ayuda, pero era algo.

—Es decir, Amilyn Holdo les dio un poco más de tiempo —le dijo Leia a Kier más tarde mientras caminaban por uno de los amplios caminos aéreos que salían del complejo senatorial—. Había una debilidad en este caso, pero no la pude ver.

—Era complicado.

Kier no era el tipo de chico que sentía la necesidad de señalar que él había ubicado la falla crítica. Le interesaba más a dónde quería llegar Leia.

Leia pensaba sus palabras con cuidado mientras pasaban junto a un holograma centelleante publicitario y otros prismas que proyectaban luz multicolor por el camino aéreo. Parecía que caminaban en un caleidoscopio. Debajo, el tránsito denso de automóviles que levitaban estaba casi quieto: un embotellamiento digno de Coruscant en tres dimensiones.

—Me he sentido muy decepcionada últimamente —admitió Leia—. El saber… lo que sabemos me recuerda lo mucho que hay que hacer todavía. Y cuando me doy la oportunidad de estar decepcionada, no veo la forma de hacer algo bueno.

Kier pensó su respuesta unos pasos más. A Leia le gustaban los silencios cómodos entre ambos.

—Siempre te preguntas lo que puedes hacer por el bien común —dijo Kier, y Leia asintió perpleja—. Sabes, de vez en cuando está bien ser egoísta. —Kier alzó una mano previniendo la respuesta de Leia—. No te estoy diciendo que seas, no sé… egoísta o trivial. Nunca querrías eso; no eres así. Pero está bien ser… tú sabes, *una persona*. De vez en cuando, puedes soltarte y vivir en el momento. Creo que tienes que hacerlo,

porque si cargas con el peso de las palabras todos los días, te cansarás al final, y no tendrás la energía cuando más la necesites porque ya estarás exhausta.

Eso sonaba muy… familiar.

Kier continuó:

—Está bien querer que ciertas cosas sean solo tuyas. Salir y divertirte una que otra vez. Estar contenta porque tu planeta es seguro, porque tus seres queridos están protegidos.

—A veces siento que no tenemos derecho a ser felices cuando tantos otros sufren.

—No tenemos el derecho a no ser felices si podemos serlo. —Leia miró a Kier, que asintió—. Lo digo en serio. Si todos vivimos con miedo y miseria todo el tiempo, su victoria está asegurada.

Leia sabía a quién se refería. En un camino público de Coruscant, sería un suicidio hablar tan abiertamente con el nombre de Palpatine. Además, estaban aprendiendo a entenderse sin palabras.

Leia citó a un filósofo alderaaniano:

—Fortaleza por medio de la alegría.

Kier sonrió.

—Exactamente.

—¿Alguna sugerencia?

—Veamos. —Pretendió que consideraba la situación con seriedad por un momento. Comenzaron a caminar muy lentamente—. Podríamos… ir a las Lagunas Glarus juntos, la próxima vez que estemos en casa.

Las Lagunas Glarus eran famosas por su espectacular vista y vida marina. Se localizaban en una de las franjas del entorno de Alderaan que era lo suficientemente cálida para llamarla acogedora: atraían a muchos visitantes que anhelaban calor, sol, la oportunidad de nadar o bucear, o la famosa atmósfera romántica.

Leia inclinó su cabeza.

—Tú y yo.

Volvió a ver la timidez que notó la primera vez que lo vio, cuando no entendía que era solo eso, timidez.

—Si tú quieres.

Leia no respondió de inmediato. Había algo en su rostro cuando la miraba de esa forma; esa mezcla de incertidumbre, esperanza y un no-sé-qué que reconocía en el corazón. Ese silencio no fue para nada cómodo, y de alguna forma fue increíble.

—Por supuesto. Me encantaría.

La sonrisa regresó al rostro de Kier.

—¿Sí?

—Sí.

Tal vez no tenía que pelear con el Imperio entero todos los días. Tal vez estaba bien descubrir quién era además de ser la senadora en capacitación o una princesa; averiguar lo que significaba ser solo Leia.

CAPÍTULO 19

El primer paso para convertirse en una persona normal con preocupaciones normales era pasar más rato con sus amigos y perder el tiempo. Leia se había encariñado con la gente que conoció en sus clases de excursión, pero pasaban la mayor parte de su tiempo juntos en expediciones o reuniones casi oficiales de la Legislatura de Aprendices. Era tiempo de intentar hacer algo meramente social y sin propósitos que no fueran perder el tiempo o divertirse.

Y era perder el tiempo, no perder el equilibrio…

—¡Imagina que eres un tronco tallado! —dijo Amilyn Holdo, que se sostenía firmemente con un *split*, a pesar del hecho de que no estaba en el suelo, sino suspendida en el aire, sostenida desde arriba por unas telas acrobáticas de colores brillantes que se había amarrado a cada pierna—. ¡Tiesa! ¡Rígida!

—E incrédula —murmuró Leia, que apenas pudo sentarse sin sentir que caería cuatro metros hasta el suelo en cualquier segundo.

Al parecer esta era la práctica de calistenia típica de Gatalenta llamada aeropaisajismo, que se supone hacía más fuerte al planeta entero. La supuesta razón de eso era que los expertos podían meditar «desenganchados del suelo» y potenciar su ser espiritual y el de aquellos que los rodeaban. Leia creía que la verdadera razón era que los débiles se colgaban de esas endemoniadas telas y solo los fuertes sobrevivían.

Tampoco estaba segura de si lograría entrar en la categoría de los «fuertes». Hasta donde sabía, el aeropaisajismo se trataba más que nada de trajes ajustados color azul claro y un insulto a la vida humana.

—Muy bien —se dijo a sí misma—. Una pierna hacia fuera. Tú puedes.

Mientras extendía una pierna con torpeza e intentaba enlazarse en la tela más cercana, Amilyn se desenrolló con facilidad de su posición de *split*. Dejó una pierna anclada y se dejó caer con todo el peso de su cuerpo hasta que quedó suspendida cabeza abajo. Para alguien tan torpe y desgarbada, Amilyn tenía mucha elegancia en esto.

—Recuerda —dijo en su tono usual, raro y cantado—, estás hecha de madera, ¡Fuerte, pero orgánica! ¡Un material hecho por la fuerza de la vida!

«Soy un tronco tallado. Soy un tronco tallado». Leia dobló su rodilla, hizo un círculo con su pierna y capturó la manta muy bien. Por un momento sintió que entendía eso de «ser un tronco tallado». Alentada, se relajó y se puso en una de las varias posiciones de lanzamiento. Le dolían los costados, pero pudo mantener el equilibrio.

—¡Eso es! —dijo Amilyn, y juntó las manos. Su cabello largo, que había reteñido de color magenta, brillaba hacia abajo como si fuera otra tela—. ¡Lo haces muy bien!

En una ráfaga de confianza, Leia extendió los brazos para completar la pose… y luego giró como ciclón por un segundo que pareció eterno, antes de caer al suelo. Por

fortuna, la superficie era tan elástica que rebotó una vez antes de hacer su aterrizaje. Aun así, gimoteó mientras extendía sus brazos y piernas en señal de derrota.

Amilyn giró lentamente, hizo serpentinas hasta ella con tal elegancia que Leia asumiría que estaba presumiendo si hubiera sido alguien más, y aterrizó con gracia al lado de Leia.

—¿Estás bien? ¿Te hiciste daño?

—No, solo bebí un gran trago de la copa de la humillación.

—No te sientas humillada —dijo Amilyn, que tenía una sonrisa chistosa y torcida—. Lo hiciste muy bien para no ser de este planeta, en especial cuando te desenrollaste. Muchos nativos no lo entienden hasta haberse subido unas cinco o seis veces.

Leia hizo una nota mental para buscar la tasa de mortalidad de los niños en Gatalenta.

Ese cuarto de aeropaisajismo era parte del complejo senatorial de Gatalenta; era tan importante para ellos que lo mantenían en sus oficinas. Muchos planetas tenían esas «especialidades», como los tanques salinos de los mon calamari, o los túneles de viento para ejercitarse de los toydarianos. Tal vez un cuarto de gimnasia y meditación era algo raro para Leia, pero cada planeta tenía sus propias prioridades.

Amilyn dijo:

—¿Por qué no hacemos un calentamiento de piso básico? Eso te hará acostumbrarte a la combinación de músculos necesarios.

Leia tenía la sensación lejana de que la estaban mimando. Después de su última caída, que la mimaran no parecía tan mala idea.

—Hagámoslo.

Hasta en los calentamientos de piso tenía que esforzarse para mantener el paso. Aunque sus clases de danza y ejercicio mantenían a Leia flexible y ligera, Amilyn podía doblar y girar sus extremidades en combinaciones que parecían imposibles para especies con esa estructura ósea. Pero era buena en sugerir modificaciones que Leia pudiera hacer, y en ayudarla a encontrar un estado mental adecuado.

—Cualquier duda que traigamos encima, arrojémosla hacia el cielo. Tienes que estar bien plantada en la tierra antes de intentar cualquier acrobacia aérea. ¿Te ayudaría tener más incienso?

El humo del incienso que flotaba alrededor era tan espeso que podrían haber estado en uno de los bosques de niebla de Eriadu.

—Creo que no tenemos que preocuparnos por eso.

—Entonces deberíamos concentrarnos en el desequilibrio —dijo Amilyn, e hizo una posición, en la que se paró en un solo pie, que se veía fácil de imitar—. Si te da vergüenza decir mucho enfrente de mí, puedes usar metáforas. Mucha gente lo encuentra revelador.

A Leia le resultó muy fácil hacer esa posición… al principio. Mantenerla requería mucho control muscular.

—No se me ocurren metáforas si hago esto al mismo tiempo. Pero, eh… supongo que puedo hablar de varias cosas.

Contener todos sus pensamientos no era de mucha ayuda. Y tan peculiar como era, Amilyn Holdo intentaba genuinamente ayudar a la gente que la rodeaba. Eso tenía que valer algo.

—Todo lo que se confía durante la sesión de aeropaisaje se queda en el cuarto y se evapora con el humo —prometió Amilyn.

—¡Ah! Bien —dijo Leia, que se balanceó con cuidado mientras levantó sus brazos más alto—. Bueno, para empezar, siempre he estado muy unida a mis padres, pero parece que ya no nos entendemos. —Las razones específicas tenían que permanecer en secreto; solo Kier podía saber la verdad—. De vez en cuando nos conectamos, pero la mayor parte del tiempo… siento que están muy alejados de mí, incluso cuando estamos en el mismo cuarto.

—Ese es el principio de evolución en acción.

—¿Disculpa?

Aún en un pie, Amilyn bajó con gracia hasta el piso.

—Si la cría no tiene un motivo para alejarse del cuidado de sus padres, nunca tendrá una existencia independiente, o sea que nunca se reproducirá, y la especie pronto se extinguirá. Por lo tanto, la última etapa antes de la adultez siempre involucra un conflicto entre los padres y sus crías.

Tal vez el incienso comenzaba a afectar a Leia, porque las palabras de Amilyn parecían tener sentido, aunque no explicaran del todo lo que sucedía entre sus padres y ella.

—También me siento frustrada por lo poco que he conseguido en la Legislatura de Aprendices. El Senado tiene más poder, pero hasta ellos están sometidos al Emperador. Toda mi vida he esperado estar en política; intentar que la galaxia sea un mejor lugar. Ahora me pregunto si es posible.

Leia se estremeció por el recuerdo de la explosión en Onoam y el olor espantoso de los escombros ardiendo y el de la muerte. Sus padres no habían querido que eso sucediera, pero ¿no era eso a lo que guiarían sus planes inevitablemente?

—La Fuerza se alimenta de nuestras intenciones, pero también de nuestras acciones —dijo Amilyn con alegría—. Debemos intentar mantener nuestra postura y tener éxito, nunca perder la postura.

—No —dijo Leia un poco más fuerte de lo que hubiera querido, y por primera vez ese día Amilyn perdió su sonrisa. Leia logró calmarse cuando agregó—: Las buenas intenciones no son suficientes. No son insignificantes, pero es donde tenemos que comenzar, no terminar.

—Es, eh… es un buen punto, en realidad —dijo Amilyn, y apareció una arruga entre sus cejas mientras reflexionaba sobre ello—. En Gatalenta, cuando tratamos de dirigir la vida de la mente, discutimos las intenciones porque en nuestra cultura tienen una gran influencia. Somos juzgados por ellas, pero en la vasta galaxia, las cosas son… pues, menos placenteras.

Leia asintió.

—Sí. Por desgracia.

—Ese será el tema de mi próximo trance meditativo —dijo Amilyn, e hizo un doblez de espalda que desafiaba los límites de la columna vertebral—. Ya les diste apertura a tus frustraciones. Ahora habla de la felicidad en tu vida. ¿Qué te hace feliz, aquí y ahora?

El corazón de Leia respondió de inmediato; tanto que se sobresaltó. Algo en ella tembló de miedo por saberlo, pero algo más y mucho más poderoso llevaba su memoria a la arena de práctica, o a los pasadizos secretos del palacio, o a la cabaña en la nieve donde Kier le había llevado su primera taza de mocoa.

No dijo su nombre en voz alta. Mientras hacía su propio intento de doblez de espalda, preguntó:

—¿Es moralmente correcto sentirse feliz cuando hay mucha injusticia a nuestro alrededor?

—Por supuesto. La felicidad es nuestra obligación moral.

—Eso suena… —Leia consiguió hacer bien el doblez, pero sintió que sus músculos abdominales presionaban el aire fuera de sus pulmones—, como… como hedonismo.

—Para nada —Amilyn se levantó con una tremenda facilidad—. La gran maldad solo pueden combatirla los fuertes. La gente necesita combustible espiritual tanto como necesita comida, agua y aire. La felicidad, amor, alegría y esperanza son las emociones que nos dan fuerza para hacer lo que necesitamos.

No era solo el incienso. Lo que dijo Amilyn era genuino y verdadero. Leia cayó de espaldas en el suelo elástico, y se relajó en la compañía de Amilyn por primera vez.

—Supongo que toda esta meditación les sirve de verdad.

—Sí. Bueno, eso. Y es súper obvio que te gusta Kier. También podrías usar esa energía, ¿sabes?

Leia abrió la boca para protestar, pero ¿cuál sería el punto?

—Es como… como si todo fuera una tormenta furiosa, y él fuera… el único lugar seguro. El único que me permite ser yo misma.

—Ten cuidado con palabras como *único* —dijo Amilyn, y movió uno de sus largos dedos, pero sonreía—. No dejes que tu mente sea dirigida por la sustancia más peligrosa que existe.

—¿Y esa es…?

—Un par de ojos oscuros —dijo Amilyn, y luego pensó en eso por un momento—. O más de un par, si te gustan los de Grans. O Aqualish, o Talz. O hasta lo de…

—¡Okey! —dijo Leia entre risas—. Solo me gustan los chicos humanoides.

—¿En serio? Eso es tan *limitador*.

—Qué bueno que es una galaxia enorme.

Y ya había encontrado a alguien extraordinario en ella.

• ◆ •

Esa misma tarde, Leia estaba de buen humor y caminaba por el complejo senatorial. Ya fuera por el incienso, la conversación con Amilyn o el hecho de que haría otro viaje de excursión con Kier próximamente, su tristeza se había borrado por primera vez desde hacía mucho tiempo. Al parecer eso de «ser normal» sí funcionaba.

Pero desaceleró el paso cuando vio a los trabajadores metidos en sus oficinas, corriendo por los pasillos y haciendo señas entre sí para que se apuraran hacia la *suite* de su planeta.

Por fortuna, la *suite* de Alderaan no estaba muy lejos. Leia llegó ahí en pocos minutos y se apresuró a entrar solo para encontrar el *lobby* vacío; todos estaban reunidos en la oficina de su padre. Leia se asomó para ver si estaban alrededor de la pantalla de HoloNet.

—… no hubo pérdidas, gracias a la valentía de nuestros stormtroopers. Sin embargo, el ataque a la caravana representa un peligro profundo para los puestos de avanzada en la región del Borde Medio, y la interconexión de nuestro Imperio.

Solo alguien que conociera a Bail Organa tan bien como su hija se hubiera percatado del suspiro de alivio que hizo cuando escuchó que no hubo pérdidas. Era la única emoción que mostraba; ni inquietud, ni sorpresa.

«Esto no es como lo que pasó en el sistema de Naboo. Es algo que mis padres *sí* sabían. Algo que planearon. Algo que ayudaron a hacer».

—Reportes falsos que indican que una fragata médica fue capturada están circulando por varios medios extraoficiales —continuó el presentador de la infotransmisión—. Aunque se descubrió que muchos miembros de la tripulación de la fragata mantenían creencias antiimperiales y que quisieron ayudar en el ataque, la nave permanece bajo el control de las autoridades.

La mayoría de los miembros informados del Senado sabía cómo interpretar los reportes oficiales de la HoloNet. Si la fragata médica en cuestión estuviera bajo su control, dirían su nombre. Si los miembros de la tripulación habían sido capturados, habrían nombrado al menos a uno o dos; Palpatine nunca dudaba en identificar a sus enemigos. El mensaje real era que alguien con alto rango en una fragata médica había querido quitarla de la Flota Estelar Imperial y, con la ayuda de cazas estelares —proveídos por sus padres o sus aliados—, escapó con la nave sofisticada, con las provisiones y el equipo intactos.

«No hubo pérdidas». Sus padres apoyaron una operación rápida, inteligente y pacífica; el tipo de acción que sentía que podía justificar.

Pero se habían llevado una fragata médica. Dichas fragatas estaban diseñadas para atender a víctimas en una escala masiva, como lo sería después de una catástrofe planetaria o… un conflicto militar de proporciones mayores.

Sabía de la Guerra de los Clones por sus lecciones de historia. Nunca había presenciado ninguna batalla. Y esperaba nunca hacerlo.

Al parecer, sus padres tenían otros planes.

Después de ver varios reportes en la HoloNet que daban la misma información, la gente empezó a dispersarse. Desde los pasillos externos de las cámaras del Senado, Leia pudo escuchar a mucha gente conversando; ese tema sería lo único de lo que hablaría la gente el resto del día.

En la oficina de Bail Organa, sin embargo, todos estaban callados. Regresaron a sus deberes sin decir una palabra. ¿Cuánto sabrían? ¿Trabajaban con su padre? O, si no eran sus colegas conspiradores, ¿estaban dispuestos por lo menos a permanecer en silencio en lugar de consolarse con la verdad?

Leia esperó hasta ser la última persona en la oficina de su padre y luego oprimió el panel para cerrar la puerta detrás de ella.

—Papá.

—No tendremos esta conversación —dijo Bail, y solo miró a Leia un segundo antes de regresar a su trabajo en el datapad.

—¿Cómo puedes decir eso? Sé lo que significa. Y si yo lo sé, también el Imperio.

Las manos de Bail se tensaron en el datapad, pero no la miró.

—Indudablemente. Lo que significa que la discreción se ha vuelto aún más importante.

—Pero, papá, ¿cómo pueden los dos estar…?

—Leia, detente. —Por fin, Bail alzó la cara, y tomó en cuenta a su hija, aunque fuera por poco tiempo—. Mientras menos sepas, más segura estarás. Mientras menos se hable al respecto en esta oficina, más seguros estarán los demás. ¿Lo entiendes?

Leia ya sabía que su seguridad era un espejismo, pero no había considerado a los otros trabajadores. Bail encontró la única manera de hacer que se fuera sin decir nada. Leia asintió y salió de la oficina de su padre con una expresión apacible en su rostro, como si nada le molestara.

Pero, por dentro, sus emociones eran un caos, y no podía distinguir qué era peor: la separación entre ella y sus padres, que solo parecía aumentar, o su miedo por los miles de conflictos que comenzaban a tomar forma.

CAPÍTULO 20

Hacía cincuenta años, Felucia era un planeta selvático en los límites del Borde Exterior que no le importaba a casi nadie que no viviera ahí. Veinte años atrás se había convertido en un punto esencial para controlar la ruta comercial de Perlemia, que era un punto militar clave en la Guerra de los Clones. Hacía diez años se había vuelto una sombra de sí mismo; las ciudades estaban devastadas. Para cuando Leia fue, Felucia cumplía con las expectativas del Imperio, pues servía como fuente de una planta curativa llamada nysillim. Y nada más.

El planeta aún tenía sus junglas y bosques densos y casi impenetrables sobre toda la superficie, lo que lo hacía un buen candidato para la clase de excursión.

—Supongo que debería sentirme *complacido*, ya que hoy no escalaremos mucho —dijo Chassellon, que iba al frente de la clase. Los humanoides se esforzaban por avanzar en una capa de lodo que les llegaba hasta las rodillas. Sssamm se deslizaba con alegría; se sentía en casa—. Pero es mucho más fácil caminar en la nieve que en esta porquería.

La Jefa Pangie gritó desde atrás:

—¡Los primeros riscos están por aparecer!

—*Kriff* —murmuró Chassellon. Leia quería reírse de él, pero estaba muy cerca de estar de acuerdo.

Podían ver muy poco a lo lejos, tan solo niebla y la sombra de los árboles gigantescos. Estaban rodeados en todas direcciones de heléchos altos de dos ramas que se alzaban en arcos con líneas parecidas a los montrals de los togruta, enredaderas y raíces enormes que se erguían desde el suelo, y flores naranjas que parecían hermosas pero cuyos tallos tenían espinas muy afiladas. Leia era bajita y le costaba caminar por el lodo aún más que a los otros.

Kier iba a su lado. No había intentado tomarla del brazo para ayudarla; claramente entendía lo mucho que Leia odiaría que lo hiciera, pero ralentizó el paso para ir a su lado. Al principio, Amilyn hizo lo mismo, pero después de mirarlos con la ceja levantada, se adelantó fácilmente con la ayuda de sus piernas largas como si fueran zancos.

En un punto, cuando la Jefa Pangie estaba ocupada sacudiéndose un slimesnipe, Leia se atrevió a susurrarle a Kier:

—¿Escuchaste lo de la fragata?

Kier abrió grandes los ojos, en clara señal de advertencia.

—Claro, pero no deberíamos…

—¡No! No me refería a eso. —Leia miró a su alrededor. Unos cuantos mechones de cabello estaban pegados en su frente y cuello por el sudor y la humedad del lugar—. Me refiero a que esa es la forma correcta de hacer las cosas.

«Algo por lo que no tengo que perdonar a mis padres. Algo en lo que puedo apoyarlos. A menos que lleve a un camino más peligroso».

—No estoy seguro —contestó Kier.

Tendrían que discutirlo después. Pero Leia iba distraída mientras el grupo salió de la niebla hacia un claro que reveló los riscos que escalarían ese día. No eran en absoluto tan altos o empinados como las superficies rocosas con las que habían lidiado, pero la piedra estaba humedecida por la condensación y el musgo.

—¿Se ve resbaladizo? —preguntó la Jefa Pangie con su usual feroz alegría—. Tal vez… ¡porque lo es! Chico de Fillithar, te resultó fácil hasta ahora, pero hoy tendrás que esforzarte al máximo.

Sssamm sacaba la lengua con nerviosismo, pero no protestó; solo asintió.

La jefa continuó:

—Esa es otra cosa que deberían aprender. Cada uno de ustedes tiene habilidades únicas, al igual que debilidades. Cada uno pasará por retos en los que serán los mejores, y otros en los que serán, digamos, patéticos.

Leia bajó la mirada hacia el lodo que estaba impregnado hasta la cintura de su traje de escalar color gris. «Bueno, si soy patética en algo, que por lo menos sea en esto y no en algo peligroso».

—Los dividiré en grupos de dos —continuó la Jefa Pangie—, y los llevaré a distintas bases por las cuales escalarán. No estarán muy lejos, pero será difícil que vean a otro grupo. Las coordenadas del punto de reunión han sido descargadas en su equipo. Tendrán que averiguar en qué punto encontrarse. ¡Ah!, y asegúrense de activar sus campos de fuerza antiimpactos. Si no los tienen, su primer resbalón en esos riscos será el último.

—Como si necesitáramos que nos lo recuerden —dijo Chassellon, que ya estaba rodeado del brillo tenue de su campo de fuerza.

Amilyn lo miró levantando su enorme nariz.

—Para alguien que creció en un rascacielos, te dan mucho miedo las alturas.

Leia soltó una risita y Chassellon se cruzó de brazos.

Leia estaba feliz porque su compañero era Kier. Parecía una buena oportunidad para hablar a solas, pero no contaba con que los resbalones lo harían difícil. Aunque la subida no era muy inclinada y podían caminar en el terreno, la superficie resbalosa requería que subieran ayudándose con todas sus extremidades, y eso dificultaba mucho la charla. Hablar de otra cosa que no estuviera relacionada con la escalada era imposible.

—Vaya —jadeó Leia—, parece que viene una barranca o algo parecido. No muy amplia, pero necesitaremos las cuerdas.

Desde abajo, Kier dijo:

—No tengas miedo. Lo tenemos bajo control.

Leia no estuvo preocupada hasta que Kier dijo eso, porque significaba que él también lo estaba.

Mientras se movían por la diagonal ascendente que los llevaría al barranco, Leia podía ver mejor a lo que se enfrentaban. Había una brecha de tres metros para llegar al otro lado, y tendrían que usar la cuerda para columpiarse y alcanzarlo. Era desafiante y daba miedo, pero también era divertido.

—Amo esta parte —confesó Leia mientras se anclaban a la piedra.

—¿En serio? Yo la odio. Casi siempre cierro los ojos.

—Vamos. El campo de fuerza te protegerá.

Kier negó con la cabeza.

—Eso no hace que la caída sea menos terrorífica.

—Entonces deja de pensar en eso —dijo Leia, que después de un par de horas de aeropaisajismo con Amilyn tenía más experiencia en eso de caerse—. Solo piensa en cómo te agarrarás cuando estés del otro lado.

Leia observó su zona de agarre, volvió a revisar su cuerda y se empujó lo más fuerte que pudo. Por un segundo pareció que volaba mientras se columpiaba de lado por el aire, y apenas pudo sentir el tironeo del ancla en su arnés. Esa ráfaga de euforia tenía que convertirse en concentración mientras se acercaba al otro lado. Leia se prensó correctamente con ambas piernas y brazos, encontró un buen agarre. Clavó una nueva ancla sobre una grieta en la piedra y la tomó con fuerza hasta sentir que estaba bien sujetada.

Sonrió mientras respiraba agitada, y le gritó a Kier:

—¡Vamos! ¡Inténtalo!

La manera en la que Kier sonrió la hizo sentir como si hubiera realizado un truco de magia y se hubiera ofrecido a enseñárselo. Kier se empujó… y al mismo tiempo Leia vio piedras pequeñas que salían de su ancla. Antes de que Leia pudiera gritar y advertirle, el ancla se zafó y Kier cayó fuera de vista.

—¿Kier? *¡¿Kier?!*

Leia se inclinó y pudo ver, para su alivio, que Kier había llegado al otro lado. Apenas. Había logrado colgarse de la parte interna y frágil del barranco. El ancla y la cuerda colgaban de su cintura.

—Estoy bien. Casi.

—¿A qué te refieres con «casi»?

—Me estrellé duro. Creo… estoy casi seguro de que destrocé mi generador de campo.

Leia pasó de estar asustada a casi paralizarse por el horror. Si el generador de Kier estaba roto y caía, podría morir. Estaba desanclado y en una posición difícil para escalar. Era fácil imaginárselo cayendo y chocando sobre la roca antes de tocar el suelo.

Y después de esa ráfaga de terror, su mente se despejó. Su solución la hizo enfocarse más que nunca.

—Bajaré por ti.

—No. Puede que tu cuerda no nos soporte a ambos.

—Sí podrá —protestó, aunque sabía que sus pesos combinados estarían al límite de la resistencia que había previsto. Pero aún no se había desenganchado de la cuerda que estaba en el otro lado. Rápido, le dio más cuerda a su nuevo anclaje y esperó que fuera suficiente.

Kier no quería que se arriesgara; Leia lo supo porque pudo ver que intentaba acomodarse para apoyarse mejor con los pies, pero no había de dónde agarrarse, y en el proceso, solo se ponía en más peligro.

—¡Quédate quieto! —gritó—. ¡Agárrate!

Leia volvió a empujarse y se columpió de vuelta hacia el otro lado del barranco; el salto fue aún más grande que el primero y sintió como si estuviera cayendo. No le gustó esa parte. Y otra vez hizo un aterrizaje sólido, pero se empujó de regreso al instante, solo que en dirección a él.

Kier se pegó a la roca y Leia llegó a su lado. Agarrar el borde del barranco era más difícil de lo que creyó que sería; Kier lo había hecho bien, si no, ya se hubiera caído. Leia también lo hizo bien.

Ya de cerca, Leia vio lo pálido que estaba Kier, pero aun así logró sonreír.

—Mi heroína.

—Aún no.

Leia estiró el cuello y vio lo difícil que sería salir del barranco con todas esas piedras filosas y salientes. Cualquiera de ellas podía rasgar sus cuerdas o a ellos mismos. Columpiarse de regreso al otro lado, que era su plan original, al parecer provocaría justamente eso. «Okey, necesitamos un nuevo plan».

—Tendremos que… hacer una mortal, empujarnos, o como sea que le digas, alrededor del borde del barranco. Es la única manera de salir de esto.

—No deberíamos intentar una maniobra como esa a ciegas. La jefa nos lo dijo miles de veces.

—La jefa no está aquí, y esa es nuestra mejor opción.

Nada era más solemne que darse cuenta de que tu «mejor opción» era mala.

Usó un mosquetón de seguridad para unir su cinturón con el de Kier. Así de cerca, Leia podría sentir los músculos de sus brazos, y cómo temblaban por el puro esfuerzo de sostenerse en una posición elevada tan frágil. Sus ojos se encontraron con los de Leia y, cuando el sonido metálico del mosquetón sonó, Kier dijo:

—Debería intentarlo por mi cuenta.

—No hay lugar para poner un perno de anclaje.

—No deberías arriesgarte así por mí.

—Oye, mi generador de campo todavía funciona, ¿recuerdas? Tú eres el que corre peligro aquí.

Leia le sonrió. Esperaba que no pensara en que en una caída tan particular como esa había posibilidades de que su generador se dañara antes de poder activarse.

O Kier no había pensado en eso, o había elegido no ponerla nerviosa hablando de ello. Sea como fuera no discutió, solo se estabilizó lo mejor que pudo mientras Leia pasó su brazo alrededor de él. Se presionaron uno contra el otro, tanto que Leia pudo sentir el latido de su corazón rápido y fuerte contra su pecho. Kier solo dijo:

—¿Así nada más?

—A la cuenta de tres. Cuenta tú.

Tan pronto como lo dijo, Leia se sintió concentrada de una manera que nunca antes había sentido. Su nerviosismo se fue y respiró profundamente. No solo inhaló: se sintió como si asimilara los olores y la humedad, como si fuera parte del planeta.

—¿Estás segura?

—Sí. —Leia se sorprendió de lo segura que se escuchó—. Tengo un buen presentimiento sobre esto.

—Muy bien. Una…

Leia cerró los ojos y volvió a respirar. Le pareció que podía sentir la forma y dimensiones de la roca a su alrededor, que conocía la ubicación de cada piedra como si fueran parte de ella.

—Dos…

Su instinto le dijo que se conectara con lo que sentía, que se hiciera parte de eso. No, que *supiera* que lo era, porque claro que era parte de ese planeta desde el principio.

—*Tres*.

Leia saltó al mismo tiempo que Kier; las extremidades de Leia se llenaron de mucha más energía de la que creía tener. Se columpiaron alrededor de las piedras y llegaron fácilmente al otro lado. Cuando Kier aterrizó, clavó un perno de anclaje y se enganchó en él para que la cuerda de Leia no tuviera que seguir cargándolos a ambos. Unos segundos después, se quedaron colgando ahí, y jadearon para estabilizarse.

—Ese salto fue impresionante. ¿Cómo lo hiciste?

—No lo sé.

El hechizo que había caído sobre ella se esfumó. La extraña energía vital que se apoderó de ella por un instante se había ido.

Escalaron juntos hacia una pequeña meseta donde se detuvieron para descansar y reacomodarse. Leia pensó que Kier revisaría su generador de campo, pero en lugar de eso la miró.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué? ¿Salvar tu vida?

Kier no se inmutó.

—Sí. Y arriesgar la tuya.

—No podía dejarte caer.

—Pudiste y debiste haberlo hecho, en lugar de ponerte en peligro.

Sus palabras no tenían sentido.

—Aunque no fueras mi… mi amigo, intentaría salvarte tal como a cualquier otro ciudadano de Alderaan. No, como a quien sea, de cualquier lugar.

Con excepción de Palpatine. El tenía permiso para romperse la cabeza.

—¿Te estás escuchando a ti misma? —La mano de Kier apretó su brazo—. Es como si creyeras que tu propia vida no te pertenece.

Leia comenzó a rezongar, pero se detuvo cuando tres palabras llegaron a su mente: *No me pertenece*.

Kier se acercó a ella y hablaba con una intensidad que le provocaba escalofríos a Leia.

—Obviamente quieres hacer lo correcto. Obviamente quieres servir al pueblo de Alderaan. Y sí, obviamente odias al Imperio, pero no siempre tienes que ser tan altruista. No siempre tienes que ser la que está dispuesta a sacrificarse.

—¡Estabas agarrado con las uñas! No había nadie cerca y…

—¿Y si hubieras caído? ¿Entonces qué? Piensa lo que *eso* hubiera significado para el pueblo de Alderaan. Para tus padres.

Leia no había pensado en eso. Aunque por dentro temblaba de miedo al imaginarse a sus padres sufriendo, no pensó que eso cambiara nada. Si la hubieran visto, y siendo la única cerca para salvarlo del peligro, le hubieran dicho que hiciera todo lo que estuviera en sus manos para salvarlo, sin importar el riesgo. Fueron ellos quienes le enseñaron acerca del deber y el altruismo antes que nadie.

Kier la tomó de la mano. Sus manos estaban raspadas y secas; debió dolerle tanto como a ella. Leia no se soltaría por nada del mundo.

—Quieres cargar con el peso de toda la galaxia en tus hombros. —Sus palabras eran casi un suspiro, y ella se inclinó para escucharlo mejor—. Si eres así cuando solo eres una princesa, ¿qué pasará cuando seas reina?

—Le serviré a mi pueblo. —Su respuesta fue automática.

—Mereces tener tu propia vida. Mereces tener a alguien que te anteponga a todo.

—Quizás. —Estaban tan cerca que Leia podía sentir su aliento sobre las mejillas—. Pero creo que ya lo tengo, ¿no?

Kier inclinó su cabeza, y estudió la expresión de Leia. O, por lo menos, eso pensó. En ese momento no podía ver mucho más que sus labios.

—Sí. Lo tienes.

Con la otra mano, Kier tomó un lado del rostro de Leia. Y ella se inclinó para besarlo.

No es que tuviera toneladas de experiencia, pero el beso le pareció bueno. Increíble, de hecho. Tal vez hasta espectacular. Y luego Kier la besó de nuevo, y Leia se dio cuenta de que podía ser aún mejor; más de lo que había soñado.

Fueron el último equipo en llegar al punto de reunión, lo que les valió una amonestación de la Jefa Pangie antes de que pudieran contarle lo que había sucedido. Con un vistazo al generador de campo de Kier, la jefa cambió su actitud tanto que les prometió encontrar lugares más fáciles de escalar. Eso hizo que Chassellon sonriera mientras iban de regreso a su nave, además de que la cola de Sssamm cascabeleara amigablemente. Pero Leia no podía prestar mucha atención a nada de eso, ni siquiera a la mirada de Amilyn que indicaba que *sabía*. Kier estaba sentado a su lado; sus hombros y rodillas se tocaban y la sonrisa de Kier era igual a la de Leia.

CAPÍTULO 21

Leia había querido aprender muchas cosas durante sus desafíos, pero las lecciones se presentaban por sí solas. Eran repentinas, cosas que nunca hubiera imaginado que necesitaría saber.

Por ejemplo, en ese momento aprendía que el tipo de impaciencia que sentía antes de besar a alguien que le gustaba no era para nada malo comparado con el que sentía después de hacerlo.

—Concéntrate —murmuró Kier mientras estaban en el centro de un domo de práctica de tiro. Sonó muy severo, lo que era irónico dado que él no paraba de acariciar su espalda.

—Yo me encargo de mis blancos, campeón. Tú cuida los tuyos.

Un brillo que Leia vio de reojo la hizo girar hacia un costado. Sus dedos apretaron el gatillo al mismo tiempo que apuntó. El blanco holográfico se «destrozó» y giró con luces enceguecedoras antes de desvanecerse. Leia le lanzó una mirada presumida y juguetona a Kier por encima del hombro.

Kier entendió las verdaderas intenciones de Leia, ya que respiró con fuerza y dejó a un lado sus blancos. Leia sonrió y él se inclinó hacia ella como lo había hecho en Felucia… y eso le dio la oportunidad a Leia de pasar por un costado y volar uno de *sus* blancos en pedazos.

—Tramposa —murmuró Kier, y la hizo reír—. Me distraes a propósito, ¿verdad?

—Una chica debe ganar de alguna forma.

—Normalmente gana quien dispara mejor.

Leia se encogió de hombros.

—Si no cambio mi estrategia, ¿cómo te forzaré a que des el máximo?

Kier dejó de pretender que su atención estaba en el juego, arrojó su brazo alrededor de Leia y la acercó a él. Le dio un beso sensual. Muy rápido en opinión de Leia, que lo llevó a su lado; durante un par de largos minutos, el blanco holográfico brilló y giró a salvo a su alrededor, en la oscuridad.

Entonces así se sentía vivir en el momento y olvidarse de toda responsabilidad y obligación; encontrar una parte secreta dentro de otra persona, donde siempre había estado escondida. El futuro inquietante ya no surgía en la mente de Leia tan seguido; había sido desterrado lejos, donde pertenecía. Y aunque Leia lo sentía así, era solo una posibilidad que tal vez no llegaría a concretarse. Apenas dormía por quedarse pensando en Kier, pero cada mañana se despertaba con una enorme sonrisa. Después de meses de soledad, era querida de nuevo. Y eso no era tan dulce como el sentimiento de querer también a ese alguien, que le importara tanto que tenía que llevar adelante dos vidas, dos perspectivas en la galaxia, en lugar de solo una. ¿Cómo había podido aguantar tanto tiempo con una sola?

Se escuchó el sonido que indicaba que la partida había terminado, y los asustó en medio de su beso.

Leia se rio cuando vio sus pésimos puntajes en el marcador del domo, y Kier gruñó.

—Bueno, la próxima vez tendremos que concentrarnos, si no, nos bajarán de nivel a principiantes.

—Piénsalo —dijo Leia, y pasó una mano por el cabello negro y áspero de Kier distraídamente mientras deseó que se lo dejara más largo para poder pasar sus dedos por él—. Si nuestro nivel regresa a «principiante», tendríamos que trabajar duro para volver a subir. Eso significaría que pasaríamos horas y horas practicando juntos, solo tú y yo.

Exagerando una expresión pensativa, Kier se rio.

—Podríamos practicar mucho más el día de hoy, ¿sabes?

—Mucho más.

—Cantidades infinitas.

Antes de que Leia pudiera responder, una luz roja comenzó a brillar en el techo del domo: una señal común en el complejo senatorial que indicaba un anuncio especial. Apareció una leyenda en la pantalla más alta, y se escuchó la voz de un droide:

—Habrá una sesión oficial en la cámara principal a las diecisiete horas. Todos los senadores que estén en Coruscant deben presentarse.

Ese tipo de sesiones eran muy raras, y nunca se trataba de algo bueno. Una incertidumbre perturbadora le dio náuseas a Leia; y con una sola mirada pudo ver que Kier se sentía igual.

—No creo que aplique para los aprendices, pero debemos ir —dijo Kier.

—No, no aplica para nosotros. Y sí, obviamente tenemos que ir.

Leia se apresuró hacia los vestidores. Por lo menos, estar tan distraídos significaba que ninguno había sudado en la arena. No necesitaban bañarse y eso les daría tiempo para llegar temprano a la sesión. Leia no sabía que tenía la capacidad de regresar al modo formal tan rápido. Tal vez eso era algo bueno.

Sin embargo, cuando Kier salía de cambiarse y aún seguía cerrándose la camisa, Leia vio un destello de su pecho desnudo.

—Vámonos —dijo Leia, y añadió en su cabeza: «Vuelve a la normalidad».



A Leia le habían permitido sentarse en el pod senatorial de su padre unas cuantas veces cuando era pequeña, y lo había acompañado a la mayoría de las sesiones cuando trabajó con él en su interinato. Para ella era muy familiar. O debería serlo.

Pero cuando tomó su lugar en el pod esa tarde, se dio cuenta de que el estado de ánimo en el Senado había cambiado en los últimos meses. Por lo regular, los senadores hablaban entre sí por sus intercomunicadores minutos antes de empezar la sesión. Más que nada, conversaciones burocráticas tranquilas; el equivalente verbal a la mayoría del trabajo que hacían. Aunque el Senado Imperial estaba muy sometido al yugo de

Palpatine, mantenía un sentido de trabajo y esfuerzo; unas ansias por lograr lo que fuera que pudieran.

Ese día, la cámara estaba casi en completo silencio. Los senadores estaban en sus asientos y no hablaban ni siquiera con los trabajadores que estaban en sus pods. La mayoría de los sonidos que Leia escuchaba eran crujidos, pasos y el arrastrar de las túnicas en el piso, además de tosidos y chirridos. El silencio la ponía nerviosa.

Si pensaba en eso, las sesiones del Senado eran más tranquilas desde hacía un tiempo. Los comienzos bulliciosos que recordaba de cuando era pequeña se habían apagado, la quietud había llegado tan gradualmente que Leia no se había dado cuenta hasta ese momento. ¿Los senadores habían olvidado que aún tenían cierta autoridad? ¿Que eran una de las pocas fuerzas que separaban a Palpatine del poder absoluto? No podían darse el lujo de ser pasivos en aras de una rebelión; era ahí cuando necesitaban dar su máximo esfuerzo y trabajar más duro…

Luego se acordó de Arreyel, y se hundió en su asiento.

—¿Estás bien? —murmuró Kier, que estaba a su lado.

A pesar de su preocupación, parecía que no reconocía la razón de su inquietud. Pero claro que no la conocía. No sabía sus razones.

En lugar de responderle, Leia dijo:

—Es tu primera vez en la cámara del Senado, ¿verdad?

—Sí, excepto por un *tour* introductorio.

Su sonrisa la perforó. Estaba emocionado y maravillado por la sesión porque no tenía con qué compararla. «Todavía cree. Tengo que creer también. *Podemos* alcanzar algo en esta cámara, aun si es más difícil de lo que solía ser».

La entrada del pod se abrió y entró Bail Organa. Su expresión parecía distante, como era normal, hasta que vio a Leia y a Kier juntos, aún más de lo que Leia creía hasta ese momento. Bail alzó una ceja en lo que seguro fue una broma gentil. Pero encendió el humor de Leia. ¿Cómo había podido dejarla durante tanto tiempo y gritarle cuando solo intentaba ayudar, y luego actuar como si todo estuviera bien?

Por lo menos era lo suficientemente madura para no decirlo en voz alta. Simplemente giró la cabeza y se negó a mirarlo.

En cambio, Kier se puso de pie rápido.

—Buenas tardes, virrey. Espero que nuestra presencia no sea inapropiada.

—Por supuesto que no, señor Domadi. Es bueno que ambos estén aquí —dijo Bail, que tomó asiento y luego se colocó el saco.

Mantenían la cámara del Senado fresca, un privilegio que les otorgaron a los muchos senadores cuyas vestimentas típicas y muy elaboradas podían ser sofocantes. Pero Leia conocía muy bien a su padre para reconocer ese gesto, que no tenía nada que ver con el frío. Era una muestra de preocupación.

Bail Organa era un hombre calmado y con temple equilibrado. No se preocupaba por cualquier cosa.

La cámara silenciosa se quedó callada en su totalidad cuando el pod del locutor se alzó en el centro de la sala, y todas las luces giraron en torno a él. El Gran Moff Tarkin estaba parado ahí con su uniforme color verde olivo; su figura tan delgada y filosa era como la Espada de Rhindon. Su imagen en la pantalla de la consola del pod revelaba una ligera sonrisa en su rostro: la señal más preocupante de todas.

—Estimados senadores. —Su voz retumbó en toda la cámara, y Leia pensó que no fue solamente el trabajo de los droides amplificadores. Este hombre sabía cómo proyectar su autoridad sin siquiera moverse—. Seguramente recuerdan el terrible incidente de hace unas semanas, cuando unos rebeldes intentaron comprometer una fragata médica imperial. Tan insignificante como fue, representa sin duda una falta de respeto atroz a la ley del Imperio, y al propio Emperador Palpatine.

¿Atroz? ¿Tomar una fragata médica? Leia intentó imaginarse el enorme tamaño de la Flota Estelar Imperial; sus naves eran muchísimas, gigantescas y pobladas por millones y millones de oficiales, y era difícil para una mente humana comprenderlo del todo. Tal. vez perder una fragata no era muy importante.

No. Sí lo era. De otro modo, Tarkin no pretendería tan fervientemente que no.

Tarkin tenía una sonrisa remilgada, y se veía como si la misma sonrisa supiera que no pertenecía a su rostro. El gran moff continuó:

—Una investigación exhaustiva reveló que los instigadores de esta acción vienen directamente del gobierno del planeta Christophsis, que ha recibido riquezas inconmensurables por parte del Imperio con el fin de reconstruir la devastación que la Guerra de los Clones hizo en su mundo. Estos líderes eligieron recompensar nuestra generosidad con una gratitud categórica. —Las manos de Bail Organa estaban cerradas y formaban puños en su regazo. Leia siguió la mirada de su padre, y vio que el pod de Christophsis estaba vacío—. Por lo tanto, decidimos hacer de estos líderes, o mejor dicho exlíderes, un ejemplo. Mientras que los exsenadores y supervisores territoriales han sido encarcelados por condenas de cuatro años o más, el primer ministro ha sido procesado, sentenciado y ejecutado por traición. Asimismo, su ciudad natal, Tophen, que fue el centro de esta actividad, ha sido apaciguada.

Eso eran cientos de miles de muertos, si no es que millones. El *shock* hizo que a Leia se le adormecieran hasta las yemas de los dedos. Tarkin alzó una ceja como si pudiera escuchar los gritos de protesta silenciosos dentro de cada persona en la asamblea, y luego continuó:

—Se espera que esta acción, tan drástica como es, sirva para aplacar a los elementos radicales de Christophsis, para restaurar el orden del planeta y para darles un mensaje a todos los que se atrevan a amenazar la paz que nuestro Emperador nos ha dado. Su reinado impera aquí, ahora y para siempre. Sin importar lo que pueda venir, el Imperio *prevalecerá*.

Algunos senadores de Coruscant y de Glee Anselm aplaudieron con muchísimo entusiasmo. Otros se unieron casi de inmediato, incluido Bail Organa. Aunque Kier miró a su virrey aplaudir la eternidad del Imperio, Leia entendía, así que también aplaudió.

Revisarían las cámaras de todos los pods, y a todos en ellos. Cualquiera que no mostrara el entusiasmo apropiado por el último atentado de Palpatine sería señalado.

«La tiranía nos convierte en mentirosos». Leia se odió mientras aplaudía. Miró costado para ver que su padre le sonreía con tristeza. Sentía lo mismo que ella, lo sabía. Ya no podía estar enojada con él. Aunque seguía aplaudiendo, Bail miró a Tarkin con el mentón levantado, sin parpadear, como una muestra silenciosa y desafiante.

Leia miró a Kier, que no aplaudía. Sin lugar a dudas, aún no entendía todas las ramificaciones políticas del momento. Quizá pensaba que ella y su padre eran unos hipócritas.

Pero lo que pensara de ella no le preocupó tanto como la manera en la que miraba a su padre. Kier no parecía admirado, intimidado ni confundido.

Se veía… enojado.

Cuando Kier se enteró por primera vez de los planes en contra del Imperio, dijo que sus padres estaban poniendo en riesgo a todo el planeta. Esto lo probaba. Lo que sucedió en Christophsis podría pasarle a Alderaan cualquier día, en cualquier momento.

CAPÍTULO 22

—Deberíamos regresar a Alderaan por unos días —dijo Bail Organa después de la sesión, mientras los demás senadores caminaban hacia sus oficinas tratando de esconder su enojo y *shock*—. Tengo asuntos que atender ahí y además… extraño muchísimo a tu madre.

«Traducción: tengo que hablar con tu madre de lo que pasó en Christophsis».

Leia también quería estar en casa, segura detrás de las paredes del palacio. Con suerte, podría discutir todo con sus padres. También era consciente de la urgencia de hundirse en las sábanas de su cama, algo que sería increíblemente infantil pero se sentiría fantástico.

—¿Cuándo nos iremos?

—Cuando el *Polestar* esté listo —dijo Bail, y miró a Kier, que caminaba en silencio al lado de ellos—. Es bienvenido si quiere regresar con nosotros, señor Domadi. Hay suficiente espacio a bordo.

—Es un honor ser invitado, señor. Acepto.

El corazón de Leia dio un salto cuando se dio cuenta de que pasaría aún más tiempo con Kier, por lo menos hasta que cayó en la cuenta de que su padre estaría de chaperón. Peor aún, la presencia de su padre haría imposible que discutieran abiertamente sobre Christophsis, y la presencia de Kier haría imposible que hablara con su padre. La oferta generosa de Bail al amigo de su hija hizo que los tres pasaran el viaje hablando de cualquier cosa excepto de lo que todos tenían en mente.

Leia suspiró. Las conspiraciones eran mucho más complicadas de lo que parecían.



La familia Organa no habló de Christophsis hasta la hora de cenar, cuando estuvieron solos en la terraza. En cuanto el último sirviente humano se fue y solo se quedaron algunos droides sirvientes, Breha dijo una grosería que Leia nunca había escuchado salir de sus labios, y luego agregó:

—¡¿Cómo pudieron?!

—Ya sabes cómo —dijo Bail, y cerró los ojos por un momento breve. Sus dedos apretaban el mango del cuchillo como si fuera a usarlo como arma—. Palpatine ha mantenido su dominio sobre esta galaxia durante casi dos décadas. Una generación completa ha crecido sin tener memoria de la República, y no tienen idea de lo que es la verdadera libertad. Quizás él piensa que no necesita respetar ni los últimos vestigios de autonomía que tienen nuestros mundos.

Leia hubiera protestado que ella sí sabía lo que era la verdadera libertad, como lo hubiera hecho Kier y probablemente la mayoría de sus otros amigos. Era algo que podían reconocer aunque no lo hubieran visto. Pero ella quería que sus padres se acostumbraran

a hablar de estas cosas en su presencia antes de interrumpirlos, Breha se levantó de su silla y caminó por la terraza. El caftán de color rojo oscuro que llevaba era lo suficientemente corto para mostrar el suave resplandor de sus pulmonodos (que sustituían su corazón y pulmones después del accidente que casi la mata). La mayoría de las personas que tenían pulmonodos los mantenían a la vista por un rato, hasta que iban a las sesiones de bacta necesarias para revestirlos con nueva piel y carne. Sin embargo, la madre de Leia estaba orgullosa de ellos.

«Me recuerdan que sobreviví. Que no me pueden frenar tan fácilmente», le había dicho una vez hacía tiempo.

—¿Crees que por fin esto les haga ver a los otros lo que yo he visto? —dijo Breha mientras miraba Aldera en el horizonte cruzada de brazos—. ¿Crees que por fin acepten que el Imperio solo será derrotado a través de la acción directa? ¿Estarán listos para tomar las armas? —preguntó, y como su esposo no respondió de inmediato, agregó—: Todavía lo crees, ¿verdad?

Bail asintió y se reclinó en su silla, un droide pequeño y rechoncho aprovechó la oportunidad para rellenar su té chandrilano con agua caliente.

—Sostengo lo que dije hace unos meses. Aunque no creo que la guerra sea inevitable, ahora acepto que es probable. Hasta recomendable. Mon Mothma también lo cree y ella insiste más que tú.

Breha sonrió con tristeza.

—Bien por ella.

—Debes ver que lo que sucedió en Christophsis, hace las cosas más difíciles para nosotros. Tener el apoyo de todos después de algo como esto será complicado.

Leia no podía seguir en silencio.

—Enfrentarse al Imperio es un gran riesgo. Todo el mundo debería saberlo ya.

Su madre regresó a la mesa, aunque se concentró más en su hija que en la cena.

—Por supuesto que lo saben. Pero hay una enorme diferencia entre saber que hay un riesgo hipotético, y la realidad en la que hay cuerpos sin vida y ciudades destruidas. Tenemos que vivir con la certeza absoluta de que no podemos comprar nuestra libertad solo con información, recursos y dinero. Al final, el precio se pagará con sangre.

Leia apenas se atrevió a decir:

—¿Y si es la sangre de la gente de Alderaan?

Sus padres se miraron con aflicción por unos segundos antes de que Bail respondiera:

—Si somos fieles a los verdaderos ideales de justicia, dignidad y paz de Alderaan, entonces debemos compartir los riesgos necesarios.

Sus palabras resonaron dentro de Leia, coincidían con lo que creía. Y aun así, no pudo olvidar lo que Kier dijo:

—Hemos creado justicia, dignidad y paz aquí. Un lugar en la galaxia donde la gente puede vivir del modo que merece, sin arrodillarse a los pies de Palpatine. Tenemos que proteger eso, ¿o no?

Bail se puso de pie de golpe. Su movimiento hizo que la mesa se sacudiera, y Leia y su madre dieron un salto.

—Creí que te habíamos educado mejor, Leia. No eres una chica egoísta ni cobarde. Así que deja de pretender que lo eres.

Bail salió de la terraza sin mirar atrás.

Leia se quedó mirando su plato. Vio cómo su cena casi intacta comenzaba a nublarse entre unas lágrimas que no estaba dispuesta a derramar. Se mordió el labio inferior con la esperanza de que un dolor cubriera al otro.

—Amor mío. Está bien. No debió haber dicho eso —dijo Breha, que fue junto a su hija y le tomó las manos—. No eres tú con quien está enojado.

—No sonó así.

Leia logró retener las lágrimas justo a tiempo. Su madre negó con la cabeza.

—Lo que dices ahora no es muy diferente de lo que él decía el año pasado. Después de la Guerra de los Clones, tu padre esperaba no volver a ver otro conflicto galáctico mayor. Lo aceptó con mucha dificultad, y creo que escucharte decir esos mismos argumentos lo forzó a asumir la seriedad de las circunstancias, que esto es lo que debemos contemplar.

Conflicto galáctico mayor. Eso podría significar muchas cosas, y ninguna era buena.

—¿Qué es lo que contemplamos, exactamente?

Breha se inclinó hacia atrás. Leia descubrió un nuevo límite de lo que sus padres estaban dispuestos a revelar.

—Deja que nosotros nos preocupemos por eso —dijo, y pasó una mano por sus trenzas—. Siento mucho que te hayamos puesto una carga tan difícil de aguantar.

—La verdad no es una carga.

—Ay, corazón. —La sonrisa de Breha era de tristeza—. Si tan solo así fuera.



Esa noche, Leia se distrajo un momento con un video que le había mandado Kier: una secuencia fotográfica que mostraba cómo las flores apabiladas en el jardín de su familia se abrían de noche. Kier eligió una música hermosa para acompañarla, ella se sintió como si le hubiera dado un ramo de flores.

Pero hasta esa alegría se evaporó cuando se acordó de todo lo que había pasado ese día. Las palabras duras de su padre se sintieron como golpes de látigo que tardarían un buen tiempo en sanar; ni siquiera eso era tan malo como el destino de Christophsis. La gélida satisfacción del Gran Moff Tarkin por las muertes de tantos…

«Es demasiado para que pueda dormir». Leia se quitó las sábanas de un movimiento. Para entonces, el palacio estaba en completo silencio. Sus padres y los sirvientes deberían estar dormidos, y la mayoría de los droides, como 2V, estaban recargándose en sus estaciones.

En otras palabras, era el momento perfecto para escabullirse.

• ◆ •

Leia se deslizó en su bata azul y ató su cabello largo y negro en una cola de caballo antes de ir a hurtadillas por el pasillo. Aunque las antiguas paredes de piedra podían amortiguar muchos sonidos, Leia confiaba en el silencio que la rodeaba. Los pocos droides vela que estaban a unos metros de ella eran las únicas luces. Su corazón latía con fuerza mientras se apuraba a revisar cada cuarto por el que pasaba. Se sentía casi ilógico que estuviera tan preocupada por deambular en su propio hogar, en especial porque nadie soñaría con detenerla, a excepción de sus padres, y porque nadie le había prohibido nunca entrar a la sala privada de la reina cuando su madre no estaba presente.

Pero la verdad era que planeaba espiar.

Breha había dicho: «No podemos comprar nuestra libertad solo con información, recursos y dinero». Eso sugería que sus aliados ya estaban juntando fondos. Todas esas horas que su madre pasaba inclinada mientras revisaba los libros de contabilidad… Leia sospechaba que no era el trabajo normal de revisar las cuentas del dinero real. En el tiempo adicional, podría consultar el dinero que estaba usando para lo que sea que sus padres tenían en mente.

La sala privada de Breha era un espacio pequeño entre la vasta cámara de la sala pública y la biblioteca. Era una de las áreas más viejas del palacio que todavía se usaban. Tenía paredes de piedra, vigas de madera expuestas y una chimenea tan grande que era casi del tamaño del cuarto, lo suficientemente profunda para caminar dentro de ella. Las alfombras tejidas a mano eran gruesas y contrarrestaban el frío de las paredes. El ambiente era cálido, y la reina a menudo dejaba su oficina para trabajar ahí, a la luz de fuego de verdad.

Entonces, el portal de información en ese cuarto tenía acceso a las cuentas reales.

Leia colocó una palma sobre el círculo plateado del centinela, y sonrió cuando el portal se encendió. Cada miembro de la familia real podía revisar las cuentas, aunque Leia solo lo había hecho durante un intento por aprender contaduría. Aunque sus padres probablemente habían cifrado la información estratégica de sus planes, Leia apostaría a que no habían pensado en esconder los fondos.

Y hubiera ganado la apuesta. Su conocimiento reducido de contabilidad le hacía saber qué cantidades eran normales y cuáles no. Cantidades inmensas de créditos aparecían bajo el nombre extraño pero familiar de «Desarrollo del Puerto Espacial». Leia sabía que en Alderaan no se construía ni se planeaba construir un puerto espacial. Entonces sabía en dónde comenzar a escarbar.

No pasó mucho tiempo examinando los fondos con esa etiqueta cuando se encontró con Itapi Prime, Chandrila, Ocahont, Paucris Major, Crait, Unzely Mon Cala.

Lo que ya sabía de los senadores y lugares involucrados le reveló que probablemente todos esos mundos estaban de alguna manera conectados con los esfuerzos de sus padres en contra del Imperio. Paucris Major parecía particularmente activo en los últimos meses; la cantidad de créditos dirigidos ahí era impactante, incluso estaba fuera del alcance del

dinero real de Alderaan. Por otra parte, planetas como Crait y Paucris Major no aportaban créditos; solo los recibían.

«Deben estar construyendo una base ahí, igual que en Crait». Pero esa explicación no la satisfacía. Paucris Major había recibido cincuenta veces más créditos que Crait. Lo que sea que estuviera pasando ahí, operaba a una escala diferente.

Leia ya no tenía intenciones de entrar a un puesto de avanzada militar con un bláster en la cintura. Las palabras de su padre acerca de dispararles a posibles intrusos se le quedaron bien grabadas. Pero eso no significaba que no podía echar un vistazo y evaluar.

Una vez que memorizó la información que le parecía más pertinente, salió con tranquilidad de la sala privada y se dirigió al pasillo. Pero, cuando pasó por la biblioteca, escuchó la voz de su padre:

—¿Leia?

«Atrapada», pensó primero. Pero luego se contuvo. El hecho de que estuviera caminando en su hogar no significaba que se estuviera escabullendo. La culpa era la que la hacía sentirse así.

Entró a la biblioteca y encontró a su padre sentado en una de las grandes sillas de piel junto a las ventanas, del otro lado de la sala. Afuera, la noche negra y azul estaba atiborrada de estrellas en el cielo, y flores apabiladas en la tierra. Llevaba puesta una bata de color verde oscuro casi tan impresionante como su abrigo desgastado de virrey. Tenía un antiguo libro de papel en su regazo.

—¿Qué haces con eso? —le preguntó Leia mientras se acercaba a él.

Bail señaló el libro distraídamente.

—Busco sabiduría en el pasado. Aunque claro que antes no tenían más de la que nosotros tenemos ahora. —Sus ojos cálidos color café la miraban con más ternura de la que Leia había visto en mucho tiempo—. Lamento haber sido tan severo contigo últimamente.

El primer impulso de Leia fue decir «está bien», pero se resistió. Era mejor decir la verdad.

—Siento que no puedo hacer nada bien respecto a sus planes.

Bail negó con la cabeza, incrédulo.

—¡Has hecho casi todo bien durante toda tu vida! Siempre hemos estado orgullosos de ti, somos afortunados de tenerte. Aveces me cuesta creer que de todos los niños de la galaxia, el destino te haya traído a nosotros.

Siempre le decían cosas como esa, pero hacía mucho tiempo que Leia no las escuchaba, y las necesitaba aún más que antes. Con un nudo en la garganta, dijo:

—Yo también tuve mucha suerte.

Bail extendió una mano. Leia la tomó y se sentó en el banquito acolchonado que estaba a los pies de su padre. Mientras apretaba los dedos de su hija, Bail habló:

—Lo que tu madre y yo intentamos lograr… es lo más ambicioso, terrorífico y peligroso que hemos hecho. Estamos arriesgando todo, hasta a ti. Cargo con el peso de

ese conocimiento en mi espalda haciendo mi máximo esfuerzo, todos los días. Si he desquitado mis frustraciones contigo, me disculpo.

La voz de Leia tembló cuando le respondió:

—No me puedo imaginar lo difícil que debe ser.

—Espero que nunca lo sepas.

Mientras fueran honestos, Leia creyó que también podía reconocer la verdad más dura de todas.

—Sabes que mantenerme en la ignorancia no me salvará si el Imperio descubre lo que están haciendo.

Su padre cerró los ojos, como si sufriera.

—Tal vez no. Pero si hay una posibilidad, la que sea, tenemos que dártela.

—Aun así creo que puedo ayudar.

—Puedes, en el Senado. —Leia puso los ojos en blanco. Bail se acercó a ella y continuó—: Establecer alianzas que sean independientes al control de Palpatine… ese es el trabajo más importante en el Senado Imperial en estos días. Si no llevara trabajando con Mon Mothma durante tanto tiempo en el Senado, ¿crees que podríamos ser aliados en esto?

Leia nunca lo había considerado.

—Así que no solo se trata del trabajo oficial, sino de las conexiones extraoficiales.

—Precisamente. En ningún otro lado tantos líderes planetarios pueden reunirse sin peligro o con tanta discreción. El Senado Imperial es una sombra de lo que era en los días de la República, pero algún día, tengo fe, será recordado como la cuna de la alianza que trajo la libertad de vuelta a la galaxia —dijo, y le sonrió con gentileza a su hija—. Aprende a jugar tu rol en la política *detrás* de la política, Leia. Ahí hay trabajo valioso que hacer.

—Nunca lo había visto de ese modo —dijo, y luego agregó, iluminada—: y los que ahora están en la Legislatura de Aprendices algún día serán senadores.

—Exacto. Esa es la gente que será importante en tu futuro —dijo Bail. Leia vio en los ojos oscuros de su padre el destello juguetón que conocía tan bien—. Por ejemplo, este chico, Kier Domadi.

—*Basta*.

Leia empujó a su papá, bromeando, y Bail se rio. Leia extrañaba el sonido de su risa más que nada.

—No puedes impedir que hagamos preguntas para siempre, ¿sabes?

La curiosidad de Bail parecía ser genuina, pero lo conocía muy bien como para entender que no se entrometería si ella no quería. Y no quería. Lo que tenía con Kier era muy nuevo, frágil y misterioso. Sería como abrir prematuramente los pétalos de una flor apabilada al mediodía, solo para dejar que los rayos del sol quemen el capullo y extingan para siempre su luz.

—Te contaré cuando haya más que contar. ¿Okey?

Su padre asintió una vez, rápido, como un hombre que hace un acuerdo con el que está satisfecho.

—Okey.

Cuando salió de la biblioteca esa noche, sintió un resplandor de felicidad y alivio. Estar en conflicto con su padre la atormentaba, pero ya eran amigos de nuevo, y lo entendía mejor. Más que eso, vio la manera en la que su trabajo en la Legislatura de Aprendices podía ser útil de verdad.

Pero eso no significaba que se hubiera olvidado de Paucris Major.

CAPÍTULO 23

Buscar aliados en la Legislatura de Aprendices significaba buscar aliados en sus clases de excursión. Tenía sentido empezar con Harp Allor, ya que Chandrila ya estaba en una alianza fuerte con Alderaan; Mon Mothma parecía estar más centrada en el trabajo en contra de Palpatine que sus padres, y el otro senador chandrilano, Winmey Lenz, había ido a varios banquetes (que no eran banquetes). Juntas, ella y Harp, podrían evaluar a todos los demás.

Leia se las arregló para quedar en el mismo equipo que Harp en la siguiente clase de excursión, en los pantanos de Chandrila, y esperó que tuvieran oportunidad de hablar.

No la tuvieron.

—Esto es repugnante —dijo Chassellon, que vadeaba por el fango profundo y se limpiaba el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Pensé que Felucia era terrible, y que Chandrila debía ser más… *civilizado*.

—¡Lo es! ¡Lo somos! Pero los pantanos son… bueno, son así —dijo Harp, desanimada.

Los pantanos eran una de las pocas áreas naturales que quedaban en Chandrila. Fangosas y cálidas, se envolvían en una niebla opaca que emanaba de los árboles torcidos con hojas de color azul que se formaban en el noventa por ciento de la superficie del planeta. La Jefa Pangie les había dicho que encontraran el camino entre los pantanos; que pondría a prueba sus habilidades de observación y memorización de los pequeños detalles. Por la sonrisa de la jefa, Leia debió haber sabido que el viaje tendría algo de miseria extra.

—Nos estamos rezagando, lo sé —se quejó Harp—. Seremos las últimas en llegar al punto de encuentro.

Leia logró sonreírle.

—No importa, siempre y cuando lleguemos.

—¿No se supone que los pantanos son planos? —dijo Chassellon mientras avanzaban por el camino iluminado por la luz del sol que se filtraba entre la niebla verdusca—. Porque llevamos tres horas subiendo esta pendiente, y estoy más que harto.

—Llegaremos al lodazal en un par de *klicks* —prometió Leia.

Por lo menos, lo harían si recordaba bien las extrañas raíces entrelazadas de un árbol en particular.

Chassellon miró hacia el cielo para pedir ayuda que no llegaba.

—¿Lodazal? ¿El lodazal hará que todo esto mejore?

—¡Dijiste que ya no querías escalar! —contestó Harp—. ¡Pues esta es tu oportunidad!

«¿Fallaría en mi Desafío del Cuerpo si abandono a dos de mis compañeros de excursión en medio de la nada?». Leia apretó los dientes y siguió avanzando.

Seguramente, cuando llegaran al lodazal, estaría contenta. El lodazal se elevaba sobre los pantanos en una serie de mesetas; no era muy seductor pero sí más sólido que líquido, a diferencia del lodo en el que llevaban por horas. Si podían atravesar el lodazal, tendrían una vista plena de las costas que llevaban al punto de reunión y a casa. Leia miró abajo, hacia su traje ajustado de excursión y su pareo, ambos llenos de lodo, y se preguntó cómo se vería Kier. No podía esperar a bromear sobre eso con él, o que él lo hiciera.

—Por fin —dijo Chassellon—. Okey, Harp, levántame y luego yo las subiré cuando esté arriba.

Harp se puso las manos en la cadera.

—¿Por qué debería *yo* subirte a ti? ¿Por qué no tú a mí? Eres más alto, me levantarías mejor.

Chassellon solo empeoró las cosas:

—Bueno, también soy más fuerte que tú, así que, sí, te levantaría mejor.

—No sabes si eres más fuerte.

—¡Ay, por favor, Harp! Apenas me llegas a los codos.

—¡Eso no me hace débil!

«Fuerza, dame la paciencia para no asesinarlos». Pero su discusión eterna, combinada con el cansancio y lo pesado del día, habían influido en el humor de Leia hasta el punto en que casi revienta. Una vez más, le palpitaban las sienes. En lo único que podía pensar para tranquilizarse era el hecho de que estaba a unos pasos detrás de ellos y seguía fuera de la discusión, hasta ese momento.

—¡Solo estás enojado porque no puedes pagar por ser el mejor de la clase, como lo haces con todo lo demás! ¡Algunos de nosotros nos preocupamos de verdad en hacer lo correcto!

—¡Y algunos de nosotros solo queremos quitarnos este lodo!

El enojo hervía cada vez más en Leia, al punto en que no sentía nada más que la fuerza de la rabia en su cuerpo. En cualquier momento explotaría.

Y en ese momento escuchó una ráfaga a lo lejos, y sintió un temblor bajo sus pies.

Leia alzó la cabeza y miró el lodazal. Entre la niebla verdusca vio… ¿movimiento?

El sonido incrementó hasta que Chassellon no lo pudo ignorar más.

—¿Qué es eso?

—Oh, *kriff* —dijo Harp, y sus ojos se abrieron poco a poco—. ¡Alud de barro!

Fue como si la palabra en sí fuera una imagen devastadora. Horrorizada, Leia se dio cuenta de que media colina venía a toda velocidad hacia ellos. Los que estaban en la orilla se salvarían, pero los que estuvieran en el lodo cuando la avalancha azotara serían barridos.

—¡Chassellon, tú primero! —gritó Leia. En verdad, él era más fuerte. Leia unió sus manos para que se impulsara con los pies y se lanzó hacia la orilla. Por encima del rugido del alud que era cada vez más fuerte, Leia gritó—: ¡Vamos, Harp! ¡Ahora!

Harp se subió en las manos de Leia y Chassellon extendió las manos para tirarla a la orilla. Luego bajó todo lo que pudo para alcanzar a Leia…

La ola de lodo se estrelló contra ella como si fuera algo sólido, tan duro como un árbol o un muro. El aire escapó de sus pulmones y la luz de sus ojos se extinguió. Su cuerpo rebotó una y otra vez, rodeada de lodo pesado y sofocante y bajando con él a toda velocidad. Leia sintió como si la muerte misma se la hubiera tragado.

Entonces recordó el entrenamiento de excursión. Cerró los ojos, empujó su mano con toda la fuerza que tenía hacia el generador de campo de su cinturón y lo apretó. Escuchó el fuerte sorbido del líquido que la rodeaba por completo, pero luego se sorprendió cuando el fango se apartó de ella con el pop de la burbuja de energía en la que flotaba. Por la luz tenue de su cinturón, Leia pudo ver los chorros de lodo que pasaban a su lado.

Aunque el pánico estaba impregnado en ella, logró mantener su cuerpo quieto; la burbuja era fuerte pero no impenetrable, y moverse bruscamente podría comprometer la integridad del campo de energía. Tenía que confiar en él.

«El aire es más ligero que el lodo. Lo ligero se eleva, y lo pesado cae. Espera. Pero no hay tanto aire en la burbuja…».

La luz comenzó a filtrarse poco a poco, y luego se incrementó de golpe cuando la burbuja salió a la superficie. Leia flotaba dentro de ella. Rodó hacia el área seca más cercana (o lo que parecía serlo) de los pantanos de Chandrila. Cuando vio el pasto húmedo y plano debajo de ella, apagó el generador de campo y se revolcó en el suelo como un pez fuera del agua. Jadeó rápido. El lodo cubría casi cada milímetro de su cuerpo. Pero eso no importaba. Lo único que quería era acostarse ahí, sin moverse, preferiblemente para siempre.

A lo lejos, escuchó que gritaban su nombre. Después de un momento, recuperó la energía suficiente como para que le importara. Reconoció las voces.

—¿Leia? —Harp estaba a nada de gritar—. ¿Leia?

—¡Su Alteza! —gritó Chassellon con mucha fuerza y en un tono de voz sorprendentemente grave—. ¿En dónde estás? ¡Si nos escuchas, háznoslo saber!

Después de un par de intentos más, Leia pudo respirar profundamente y gritar:

—¡Aquí!

Ambos corrieron y llegaron a ella en poco tiempo, tan horrorizados que Leia casi quería reírse.

—Generador de campo —dijo Leia, y tosió—. ¿Recuerdan?

Harp se tiró a un lado de Leia.

—Lo había olvidado por completo.

—No lo olvidarás la próxima vez —dijo Leia, y luego tosió de nuevo. Tal vez había tragado un poco de lodo al principio.

Chassellon compuso su postura casi al instante y le extendió la mano de manera elegante y formal.

—¿Se puede levantar, *milady*?

Normalmente, le irritaba el énfasis que hacía en su estatus de realeza, pero ese día fue reconfortante, como si fuera arropada por una manta conocida. Leia lo dejó que la

ayudara a ponerse de pie. Aunque todo le daba vueltas, pronto recuperó el equilibrio. Le escurría lodo de todas partes, Chassellon se puso una mano en el pecho y dijo:

—Su atuendo real es exquisito, Su Alteza. ¿Quién lo diseñó?

Leia rio de nuevo.

—Es único.

•◆•

Llegaron tarde al punto de reunión. Tanto que la Jefa Pangie y los otros comenzaban a organizarse para buscarlos. Kier corrió hacia Leia y la abrazó con fuerza. «Cuánta discreción». En ese momento, no le importó.

Chassellon había regresado a la normalidad, y se dirigió directamente a la jefa:

—¡Esto es ridículo! Harp se fractura el tobillo en Alderaan, Leia y Kier casi caen hacia una muerte segura en Felucia, ¿y ahora esto? Se supone que las excursiones son para que tengamos más experiencia, ¡y no pruebas de supervivencia!

La Jefa Pangie negó con la cabeza.

—Generadores de campo, Stevis. Se supone que deben usarlos para que no salgan heridos. Deben recordarlo siempre.

—Y si no, ¿qué? ¿Morimos?

—Exacto. —La jefa dejó que lo fuerte de la palabra los hiciera pensar en el silencio que se hizo, luego continuó en el tono más serio y calmado que Leia jamás le había escuchado usar—: Las excursiones pueden ser peligrosas. Cada uno de ustedes lo sabía antes de comenzar. Cada uno de ustedes creía que no les podría pasar nada porque son jóvenes y no les importa estar en peligro. Tienen que ser más listos, y es mejor que lo aprendan aquí, con los generadores de campo, que en otro lugar en la galaxia donde no tengan redes de seguridad, compañeros ni segundas oportunidades. Esto no se trata solo de aprender a encontrar su camino en el entorno. Se trata de aprender a usar sus pies. A lidiar con riesgos reales. Incluso a enfrentar su miedo a la muerte.

«¿Mis padres sabían esto?», se preguntó Leia, pero rápido concluyó que sí.

Todos permanecieron solemnes y en silencio: Harp estaba pálida y temblaba; Sssamm con la cabeza agachada; Chassellon, inusualmente serio. Con excepción de Amilyn Holdo, que sonrió y dijo:

—¡Lo *sabía*!

•◆•

Desde el principio, Leia había planeado que, cuando fuera el momento de regresar a Coruscant, y después de su aventura en la avalancha de lodo, ella regresaría a casa por una noche o dos.

—Podría ir contigo, si quieres —dijo Kier, y tomó una de sus manos entre las suyas mientras estaban parados en el puerto espacial. El transporte de la clase estaba a unos

metros, y sus amigos comenzaron a subirse en él—. Puedo cuidarte en el camino de regreso. Y así, regresaríamos juntos a Coruscant.

—No te preocupes. Honestamente, estoy exhausta. Solo quiero dormir. —Y era verdad. O por lo menos, una parte lo era. Leia no estaba tan conmocionada por lo que le había pasado, sino porque había visto una oportunidad que no estaba lista para compartir con alguien más, ni siquiera con Kier.

—Si eso quieres.

Leia asintió, y él le dio un beso en la frente, pasó un pulgar por su mejilla y se dirigió al transporte.

Leia no tuvo que esperar mucho tiempo sola. El *Polestar* llegó rápido solo con Ress Batten al mando. Batten se apresuró a saludarla, y luego frunció el ceño.

—Se ve bien. Me dijeron que había estado en peligro de muerte y, veamos, solo tiene… ¿el cabello desarreglado?

—Tenías que haberme visto antes de bañarme. —Aunque se había cambiado y llevaba su vestido de viaje de color azul marino, y se veía casi tan aseada como a 2V le hubiera gustado, a Leia se le erizaba la piel en cuanto se acordaba del lodo—. Ahora, vámonos.

Despegaron de la superficie de Chandrila sin decir más. Batten nunca mencionaba su viaje a Crait, pero, a veces, Leia podía sentir que ambas lo sabían, por el silencio que, más que intimidarlas, las energizaba. Aunque no estaba segura de cómo interpretar la reacción de Batten, seguramente era de desaprobación o miedo.

Con suerte, sería curiosidad.

—Entonces… —comenzó Leia unos minutos después de haber hecho el salto al hiperespacio—. Se podría decir que hemos… tenido un par de viajes interesantes, ¿no?

Batten negó con la cabeza.

—Han sido muy aburridos, en realidad. Normales. Rutinarios. Monótonos.

—Ya. Monótonos… como en Crait.

—*Tan* aburridos.

Leia se aseguró de mirar hacia la consola debajo y no a los ojos de Batten cuando dijo:

—En el camino a casa, estaba pensando, si nos queda de paso, podríamos hacer otro viaje aburrido. Algo muy normal.

—¿Ah, sí? —El tono irónico de Batten hizo que Leia alzara el rostro y mirara al de su piloto—. Resulta que me vendría bien algo monótono en mi vida.

«Lo anhela. Sabe que es una acción en contra del Imperio y quiere participar. ¿Cuántos más estarán listos, dispuestos y hasta ansiosos por unírsenos lo más pronto posible?».

A Batten solo le dijo:

—El sistema de Paucris Major. Sin aterrizar esta vez. Solo haremos una observación a distancia. Y dejémoslo fuera de la bitácora.

—Su Alteza, me gusta cómo piensa.

El *Polestar* se metió en el brillo azul del hiperespacio y Leia se recostó en uno de los sillones grandes. La adrenalina apenas le ganó al cansancio y revisó sus posibilidades. «Batten es una buena candidata para unírsenos algún día. ¿Chassellon Stevis? Tal vez no es tan malo como parecía al inicio, pero nos delataría en cualquier segundo. Amilyn Holdo…».

Leia frunció el ceño. A esas alturas, le agradaba Amilyn y creía que sus ideales eran nobles, pero eso no cambiaba el hecho de que la chica parecía no tener utilidad en una situación de crisis.

Pensó en Kier, y sonrió. Por supuesto que él quería tener un rol en esto. Leia no había olvidado sus preocupaciones acerca de la protección de Alderaan, pero muchos planetas estaban uniendo fuerzas. Kier odiaba al Emperador y era muy valiente en su forma de hablar al respecto. Cuando fuera tiempo de actuar, Kier no dudaría en estar de su lado.

—Saldremos del hiperespacio en cualquier momento, Su Alteza —dijo Batten.

Cuando Leia se puso de pie, sintió otra ola de cansancio. Se acordó de la cama que la esperaba de regreso en Alderaan. No tardaría mucho en llegar. Solo tomarían algunos escaneos del sistema y medirían las dimensiones de lo que fuera que sus padres planeaban para tener una idea de la escala y saber cómo prepararse. ¿Irían detrás de objetivos como la Estación Calderos? ¿O intentarían persuadir a más naves para que desertaran?

La pequeña sacudida del *Polestar* indicaba que ya habían salido del hiperespacio. Leia se reunió con Ress Batten en la cabina y vio que ya hacía los escaneos.

—Sí que le interesa este planeta aburrido —dijo Batten, pero perdió el interés en su chiste—. Oh, *kriff* —dijo, y apareció información enfrente de ella—. *Kriff kriff*.

—¿Qué? No puede ser… es… el Imperio…

—No, no lo es —dijo Batten, y señaló la pantalla—. Mire esto.

Los escaneos no habían llegado aún a la superficie del planeta, estaban concentrados en lo que flotaba en su órbita: decenas de naves enormes, desde transportes medianos a gigantescas naves planetarias de batalla, estaban ancladas a estaciones de reparación largas, sin duda, por rayos tractores. Algunas naves eran nuevas, pero la mayoría eran viejas, y Leia pudo ver que estaban en reparación. «No. Renovadas». Kier le había mostrado suficiente material histórico de la Guerra de los Clones como para reconocer que algunas de esas naves planetarias databan de esa era, pero se veían más nuevas, con tecnología de punta.

—Las están arreglando —dijo Batten, más para ella que para Leia—. Están preparándolas.

Hasta ese momento, Leia había creído que sus padres apoyarían que se atacara; una acción militar controlada y dirigida, nada parecido a los actos terroristas de Saw Gerrera. No. Resistencia a las fuerzas de Palpatine, tal vez una defensa para los que más corrían peligro. Una presión que forzaría al Emperador a escuchar, a moderarse, incluso a abdicar.

Se estaba engañando.

Al ver las dimensiones de la armada que estaba enfrente, finalmente entendió que sus padres se preparaban para ir a la guerra.

CAPÍTULO 24

—La Guerra de los Clones —les dijo el guía del Museo del Emperador a los chicos del *tour* de la Legislatura de Aprendices, con las manos juntas y la voz monótona de un invitado a un funeral. Detrás de él había una pantalla plana con imágenes de miles de soldados clones que marchaban parejos por un terreno áspero—. Pocas veces se ha visto una tragedia semejante y, con suerte, nunca más se repetirá algo así.

Leia se estremeció y luego miró a su alrededor. Esperaba que nadie se hubiera dado cuenta. Y así fue. La mayoría de sus compañeros estaban visiblemente aburridos; Kier, que estaba a su lado, estaba sumergido en las imágenes, la evidencia real de la Guerra de los Clones que tanto había estudiado.

Evidencia real, historia falsa.

El guía continuó:

—El Conde Dooku de Serenno guio al bando de los separatistas lejos de la tambaleante República, y aunque actuó infantilmente y con ambición, sin importarle los millones de vidas que podrían perderse, Dooku tenía razón en algo. La República se había podrido desde adentro, y ya no servía a las leyes, el orden y la disciplina. Si el Senado no hubiera elegido a un nuevo canciller después de la salida del débil e inefectivo Canciller Valorum, el orden galáctico se habría caído a pedazos. Pero los tiempos en los que vivimos crean a los héroes que necesitamos.

El retrato de investidura de Palpatine llenó la pantalla hasta parecer que el propio Emperador les sonreía con ternura. Leia se preguntó cuánta manipulación digital había sido necesaria para crear esa ilusión de bondad. O tal vez solo actuaba. De cualquier modo, no veía el punto de proyectar una imagen benevolente mientras hacía todo lo posible por comprobar que era un hombre cruel y despiadado.

Palpatine había comenzado la última guerra. ¿Su padre empezaría la siguiente?

Mientras el guía los llevaba hacia la pantalla que explicaba la infancia de Palpatiné llamada «De orígenes humildes», como si Naboo estuviera lleno de pobreza, Leia se quedó atrás. Kier murmuró:

—¿Estás bien? No has dicho nada en todo el día.

—Supongo. Todo es tan… —Hizo un gesto con la mano en lugar de decir la palabra *falso*.

Kier reflexionó sobre eso.

—Cuando busco información del trasfondo, es… difícil encontrar fuentes.

—Deberías hablar con mi padre alguna vez. Te contaría historias que no creerías. Como cuando varios cazarrecompensas lo capturaron junto con otros senadores en el corazón del Senado.

Era seguro mencionar ese incidente en público. La mayoría de las historias de Bail Organa acerca de la Guerra de los Clones eran mucho más sensibles políticamente.

—¿De verdad lo haría? —preguntó Kier con un brillo en los ojos que la mayoría de los chicos de su edad solo tenían cuando veían un speeder nuevo.

Leia sonrió.

—Sí. Mis padres te adoran, por cierto.

—Espero que no sean los únicos.

Leia lo empujó con cariño, y él le regresó el empujón. Se agarraron de las manos. Chassellon estaba a unos pasos, e hizo una mueca como si estuviera vomitando; tal vez la broma tenía una intención más amistosa que lo contrario, pero Leia no tenía paciencia para esas cosas. Le costaba trabajo concentrarse aun en la presencia de Kier, o el museo de mentiras a su alrededor.

Su mente seguía recordando la flota de Paucris Major, que se preparaba para un conflicto que podría hacer que la Guerra de los Clones se viera como una cena de gala.



—¿Otra cena de gala? —preguntó Leia, preocupada, en el gran vestíbulo del palacio, mientras veía a los droides sirvientes muy activos y zumbando de un lado a otro.

—Así es, nuestra reina dará un banquete más —respondió 2V, que prácticamente brillaba de satisfacción mientras rodaba junto a su encargada real entre droides con prisa que llevaban vasos y floreros—. Debo decir, es bueno ver que han regresado a los estándares galantes de hospitalidad y convivencia. Ahora, rapidito, a su cuarto. Tenemos que ponerla presentable, ¡y el Creador sabe que tenemos poco tiempo!

Leia no podía hacer nada más que seguir sus órdenes.

Había decidido contarles a sus padres que husmeó y encontró la flota del sistema de Paucris tan pronto como regresaran a Alderaan. Quizá su reacción de terror sería tan adecuada como la reprimenda que le darían, pero sabía que debía soportar cualquier verdad mejor que el suspenso de la incertidumbre.

En cambio, tendría que esperar por lo menos un día más, y soportar que sus padres trabajaran duro planeando todo justo ahí, en el palacio, en el marco de una cena con sus coconspiradores.

«Escúchate hablar. "Coconspiradores"», pensó Leia mientras se metía en el vestido de color amarillo claro que 2V había elegido para ella. En su mente, veía un posible futuro en donde todo había resultado de la peor manera y sus padres habían sido encarcelados o ejecutados por traición. Y donde ella se había quedado sola o había sido ejecutada junto a ellos. Fue como si pudiera escuchar al juez oficial leyéndoles los cargos.

—¿Le gustan las esclavas?

Leia la miró con horror hasta que se dio cuenta de que el droide se refería a los brazaletes anchos y plateados que estaban sobre el gabinete. Con un suspiro, extendió las manos.

Para cuando salió a la terraza, los invitados ya estaban reunidos. Parecía un banquete más pequeño que los anteriores; sin duda, esa gente formaba el corazón del movimiento anti Palpatine. Bail Organa sostenía una profunda discusión con Winmey Lenz, mientras Breha hablaba con la Senadora Pamlo. A lo lejos, Aldera brillaba en el atardecer sobre el horizonte. Mon Mothma fue la primera en saludar a Leia. Se acercó a ella con una sonrisa.

—Princesa. Qué bueno es verte de nuevo.

—Es bueno verla también —dijo Leia, pero no era verdad. ¿Cómo se suponía que tendría las mismas charlas triviales con normalidad cuando lo que había visto que sucedía en Paucris le pesaba tanto? Entonces le llegó la respuesta. Podría preguntarle a Mon Mothma. Nadie más en esa reunión le diría la verdad, tal vez ni siquiera sus padres, pero quizás Mon Mothma lo haría—. Viajé a Chandrila con mi clase hace poco…

—Escuché que fuiste víctima de los lodazales. —Mon Mothma puso una mano en el brazo de Leia; un breve roce en señal de disculpa—. Si alguna vez regresas, avísame, puedo asegurarme de que pases el tiempo en un lugar más agradable.

«O sea, en cualquier otro lugar». Pero Leia no se distrajo.

—En el camino de regreso, me desvié un poco…

Se detuvo cuando escuchó que las puertas de la terraza se abrieron de golpe y entró el mayordomo del palacio, Tarrik, que se veía alterado y desconcertado. Leia entendió por qué cuando reconoció al hombre detrás de él.

—Su Majestad, virrey —anunció Tarrik con su poderosa voz. Sus ojos saltaban de un lado a otro—. El Gran Moff Wilhuff Tarkin.

Todos se callaron y se quedaron quietos. Todos excepto Tarkin, que entró a la terraza como si fuera su propio hogar. Llevaba puesto su uniforme militar completo, y sonreía con sus labios delgados.

—Su Majestad —dijo haciendo una media reverencia hacia Breha. Su comportamiento era refinado y cortés, como si lo hubieran invitado—. Disculpen mi intrusión.

—Gobernador Tarkin —respondió Breha con tranquilidad, y sonrió con tanta gentileza que cualquier extraño pensaría que todo era normal—. ¿A qué debemos este inesperado placer?

—Viajaba en mi nave personal, el *Carrion Spike*, cundo hubo una falla de funcionamiento —dijo, y suspiró—. Nada grave, espero, pero necesita reparación, y Alderaan era el planeta más cercano. Naturalmente, tenía que presentarles mis respetos a la reina y a su virrey cuanto antes.

—Es bienvenido aquí —dijo Bail. Aun después de trabajar con su padre en política por dos años, Leia nunca lo había visto tan relajado.

Tarkin analizó la terraza. Su mente era tan aguda como su mirada y, sin duda, reconoció a todos de inmediato.

—Parece que estoy interrumpiendo algo.

Leia se congeló más rápido que la carbonitas «Ya sabe».

Su madre también tenía que haberse dado cuenta, pero su sonrisa nunca flaqueó.

—Una sencilla cena de gala, gobernador. Por supuesto que está invitado a unirse.

Claro que invitaría a Tarkin. ¿Qué más podía hacer? Pero Leia sintió una nueva gama de terror cuando Tarkin habló:

—Qué amable de su parte, Reina Breha. Acepto.

Todos en la terraza comenzaron a recuperar la compostura, e hicieron sonrisas y asintieron, pero Leia creyó que todos querían desmayarse o gritar tan fuerte como ella.

Pero un nuevo pensamiento le dio fuerzas: Tarkin *no* sabía. Sospechaba y eso ya era muy malo; si estuviera completamente seguro acerca de lo que sus padres tramaban, hubiera llegado con stormtroopers a los lados, y un destructor estelar sobrevolaría la ciudad de Aldera. Esa noche quería analizar la reunión y evaluar si sus sospechas eran correctas. Si sus padres y sus amigos daban por lo menos un indicio de miedo, el Gran Moff Tarkin lo notaría. El banquete se convirtió en una obra de teatro en la que la vida de todos los invitados estaba en juego.

Breha miró a Leia y se iluminó.

—Es una pena tener un número non de invitados en la cena. Nuestra hija nos acompañará.

—Su primer banquete oficial —le dijo Bail, y miró a su hija. Leia sabía que la mirada quería decir «lo siento».

—Conque la primera, ¿eh? —Tarkin parecía complacido—. Vaya, vaya. Qué honor estar presente.

—Por lo general la heredera no participa de los banquetes hasta su investidura —dijo Leia mientras se acercaba a Tarkin, y le ofrecía su mano. Los dedos de Tarkin estaban helados—. Así que le debo a usted el honor, gobernador.

Al parecer, Leia podía mentir tan bien como sus padres.



Incluso antes de la reciente oleada de «banquetes», la Reina Breba de Alderaan era una anfítriona conocida. Leia nunca entendió exactamente de qué se trataba, además de hacer muchas fiestas, servir comida y bebidas de manera abundante y saludar con gracia a todos los invitados. En la noche de su primer banquete, sin embargo, Leia entendió la verdadera habilidad de su madre; era casi un arte.

Breha dirigió la conversación, de Eriadu al nuevo diseño de los uniformes militares, a temas con los que Tarkin estaba familiarizado. Naturalmente, él dominaba la conversación, y eso lo halagaba y disminuía la necesidad de actuar de los otros invitados. Breha acomodó los lugares para tener a Tarkin a la derecha, dándole privilegio sobre los otros invitados y, además, manteniéndolo cerca para poder controlarlo personalmente. Mantenía a todos en la conversación, que era esencial porque cada silencio que había era pesado, casi insoportable.

La jugada más brillante de la reina vino cuando sirvieron el vino. Tarkin y otros invitados se sirvieron toniray de verdad, pero todos los Organa, Mon Mothma y muchos otros se sirvieron vino un poco más claro. La diferencia de color era muy sutil para que un extraño la notara, pero Leia la reconoció al instante. Era un pariente del toniray, uno menos fuerte y más jugoso en lugar de tóxico. A Leia le habían servido de ese vino hasta el Día de la Exigencia. Después de eso, se graduó con el toniray.

Así que los Organa se mantenían sobrios, pero Tarkin comenzaba a marearse.

No tanto. Leia notó que bebía muy poco; era un hombre muy cauteloso, y no se embriagaría con unos posibles enemigos. Pero en una noche como esa, la familia de Leia necesitaba cualquier ventaja que pudiera tener.

—Somos muy afortunados aquí, en Alderaan —dijo Breha mientras los droides servidores limpiaban la mesa para el postre—. Nuestro reino está bien definido. Debe ser mucho más difícil balancear las necesidades de tantos planetas, sectores y hasta divisiones militares.

—No es un trabajo para los débiles —dijo Tarkin sin lujo de detalles. Aunque se había relajado un poco en el transcurso de la cena, su mirada de halcón delataba su concentración—. Aunque claro que muchos planetas tienen los mismos problemas. ¿No es así, Senador Malpe?

Cindeorn Malpe hizo una pausa con la servilleta en las manos. Leia se forzó a no hacer un gesto de preocupación.

—Por… supuesto que tenemos dificultades específicas en nuestro sistema, y en el Senado.

Su balbuceo puso a temblar a Leia. ¿Estaba a punto de arruinar todo en ese momento?

Tarkin se inclinó hacia adelante.

—¿Cuál dirías que es su principal problema?

—Nosotros… —Malpe tragó duro. Leia se imaginó los pasos de las botas de los stormtroopers yendo hacia la terraza—. Nosotros tenemos que dividir nuestro tiempo entre dos lugares, por supuesto. Necesitamos pasar tiempo en Coruscant…

—Ya lo creo —murmuró Breha.

Bail bajó su copa con un pequeño golpe en la mesa, uno que todos escucharon.

—No hagas esto ahora.

—¿Hacer qué?

Breha tomó otro trago grande de vino, un poco rápido. Si hubiera sido una bebida alcohólica, hubiera sido el gesto de alguien que quería emborracharse.

—Empezar esto.

La mirada saltona de Bail revelaba más vergüenza de la que Leia jamás había visto en los ojos de su padre. O tal vez era intencional.

Su madre se encogió de hombros de manera exagerada, como si estuviera ebria.

—Oh, entonces soy yo la que empezó. Yo, en nuestro hogar, mientras mi esposo encuentra otra excusa más para huir a Coruscant o…

Breha se puso una mano en la garganta, como si contuviera físicamente las palabras.

—Dilo de una vez —interrumpió Mon Mothma, y golpeó su servilleta en la mesa. Miró a Breha con un desprecio que Leia nunca había visto—. Ya tuve suficiente de tus sospechas e insinuaciones. Vamos, Breha. Ten valor. Dilo.

Breha puso ambas manos en la mesa y habló con una ternura hipócrita:

—Mi esposo disfruta huir a Chandrila. Y estoy segura de que sabes por qué.

Se sintió como una cachetada. Aunque Leia sabía que estaban actuando —ojalá—, nunca se imaginó que cualquiera de sus padres le fuera infiel al otro. Al imaginar a su padre con Mon Mothma, quiso llorar. Pero entendió por qué la gente lo creería.

—Esto es lo que tengo que soportar. —Bail señaló a su esposa—. Paranoia sin fin, y una esposa insegura y posesiva que se imagina que la engaño cuando no le envío un mensaje cada hora. Es como vivir atado.

—¿Se imagina? *¿Se imagina?* —Breha se levantó de su silla con los ojos encendidos—. ¿Me imaginé a la mujer de Corellia el año pasado? —dijo, y Bail hizo un gesto de dolor. Pamlo giró la cabeza y alzó una mano como si pudiera bloquear su vista de tal escena. Leia luchó por mantener su postura hasta que se dio cuenta de que lo hacía.

Por primera vez, la jugada más inteligente era la más honesta, así que liberó la tensión terrible que sentía sollozando.

—Esto es inapropiado —dijo Tarkin con una voz tan cortante que pudo haber perforado el acero—. Miren lo que le han hecho a la niña.

Leia continuó llorando con la cabeza agachada y lágrimas tibias en el rostro, incluso cuando se dio cuenta de que su actuación había convencido a Tarkin de que todo ese terrible escenario era real. O, por lo menos, que la pelea entre sus padres lo era. Tal vez Tarkin no creía que todos los invitados eran inocentes; Leia dudaba que tuvieran tanta suerte. Pero seguro que no seguía creyendo que se había infiltrado en una reunión de conspiradores, sino en una cena con ebrios que se había convertido en un desastre.

—Perdónenos, Gobernador Tarkin —dijo Bail, y se levantó de su silla. Hizo una reverencia con la cabeza. Su madre se derribó en su silla y puso la cabeza y brazos sobre la mesa—. Fue el exceso de vino.

—Es algo que deben evitar en el futuro —dijo Tarkin, y se puso de pie como un gato que acaba de replegar sus garras—. Esta desagradable muestra no será tolerada en una visita oficial. Como yo mismo me invité a su reunión, supongo que solo yo soy culpable de esperar algo mejor de parte de miembros de las Casas Mayores. Que tengan un buen día.

Y con eso se encaminó hacia la salida.

Nadie dijo nada. Las puertas antiguas se cerraron y, por un instante, el silencio permaneció. Parecía que no había aire en la terraza.

Un momento después, todos se desinflaron al mismo tiempo. Su padre se desparramó en la silla y los otros se hicieron hacia atrás en sus respaldos o descansaron la cabeza en sus manos.

Breha cruzó la mesa para agarrar a Leia por las muñecas.

—Amor mío, nada de eso fue real.

—Ya lo *sé* —dijo Leia mientras se limpiaba la cara. Era más fácil comenzar a llorar que detenerse.

—¿Estabas actuando? —dijo Ginderon Malpe, y comenzó a reír, casi gritando—. Eres mejor actriz que yo.

La expresión de Mon Mothma se transformó en una sonrisa.

—Buen trabajo, Leia. Convenciste a Tarkin cuando nadie de nosotros podía.

Al fin había hecho algo por su rebelión, algo importante y útil, y en lugar de sentirse triunfante, solo quería vomitar.

—Esperen —dijo la Senadora Pamlo, y se dirigió primero a Breha y luego a Bail con cara de preocupación—. ¿Le contaron a su hija sobre esto? ¿A su hija adolescente?

—No me contaron. Lo descubrí por mi cuenta.

El murmullo que se hizo después de su declaración le dijo que solo había empeorado las cosas. Bail intervino:

—Le explicamos la verdad detrás de cierta parte que Leia ya había visto por su cuenta. Está rodeada de esto, vive en el corazón de ello. Que descubriera cierta parte de la verdad era inevitable.

—¡Pero la han metido en nuestro trabajo! —protestó Vaspar—. ¡Es solo una niña!

Mon Mothma habló:

—Leia Organa no es una niña. —Su voz retumbó por toda la terraza y vibró con una energía tal que hubiera silenciado a un púbico mucho más grande que ese. Se puso lentamente de pie—. Leia ya pasó su Día de la Exigencia. Está convirtiéndose en una adulta, en una representante de la siguiente generación. Y no se equivoquen, ellos son la generación que luchará más y morirá. Son los que harán la mayoría de la reconstrucción, si es que somos suficientemente afortunados como para verla. Necesitamos a los jóvenes de nuestro lado. Sin ellos, esta guerra estará perdida antes de comenzar.

El corazón de Leia se agitó solo con pensar en que Mon Mothma tenía fe en ella, y su necesidad de estar a la altura. Y aun así, no podía quitarse el temor de lo que vendría.

CAPÍTULO 25

Pamarthe era un planeta que algunos llamarían temible y peligroso, pero hasta donde Leia sabía, eso tenía que ver con la gente y no con el terreno. En el archipiélago, podía ser difícil viajar por agua y hasta por tierra, si tenías miedo a las alturas. Pero Leia no lo tenía y, por fortuna, su compañera tampoco; de hecho, era alguien a la que se le hacía muy cómodo flotar en el aire, literal y figurativamente.

—Las estrellas son muy brillantes aquí —dijo Amilyn mientras cruzaban uno de los puentes colgantes que conectaban las islas de Pamarthe—. ¡No hay contaminación! ¡Apenas hay nubes!

—Por lo menos hoy no las hay —dijo Leia. Había escuchado historias acerca de las tormentas de Pamarthe.

Una vez que la Jefa Pangie dejó en claro la verdadera intención de la clase de excursión, bajó el nivel de dificultad considerablemente. Resultó que aprender a encontrar el camino era mucho más fácil cuando no se luchaba por mantenerse vivo. Leia eligió a Amilyn como su compañera ese día; después de haberse recuperado de la decepción de no ir con Kier, se dio cuenta de que era lo mejor. Amilyn Holdo tal vez podía ser rara, pero también estaba interesada en la astrología de varios sistemas, lo que la hacía misteriosamente buena para orientarse con los astros.

—Déjame ver —dijo Amilyn, y se detuvo. Alzó las manos hacia el cielo y juntó los dedos en un patrón que la hacía entrecerrar los ojos, considerar y asentir. Los broches diminutos y brillantes en su cabello multicolor se mezclaban con el cielo nocturno sobre ellas—. Bien. Dos islas más hacia la izquierda y creo que estaremos muy cerca.

—Más puentes colgantes —dijo Leia, y suspiró. Siguieron avanzando.

El puente en el que estaban se columpiaba y rebotaba debajo de sus pies mientras caminaban. Más abajo podía escuchar el sonido del océano, las olas que rompían contra las rocas que surgían del mar en los espacios entre islas.

«Tal vez valga la pena mojarse y sentir la fuerza de una de esas tormentas». Se imaginó nubes negras enroscándose a través de la agitada lluvia gris. Tal vez algún día regresaría con un amigo, o con Kier tal vez…

Leia se contuvo. El futuro se había vuelto algo frágil para ella. Nunca había entendido qué tan seguido se regocijaba con las expectativas más sencillas: servir en el Senado, pasar más tiempo con sus seres queridos, convertirse algún día en reina, hasta tener un hijo en algún punto dentro de muchos años. Nada de eso estaba garantizado. Ya no.

Lo mejor era no planear nada.

La siguiente isla a la que llegaron era una de las más grandes, o sea que era un puerto espacial con mucha actividad.

Pamarthe era famoso por ser la cuna de buenos pilotos, y su comercio se beneficiaba de ellos. La gente ignoraba sistemas completos para ir ahí y elegir a tripulantes o pilotos.

Fue casi extraño caminar de repente entre el ajetreo de la gente en el medio de su clase de excursión y escucharlos gritar nombres de pasajeros y destinos, pero era la manera más fácil de llegar al siguiente punto.

—La jefa dijo que hay por lo menos ochenta puentes en esta isla —dijo Leia. Por más que lo intentó, no se acordaba del diseño exacto; estaba mejorando en memorizar la información visual muy rápido, pero no *tanto*—. Si no elegimos el puente correcto, terminaremos en la isla equivocada, y no sabremos cómo alcanzar nuestro siguiente objetivo, así que… ¿me estás escuchando?

Amilyn comenzó a caminar distraídamente, y Leia creyó que era otro de sus viajes mentales hiperespaciales. Cuando siguió la mirada de Amilyn, se dio cuenta de lo que había llamado la atención de su amiga: un grupo de gamorreanos que gruñían y se empujaban. Guardaban en un transporte a un grupo de humanos que temblaban. Los humanos estaban empaquetados y muy apretados, tanto que era muy difícil ver las ataduras en sus muñecas.

Esclavistas. El pensamiento le revolvió el estómago. Mirarlo era aún peor. Pero su malestar no se comparaba con el de los pobres esclavos.

Se forzó a mirar todo el tiempo. «Sé testigo. Eso es todo lo que puedes hacer por ellos ahora, así que hazlo». Las palabras de Mon Mothma acerca de las historias futuras apenas la sostenían. Se le hizo un nudo en la garganta mucho antes de que la rampa de abordaje fuera replegada y despegara en el aire. Solo cuando se perdió de vista, miró a su compañera. Las mejillas de Amilyn brillaban por las lágrimas.

—Como si estuvieran en una burbuja de duraplast —dijo Amilyn, y Leia no entendió hasta escuchar lo siguiente—. Podemos ver con claridad, como si no hubiera nada entre nosotros. Hasta podemos presionar la superficie hasta que se doble. Pero nunca podremos atravesarla. Nunca los tocamos.

Leia asintió.

—Sí. Justo así.

—Nunca ha habido esclavitud en Gatalenta —dijo Amilyn, y empezó a caminar vagamente hacia su objetivo. Leia se colocó a su lado, pero ambas estaban en una especie de trance de náuseas. Los juegos de excursión ya no les importaban—. Nunca, y nuestro Consejo de Madres no permite que lleven esclavos a nuestro planeta. Si son llevados ahí su amo es atrapado, el esclavo es declarado libre.

—Es una muy buena ley.

Aunque Alderaan también había prohibido la esclavitud, Leia no sabía si tenían una ley que los liberara si llegaban ahí. ¿Cómo podía no saberlo? Lo hablaría con sus padres tan pronto como regresara. Si no podía hacer nada por la gente que acababa de ver sufrir, por lo menos liberaría a otros en su nombre.

Caminaron en un silencio que se hacía doloroso, escucharon los gritos a su alrededor sin prestarles mucha atención:

—¡Minerales de Mahranee a Riosa! ¡Necesita un piloto!

—¡Pasajeros a Pantora!

Pero luego uno de los anuncios captó su atención:

—¡Flete senatorial a Chandrila!

Amilyn también lo notó.

—¿Crees que sea Harp?

—¿Por qué viajaría a Chandrila en el medio de una clase de excursión?

—Pudo haberse hecho daño. O tal vez hubo una emergencia familiar.

—Supongo —dijo Leia. Parecía más probable que la Jefa Pangie o los médicos locales pudieran tratar una herida. Sin embargo, una emergencia familiar era posible. Mucho más que encontrarse con Winmey Lenz o Mon Mothma en esa isla fortuita, en ese planeta alejado—. Deberíamos ver en dónde está, solo por si acaso.

Juntas, se movieron hacia el lugar donde escucharon el anuncio, metiéndose entre los pasajeros, pilotos y droides de carga que llenaban el puerto espacial. Aunque estaban rodeadas de naves y plataformas, Leia aún podía escuchar el rugir del océano, que le recordó lo pequeña que era esa civilización.

Llegaron a un claro y pudo ver a los pasajeros que iban a Chandrila. Leia se detuvo en seco y agarró a Amilyn del brazo. La empujó hacia un contenedor de mercancía lo suficientemente grande para esconderse ahí.

—¿No es Winmey Lenz? —preguntó Amilyn, e inclinó la cabeza de un lado a otro, como una grulla de pantano que detectó comida—. Es el patrocinador de Harp. ¿Habrá venido a recogerla?

Leia negó con la cabeza. No era la presencia de Lenz lo que le preocupaba. Aunque su presencia ahí era extraña, podría tener muchas explicaciones. Pero Winmey Lenz hablaba con un oficial imperial que tenía un saco blanco.

No muchos oficiales imperiales usaban sacos blancos. Esos estaban reservados para los oficiales de la Agencia de Seguridad Imperial, algunos rangos más oscuros que tenían poder y autoridad similar y hasta grandes almirantes. Se decía que los sacos blancos inspiraban respeto, pero en realidad era miedo. El corazón de Leia latió más rápido cuando vio a ese hombre, quienquiera que fuera. El hecho de que el oficial imperial desconocido se llevara tan bien con Lenz era peor aún que el saco blanco. Hablaban como amigos.

«Eso no significa nada. Mamá y papá se llevaron bien con el Gran Moff Tarkin hace no mucho». Aun así, Leia no estaba tranquila.

—Que no te vean —le dijo a Amilyn—. Quiero ver si puedo escuchar algo de lo que dicen.

Justo después de decir eso, se dio cuenta de que no tenía una buena explicación para lo que estaba haciendo. Por suerte, su compañera era la persona menos indicada para querer una.

—¿Y ahí? —Amilyn apuntó hacia un crawler que estaba estacionado cerca de la nave, tan cerca como para que Leia pudiera escuchar a escondidas. Con mucha habilidad, se unió a un grupo de pau'anos que iban caminando. Su gran estatura y túnicas largas y

fluidas proveían un buen escondite. Una vez que llegó al crawler, se agachó detrás de él y se dio cuenta de que Amilyn estaba justo detrás de ella.

—¡Te dije que no vinieras! —susurró Leia.

Amilyn frunció el ceño.

—No. No me lo dijiste.

«Elige mejor tus palabras la próxima vez». Winmey Lenz comenzó a hablar de nuevo y Leia se concentró totalmente en él.

—El placer es todo mío, director —dijo Lenz, y le sonrió a ese director misterioso con una naturalidad parecida a la que demostraba en los banquetes—. No deberían permitirse regulaciones insignificantes que se interpongan a la construcción necesaria.

—Es un hombre sensato, Lenz. ¿Está seguro de que es de Chandrila? —La sonrisa del director no buscaba los ojos de Lenz—. Qué suerte que tenga tanto quadanium a mano.

La mirada de Lenz ya no estaba fija en el director.

—A veces los destinos se alinean con lo que más necesitamos.

La conversación dejó de ser importante. Amilyn se enderezó e hizo una expresión seria poco común en ella.

—¿Por qué el Imperio le compraría quadanium al por mayor a un senador? ¿Por qué no simplemente lo toman de un planeta que «necesite» una sanción?

Leia se incorporó rápido.

—Pueden ser varias cosas. Lo más probable es que algún proyecto esté rebasando el presupuesto dado, y el director no quiere reportárselo a sus superiores.

En especial cuando los superiores de los oficiales con saco blanco eran los de más alto rango en el Imperio; no eran personas a las que se querría decepcionar.

—¿Es legal? —Amilyn juntó las manos deleitada—. ¿Encontramos un crimen?

—No lo sé. Algunas ventas de ese tipo son legales, pero otras no lo son. Tal vez el director le pidió a Lenz que mantuviera el acuerdo en secreto por sus propias razones.

De todas formas, el comportamiento de Winmey Lenz era perturbador. Al final, el hombre tenía una relación fuerte con un oficial imperial mayor, uno al que ayudaba activamente a construir un proyecto grande. Había dicho antes que no tenía ningún contacto imperial importante: era una mentira. Y si les mentía a sus padres y a Mon Mothma, ¿qué más haría?

Peor aún, ¿qué sería verdad de lo que decía?

El pánico se apoderó de Leia cuando se dio cuenta de que Lenz podía haber delatado ya a sus padres.

«No, no podría. Si lo hubiera hecho, ya estaríamos en prisión o muertos. Pero conoce todos los planes de mis padres, todo lo que Mon Mothma intenta ensamblar. Tiene su confianza, pero les miente. Eso significa que podría traicionarlos en cualquier momento».

—Color nube —dijo Amilyn.

—¿Qué? —preguntó Leia, indiferente. No tenía tiempo para las metáforas y divagaciones de Amilyn.

—Te pusiste muy pálida, como el color de una nube.

Amilyn agarró la muñeca de Leia como si pensara que se iba a desmayar en cualquier momento. Seguían pasando cargamentos de mercancía y pasajeros sobre ellas y Leia se acordó de su aventura con el alud de lodo en Chandrila, de cómo había rebotado sin remedio una y otra vez en el fango.

—¿Qué sucede? ¿Por qué es tan malo que Lenz venda materiales?

Decirle toda la verdad no era opción. Leia pensó en alguna explicación.

—Está siendo falso. Chandrila siempre se ha opuesto a Palpatine en el Senado, ¿pero en privado? Lenz es muy buen amigo de ese oficial imperial de alto rango.

—Es como la crema de un pastelillo. —Leia ni siquiera preguntó. Simplemente la miró pensando cuándo dejaría de ser tan rara—. Dicen que cuando tiras un pastelillo, siempre cae del lado de la crema —dijo Amilyn, y repitió el viejo dicho como si fuera un gran descubrimiento. Continuó—: Siempre me he preguntado qué pasaría si lo cubres todo de crema, y luego lo tiras. No habría modo de saber qué lado es arriba, así que el pastelillo nunca se caería. Se quedaría suspendido en el aire sin que lo devoren.

«Suficiente ridiculez». Leia abrió la boca para decir los pensamientos iracundos de su mente cuando lo entendió.

—Espera. Te refieres a que Lenz está jugando a dos puntas. Quiere quedar bien ante el Emperador y con los que se oponen a él; si Palpatine cae, aún podría beneficiarse.

—El Senador Lenz es el pastelillo en mi analogía. Para que quede claro.

—Quedó claro.

La mente de Leia iba a toda velocidad y consideraba todas las posibilidades. Winmey Lenz no delataría a sus padres, a Mon Mothma y a todos sus aliados solo porque sí. No representaba ningún riesgo… todavía. Pero la primera vez que estuvieran realmente en peligro, Lenz podría delatarlos para salvar su pellejo. Sería lo más inteligente.

Después Lenz habló con un asistente sobre los cargamentos de quadanium. Quizá deberían usar esa distracción para huir. A Leia le fue difícil recordar que seguían en clase. Pero antes de irse, escuchó que el asistente dijo algo que resonó en sus oídos y que hizo que el bullicio del puerto espacial sonara muy lejano.

—¿Dijo «Ocahont»?

Amilyn se encogió de hombros.

—No estaba escuchando. Me imaginaba un pastelillo levitando.

—Creo que dijo Ocahont.

Ese nombre aparecía muchas veces en las famosas cuentas de «desarrollo del puerto espacial» de su madre. Tenía que estar conectado a sus planes de rebelión. ¿Era posible que Lenz ya los hubiera traicionado, después de todo? El cargamento a Ocahont podía ser el anzuelo, algo para que el Imperio siguiera y «descubriera» cualquier puesto de avanzada opositor.

—Volviste a tomar el color de una nube.

—Tengo que averiguar qué sucede con ese cargamento a Ocahont.

Leia señaló lo que parecía ser dicho cargamento. Intentó pensar en métodos de investigación que de alguna manera pudiera implementar en los próximos minutos. Quizá

podría acceder a la lista de embarque. Su estatus real no le daba la autoridad de inspeccionar una lista de embarque solo porque sí, pero era posible que un pamartheno local no lo supiera.

Se quedó pasmada mirando a la nada mientras soñaba despierta, así que le tomó un momento darse cuenta de que Amilyn se había ido. Leia levantó la cabeza de golpe y miró desesperada a su alrededor. Luego suspiró de alivio al ver que Amilyn se introducía en la nave que se dirigía a Ocahont. Se fue en puntas de pie hacia la rampa de abordaje, le sonrió a Leia y le hizo una señal con la mano para que fuera.

—No, no, no, no, no —suspiró Leia.

Ir de polizontes no era la respuesta. Los polizontes podían terminar en quién sabe dónde, encarcelados, y a veces como esclavos y sirvientes.

«Vamos. Si pasara cualquier cosa, lo único que tendrías que hacer es llamar a tus padres. Asumiendo que no te encuentren primero, porque sabes que te buscarían como locos cuando se enteraran de que desapareciste».

Intentó deshacerse de los pensamientos imprudentes. Si ese cargamento estaba planeado como una operación encubierta del Imperio con la ayuda de Lenz, entonces estaría en medio de una acción militar. En ese caso, Amilyn y ella no estarían arriesgando su libertad, sino sus vidas. Pero cuando Leia le hizo una seña para que regresara, se puso más alegre y desapareció en la bodega de carga. Sin duda, buscaba un mejor lugar para esconderse. Amilyn, que no tenía idea del peligro en el que se encontraba, estaba determinada a averiguar qué sucedía.

Leia no podía dejarla sola.

Miró a un lado y luego al otro. Eligió un momento en el que dos grupos, uno de Ishi Tib y otro de Aqualisb, pasaban por ahí y hablaban con regocijo entre sí. Se movió entre la multitud, se aseguró de que nadie la veía y corrió hacia la bodega. Amilyn las había metido imprudentemente en ese lío; era la responsabilidad de Leia sacarlas de él.

Eso se dijo a sí misma. Le ayudaba pretender que, muy en el fondo, no estaba ni un poquito emocionada.

CAPÍTULO 26

La Jefa Pangie sonaba incrédula, lo que era justo dada la circunstancia.

—*¿Una emergencia familiar?*

—Exacto —dijo Leia por el intercomunicador, pegada contra la pared de la bahía de almacenamiento, cuando los motores de la nave se encendieron. La nave se elevó y Leia dijo—: Me disculpo por mi partida súbita. Amilyn Holdo vendrá conmigo para que no tenga que viajar sola.

—Bueno… —Era obvio que la jefa quería protestar, pero una emergencia familiar en la realeza sonaba importante—. Se reportan cuando hayan llegado a Alderaan, ¿entendido?

—¡Entendido! —prometió Leia.

«Asumiendo que regrese a casa viva».

La Jefa Pangie se desconectó justo a tiempo, porque la vibración era muestra de que la nave aceleraba. Sin duda se elevaban a una velocidad que las pondría fuera del alcance de las comunicaciones en cualquier segundo.

Amilyn se puso cómoda; estaba recostada en su colchoneta a prueba de agua y tapada con una manta cálida. La manta estaba diseñada para adaptarse a climas extremos, pero también funcionaría en la bodega de carga.

—Vamos —dijo Amilyn mientras acariciaba el suelo junto a ella—. Deberías hacerte un nido. Son seis horas a Ocahont, así que podríamos dormir.

—De ninguna manera podré dormir.

De cualquier modo, Leia se sentó junto a Amilyn; no tenía ningún sentido permanecer de pie.

—¿Por?

—Porque estoy nerviosa y alterada, y no sé qué nos espera cuando lleguemos.

—Ni yo —dijo Amilyn en voz baja—. No tengo miedo, porque no me asustan las cosas que les asustan a las otras personas, ni siquiera lo desconocido. Pero si debería estar asustada… bueno, tal vez deberías decirme por qué.

Sin importar lo que sucediera, Amilyn se enteraría de cierta parte de la verdad de cualquier modo. Sería mejor que la escuchara, tan clara y honesta como fuera posible. El hecho de que sus padres se negaran a informarle cosas había tenido consecuencias; en cambio, si se negaba a informarle a Amilyn, ¿qué más podría salir mal? Aunque sería difícil hasta para Amilyn Holdo inventar un consejo aún peor que ir de polizontes en la nave de un traidor que se dirigía hacia un puesto de avanzada militar…

—Te voy a explicar —dijo Leia, y se forzó a concentrarse—. Algunos individuos han decidido que… que los mundos de esta galaxia necesitan una defensa ajena al Imperio… una defensa en contra del Imperio.

—Un *levantamiento.* —Amilyn pronunció la palabra con mucho placer—. ¡Ya era hora!

—No estés tan feliz. ¿Te das cuenta lo que eso significa para nosotras y para toda la galaxia?

La sonrisa en el rostro de Amilyn se esfumó, y la reemplazó una solemnidad que Leia nunca le había visto.

—Sí, lo sé. Aún hay tiempo.

Una vez más, la mente de Leia se llenó con imágenes de Paucris Major y las naves que eran preparadas para la guerra. Para el derramamiento de sangre, para la muerte.

—Hace unas semanas me hiciste darme cuenta de que las intenciones no son suficientes. La bondad se prueba por medio de actos, más que de ideas. Desde entonces he pensado en lo que eso significa en un sentido más amplio, y… y supe que significaba levantarse en contra del Emperador —dijo, y su expresión solemne regresó a la sonrisa usual—. Simplemente me siento muy aliviada de no tener que hacerlo sola.

—Lo sé. —Leia se frotó las sienes con los dedos—. ¿Puedes mantener un secreto?

—Por supuesto —respondió Amilyn con una honestidad desconcertante.

Ni siquiera Kier sabía todo lo que Amilyn Holdo descubrió para al final de ese viaje. Leia se contuvo para no revelarle todo, y luego se paralizó cuando las puertas de la bodega se abrieron. Ambas corrieron hacia una esquina para esconderse lo mejor que pudieron detrás de unas cajas.

—Nos van a atrapar —dijo un quarren entre risitas, que era empujado por otro más adentro de la bodega.

—Nadie nos va a ver, vamos —respondió el otro quarren y acarició los tentáculos faciales del primero con lujuria.

«¿Será uno de sus rituales de apareamiento?». Leia trató de mirar a cualquier otro lado mientras la pareja se manoseaba en la cima de uno de los contenedores cercanos. «¿O sérá, no sé… un simple fetiche?». Tenía la desagradable sensación de que estaba a punto de averiguarlo.

—Supongo que deberíamos aprovechar —dijo el primer quarren y agarró el cuello del otro con su mano llena de ventosas. Leia escuchó unos chasquidos extraños—. Quién sabe cuándo podamos volver a… *¡Aaaaahhh!*

Leia puso cara de vergüenza y los quarrens dieron un salto hacia atrás cuando vieron a las dos polizontes acurrucadas en la esquina. Leia los miraba boquiabierta y con más horror del que sentían ellos.

Amilyn puso las manos en su pecho.

—¡Me da tanto gusto que se hayan encontrado!



La persona a cargo en Ocahont estaba aún más horrorizada de verlas. Era Mon Mothma.

Mientras Leia y Amilyn se movían rápidamente hacia los cuarteles del puesto de avanzada, Leia se percató de la mujer de cabello pelirrojo y túnica blanca que conocía tan bien, y suspiró aliviada.

—Senadora. Me da mucho gusto verla.

—No puedo decir lo mismo —dijo Mon Mothma, y alzó una ceja—. ¿Trajiste una amiga?

—Yo fui la que se coló —dijo Amilyn, alegre—. Técnicamente ambas lo hicimos, pero fue mi idea. Así que no culpe a Leia.

Mon Mothma alzó las manos como diciendo «necesito tiempo para encontrar las palabras adecuadas». Con una mirada severa despidió a los dos quarrens que las habían tomado como prisioneras y no estaban encantados con la idea de que fueran tratadas como invitadas. Leia se imaginó que podrían resolver todo cuando pudieran hablar a solas.

El puesto de avanzada en Ocahont parecía aún más antiguo que el de Crait. Aunque la tripulación de la nave de carga se aseguró de que no pudiera ver con detalle todo el lugar, las diferencias eran obvias. Numerosos centros de información hacían un círculo alrededor del cuarto en el que estaba Mon Mothma y había un mapa esférico en una pantalla justo en el centro. La longitud de los pasillos por los que las llevaban sugería que era un complejo grande. Y cualquier lugar que necesitara grandes cantidades de quadanium… bueno, cualquiera que fuera el tamaño de ese puesto de avanzada, pronto aumentaría.

Mon Mothma se inclinó durante unos segundos hacia la pantalla que mostraba el mapa y luego dijo:

—Princesa, sabes que he apoyado que tengas un rol más importante en nuestra… labor, pero esto ha llegado muy lejos.

—Esto fue un accidente, y uno muy afortunado —insistió Leia—. ¿Qué sabe de los tratos de Winmey Lenz con el Imperio?

Había una ligera posibilidad de que Mon Mothma dijera que sabía todo. A Leia se le ocurrió que Lenz tal vez montaba una especie de operación muy elaborada para sabotear las obras del Imperio. Cuando vio las líneas que aparecieron en la frente de Mon Mothma, supo que no era así.

—¿A qué te refieres, Leia? Por supuesto que Lenz nos arregló un trato para recibir este quadanium.

—Está comercializando más cantidades con el Imperio. Lo vimos cerrar un trato con nuestros propios ojos. No reconocí al oficial, pero ciertamente tenía un rango alto, y Lenz lo llamó «director».

Amilyn intervino.

—El sujeto llevaba un saco blanco. Así de grave está el asunto.

Mon Mothma dio un paso hacia atrás. La mayoría de la gente diría que fue un gesto insignificante, pero viniendo de la ecuánime y calmada Senadora Mon Mothma, pudo incluso haber sido un grito.

—Por la Fuerza. ¡¿Cómo se enteraron de eso?!

—Nuestros caminos se cruzaron en Pamarthe. Tal vez fue una coincidencia afortunada, o quizá fue obra de la Fuerza. —Aunque Leia creía en la Fuerza, rara vez creía que actuaba directamente. Ese día, sin embargo, estaba dispuesta a considerar la posibilidad—. Sea lo que sea, Lenz tiene conexiones en los altos puestos del Imperio que no les ha revelado y eso no debe ser algo bueno.

—No, no lo es —respondió Mon Mothma, y dio golpecitos con los dedos en el borde de la pantalla del mapa como si estuviera descifrando un código—. No podemos decirle que nosotras lo sabemos. Sencillamente tendremos que… desplazarlo. Hacer que crea que peleamos entre nosotros, y que no sepa nuestros planes. Si cree que la coalición se está desmoronando y que no va a ningún lugar, lo dejará en paz. Reportarlo en ese punto solo lo expondría.

—¿*De verdad* puede hacer que lo crea?

Leia creía que la política involucraba más mentiras que otra cosa. Al parecer, las rebeliones le llevaban una cabeza a la política.

—Nunca ha sido esencial para nuestros planes. Hay límites acerca de lo que sabe. Así que, sí, creo que podemos persuadirlo —dijo, y sacudió la cabeza para aclararse—. Además, no tenemos que mentir acerca de las peleas internas. Solo sobre nuestra falta de voluntad para superarlo.

Eso sonaba preocupante, pero también como algo que Leia debía hablar con sus padres después, preferentemente en un futuro lejano.

—Entonces, dado que este reporte es altamente confidencial, mantendrá todo este viaje en secreto, ¿verdad?

Mon Mothma dio un paso al frente y hacia Leia, puso las manos en sus hombros y dijo con una sonrisa gentil:

—Buen intento.

Leia hizo un gesto de dolor. Desde su silla, Amilyn murmuró:

—Auch.

—Todavía no decidimos quién estará a cargo de esta labor. Tal vez sea yo, o tal vez no. Lo único que tengo claro es que tus padres están a cargo de su propia familia, de la cual eres parte. Y eso significa que tendrás que contarles todo.



Antes de que cada una se fuera por su lado a sus hogares, Amilyn intentó darle ánimo:

—¡Les darás muy buena información! Eso tiene que ser algo bueno.

—Ojalá.

No era *nada* bueno.

—No podemos seguir teniendo esta conversación, Leia —dijo Bail Organa mientras se paseaba por la biblioteca con las manos en la espalda—. ¿Cuántas veces debo rogarte

que nos dejes manejar esto a nosotros? ¿Que disfrutes tu juventud en lugar de precipitarte en esto?

—Te dije, no investigaba a Winmey Lenz. Yo solo, me crucé con lo que hacía. Después de eso, tenía que actuar, ¿no?

—Actuar, sí. Meterte de polizonte en una nave de carga, no.

—¡Fui detrás de Amilyn! Y no me des el sermón de «si tus amigos saltan de la ventana en Coruscant, ¿tú lo harías?» porque esto es muy diferente.

—Tiene razón —dijo Breha cuando habló con una calma inesperada; sus ojos tristes y oscuros se posaron en los de su esposo—. Leia actuó lo mejor que pudo ante la situación en la que se encontraba. No podemos pedirle nada más.

—Podemos pedirle que se aleje del peligro, y si no lo hace, nosotros podemos *encargarnos* de que lo haga —dijo Bail, y dejó de caminar. Señaló hacia las áreas menos frecuentadas del palacio que estaban abajo—. Solía haber calabozos aquí, ¿sabes?

Su madre habló con severidad.

—¡Bail!

Su padre alzó una mano.

—Sabes que no lo dije en serio.

—Ni siquiera bromees con eso —dijo Breha y se levantó de su asiento, provocando que los dobleces gruesos de su vestido verde sonaran por el movimiento. Los globos de constelaciones que estaban sobre sus cabezas brillaban con la última luz del sol, que hacía que las estrellas fueran de color rojo y dorado—. No hay escapatoria de lo que se avecina en esta galaxia. Ya no. Fuimos unos tontos por creer que podíamos esconder a nuestra hija y mantenerla segura. Lo primero que sacrificamos cuando decidimos oponernos a Palpatine fue nuestra seguridad. Y no será lo último.

—No puedes decir eso —dijo Bail, y se alejó un paso de su esposa. Leia los había visto discutir de verdad muy pocas veces; el melodrama que montaron para Tarkin fue el peor que había visto. La sensación de náuseas le indicó que esa discusión superaría su propia actuación—. ¡Nuestra hija solo tiene dieciséis años! Ya le hemos dicho mucho, y fallamos en disuadirla…

—¿Y qué íbamos a lograr disuadiéndola?

—La protegeríamos un rato más —dijo Bail, e hizo un gesto de dolor casi físico—. Haría casi cualquier cosa para mantenerla a salvo un día más. ¿No harías lo mismo?

—¡El ocultarle las cosas no la mantiene segura!

Leia intervino:

—Les he traído información importante. ¿No vale nada? ¿No confías en mí?

Su padre la miró con tanto dolor en los ojos, que Leia quiso retractarse.

—Confío en ti *con mi vida*. Pero no confío en el Imperio.

Breha insistió como siempre lo hacía después de ordenar sus pensamientos.

—Podemos comenzar poco a poco, Bail. En condiciones seguras. Cuando lideres la caravana de provisiones al lugar donde rehabilitamos nuestras naves en unas semanas…

llévala contigo. Estamos mejor defendidos allá que aquí. Así podrá ver lo que hemos logrado y comenzará a entender.

Leia ya había visto la flota naciente en Paucris Major, pero no era el momento de mencionarlo. Se mordió el labio inferior e intentó parecer inocente.

Su padre ni siquiera le prestaba atención.

—No está en discusión. No trataré a mi hija como… como un skifter en un juego de sabacc. Si tú estás dispuesta a hacerlo, no estoy seguro siquiera de conocerte bien.

Breha cerró los ojos y Bail exhaló con fuerza como si fuera él a quien le hablaron con tanta severidad. Y luego salió de la biblioteca dejándolas solas.

A esas alturas, Leia se sentía tan miserable, que apenas podía mirar el rostro de su madre invadido por la tristeza. Le susurró:

—Lamento causar tantos problemas.

—No eres tú. Tuviste un golpe de suerte que bien pudo habernos salvado la vida. Finalmente, tu padre lo verá —dijo y abrió los ojos. Estaban rojos, pero su voz era clara—. Tu padre no es el de siempre. Es muy difícil aceptar que tu hija vaya a la guerra.

Leia asintió, e intentó recordar la calidez y felicidad que había compartido con su padre en ese mismo lugar y hacía no tanto tiempo. El recuerdo parecía distante.

—La rebelión debe tener sus propios tres desafíos, supongo.

—¿A qué te refieres?

Su madre sonaba más ansiosa por crear una distracción que interesada de verdad, pero seguía siendo una buena razón.

—Antes de que se convierta en una rebelión verdadera, tiene que ser fuerte en mente, cuerpo y corazón. El Desafío de la Mente es que todo el mundo esté de acuerdo. El Desafío del Cuerpo es lo que realizan en Crait y Ocahont; hace realidad la idea de crear algo de verdad.

—Y el Desafío del Corazón es avanzar sin convertirnos en lo que hemos observado —dijo Breha, y suspiró—. Bien visto, hija mía.

Madre e hija se sentaron juntas en uno de los sillones bajos y Leia abrazó con fuerza a su mamá, sin saber si estaba reconfortándola o viceversa. Su madre recostó la cabeza encima de ella y Leia decidió que eran ambas.

—Tienes un papel importante en esta lucha venidera, Leia. Descubriremos de qué se trata en los siguientes meses y años. Tu padre se resistirá un rato. Tenemos que respetar sus sentimientos y dejar que se oponga —dijo Breha, y su tono delataba lo difícil que sería para ella, pero sus palabras eran constantes y salían con naturalidad—. Solo te pido una cosa. De ahora en adelante, cuando quieras emprender algo como esto… aunque sea por accidente, consúltanos de inmediato a Mon Mothma o a mí. En el mismo momento en que puedas decirnos, ya sea en persona o en holo. De ese modo podemos asegurarnos de que lo que haces es seguro y útil tanto como sea posible.

—No dijiste que le diga a papá.

—Todavía no —admitió Breha.

Nunca antes le había pedido que le escondiera cosas a su padre. Siempre había pensado que sería divertido. Pero no lo era.

CAPÍTULO 27

¿Qué se hace cuando eres una chica de dieciséis que sabe que su mundo está por terminar?

Leia se sintió los siguientes días como si estuviera en trance. El palacio, aunque le fuera tan familiar, de pronto parecía enorme y muy oscuro, con un diseño complicado y enredado como las trenzas que 2V insistía en hacerle cada mañana. Su padre se había ido a Coruscant muy tarde el día anterior, después de su terrible discusión. Hacía ese viaje todo el tiempo, pero esa vez su salida conllevaba una inquietante sensación de ruptura. Su madre, que siempre era fuerte, agraciada y serena, se dejaba puesto su vestido de noche y su cobertor mientras se paseaba por las áreas privadas del palacio hasta la hora de comer, y cuando 2V le hacía un comentario al respecto, la mandaba a callar con un chasquido. Por supuesto que se disculpaba inmediatamente después, pero Leia permanecía alterada.

«Los problemas ni siquiera han empezado», se recordó una noche durante la cena, mientras comía en silencio con su madre en la terraza. Ambas miraban Aldera. «Si todo va tan mal, ¿cómo va a ser cuando las cosas se pongan de verdad terribles?».

La voz de su madre la sacó de sus pensamientos.

—¿No se supone que debes regresar pronto a Coruscant?

—La siguiente sesión de la Legislatura de Aprendices será en una semana.

Breha frunció el ceño y dijo:

—Recuerdo algo que tenía que ver contigo agendando un transporte hace días.

—Hay una fiesta mañana a la noche —admitió Leia—. Un baile al que invitan a todos los graduados de la Academia Real. Los aprendices de legislación también suelen asistir.

En el rostro de Breha apareció la primera sonrisa en días.

—¿Planeas ir con Kier Domadi?

Leia se encogió de hombros.

—Pensé en preguntarle si prefería venir aquí. Puedo invitarlo al palacio, ¿verdad?

Leia se moría por hablar con él de las noticias recientes. Quizá todavía no debía saber la verdad acerca de Paucris Major, pero podrían discutir sobre Winmey Lenz y su doble moral… y, aún más importante, acerca del papel que la gente de su edad debía asumir en la pelea venidera. Esa era una conversación que debían tener en su propio planeta, debajo del cielo que compartían.

—Siempre puedes invitar a tus amigos a nuestro hogar. Y por eso deberías ir al baile mañana por la noche en Coruscant. Solo pasará una vez, y el palacio siempre estará aquí.

—No se siente bien. —Leia admitió por fin, y un droide servidor entró rodando con el caf que tomaban después de la cena—. Salir y celebrar, mientras allá afuera… —Hizo un gesto con la mano apuntando al cielo oscuro en el que unas cuantas estrellas comenzaban a brillar.

—Allá afuera es justo a donde debes ir, al baile —dijo Breha, y se inclinó sobre la mesa para tomar las manos de su hija—. No siempre seremos libres de viajar a donde queramos. No siempre podremos tomarnos el tiempo de ir a fiestas. No siempre tendremos la oportunidad de bailar con los que amamos. —La voz temblorosa de su madre hizo que le doliera el pecho—. Así que baila mientras puedas.

Leia no sabía que podía amar a su madre más de lo que ya lo hacía. Apretó con suavidad los dedos de Breha y, por un largo momento, solo sonrieron por el gran entendimiento que habían alcanzado.

Breha fue la que rompió el silencio.

—Y estará feliz de elegirte un vestido.

—Deleitada.



La noche siguiente, Leia iba por el palacio imperial del brazo de Kier. Llevaba puesto un vestido de color blanco y plateado que cumplía los deseos más descabellados de 2V. Le había trenzado el cabello en una espiral que subía, y tenía joyas en el cuello. Kier llevaba un traje de color azul marino confeccionado en Alderaan que desentonaba un poco con el estilo de los hombres a su alrededor. Pero, para ella, se veía mucho más guapo. Cuando Leia escuchó la música, deseó arrastrar a Kier a la pista de baile.

No. Ese deseo no era suyo. Era de su madre. En cambio, el alboroto dentro de ella parecía intensificarse. Cada vez que miraba a alguno de sus amigos, a Kier o a las parejas felices que celebraban sin saber el peligro inminente, sentía una punzada en el corazón. Lo que sentía no era miedo, sino una tristeza intensa que era resultado de reconocer lo hermoso de su realidad pero también lo frágil que era. Lo rápido que podría perderlo todo.

«¿Todos estarán tan despreocupados dentro de diez años? ¿O dentro de cinco? ¿O en cinco meses?». Leia no podía saber qué tan rápido se extinguiría la estabilidad de la existencia que conocía. Pero sabía que ya había comenzado a ceder. Por más dedicada que estuviera a luchar contra Palpatine, o dispuesta a pagar cualquier precio que exigiera la pelea, aún le era difícil aceptar la fragilidad de todo y de todos a quienes amaba.

—¿Estás bien? —preguntó Kier, apretó su mano con ligereza y la presión le provocó un poco de placer, a pesar de todo—. Pareces… distante.

Leia parpadeó con fuerza cuando regresó a la realidad.

—Supongo que lo estoy. ¿Podrías traerme un vaso de vino luminoso? Eso me ayudará.

El vino luminoso no tenía mucho alcohol, pero burbujeaba con una ráfaga de endorfinas que podían transformar lo soso en algo para deleitarse. Los jóvenes en Coruscant y muchos otros planetas lo bebían muy seguido. Algunos adultos lo preferían al vino normal.

Kier la besó en la mejilla.

—Como ordene, Su Alteza.

La manera grave y lenta en la que lo dijo la distrajo mucho más de lo que lo haría el vino luminoso. Le costó trabajo soltar su brazo, y comenzó a extrañar su calor casi instantáneamente.

Pero se encontró con alguien muy rápido.

—¿Te fue muy mal? —preguntó Amilyn Holdo en el tono soso que ya no era raro para Leia—. Por lo menos pudiste decirles la verdad a tus padres acerca de dónde estuvimos. Yo tuve que fingir que escaparse como polizonte en una nave de cargo había sido muy divertido.

—¿Te creyeron?

Amilyn asintió, iluminada.

—Saben cómo me pongo cuando me emociono.

Leia se imaginó como debió haber sido de pequeña, y no pudo evitar reírse.

—Sin duda.

—Tu vestido es hermoso —dijo, y luego extendió los brazos e hizo una pose—. ¿Qué piensas del mío?

A Leia le costó todo el trabajo del entrenamiento real que recibió mantener la sonrisa. Amilyn llevaba puesta la cosa más *amilynosa* del mundo: una túnica suelta con un patrón multicolor ondulante que le recordó a las tormentas en los gigantes gaseosos. Campanitas tintineaban al final de las mangas acampanadas y franjas metálicas atravesaban el dobladillo y cuello alto. Amilyn se las había arreglado para teñir su cabello de los mismos colores que el vestido, lo que la hacía parecer como una línea difuminada psicodélica que se partía con su sonrisa. Leia se atrevió a decir:

—Es muy brillante. Muy original y atrevido.

—Leia —dijo Amilyn, y de pronto su cara tenía una expresión seria poco usual en ella—. En Gatalenta, nos honra la amabilidad y la cortesía, pero también la honestidad.

La cortesía consistía en tratar a las personas del modo en que querían ser tratadas.

—Bueno, pues creo que el vestido está muy cargado. Veo por qué te gusta, pero para esta reunión es demasiado.

—Lo sabía —dijo y se desplomó; se veía un poco más desgarbada de lo normal, como una marioneta cuando el titiritero suelta los hilos—. En Gatalenta te cansas de que todos vistan siempre con capas rojas y ropa color blanco o gris claro. Se supone que eso da un efecto tranquilizador, supongo, pero así no es como soy yo.

—Expresas tu individualidad —dijo Leia y, mientras lo hacía, se dio cuenta de que le había llegado a gustar su atuendo extraño. Tal vez tenía colores chillones y era raro, pero la variedad y el brillo de esos colores reflejaban algo de la personalidad de quien lo traía.

—Exacto —dijo Amilyn, que pellizcaba con tristeza el corte bordeado de su manga—. Quiero ser lo opuesto a Gatalenta.

Leia negó con la cabeza.

—No hagas eso. Si solo intentas ser lo opuesto a una cosa, aún dejas que te defina.

—Nunca lo pensé así.

Esa comprensión también era nueva para Leia, pero reconoció la verdad en ella.

—Vístete como a ti te gusta. Sé quien quieres ser, no lo que son en Gatalenta, o lo que no son.

Leia se iluminó cuando vio que Kier se abría camino entre la multitud e iba hacia ellas. Debió haber visto a tiempo que estaba con Amilyn, porque llegó con tres vasos de vino luminoso. De manera un poco torpe, le dio el primer vaso a Amilyn.

—Es bueno verte.

—A ti también, Kier.

Amilyn se tomó el vaso de vino luminoso en un segundo. Tal vez eso pasaba cuando un gatalentano se relajaba.

Por fin, Kier pudo darle un vino a Leia y brindaron chocando sus vasos. Kier se bebió el vino del mismo modo que Amilyn. Leia alzó las cejas y Kier sonrió.

—Mientras más rápido terminemos con esto, más pronto bailaremos.

—Si lo pones así…

Leia alzó su vino luminoso y lo vació en su boca.

En unos minutos sus preocupaciones se habían esfumado. Fue como si la tensión dentro de ella fuera un globo que se inflaba cada vez más hasta que reventó, sacando brillantina por todos lados. El entrenamiento refinado de Leia le permitía girar por la pista sin hacer esfuerzo alguno; sus pies y brazos encontraban el ritmo con naturalidad. Los otros bailarines se movían a su alrededor con una gracia fluida; todos encontraban sus propios patrones como si fueran fragmentos de colores en un caleidoscopio que iba al ritmo de la música.

Kier bailaba casi con la misma gracia que Leia, que dio una vuelta bajo su brazo y le dijo:

—Lo haces muy bien.

—*Ahora* sí. —Sus manos encontraron la cadera de Leia en el momento exacto y ella lo ayudó a que la levantara y la girara; una vuelta vertiginosa que la llenó de emoción—. Después de que pasé la mayor parte del mes pasado practicando con un droide BD.

Leia se rio tan fuerte que llamó la atención de varias personas.

—No te creo.

—Fue espantoso. Nada parecido a esto.

La música llegó a la cadencia final y ambos terminaron el baile en perfecta sincronía, con él tirándola a su lado y el brazo alrededor de su cintura. Ya habían estado así de cerca antes, muchas veces, pero esa noche todo se sentía más intenso, real y urgente.

«Baila ya».

Tal vez eso no era exactamente lo que su madre quiso decir, pero…

—Vámonos de aquí —dijo Leia.

Una sonrisa apareció lentamente en el rostro de Kier, y la mantuvo cuando dijo:

—¿No deberíamos quedarnos?

Y sí debían. Tenían que bailar con los otros aprendices y con los cadetes que se graduaban.

Pero al demonio con eso.

Leia llevó a Kier aún más cerca, y susurró:

—No me importa.

•◆•

Salieron corriendo juntos del baile, con otros vasos de vino luminoso en las manos, hacia las luces resplandecientes de la noche de Coruscant. Primero corrieron por los pasillos suspendidos, felices de esquivar a los peatones, de sentir que corrían en una atmósfera ligera. Ni siquiera las holoproyecciones con el símbolo del Imperio en las gigantescas pantallas que los rodeaban podían disminuir el frenesí de Leia.

Llegaron a un lugar de alquiler de hoversleds y Kier los metió en uno después de pagarle varios créditos a un rodiano, y de pasar la prueba de escaneo que mostraba que no habían bebido nada más que dos copas de vino luminoso. Salieron disparados por el aire. El viento les pegaba por todos lados. Leia mantuvo su rumbo sencillo en parte por seguridad, pero también porque así podía concentrarse en el calor que provocaban los brazos de Kier, que se sujetaba abrazándola por detrás.

—Oye —dijo Kier, y señaló el complejo senatorial—. Vayamos ahí arriba.

En la cima del complejo habían plantado un jardín ostentoso para el disfrute de los miembros mayores del gobierno; en Coruscant, la riqueza de las hojas verdes era el mayor lujo. La mayoría de las noches había mucha gente que iba a relajarse con su familia y amigos. Esa noche, sin embargo, el Senado estaba en una sesión nocturna y los otros aprendices seguían en el baile, así que Leia pudo aterrizar en el centro; tenían el jardín solo para ellos.

Kier la tomó de la mano y la alejó del hoversled para caminar en el suelo suave. Las hojas de las palmas de belomi se columpiaban con la brisa y los cubrían casi por completo; el escenario más bien parecía ser la verdadera superficie de un planeta que parte de un edificio.

—Ningún lugar es más hermoso que Alderaan —dijo Kier—. Pero este jardín no está nada mal.

Leia recordó el deseo intenso de Kier de proteger Alderaan de un posible conflicto y la sensación de peligro comenzó a nublar su felicidad.

—Oye —dijo Kier; levantó el mentón de Leia con sus dedos y acercó su cara a la suya—. ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, lo estoy.

Kier la conocía bien.

—¿Te preocupa tu madre?

Kier había estado muy preocupado por la famosa «emergencia familiar» que la había apartado del desafío en Pamarthe. Leia había tenido que seguir con la mentira, y lo odiaba, pero esa mentira había sido fabricada para proteger a Kier y a sus padres, así que se apegó a ella.

—Todo está bien. Sus pulmonodos necesitaban una reparación menor. Nos asustó a todos, pero solo fue eso.

La luz que se filtraba por las palmas resaltaba los rasgos afilados de Kier y la profundidad de sus ojos.

—Entonces ¿qué sucede? ¿Estás nerviosa por los desafíos, después de lo que pasó en Pamarthe? —Su sonrisa le dio calor—. Te irá muy bien subiendo el Pico de Appenza. Me sentiría honrado de subir contigo, si quieres.

La heredera podía tener un acompañante en la subida, y Leia no podía imaginarse nada mejor que estar en la cima de esa montaña, y ser declarada la próxima reina con Kier a su lado.

—Claro. Me encantaría.

—Pero no es lo que te preocupa.

Kier merecía que le contara una parte de la verdad. Pero ¿hasta dónde contarle para mantenerlo seguro? Leia dijo:

—Hace poco viajé a un lugar que me… me hizo darme cuenta de lo que mis padres planean. Y es inevitable.

Kier hizo cara de preocupación.

—¿Están a punto de hacer algo peligroso?

—No. Aún no —dijo Leia, y movió su cabeza con vehemencia. Todo eso era peligroso, pero Kier preguntaba si la acción era inminente. Leia sentía que eso, por lo menos, lo podía negar—. No sé cuánto tiempo tardará. Pero sé que sucederá. Todo en nuestras vidas está por cambiar.

Kier la abrazó con fuerza. Leia descansó la cabeza en su pecho, en el lugar en el que podía escuchar sus latidos con más fuerza. Eran tan frágiles, tan… mortales. El conflicto que se avecinaba los sobrepasaría, y no había nada que ella pudiera hacer para protegerlos a ambos.

—Sé que debe cambiar —susurró Kier—. El Imperio no puede prevalecer. La gente no puede seguir viviendo así, y un levantamiento es inevitable. Tenemos que prepararnos para eso. Lo *necesitamos.* Pero lo que está por suceder…

—Detente. —Leia colocó dos dedos en los labios de Kier—. No debí haber dicho nada. Quiero olvidarme de todo. Solo esta noche.

Leia se dejó caer en la tierra suave. Pudo disfrutar la frescura del césped debajo de sus palmas. Después de un momento, Kier se arrodilló junto a ella. Estuvo dudoso durante un rato, y Leia le preguntó en qué pensaba, pero luego él extendió la mano. Los dedos le temblaban. Le quitó un broche del cabello y lo sostuvo; fue una pregunta silenciosa que cuestionaba si debía continuar.

Alderaan tenía muchas tradiciones que involucraban las trenzas; quién las usaría, cuándo y cómo. Las costumbres variaban dependiendo del continente y de la edad. Y uno de los actos más íntimos era cuando se le permitía a alguien desenredarlas.

Después de un respiro con sacudidas, Leia se dio vuelta y le mostró a Kier la parte trasera de su cabeza.

Kier comenzó despacio, descubriendo la manera de hacerlo, pero ganó confianza en el camino. Con mucho cuidado colocó cada broche que le quitaba en una pila a su lado, de manera que estuvieran ligeramente separados. Cada vez que sus miradas se encontraban, los problemas del mundo externo parecían muy lejanos.

2V sabía hacer su trabajo. El cabello de Leia no se soltó del todo hasta que Kier aflojó la última trenza. Cuando su cabello largo y negro por fin cayó sobre sus hombros, Kier enterró sus manos en él, y Leia no tuvo que pensar o preocuparse por nada. Cerró sus ojos. Lo besó y se dejó llevar.

CAPÍTULO 28

Los aprendices de legisladores rara vez se contentaban con la simple experiencia de aprender. El interés académico de Kier era la excepción. La mayoría de los aprendices se inclinaban por carreras políticas o imperiales, y su tiempo en el Senado les servía solo como punto de partida. Por lo tanto, llamar la atención de un oficial mayor por lo general eran buenas noticias.

Una princesa de Alderaan no necesitaba ese tipo de atención, e incluso si la tenía, Leia se hubiera horrorizado de saber que el Gran Moff Tarkin requería su presencia.

—¿Qué querrá? —Kier negó con la cabeza, preocupado, cuando Leia le enseñó la pantalla. Se sentaron juntos en la vivienda de la familia de Leia. Miraban uno de los famosos melodramas de Shili en holovideo—. Desde que empezó la Legislatura de Aprendices no lo hemos visto acercarse.

—Aunque sí ha ido a Alderaan. —Leia recordó la horrible cena de gala y el suspenso que se apoderó de todos—. Hace poco. Creo que quería inquietar a mis padres.

—¿Crees que sospeche algo? —preguntó Kier, y luego se sentó derecho, como si fuera a ponerse de pie de un salto, alarmado. Leia recordó la agudeza del miedo del principio—. ¿Por qué no me contaste?

—Solo te hubiera puesto en el ojo del huracán, como a nosotros —dijo Leia, y se hizo bolita en el sofá, como en posición fetal. La vivienda de su familia no se había sentido vacía, ya que Leia comenzó a pasar más tiempo con Kier, pero el mensaje de Tarkin hacía que la ausencia de su padre se sintiera al rojo vivo—. Desearía poder preguntarle a mi papá cómo manejar esta situación.

—¿No puedes llamarlo?

«No a donde fue». Leia se concentró.

—No a tiempo. La cita dice que es esta mañana.

Leia se levantó del sofá, alisó la túnica sencilla que traía y Kier se paró junto a ella.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Tarkin no lo permitirá.

—No me refería a su oficina. Pero podría acompañarte hasta la entrada, si te ayuda a estar calmada.

Su ternura aliviaba un poco la tensión que tenía, aunque no toda, ni mucho menos, pero lo suficiente para tomar coraje. Leia puso las manos en los costados de la cara de Kier.

—Lo que me ayudaría es saber que estarás aquí cuando regrese.

—Entonces aquí me quedaré.

Kier le dio un beso de despedida tan intenso que la mantuvo animada durante el trayecto por el laberíntico set de elevadores, pasillos aéreos y corredores que conducían hasta las oficinas de Tarkin. Cuando llegó, sin embargo, y vio el imponente Sello

Imperial en las puertas, sintió que regresaba el frío. Pero el entrenamiento real le permitiría aguantar mucho más que las ceremonias de la corte.

«¿Dominante y confiada? No. Eso no es lo que el gran moff quiere ver. Recatada e inocente… eso está mejor».

Leia unió las manos enfrente de su pecho, bajó un poco el mentón y entró.

Antes de que el droide de protocolo terminara de presentarla, Tarkin se levantó de su escritorio. Ni siquiera su sonrisa educada hacía que la expresión en su rostro cadavérico fuera gentil.

—Su Alteza. Qué amable es por venir.

Cada minuto de cada año del entrenamiento valieron para que Leia no flaqueara cuando estrechó su mano. Sus dedos eran como de puro hueso.

—Gracias, gobernador. Agradezco el honor, pero debo admitir que me sorprendió escuchar de usted. —Pensó: «Baja la mirada, aprieta la garganta como si estuvieras triste»—. Después de mi comportamiento…

—No, no. Nada de eso. No fue responsable de esa lamentable escena —dijo, y le dio una palmada «amable» en el hombro. Su gesto no la engañó. Quería confundirla con el pretexto de que la estaba reconfortando—. De hecho, desde esa noche he estado preocupado por usted. Y creo que debo tomar cierto tipo de medida, si fuera necesario.

—¿Usted, señor? —Leia no pudo ocultar la incredulidad en su tono, pero no había problema. Tarkin esperaba tomarla con la guardia baja, y estaría feliz de haberlo logrado.

Señaló hacia la silla que estaba frente a su escritorio y no se sentó hasta que ella lo hizo.

—Así es. Perdone mi interferencia, pero se me ocurrió que si la hija de la reina y el virrey está en problemas, habría muy pocas personas a las que pudiera recurrir.

—Pero qué gentil de su parte. —Lo hubiera sido de cualquier otra persona—. Aunque, en realidad, lo que sucedió esa noche… es entre mis padres. Debo dejar que ellos lo solucionen a su modo.

Tarkin asintió y, aunque la analizaba internamente, Leia no detectó que hubiera sospechas… por lo menos, no todavía.

—Qué actitud tan madura de su parte, dejar que los mayores actúen conforme a lo que consideran que es lo mejor.

Con la mirada baja, Leia contestó:

—Sé que es la forma correcta de manejar la situación, pero tengo que admitir que a veces es complicado.

¿Quería que se pusiera a llorar otra vez? Si eso terminaría con la entrevista, Leia estaba lista para hacerlo hasta que el droide médico se la llevara.

—Sin duda —dijo Tarkin. Para su espanto, Tarkin le hizo una seña al droide servidor para que le sirviera té, mientras se acomodaba en su silla como un hombre que se preparaba para tener una larga charla—. Pero ese tipo de autocontrol es lo que la hará una gran senadora y una excelente reina. Sus padres tienen una gran reputación, Su Alteza, pero me atrevo a decir que los eclipsará cuando llegue el momento.

«¿Por qué está hablando de esto?».

Leia hizo una sonrisa de incertidumbre diminuta y aceptó la taza de té. Tarkin continuó y el droide le sirvió té.

—Aunque el gobierno centralizado del Emperador es lo que provee nuestra estabilidad y fortaleza, los líderes planetarios tienen un papel crucial. El Emperador necesita conocer a sus monarcas, presidentes, primeros ministros, jefes y senadores, que apoyen su gobierno y que monitoreen actividades más de cerca de lo que esperamos en Coruscant.

«Coopera. Haz lo que te digamos, y podrás conservar tu trono». Tarkin no tendría esta conversación con ella a menos que pensara que heredaría el trono pronto.

Ya que sus padres todavía estaban en la adultez media, solo había una razón para que Tarkin pensara en eso.

Se le tensó todo el cuerpo y tenía un nudo en la garganta que la estrangulaba. Quería callar lo que oía, para no seguir escuchando sus palabras. El corazón de Leia latía con rapidez en su pecho, y el impulso de salir corriendo del cuarto era casi abrumador. Leia solo le dio un trago a su taza de té antes de hablar con tanta calma que casi le sorprendió:

—Comprendo lo importante que es para el Emperador Palpatine.

—Sé que lo comprende. Es una niña buena —dijo Tarkin, y sonrió al pensar que era tan joven e inocente como para sentirse halagada por tal condescendencia—. Ahora que noto su nivel de comprensión para concederle a sus padres cierta, eh… distancia, quiero que sepa que en el futuro, si se siente insegura y necesita una guía, me sentiría halagado de proveérsela.

«Sea nuestro títere como monarca, y yo seré el titiritero».

—Gracias, gobernador. Aprecio sus intenciones.

«De una forma que ni se imagina».

Tal vez una pizca de emoción se le escapó. Quizá Tarkin era demasiado calculador como para no aplicar una última prueba. Leia sabía que Tarkin ladeaba la cabeza porque la estudiaba como un depredador a punto de atacar. Habló una vez más, como cortesano:

—Considero tales atenciones como una inversión para el futuro de nuestro Emperador. Algún día, espero, alcanzaremos un gobierno perfecto, en perfecta paz, desde aquí, en Coruscant, hasta los sistemas lejanos de Lothal, Paucris, Rattatak o cualquier mundo que encontremos.

«Paucris». La pronunciación del sistema la cortó como una espada. Tarkin no lo había nombrado por casualidad. Esperaba que una jovencita se sacudiera al escucharlo; una que, hasta donde él sabía, se soltaba a llorar fácilmente. Fijó su mirada en los ojos de Leia mientras esperaba que hubiera un indicio de duda que condenara a todos.

Leia no flaqueó. Con toda la fuerza de su mente, se imaginó a Kier sentado frente a ella, y visualizó la sonrisa de Tarkin en su rostro; escuchó la calidez de su propia voz cuando dijo:

—Pido por que algún día tengamos esa paz.

Por un instante que le pareció eterno, nada sucedió. Y luego Tarkin se relajó.

—Que así sea.

Leia tuvo que charlar de trivialidades mientras terminaba su taza de té, y tuvo que permitir que la acompañara hasta la salida de su oficina, tomándolo del brazo y luego despidiéndose de él. Incluso tuvo que asegurarse de caminar a una velocidad normal después de despedirse de él, hasta que pasó por tres elevadores distintos y un pasillo aéreo y estuvo por fin de regreso en el complejo. Cuando entró en los pasillos internos, se puso a correr.

Entró de golpe a la oficina de su padre y alteró a los trabajadores.

—Por favor, díganme que papá está aquí.

—Me temo que no, Su Alteza —dijo el droide de protocolo con un tono de «y debería saberlo»—. El retorno del Senador Organa está planeado dentro de seis días, por lo tanto…

—Necesito utilizar su oficina privada. Con permiso.

Leia entró corriendo. Sabía que nadie tenía la autoridad para detenerla, y no podrían hacerlo ni aunque quisieran. Encendió la HoloNet y llamó a su madre en el palacio. Cuando se concretó la conexión, unió a Mon Mothma a la conversación, solo que en audio únicamente. Mon Mothma contestó primero.

—¿Princesa Leia?

—Sí… espere, pondré a mi madre.

La Reina Breha apareció en forma holográfica en la oficina. Llevaba un traje de ejercicio que nadie que no fuera de su familia vería nunca. Antes de que su madre pudiera preguntar qué sucedía, Leia lo soltó.

—El Emperador sabe de Paucris Major.

Su madre se puso lo suficientemente pálida para que se notara en el holo. La voz de Mon Mothma intervino, cortante:

—¿Cómo lo sabes?

—No estuve espiando, lo juro.

—¡Eso no importa! —dijo Breha—. ¿Por qué lo sabes?

—Tarkin me llamó a su oficina. Actuó como si quisiera ser un mentor amigable, pero me estaba probando. Dijo cosas que sugerían que pronto heredaré el trono. —Breha se puso una mano en la garganta y Leia se asustó mucho al verlo—. Después comenzó a nombrar sistemas lejanos aleatorios, y nombró a Paucris. Cuando lo hizo, me clavó la mirada. Estoy convencida de que lo hizo para ver mi reacción. No hay manera de que sea una coincidencia.

—Estoy segura de que es así —dijo Mon Mothma, que sonó como si hubiera envejecido varios años en tan solo unos segundos—. Tenemos que alertarlos… no podemos confiar en droides sonda con esto. Apenas sabemos en quién depositar nuestra confianza hasta que hayamos resuelto lo de Winmey.

—No puedo irme de Alderaan —dijo Breha—. Tendremos una ceremonia de medallas en unas horas.

—A nadie le importa la ceremonia de medallas, mamá.

—Por supuesto que a nadie le importa, corazón, pero si cancelo de pronto un evento público, no tardará en llegar a oídos de Imperio. Por lo que sabemos, ya deben de estar listos para atacar, No podemos correr el riesgo de alertarlos, o desatarán su furia antes de que podamos evacuar.

—Tengo una reunión con un gran almirante esta tarde —dijo Mon Mothma—. Princesa, tú debes ir.

Por más que esperaba hacer algo importante por el movimiento y rogaba que pudiera ayudar, Leia no esperaba que la llamaran para algo tan urgente y serio como eso. Aun así, entendió de qué se trataba. Todos extrañarían a una senadora o a una reina, pero no a una aprendiz de legislación. Leia ya tenía toda la información que necesitaba para completar la tarea que le encomendaron. Y confiaban en ella absolutamente.

—Me iré de inmediato. ¿El *Polestar* está en Coruscant?

—Está aquí, en Alderaan —maldijo su madre, lo que en otras circunstancias hubiera sido escandaloso—. Tendrás que contratar una nave. Un carguero independiente, del tipo que no hace muchas preguntas.

Eso sonaba intimidante, pero Leia asintió. Mon Mothma agregó:

—Por más corta de tiempo que estés, debes detenerte en un punto del camino y cambiar de nave. No queremos que nadie pueda rastrear tus movimientos.

—Entendido. Necesitaré créditos.

Los fondos necesarios para contratar dos cargueros iban más allá de las prestaciones que tenía en Coruscant.

—Yo me encargaré personalmente de llevarte una ficha ilocalizable de créditos —dijo Mon Mothma—. ¿En dónde estás?

—En la oficina de papá.

El único adiós que le dio Mon Mothma fue el sonido de apagado de su voz. Leia habló con su madre, que estaba sumergida en su silla con las manos entrelazadas en su cabello suelto.

—Ni siquiera voy a preguntar cómo te enteraste de Paucris.

—Tal vez sea una buena idea.

—¿Te das cuenta de que el Imperio podría estar dirigiéndose a nuestra base justo ahora? —Breha temblaba visiblemente, tanto que se podía ver hasta en la borrosidad del holo—. ¿Sabes el peligro en el que estás? No puedo dejarte ir hasta que lo comprendas del todo.

—Lo entiendo —afirmó Leia. Y aun así, no tenía tanto miedo como cuando estuvo en la oficina de Tarkin. Se dio cuenta de que nunca la volvería a abrumar el miedo, siempre y cuando tuviera algo que hacer. Leia pensó en cómo sería su viaje, el mensaje que les daría, y todos los detalles que la distrajeran de imaginarse siendo arrestada por el Imperio y los horrores que le seguirían a eso—. Estoy bien, mamá. Estoy lista.

—Sí, creo que lo estás —concluyó Breha, y parpadeó con rapidez. Leia se dio cuenta de que su madre sabía que su hija y su esposo estaban en grave peligro, y no había nada que pudiera hacer más que cumplir con su deber, llevar la corona y sonreír. Parecía

insoportable, pero la reina alzó una mano como si pudiera tocar el rostro con expresión triste de Leia—. Te amo.

—Yo también te amo.

El holo se volvió negro. Leia sabía por qué. Extender la conversación solo le traería tormento a su madre. Era mejor concentrarse en lo que debía hacer. La Legislatura de Aprendices no entraría en sesión hasta dentro de unos días, lo había revisado con tiempo, como era usual, para que la fecha límite no la presionara. Harp la había invitado a su hogar para ver holovideos el día siguiente, para cuando Leia estuviera de regreso, o en prisión…

—Kier —susurró. Debía de estar esperándola en la vivienda de su familia, preocupado. Cuando regresó a la realidad, abrió un nuevo holocanal. Kier apareció enfrente de ella casi al instante; seguramente la estaba esperando enfrente de la cámara—. Estoy bien. Pero creo que Tarkin va detrás de mis padres. Tengo que ir al sistema de Paucris enseguida.

—Espera, *¿qué?* —Kier extendió las manos como si fuera mucha información que procesar—. ¿Tienes que ir a dónde?

—No importa —contestó Leia. En realidad, no tendría que haberle dado esa información ni ponerle esa carga en primer lugar, pero todo sucedía tan rápido…—. Solo cúbreme si alguien pregunta, ¿sí? Diles que me fui a casa.

—Leia, esto está mal.

Leia asintió.

—Puede que así sea. Pero tal vez… tal vez llegue a tiempo —dijo, y extendió una mano, algo parecido a lo que hizo su madre—. Hablaré contigo pronto.

«Por la Fuerza, que así sea».

Kier se veía como si quisiera discutirlo, pero sabía que sería inútil.

—Pronto —repitió—. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Y con eso apagó el holo. Se quedó a solas en una quietud extraña por un momento. Casi fue lo suficientemente largo como para que el miedo se apoderara de ella, pero luego Mon Mothma entró rápido por las puertas, su túnica blanca bailaba por el movimiento brusco. Leia nunca la había visto tan agitada.

—Ficha de créditos —dijo sin aliento—. Está vinculada a bancos tan recónditos de los que ni siquiera Palpatine sabe, y que te ayudarán a pagar el alquiler de diez naves, si las necesitas.

Leia tomó la ficha con franjas doradas y la deslizó en una bolsa de seguridad de su cinturón.

—Si dos naves no funcionan, ocho más tampoco lo harán.

La broma de humor negro de Leia hizo sonreír a Mon Mothma, que hizo una pausa, ya que seguía exaltada. Era obvio que buscaba algo de sabiduría, o un consejo útil. Luego sacudió la cabeza, puso ambas manos en los hombros de Leia y dijo lo único que podía ayudarle:

—Que la Fuerza te acompañe.

CAPÍTULO 29

Leia nunca había tenido que contratar una nave antes, pero no creyó que fuera tan difícil. De lo que no se había dado cuenta era de que nunca se había esforzado por hacer algo sin que la gente supiera que era la princesa heredera de Alderaan, y lo fácil que era para una princesa conseguir algo.

—¿Un carguero, dices? —bramó un piloto lonerano—. ¿Para una niña como tú? ¿Qué vas a transportar?

Leia se preguntó apurada si debía llevar algo que transportar, pero ¿en qué momento?

—¡Ah! Solo a mí.

El pelo del lonerano se erizó por la preocupación.

—¿A Pamarthe, dices?

—Así es.

Fue la primera parada remota y llena de tráfico que se le ocurrió. Pero hizo una mala elección, porque el lonerano dijo:

—Agarra una nave de pasajeros y ahórrate unos créditos.

—Necesito llegar lo más rápido posible.

—La nave de pasajeros no tardará mucho más que medio día —dijo el lonerano, y le dio una palmada en la cabeza—. Ahora apúrate, niña.

«¿Cuántos años cree que tengo? ¿Ocho?». El lonerano se fue galopando y Leia miró a su alrededor en el concurrido puerto espacial, en búsqueda de otro carguero que se viera lo suficientemente chico para que le fuera útil. Contratar uno se decía fácil, pero hacer que una nave despegara en un lapso corto y sin preguntas era todo un reto. Tres pilotos la habían rechazado ya. Corrió hacia una nave modelo YT que se veía prometedoramente vieja, y cuyo piloto podría usar el dinero para sus refacciones, pero despegó antes de que pudiera alcanzarla.

Leia vio otra nave medio destartalada y vieja del otro lado del hangar y fue hacia ella. Mientras cruzaba entre la multitud, esquivó un grupo de arconas y un crolute enorme y gruñón, e intentó idear una mejor historia. «¡Huyo de casa y mis padres me están buscando! No, porque me preguntarían por qué huyo. ¡Mi abuela de Pamarthe está muy enferma, y necesito ir a verla *ya*! Eso».

Leia llegó a la nave y luego se paró en seco cuando vio no a una, sino a dos personas que conocía, paradas enfrente, discutiendo.

—Discúlpame, pero si no llego a la subasta en Arkanis a tiempo, alguien va a ganarme ese speeder. ¿Sabes qué tan raro es este modelo? —dijo Chassellon Stevis.

—La rareza es una ilusión, porque cada persona y objeto en la galaxia es de alguna forma único —dijo Amilyn Holdo. Su cabello aún brillaba con varios colores, pero llevaba puesto un overol de viaje sencillo, y le sonreía con benevolencia a Chassellon—. Como sea, me anoté en un retiro de meditación en casa y empieza mañana.

Las manos de Chassellon se tensaron como si quisiera sacudirla y hacer que entrara en razón.

—¡Podrías ir en una nave de pasajeros!

Amilyn se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

—Podría, si no hubiera contratado ya al *Moa*. Y lo hice. ¡Ah! Hola, Leia.

—¡Necesito esa nave! —gritó Leia de la nada.

—Oh, excelente —dijo Chassellon, y miró hacia arriba. Tal vez le imploraba algo a los dioses, y no le respondían—. ¡Eres una maldita princesa! ¡Puedes tener la nave que quieras!

Pero Amilyn vio algo en Leia. Algo que reconocía, tal vez desde su viaje a Ocahont. Juntó ambas manos, cerró los ojos y dijo:

—Está bien.

Los ojos de Chassellon se abrieron por el enojo. Leia no lo culpaba del todo, pero luego él también pareció sentir un miedo y necesidad genuinos. Respiró profundamente, ajustó el cuello de su camisa de color violeta y habló con una gracia que Leia no le conocía:

—Bien. Toma la nave.

Leia se atrevió a tomar un riesgo más. Tenía que hacerlo.

—Por favor, Chassellon, no le digas a nadie que me viste.

Era evidente que no estaba entendiendo lo que le pedía, sí entendía que era importante. Su tono era solemne.

—Ni una palabra. A nadie.

Y se fue sin mirar atrás.

—A veces la gente puede sorprenderte —dijo Amilyn—. Por cierto, este viaje que no puede esperar más… ¿hablamos de lo que no debemos hablar?

Le tomó un segundo entender de lo que hablaba.

—Sí, así es. Y me tengo que ir.

—Tenemos que irnos, dirás —dijo. Leia la miró y Amilyn se encogió de hombros—. Yo contraté la nave. Además, yo ya sé eso de lo que no podemos hablar.

«Estoy mejorando mucho en traducir el holdoniano, porque lo que dijo tiene todo el sentido del mundo». Leia quería protestar y decirle que no sabía todo, y que por su propio bien no debería, pero, a decir verdad, lo que ya sabía era más que suficiente para destruirla si el Imperio lo averiguaba. La mejor manera de evitar que el Imperio las encontrara era irse de inmediato y sin decir nada más.

Había otras ventajas, también.

—Estaría mejor que la nave se contrate a tu nombre —admitió Leia.

—Vámonos —dijo Amilyn, y empujó a Leia por el pasillo—. ¿A dónde vamos, por cierto?

—A Pamarthe de nuevo.

Amilyn sonrió como si estuviera de viaje en un crucero.

—¿Brill? ¡Haremos un ligero cambio de ruta! Más bien, ¡iremos a un planeta totalmente diferente!

•◆•

Leia anhelaba ver una de las famosas tormentas de Pamarthe. De todos sus deseos, la Fuerza eligió ese para hacerlo realidad. En el peor momento posible.

El *Moa* las dejó en medio de tormentas terrestres y en el cielo. El mar oscuro alrededor de la isla del puerto se agitaba debajo del cielo negro. Las auroras brillaban en lo alto con colores rosa y verde, y eran testigos de tormentas solares que interrumpirían muchos sensores de naves.

«¿Por qué elegí Pamarthe?». Leia y Amilyn bajaron de su carguero y el tripulante ithoriano del *Moa* se despidió de ambas con la mano mientras la nave replegó la rampa de nuevo. «Pude haber elegido cualquier planeta de la galaxia, y seleccioné el que está a punto de cancelar todos los viajes espaciales».

Ni siquiera el espíritu bueno y bobo de Amilyn se estropeó por la vista.

—Normalmente, el ser abandonadas aquí sería terrorífico en un buen sentido, pero ahora es terrorífico en el mal sentido, ¿o no?

—Lo peor.

Leia siguió imaginándose la cara de su padre, que cambiaba constantemente de momento a momento. Primero lo vio como cálido y amoroso, como había sido cuando habló con él en la biblioteca. Pero luego se acordó de la rabia que tuvo en su última reunión con él. ¿Esa sería su última memoria de su padre?

«Por favor, eso no. Dame otra oportunidad de arreglar las cosas con él». Leia dijo:

—Dicen que los pilotos de Pamarthe no le temen a nada. Esperemos que sea verdad.

Por desgracia, resulta que los pamarthenos solo le temían a una cosa: a perder sus amadas naves. Después de los primeros tres rechazos, Leia quería arrojarse al suelo y hacer una rabieta cual niña pequeña. Respiró profundamente e intentó canalizar su enojo de una mejor manera. Después escuchó a Amilyn decir:

—¿Y qué hay de esos… chicos rana peludos y gigantes?

Leia siguió el dedo de Amilyn que apuntaba a un grupo de criaturas rechonchas que se balanceaban hacia su nave plana y baja, y jadeó por tener una nueva esperanza.

—¡Los chalhuddanos!

—¿Quiénes?

—Te explico después. Por ahora, deja que yo hable.

Leia corrió hacia la nave chalhuddana con una sonrisa en el rostro, pero cuando vieron que se aproximaba, fue obvio que los chalhuddanos no sabían de quién se trataba, porque fruncieron el ceño, se movieron de una manera extraña y lanzaron miradas severas. Era obvio que Leia no se veía tan impresionante: una adolescente con mirada alocada y vestimenta promedio. Los regaños de 2V sonaron en su mente: «¡Una princesa es conocida en parte por la grandeza de su atuendo!».

—Tenías razón, 2V —murmuró Leia.

Cuando llegó con Amilyn a donde estaban los chalhuddanos, el más grande les dio la espalda.

—No necesitamos la ayuda de los desecados —masculló—. Y tampoco se la ofrecemos.

Amilyn se apresuró a decir:

—Es trabajo remunerado. ¡Muy bien remunerado! Ella es una princesa y… —Se detuvo en seco cuando se dio cuenta de que Leia la miraba con severidad, y solo dijo un débil «Cierto».

Esa no era la forma de impresionar a los chalhuddanos, que hacían sonidos con la garganta y miraban hacia otro lado. Leia dio un paso hacia el centro del grupo, alzó el mentón y exigió:

—Me pondrán en contacto con Occo Quentto. De inmediato. —Todos se miraron. Uno de ellos se mofó e hizo un sonido burlón y disuasivo, pero los demás se miraban entre sí, confundidos. El simple hecho de que ella supiera cuál era el nombre de su líder les había hecho prestarle atención—. Ya me escucharon —continuó Leia con toda la frialdad monárquica que pudo reunir. Y fue mucha—. Ahora.

Después de unos minutos estaba dentro de la nave húmeda y se limpiaba el sudor de la frente. El holo de color rojo claro parpadeó y se encendió.

—Tú eres la princesa —dijo Occo Quentto, lo que creía que era un saludo cordial.

—Sí, lo soy —respondió Leia, y mantuvo su expresión indiferente y su tono exigente—. Me debe un favor, Occo Quentto, y lo pagará el día de hoy.

El saco grande debajo de la barbilla de Occo se infló. Luego se volvió a desinflar.

—Este favor es deuda. ¿Qué exiges?

—Un viaje inmediato a Paucris Major para mí y una acompañante.

Occo asintió.

—Entonces, así será.

Sin necesidad de dar otra orden o intentar otra forma de persuadirlos, los chalhuddanos comenzaron a balancearse y prepararse para el viaje. Por más que Leia necesitara el viaje, decidió que era justo contarle un poco de los motivos de su viaje.

—Honorable líder, debe escuchar más acerca de la verdadera razón de mi viaje.

La boca enorme y con labios gigantes de Occo se retorció.

—El favor fue pedido. El favor se concederá.

—Su favor será mucho más grande que el mío. Y más peligroso. Es injusto que su gente pase por esto a mis expensas, sin una explicación.

—¿Qué explicación hay entre los chalhuddanos y su deuda? —Occo miró hacia una de sus aletas, luego a la otra y repitió ese mismo gesto varias veces en un gesto de desconfianza con los «desecados»—. Tú nos deshonras por dudar de nosotros.

Leia hizo una reverencia con la cabeza, mucho más humilde que la que haría ante el Emperador, y cambió su tono por uno más formal:

—Dude de mí, honorable líder, si no escucha lo que tengo que decir.

Occo croó profunda y exasperadamente, y luego dijo:

—Nosotros escucharemos.

—Al viajar a este sistema, sus valientes pilotos pondrán su vida en riesgo. La Flota Estelar Imperial pronto viajará a Paucris Major con el objetivo de erradicar a todos en su camino. La gente que está ahí es mi gente, y debo salvarlos aunque me cueste la vida. Y no puedo transferirle esa responsabilidad a su gente sin que ellos y usted sepan a lo que se enfrentan. Ahora lo saben.

Occo Quentto parpadeó con sus ojos prominentes y su saco de aire se infló, pensativo. Leia se preguntó si había sido lo suficientemente honorable si es que perdía una nave, tal vez hasta la guerra.

Luego Occo dijo:

—Mientras más grande es el favor, más grande el honor. Esta nave la llevará al sistema de Paucris, donde se encontrará con todas las demás naves chalhuddanas que estén en el sector. No más de cuatro o cinco podemos ofrecer, pero será transportada y protegida por lo mejor que tenemos.

—Eso es más que una recompensa para mí, Occo Quentto —dijo Leia, y cruzó las manos enfrente de su pecho, esperando que el órgano circulatorio del chalhuddano estuviera en un lugar análogo—. Al final quedaré de nuevo en deuda con ustedes.

—Y entonces les pediremos un favor algún día —dijo Occo. Su cara ancha se arrugó en una expresión que Leia creyó que era su versión de una sonrisa—. Ahora nos entiende.

El holo se apagó y Amilyn dijo:

—Ansiaba una experiencia cercana a la muerte, pero tengo que decir que estoy teniendo muchas. —Leia la miró. Le iba a decir que se quedara ahí con la ficha de créditos de Mon Mothma, pero su amiga sonreía—. Esto es fantástico.

Las naves chalhuddanas estaban armadas. No mucho, pero lo estaban.

Leia se las arregló para reunir una pequeña flota de guerra. Pero por más complacida que estuviera por ello, cuando se imaginaba enfrentándose a un Destructor Estelar Imperial…

Leia se encogió de hombros. «Que la Fuerza nos guíe ahí primero. Aguanta, papá. Ya voy».

CAPÍTULO 30

—Sistema de Paucris en tres —dijo el piloto chalhuddano, que estaba agachado en su silla en forma de tazón. Leia y Amilyn, que habían aprendido mucho acerca de la enorme tolerancia que los chalhuddanos tenían a las ondas de choque en la última hora, gatearon de inmediato hacia el asiento plegable y se pusieron el cinturón de seguridad. Si ambas compartían un cinturón, y tiraban de las correas con todas sus fuerzas, más o menos funcionaría.

Amilyn se quitó de un soplido uno de los mechones morados que le cubría la cara para poder ver bien a Leia. No había rastro de su usual extravagancia cuando preguntó:

—¿Qué hacemos si el Imperio ya está aquí?

—Salir antes de que nos vean, si podemos —dijo Leia. Las probabilidades eran pocas, pero no nulas; Leia dudaba que un droide pudiera haber hecho mejores cálculos que ella en este viaje—. Si no, nos rendimos enseguida. Fingimos que no sabemos nada y dejamos absolutamente claro que contratamos a los chalhuddanos, que saben aún menos que nosotras.

Leia no pensó que eso salvaría a los chalhuddanos, pero una vez más era una posibilidad. Si tenían una oportunidad entre mil de lograrlo, Leia se la debía.

—Fingiremos que no sabemos nada —repitió Amilyn—. Sí. Creo que podría ser buena en eso.

—Por nuestro bien, lo espero.

Leia no era optimista. Creía que cualquier duda que pudiera plantar en la mente de sus interrogadores se desvanecería en el instante en el que el Gran Moff Tarkin supiera de su llegada al mismo sistema que había nombrado enfrente de ella hacía unas horas.

Ni Amilyn Holdo ni los chalhuddanos serían capaces de explicar qué pasó.

«O estoy salvando las vidas de todos los rebeldes en el sistema de Paucris, o estoy condenando todavía a más personas».

El piloto de los chalhuddanos tiró de una palanca y la luz azul brillante del hiperespacio desapareció. Habían llegado. La nave entera se estremeció tan fuerte que Leia se mordió la lengua por accidente y sangró. La cabeza de Amilyn chocó contra la suya tan duro que le dolió, pero no estaba tan desorientada como para dejar de mirar la pantalla con los ojos bien abiertos, dividida entre la esperanza y el miedo.

—Una flota de naves civiles y planetarias está amontonada alrededor de las estaciones de reparación que orbitan en Paucris Major —croó el capitán chalhuddano—. Nuestras naves están cerca. No hay naves imperiales en el sistema.

«Gracias a la Fuerza».

Leia chocó contra Amilyn y exhaló con fuerza. En la pantalla, entre el montón distante de naves, reconoció las líneas distintivas del *Tantive IV*, que pocas veces había creído tan hermoso. Amilyn levantó el puño en el aire en un gesto victorioso.

—Aún no hay que celebrar —dijo Leia, y se desabrochó el cinturón de seguridad, se bajó de un salto de la silla en forma de tazón y corrió hacia la consola de comunicaciones. Cuando asintió, el oficial que se encontraba allí abrió un canal y dijo:

—Cualquier nave que reciba esta señal, les habla Leia Organa de Alderaan llamando a Bail Organa o a cualquier otro individuo a cargo de… quien sea que esté a cargo. Repito, aquí Leia Organa de Alderaan. Respondan, por favor.

No hubo respuesta. Amilyn dijo:

—¿Deberíamos volar más cerca?

—Mejor no. Quizá tengan órdenes de dispararle a cualquier intruso no autorizado —dijo Leia, y recordó muy bien el consejo que su padre le había dado en Crait.

Los segundos transcurrían lentamente mientras su estómago se encogía, y luego se escuchó la estática.

—¿Leia? —Nunca antes le había dado tanto gusto escuchar la voz enfurecida de su padre—. ¿Qué estás hacie…?

—El Imperio ya viene. Algo que dijo Tarkin de este sistema me alertó. Mamá y Mon Mothma me enviaron. Las naves deben estar en camino y tienes que sacar a la flota de aquí de inmediato.

Por suerte, Bail Organa era un hombre que sabía cuándo una conversación podía dejarse para después.

—Nos iremos en diez minutos. Reúnete con nosotros en el *Tantive IV*.



Una vez que las naves chalhuddanas tomaron su lugar entre las naves rebeldes (que estaban siendo restauradas a toda velocidad con energía y que tenían una tripulación con el mínimo personal o droides), la nave de Leia pudo anclarse al *Tantive IV*, y pudo desembarcar. Esperaba sentirse aliviada una vez que estuviera en un entorno familiar, pero fue mucho más familiar de lo que creyó.

—Hola, hola —dijo Ress Batten con una sonrisa de arrepentimiento—. En caso de que te preguntaras, no, no te estuve engañando todo este tiempo. El Capitán Antilles me puso al tanto hace poco, en los límites de un peligro mortal, ¿eh?

—Qué suerte tienes —dijo Amilyn, unos pasos por detrás, donde vagaba contemplando las paredes totalmente blancas de la nave como si fueran milagrosas.

Batten frunció el ceño, consternada, pero no había tiempo de dar explicaciones porque del otro lado del corredor, separado de ella por unos cuantos tripulantes y droides que daban vueltas, estaba de pie una figura alta y familiar en un saco y capa azules: su padre, vivo y entero, como no creyó que lo vería de nuevo.

El se dio cuenta de que ella estaba ahí al mismo tiempo.

—¡Leia!

Al diablo con el protocolo real. Corrió hacia él y voló a sus brazos. Bail la abrazó tan fuerte que sus pies se elevaron del piso como cuando era pequeña.

—No sabía si llegaríamos a tiempo —dijo Leia. Como tenía la cara presionada contra su saco, sus palabras se oían amortiguadas, pero no pudo moverse para atrás ni soltarlo. Su padre podía escucharla, y con eso bastaba—. Pensé que te encontraríamos muerto.

—De no ser por ti eso tal vez hubiera pasado —dijo Bail Organa, y le agarró una mejilla con su mano enorme. La giró para que lo mirara.

—En cambio, vamos a salvar esta flota.

—¿Por fin te convencí?

—No, Leia. Nunca tuviste que hacerlo. Siempre he creído en ti y siempre lo haré. Si te hice dudar en estos últimos meses, por favor, perdóname. —El profundo remordimiento que escuchó en su voz le hizo un nudo en la garganta que no la dejó hablar. Bail se inclinó más cerca y habló con más decisión—. De todas las razones que nos han hecho pelear, para tu madre y para mí, siempre has sido la más importante. Queremos hacer una mejor galaxia para ti, un futuro mejor. Ha sido difícil darnos cuenta de que tú también tienes que pelear. Que no te podemos salvar nada más, que tienes que luchar a nuestro lado.

Ella asintió.

—Entiendo. Siempre lo hice, en realidad. Está bien.

—No me permití aceptar que estabas lista para esto. —Su sonrisa era torcida, pero orgullosa—. No puedo seguir negándolo.

Leia abrazó a su padre de nuevo, agradecida porque al fin volvían a ser socios; nada los volvería a separar.

El abrazo duró todo el tiempo que pudieron.

Cuando Bail la soltó, se enfocó de nuevo en la operación militar en marcha; la diferencia fue que ahora Leia formaba parte de la estrategia.

—Separaremos una parte de la flota por el momento, hasta que podamos arreglar una reunión en un puesto de avanzada alterno. Programaron secuencias de autodestrucción en las estaciones de reparación desde el comienzo. Las activaremos antes de que salga la última caravana.

¿Una parte de la flota? ¿Cuántas naves más había y en dónde estaban? Leia podría preguntar todo eso en otro momento.

—¿Tienes un transbordador o un hopper que Amilyn y yo podamos volar de vuelta a Coruscant? —Leia había considerado esto durante el procedimiento de anclaje con el *Tantive IV*—. No quiero que nadie asocie a los chalhuddanos con nosotros.

La sonrisa de su padre mostraba entretenimiento e impresión por igual.

—Hablé con su capitán. Has hecho tu primera alianza diplomática, y negociaste una caravana armada, además. —Hizo una pausa—. Espera. ¿Amilyn?

—¡Hola, hola!

Amilyn hacía un tipo de calentamiento acrobático elaborado, a unos pasos de distancia, para darles a padre e hija un poco de privacidad. O tal vez solo por diversión.

—Amilyn Holdo de Gatalenta —la presentó Leia—. Es una amiga de la Legislatura de Aprendices con la habilidad de estar en el lugar correcto en el momento correcto.

—Esos son los mejores amigos que pueden tenerse. —Bail la saludó haciendo un gesto con la mano antes de concentrar su atención de nuevo en su hija—. Tenemos un hopper para las dos. Debe verse como una nave civil y es lo suficientemente pequeña para que tú misma la puedas pilotear.

Aunque Leia no era una piloto experta, podía manipularla.

—Okey. Después de que deje a Amilyn en Coruscant, quisiera regresar a Alderaan por unos días. A menos que estés en Coruscant también.

—Nunca pidas permiso para volver a Alderaan —dijo su padre con gentileza—. Y después de esto, podríamos pasar un tiempo juntos en casa, como una familia.

Estos últimos meses, Leia había deseado que las cosas entre ella y sus padres fueran igual que antes. Por fin entendió que eso nunca pasaría, porque tanto ella como sus padres no eran las personas que solían ser. Tuvieron que crecer para convertirse en esa familia unida para enfrentar los retos que vendrían.

—A casa —repitió—. Me gustaría regresar.



—Hubiera creído que los vehículos reales eran más… sofisticados.

Amilyn miraba el pequeño interior del hopper de engranajes grises más curiosa que decepcionada. Su cabello brillante era lo más colorido.

Leia se deslizó en el asiento y se familiarizó con los controles. Los datos en la pantalla le informaron que cincuenta y nueve naves se encontraban en la proximidad. Estaban ordenadas por tamaños, desde una fragata médica hasta unas cuantas navecitas para un solo piloto. Tocó la consola un par de veces y las naves de los chalhuddanos destacaron sobre las demás. No pretendía abandonar el sistema hasta que todos estuvieran a salvo.

—Preparando las coordenadas hacia… —Volver directo a Coruscant podía ser riesgoso—: Baltizaar.

—Los espejos desvían la luz —dijo Amilyn. Leia asintió. Entendía que su amiga concordaba con la idea de cambiar su curso, antes de entender la metáfora. Suspiró cuando pensó: «Estoy aprendiendo a hablar holdoniano fluido».

En la pantalla, Leia podría localizar fácilmente al *Tantive IV* abandonando la órbita con las otras naves. Desde lejos, a Leia le era familiar su forma, tal como cualquier otra parte de su hogar. Las naves alrededor de él comenzaron a desaparecer, con la ilusión instantánea de estirarse y luego desaparecer con un pop que indicaba que habían entrado al hiperespacio.

El cielo alrededor de Paucris Major se oscurecía a medida que las naves más brillantes desaparecían una por una. Su padre hizo que el *Tantive IV* se fuera al final, Leia sabía que así lo haría.

Amilyn se inclinó sobre la pantalla.

—Solo quedan cuarenta y dos naves. Dieciocho… siete… dos. —Después de una gran pausa, repitió—: Dos, siguen siendo dos.

Leia se preocupó al ver que la otra nave que quedaba era la de los chalhuddanos, que aún estaba muy cerca de las estaciones de reparación, y no faltaba mucho para que las secuencias de autodestrucción activas explotaran en pedazos junto con todo lo que estaba cerca de ellas.

—¿Estarán averiados? ¿Necesitamos remolcarlos? ¿Podemos? —preguntó Amilyn.

Entonces, las luces del motor de la nave de los chalhuddanos resplandecieron con más fuerza y también se esfumó hacia el hiperespacio. Leia sintió una ráfaga de alivio que casi la dejó sin fuerzas.

—Ahora solo nos queda una —dijo Amilyn.

—Bien. Nos vamos de aquí.

—No, una sin contarnos.

La mano de Amilyn temblaba cuando encendió el holo y la imagen tomó forma: una nave cutter común, el tipo de nave que podía ser alquilada en cualquier hangar en la galaxia. No volaba lejos de las estaciones de reparación, sino que iba directo hacia una.

Los dedos de Leia se tensaron alrededor de los apoyabrazos.

—Esa nave no estaba aquí cuando llegamos al sistema, ¿o sí?

Amilyn negó con la cabeza.

Pum.

Tomando el control de sus emociones, Leia empezó a analizar las diferentes posibilidades. El cutter no era una nave imperial. Quien la piloteaba tampoco era un espía imperial, o se hubiera ido con los otros para reportar su paradero y hasta el más ligero destello que pudieron haber visto de las naves rebeldes era suficiente para reportarlo. Un cazarrecompensas… ¿pensando en convertirse en un informante? Pero ¿cómo podría un cazarrecompensas saber del sistema de Paucris?

¿Como alguien podría…?

Leia sintió una punzada en el estómago. El transformador parecía girar en todas direcciones. Leia encendió los comunicadores y le mandó una señal al cutter y a la persona que sabía que se encontraba dentro.

—¿Kier?

CAPÍTULO 31

A pesar de que ya había descubierto la verdad, le dolió reconocer la voz de Kier.

—¿Leia? Gracias a la Fuerza que te encontré. —Sonaba aliviado, incluso agradecido—. Sonaba a que estabas metida en…

—¡Kier! Debes alejarte de esa estación ya, ¡va a explotar!

—¿De qué estás…?

Si hubiera activado los controles y acelerado en ese mismo instante sin pensarlo dos veces, el crucero habría salido del rango de alcance. De haber volado un poco más cerca y más rápido, para empezar, jamás habría tenido una oportunidad. Cuando la explosión detonó y convirtió la estación en una ola de fuego y acero destrozado, el cutter de Kier fue lanzado con violencia. Amilyn gritó, pero Leia no tenía siquiera aliento suficiente para hacerlo. Solo pudo mirar fijamente con horror, sin saber si lo había visto morir justo en ese preciso momento.

Su hopper se sacudía cada vez que un trozo pequeño de escombros golpeaba la coraza. Leia logró distinguir la silueta de la nave cutter de Kier a través de una capa de esquirlas metálicas que tapaban el mapa estelar en su pantalla. Los motores no lucían encendidos y no había señal alguna de energía ni forma de saber qué tanto daño había sufrido.

Una calma extraña se apoderó de ella. Cuando su miedo o su desesperanza alcanzaban su límite, su mente se tornaba cristalina, dura, enfocada y recta. Sus emociones permanecían, pero atrapadas en una estructura que no cedía.

—El Imperio viene en camino —le dijo a Amilyn con la misma voz inquebrantable con la que le había hablado a sus padres durante su Día de la Exigencia. Era como si supiera de antemano qué decir—. Podrían llegar en cualquier momento. Debo intentar ayudar a Kier, pero si quieres que nos anclemos con su nave y luego irte, hazlo. Tal vez logre volver a encender sus motores.

—¿Tal vez?

No tenía caso responder esa pregunta. Leia lo lograría o no lo lograría, eso era todo. Lo único que importaba era proteger a quienes le fuera posible proteger.

—Tú no tienes por qué arriesgarte así. Yo sí.

Amilyn se estremeció de la impresión pero negó con la cabeza.

—No seas necia, no pienso dejar a ninguno de ustedes.

—Entonces hagámoslo. —Las manos de Leia se dirigieron a los controles. Impulsó el hopper hacia delante y ajustó la ruta de tal manera que la nave de Kier (apagada, girando sin control, gravemente abollada) quedara en el centro de su visor y se hiciera cada vez más grande.

Por suerte, ambas naves eran caballos de batalla tan básicos que tenían compatibilidad para autoanclarse.

Aunque la nave de Kier no respondía, la otra nave logró enlazarse y transferirle energía focalizada. La nave de Leia se sacudió cuando las esclusas se conectaron y una luz de emergencia comenzó a parpadear: la gravedad artificial del cutter no lograba operar. Para que todo el contenido de la nave no saliera disparado hacia su hopper en cuanto se abrieran las compuertas, ella también apagó su gravedad de inmediato. Se sostuvo de la base de su asiento rodeándolo con la pierna para mantenerse más o menos en el mismo lugar. En un instante, quedaron ingrávidos y sin anclaje. El cabello de Amilyn flotó alrededor de su cabeza en una nube multicolor; miraba a Leia como si no lograra entender cómo se mantenía tan quieta y calmada. Leia no se entendía a sí misma.

Las compuertas de la esclusa se abrieron y Leia se empujó a sí misma hacia arriba y se elevó a través de la nave de Kier, o lo que quedaba de ella. No había un solo control encendido, la única fuente de iluminación era la luz que se filtraba del hopper. Trozos de metal giraban en el aire, y gotas suspendidas en la nada destellaban al reflejar la luz. Una de ellas le golpeó la mejilla, se sentía tibia.

No era agua. Era sangre.

En medio de la oscuridad, vio la silueta tenue del cuerpo de Kier, con los brazos abiertos, flotando. La fuerza de su impulso inicial la acercó más y más hasta que tuvo que detenerse del techo con una mano para no chocar con él. Estaba suficientemente cerca para abrazarlo. Cuando sintió el latir de su corazón en la palma de la mano, una ola de alivio la inundó.

—¿Kier? ¿Me escuchas?

El haz tenue de luz que emanaba de abajo iluminó brevemente su rostro y sus ojos se abrieron pestañeando.

—¿Leia?

—Ya te tengo. Te vamos a llevar de regreso a Alderaan, encontraremos un médico. —En Alderaan sus padres podrían asegurarse de que recibiera el mejor cuidado médico en secreto, una garantía que no tendrían en Coruscant.

—Estabas… estabas aterrada… en problemas… —La expresión de Kier se mantuvo impávida. La reconocía, pero no pareció haber registrado nada de lo que le dijo—. Te seguí.

Leia sintió tanto remordimiento que quiso gritar, pero se obligó a concentrarse de nuevo. Se hizo a sí misma cristalina.

—Estoy bien, todo está bien ahora. Viniste por mí y estoy a salvo. ¿Podrías, por favor, abrazarme? ¿Sostenerme un rato? —Kier tosió, y lo único peor que el sonido de esa tos era el espasmo terrible de dolor en su rostro. Con voz ronca dijo—:… la unidad de memoria…

Su consternación se disolvió lentamente al entender que la unidad de memoria debía ser de vital importancia. Leia se asomó a través de la oscuridad hasta que lo vio: un dispositivo especializado de escaneo y almacenamiento de memoria en masa, cilindrico y dorado. Sin soltar la mano de Kier, tomó la unidad.

—Aquí está, la tengo. No te preocupes por nada.

—Prométeme que… la vas a entregar. —Tosió de nuevo, esta vez más débil—. Protégelos si puedes… pero… Alderaan… Hazlo por Alderaan.

Había escuchado los planes en la sala de banquetes. Sabía lo que había sucedido en Onoam, sabía sobre la fragata médica, sobre la alianza entera de líderes listos para enfrentarse a Palpatine. En cuanto llegó a este sistema y vio las naves estacionadas ahí para ser reparadas, Kier supo qué significaba. Una vez que la flota comenzó a escapar, metió su crucero cerca de las estaciones para recolectar más datos.

Lo había documentado todo para poder delatar a los rebeldes.

Kier amaba a Alderaan más de lo que odiaba al Imperio. Si debía elegir entre el resto de la galaxia y su hogar, elegía su hogar. Era una elección que Leia jamás tendría que tomar, pero la comprendía.

—Leia… —susurró, falto de aliento—. Prométemelo.

Leia le sonrió con ternura, acarició su rostro y mintió.

—Te lo prometo.

Con un suspiro se relajó en sus brazos. Sus músculos se soltaron. Leia seguía abrazándolo con fuerza mientras su respiración se hacía menos profunda y sus latidos más lentos. Fue tan pausado, tan gradual, que no supo el momento exacto en el que murió. Lo sostuvo cerca durante lo que se sintió como una infinidad de tiempo. Quería quedarse con él lo más que pudiera en el último lugar en el que habían estado juntos.

Pero el Imperio venía en camino y Leia tenía otras vidas que salvar.

Dejó que la unidad de memoria se escapara de sus manos flotando, luego se impulsó con el cuerpo de Kier en los brazos. La luz se hizo cada vez más brillante alrededor de ellos hasta que se deslizaron al interior del hopper. Algunos trozos de escombro de la nave dañada habían entrado junto a ellos también, pero no era nada que tuvieran que sacar de ahí. Amilyn había usado el cinturón de sus overoles para atarse al asiento y había levantado el cuello de su prenda para cubrirse los ojos. Al principio Leia pensó que no era más que otro comportamiento raro, luego se dio cuenta de que había llorado e intentaba absorber sus lágrimas con el cuello de su ropa para que las gotas no salieran volando.

Un golpecito a la esclusa cerró el enlace entre ambas naves y Amilyn prendió de nuevo la gravedad. Aunque Leia sostenía a Kier lo mejor que podía, el regreso repentino de sus pesos la tiró al suelo y su cuerpo azotó en el piso con un golpe seco.

Sonaba tan terminante, tan… muerto.

Y entonces se derrumbó. Ya no podía guardarse toda la tristeza que sentía, todo el miedo y la ira y todo lo que se había guardado o utilizado como combustible. Rompió en sollozos y se desplomó al lado de Kier.

Leia había pasado los últimos meses intentando probar lo adulta que era. Pero no era tan adulta aún. No era tan ruda ni tan invulnerable. Cuando al fin colapso, se quebró por completo, como no lo había hecho desde que era niña y no lo haría nunca más. Se agachó lo más bajo que pudo para que su frente reposara sobre el pecho de Kier, intentando recordar el sonido de sus latidos, como si eso pudiera devolverlos a su pecho.

Amilyn no dijo nada, solo tomó los controles, encendió los motores y alejó la nave de los escombros para asegurarse de que tuvieran más espacio. Leia se imaginó los trozos de la estación revolcándose en la atmósfera de Paucris Major, incandescentes al penetrarla.

La nave de Kier entraría a la gravedad del planeta también, y toda evidencia por la cual dio su vida se desvanecería en átomos, perdida para siempre.

•◆•

Leia lloró todo el camino en el hiperespacio, con sollozos violentos que la hacían sentir como si le estuvieran arrancando las lágrimas. Cuando la nave saltó desde el hiperespacio, intentó recobrar la compostura solo para volver a quebrarse cuando escuchó el campaneo familiar de las fanfarrias de bienvenida de Alderaan. Amilyn sabía que tanto Leia como Kier necesitaban regresar a casa.

«Tendré que mentirles a sus padres». Leia apretó los párpados con fuerza, como si así pudiera bloquear esa parte de su futuro cierto. «Inventaremos algún tipo de historia para explicar su muerte. Por lo menos puedo decirles que murió intentando salvarme. Esa parte sí es verdad».

Algún día, eso sería un consuelo. Por ahora, la destrozaba una y otra vez.

Sonó el intercomunicador y Leia miró hacia arriba sobresaltada. Desde su lugar en el piso podía ver a un capitán imperial, de bigote y rostro adusto.

La intensidad de su miedo, combinada con su profundo pesar, fue suficiente para que sintiera náuseas.

«Nos esperaron aquí todo este tiempo».

Al parecer el capitán solo alcanzaba a ver a Amilyn, sentada del lado opuesto de la pantalla.

—Nave sin identificar, favor de reportar sus…

—Somos el hopper 4-0-2-4-I-I-LN, y puedes llamarme Lyn. —En el rostro de Amilyn apareció la sonrisa más amplia y desafiante que Leia había visto en ella, como si nada estuviera ni pudiera estar mal—. Hola, holi.

Comprensiblemente perplejo, el capitán necesitó un momento para contestarles.

—Los niveles de ionización en su nave sugieren que estuvo viajando en un sistema bajo investigación…

Amilyn asintió con la cabeza lenta y tranquilamente, jugando con un mechón de su pelo destellante.

—Acabo de regresar del sistema Shili. ¿Ustedes también están investigando ese planeta? Porque a mí me en-can-tó.

Shili no difería mucho de Paucris Major. Su estrella tenía casi el mismo tamaño y las mismas propiedades. Los niveles de ionización serían casi idénticos. Leia no se creía capaz de haber pensado en un sistema similar ni con una hora de anticipación para pensarlo. Amilyn lo había hecho al instante.

El capitán intercambió miradas con un oficial novato parado a su lado pero un paso atrás.

—¿Estaban investigando?

—Sip, porque amo comparar los distintos sistemas astrológicos en la galaxia. —Amilyn mantuvo su voz aún más monótona que siempre y ladeó la cabeza en un ángulo casi ridículo—. O sea, saber si las mismas estrellas les dan a ciertas personas las mismas características en mundos enteramente distintos. ¿Eres de Coruscant?

Su acento ya lo había delatado.

—Mi origen es irrelevante. Ahora, jovencita.

—¿Ves? Sabía que eras de Coruscant. ¿Qué signo?

—No tengo idea. Ese tipo de supersticiones estúpidas…

—Te apuesto lo que quieras a que en Coruscant eres Genry, o sea que en Shili serías Ai. Y en ambos planetas, la formación de enanas azules que tienen cerca le da a la gente de esos signos sabiduría, carisma y… —Amilyn ladeó la cabeza, coqueta— virilidad excepcional.

Una risotada breve del oficial novato se convirtió en tos justo a tiempo para evitar lo peor de la mirada furiosa del capitán. Cuando el capitán miró de nuevo al visor, le hizo un gesto de molestia con la mano.

—Tiene permiso para retirarse.

—¿No quiere conversar conmigo? —Amilyn mantuvo la mirada de inocencia en su rostro hasta que la pantalla se apagó.

A Leia le dolía tanto la garganta de llorar que apenas pudo emitir las palabras.

—Astrología —dijo secamente—. Así fue como supiste qué sistema elegir para cubrir nuestras huellas. Astrología.

—Todo está escrito en las estrellas. —Amilyn tomó la mano de Leia en un gesto simple y reconfortante que sellaría su amistad de por vida. No la soltó hasta que le dijo—: Los llevaré a ambos a casa.

CAPÍTULO 32

Cuando Leia era diminuta, sus padres la subían a veces a su cama enorme y le permitían acurrucarse entre ellos para quedarse dormida. Al recibir su «cama de niña grande», a la edad de cuatro, se declaró a sí misma demasiado grande para dormir con sus padres, regla que mantuvo con determinación, excepto cuando se enfermaba o cuando había visto un holo de terror sobre gundarks muertos vivientes. Los recuerdos de esas tardes con sus padres se habían tornado vagos y borrosos con el tiempo, algo que sabía que había sucedido en lugar de algo de lo que se acordaba. Hasta la noche de la muerte de Kier, cuando se arrastró de regreso a esa cama, se puso en posición fetal y sintió que jamás volvería a moverse.

—¿Crees poder comer algo? —Breha se sentó al lado de su hija, frotándole la espalda—. ¿O por lo menos beber agua o té?

Leia quería cerrarse al mundo, ceder ante la miseria traicionera que hacía pesadas sus extremidades, pero no tenía derecho a hacer eso. Debía seguir adelante. Comer se sentía imposible porque la náusea no la dejaba, pero susurró:

—Tal vez un té… —De reojo, vio a su madre hacer un gesto presuroso a un droide sirviente que a su vez rodó hacia las cocinas.

Un ruido sordo y varios bips de disculpa dieron fe de una colisión en el pasillo, y un instante después Bail entró a la habitación. El rostro demacrado de su padre habría sorprendido a Leia de no haber estado segura de que ella se veía igual.

—Hablé con los Domadi… —Su aliento se detuvo en la garganta antes de negar con la cabeza y empezar a quitarse el abrigo largo—. La idea de someter a dos personas a tanto dolor…

Breha le dijo en voz baja:

—Bail, por favor. —Una de sus manos cubría el hombro de Leia.

Su padre se contuvo.

—Les dije que hubo un accidente en la atmósfera superior, algo que ver con su nave, y que se había sacrificado por Leia. Los droides habían pensado en un escenario más detallado por si hacían más preguntas pero… no fue necesario. No quisieron. —Después de un rato, añadió con más hosquedad—: Les dije que estamos en deuda con ellos de por vida, y que Kier Domadi sería un héroe no solo para mi familia, sino para todo Alderaan.

¿Sería suficiente el heroísmo de su hijo para consolar a los Domadi? Leia no podía imaginarse algo que hiciera que esto doliera menos, para ellos ni para nadie. Y sin importar la valentía con la que Kier había acudido a su auxilio, no podía olvidar qué habría pasado si hubiera sobrevivido.

—Habría reportado a la rebelión.

Se lo había dicho a sus papás en cuanto tocó Alderaan, pero estaba demasiado alterada para dar más información. Ninguno había mencionado el tema desde entonces.

—Quería proteger a nuestra familia de ser posible, nunca entendió lo imposible que habría sido eso, pero aun así. Lo habría hecho.

Bail se sentó en el borde de la cama, pensando en su respuesta. Breha pasó los dedos por las hebras sueltas de cabello que se habían salido de la trenza desaliñada de su hija. Quería calmarla como cuando era niña. Leia se quedó sentada porque su cuerpo se sentía pesado de dolor. Le sostuvo la mirada al mural de siglos de antigüedad pintado en el techo, donde varias naves obsoletas salían disparadas hacia el sol. Finalmente, Bail dijo:

—Kier hizo lo que creyó correcto, a pesar del enorme riesgo. Bajo el mandato de Palpatine, muy poca gente tiene el valor de vivir como él, pero él lo hizo. Actuó sin egoísmo, por amor. Puede que cometamos errores cuando permitimos que nos guíe nuestro corazón, errores terribles, pero creo que nunca estamos por completo errados.

Leia no sabía si estaba de acuerdo. Se sentía cansada de mente y corazón, demasiado cansada para cuestionarse a sí misma, demasiado cansada para mantener la cabeza erguida. Se volvió a recostar en la cama preguntándose cuándo estaría lista para levantarse.

Pero se levantaría. Cuando Leia se repusiera de esto, pretendía asumir el lugar que le correspondía junto a sus padres en la lucha por liberar la galaxia. Se quedaría aquí hasta recuperar sus fuerzas, y luego de eso, juró que estaría lista para luchar.

• ◆ •

El funeral de Kier en Alderaan fue simple, breve y sincero. Había recibido honores casi como de héroe de guerra, y sus padres inesperadamente habían aceptado de la reina una parcela en el cementerio real.

—Tiene vista al palacio y hacia el río que fluye hacia Aldera —había dicho la señora Domadi. Tenía los mismos ojos oscuros y mentón afilado que su hijo—. Kier amaba este planeta. Querría descansar al centro de este.

—El… quería estudiar Historia, ¿sabe? Y de esta forma puede estar con todos sus héroes para siempre. —La voz del señor Domadi sonaba tan idéntica a la de Kier que a Leia le costó trabajo no llorar de tan solo oírla. El señor le sonrió directamente al decir—: Creo que le habría gustado estar cerca del palacio por otras razones, también.

Sus palabras le exprimieron el corazón, pero Leia se contuvo con sus padres a un lado. Ya había tenido varios días de recuperación en el palacio e incontables droides y asistentes para ayudarla de cualquier forma que pudieran. Antes del entierro de Kier, Leia había tomado un mechón de su pelo oscuro. Hallaba consuelo en ponerlo dentro de su baúl de recuerdos, y pensó que estaba empezando a recuperarse.

Pero luego regresó a Coruscant. Entró a los departamentos de la familia Organa, y parte de ella esperaba verlo sentado en el sillón donde habían pasado tanto tiempo juntos, trasladándose por caminos que habían tomado juntos desde y hacia el complejo de senadores. Sentados solos en el palco alderaaniano de la Legislatura de Aprendices. Sus amigos habían intentado ayudarla a salir, pero rodearse de ellos le recordaba aún más la

ausencia de Kier. La única persona con la que podía soportar pasar tiempo era Amilyn, que la llevaba a hacer aeropaisajismo casi todos los días. La lucha por mantenerse a flote en las alturas durante el vuelo hacía que olvidara todo lo demás y le permitía existir solamente en su cuerpo, aquí y ahora.

En su cuarto día de regreso fue a las oficinas de su padre para revisar algunas propuestas, solo para descubrir que su última reunión se estaba prolongando. Se sentó en su escritorio, temiendo el tiempo libre que tenía enfrente. Incluso si solo duraba un par de minutos, eran minutos en los que podía asaltarla la tristeza.

De pronto, la señal del HoloNet titiló. Leia, acostumbrada a tomar los mensajes de su padre, contestó y de inmediato vio la imagen pálida y severa del Gran Moff Tarkin flotar sobre el suelo como fantasma.

—Princesa Leia —le ofreció su típica sonrisa fría.

Devolverle la sonrisa estaba fuera de sus capacidades, pero logró asentir con cortesía.

—Buen día, gobernador. Me temo que mi padre no está.

—No hablaba buscando a su padre, quiero hablar con usted.

Solo la habría llamado a esta oficina si tuviera a alguien vigilándola, tomando nota de sus movimientos. Eso le causaba menos conflicto que el hecho de que quería que lo supiera. Con el mismo cuidado con el que se le habría acercado a una criatura salvaje, se puso derecha en su asiento y dobló las manos sobre su regazo.

—¿A qué le debo este honor?

—Primero quiero ofrecerle mis condolencias sobre la muerte de su compañero aprendiz de legislador. Un tal señor Domadi, según recuerdo. Tengo entendido que era un joven prometedor.

Tarkin debía sospechar las circunstancias reales de la muerte de Kier, acontecida justo antes del ataque infructuoso del Imperio a Paucris Major. La versión poco clara de los eventos que se dio en el reporte oficial había sido suficiente para convencer a la mayoría, pero no a los agentes imperiales. Estas «condolencias» eran su manera de meterle el dedo en la llaga.

—Kier era uno de nuestros mejores talentos —dijo Leia, calmada—. Gracias por sus amables palabras, se lo haré saber a su familia, si así lo desea.

—Por favor, hágalo. —Tarkin ladeó la cabeza para estudiarla desde otro ángulo—. Dada nuestra conversación de hace unos días, también deseo preguntar por su bienestar. Aunque claro que está bien; me he dado cuenta de que es una joven de gran… compostura.

Traducción: «Sé que me mintió. Sé que miente muy bien. Sé que es parte de lo que sea que planean sus padres. Y sé que usted es la razón por la cual las naves de Paucris Major lograron escapar».

Le sostuvo la mirada con comodidad y nunca la apartó.

—Me siento muy bien, gobernador. Créame cuando le digo que aprecio mucho su preocupación.

Las puertas de la oficina se abrieron y su padre entró. A los dos pasos, Bail notó el tintineo espectral del holo de Tarkin y se puso de inmediato frente a él.

—Gobernador Tarkin, ¿qué puedo hacer por usted?

—No necesito más ayuda. Su hija ha contestado todas mis preguntas. —Tarkin afiló una sonrisa para su padre—. Se ha convertido en una jovencita encantadora.

El orgullo en el rostro de su padre reconfortó a Leia mucho más que cualquier cosa.

—Sí, estamos inmensamente orgullosos de ella. Muchas gracias por llamar, pero si nos disculpa, tenemos mucho trabajo que hacer.

Tarkin finalizó la llamada sin mayor despedida. Leia se dio cuenta de que ya podía volver a respirar.

—Nos está vigilando —dijo Leia.

—Y siempre lo hará. —La mano grande de Bail se posó sobre su hombro—. Pero hay maneras de usarlo en su contra. Los agentes imperiales suelen seguir los protocolos estándar, lo cual significa que tenemos oportunidad de mostrarles lo que quieren ver. Darles información que lleve a conclusiones falsas. Todo está en protegernos mientras les hacemos creer que están sacando inteligencia útil.

Las posibilidades se expandieron en la mente de Leia. Chocaron y se combinaron, llegando a niveles de complejidad que jamás había pensado. De alguna manera, tenían sentido instintivamente. Era como si su padre le hubiera empezado a hablar en un idioma que no había escuchado en años pero que sabía desde que nació.

—¿Me enseñas cómo?

Bail no mostró señales de tristeza al verla meterse de lleno en la lucha. Solo orgullo.

—Esta fue la primera lección.



La sesión de la Legislatura de Aprendices terminó poco después y Leia regresó a casa. Quizá le temía a la idea de pasar varias horas sola en las que la tristeza o el miedo podrían aprovechar para abrumarla, pero aún tenía tareas muy importantes que lograr y un reto que terminar.

El sol había alcanzado su cénit justo cuando llegó tambaleándose a la planicie de rocas. Sudando y sin aliento, Leia parpadeó ante su fulgor, vivido a través de sus lentes de protección, hasta que hubo observado por completo la vista desde la cima del Pico de Appenza. Estaba rodeada de montañas y colinas más pequeñas, filosas y puntiagudas, pero detrás de ellas, a la distancia, podía distinguir una ladera verde de campo amable. El vasto palacio real, que en su infancia le había parecido un mundo en sí mismo, era demasiado pequeño para ser más que un destello en el horizonte.

«Deberíamos estar aquí juntos, Kier. Deberías estar conmigo».

Por lo menos no había tenido que escalar ella sola.

El sonido de botas raspando contra la roca la hizo girar. Breha se empujó a sí misma hacia la cima, aún más sudada y enrojecida que Leia. Los súbditos de Alderaan se

habrían sorprendido al ver a su reina así, usando equipo militar todoterreno, sucia y desaliñada, pero llena de satisfacción. Para Leia, esta era su madre en su estado más esencial.

—Es todavía más hermoso de lo que recordaba. —Breha se limpió la frente con el dorso de la mano antes de sacar su botella de agua—. Debí haber hecho esto de nuevo hace mucho tiempo. O tal vez no. Tal vez lo mejor fue haber venido contigo.

La siguiente pregunta había esperado dentro de Leia durante años, pero al fin era tiempo de soltarla:

—¿Dónde sucedió?

—Lo pasamos hace un rato. Bueno, no sé exactamente dónde. Mis recuerdos se ven borrosos, como podrás imaginar.

—Pero… Fue tan arriba que te concedieron la cima. Dijiste que habías superado tu reto.

Esto le ganó una ceja levantada de su madre.

—¿Que me concedieron la cima? Nada de eso, subí como se debe. Lo que nadie te dice es que el descenso es mucho más difícil.

Incluso después de tantos años, los alderaanianos seguían hablando del «accidente» en voz baja. Fue el momento en el que la monarquía casi se queda sin heredera, el día en el que una princesa muy amada (incluso más amada que la propia Leia) casi había muerto. Su madre había caído mientras completaba su Desafío del Cuerpo. Las lesiones que sufrió pudieron haberle quitado la vida. Se había salvado gracias a la rápida acción de los guardias que observaban a la distancia, pero mucho del daño sería permanente. Después del accidente, el corazón y los pulmones de Breha fueron reemplazados por pulmonodos que aún resplandecían tenuemente en su pecho. Y fue por ese accidente que sus padres habían decidido adoptar a un bebé en lugar de causarle más estrés al cuerpo de Breha.

Sin ese terrible accidente, la vida de Leia podría haber sido muy distinta.

Sentada de piernas cruzadas en el suelo, Breha estudió a su hija mientras le hablaba:

—Vemos nuestros desafíos, nuestras lecciones, como cosas que debemos dominar para lograr nuestras metas. Pero las lecciones más importantes de la vida a veces tienen que ver con lo que sucede cuando fallamos. ¿Cómo sabemos cuándo rendirnos y retirarnos? ¿Cómo juzgamos nuestro papel en los fracasos? ¿Es algo de lo que debemos aprender o simplemente es mala suerte? ¿Y cómo le hacemos para levantarnos de nuevo?

Leia miró el horizonte, donde sabía que estaba el palacio. Se recordó sentada sobre la tumba de Kier con la frente en alto y con la falsa promesa que le embargaba el corazón. El viento las rodeó para recordarles que la montaña no sería buena anfitriona. Tendrían que descender pronto.

—Estás aprendiendo la lección más poderosa de todas, hija mía —continuó Breha—. Estás aprendiendo a caer.

Kier también se lo había dicho. Leia había reconocido su importancia en ese momento, pero era una de esas verdades que solo se pueden comprender cuando se vive, cuando por fin te caes.

•◆•

—Normalmente, claro está, habría elegido algo más festivo en dorado, o quizá rojo. —2V zumbó alrededor de Leia, enderezando su falda larga—. Pero dadas las circunstancias, basta decir que el plateado luce formal, elegante y le sienta bien. Luce muy hermosa.

Esto era lo más cerca que un droide estaría de reconocer la tristeza de Leia. El gesto la conmovió mucho más de lo que habría creído.

—Gracias, 2V.

Mirando a un costado, notó el lugar vacío en la repisa de la chimenea donde solía estar el baúl de sus recuerdos hasta entrada la noche anterior, cuando se lo había dado a su padre como señal de que declaraba su infancia concluida. Muchos herederos al trono habían tenido que hacer a un lado sus baúles de recuerdos al ser investidos, pero el ritual no lo hacía obligatorio. Leia solo supo que ya era hora. La parte más difícil de entregarlo fue dejar ir el mechón de Kier, esa pequeñísima parte de él. Por lo menos viviría siempre dentro del baúl como uno de sus tesoros más grandes.

—Lo cuidaré muy bien —prometió su padre en un tono de voz que la hizo preguntarse una vez más qué habría querido decir.

La fanfarria lejana que hacía eco en los corredores le avisó que se le había hecho tarde otra vez. Leia se dio vuelta para permitirle a 2V abrochar un collar amplio, luego enderezó la espalda. Hora de irse.

Una vez más, tomó el atajo para cruzar la vieja armería. Su falda larga bailaba alrededor de sus piernas mientras corría. Por lo menos aquel día el clima había decidido cooperar; el sol entraba por todas las ventanas, y sabía que la sala del trono destellaría prismas multicolor a través de los vitrales. Se sintió… no exactamente feliz, pero era lo más cercano a la felicidad desde la muerte de Kier.

Aún revoloteaban dentro de ella emociones en conflicto cada vez que pensaba en Kier. Sospechó que siempre lo harían. En los primeros días después de su muerte intentó jurar que jamás se enamoraría de nuevo, aunque las razones para prometerlo cambiaban y se retorcían en su mente: porque no podía confiar en nadie por completo, porque no merecía encontrar el amor después de lo que le había pasado a Kier por su culpa, porque no sabía cómo soportar otra de estas pérdidas.

Su promesa a sí misma se había vuelto más realista. «No hasta que mi trabajo contra el Imperio termine —se dijo—. Cuando la lucha termine, quizá, quizá conoceré a alguien que me pueda importar. Mientras tanto, lucharé».

Cuando se apresuró a la antesala, los guardias se pusieron derechos y le sonrieron. Pero su manera de sonreírle había cambiado. Lo que vio en sus rostros se parecía mucho

menos a la adoración que había recibido desde niña, y mucho más al respeto que inspiraban sus padres. Leia sabía que debía enorgullecerse, y lo hacía, pero de muchas maneras lo sentía como una pérdida.

La persona que había sido antes, la princesita feliz, se había ido. Una parte muy hermosa de su vida había terminado. Podía llorar por ella mientras se preparaba para seguir adelante.

Después de meses de fortalecer sus brazos y espalda, Leia se dio cuenta de que la Espada de Rhindon ya no se sentía tan pesada. Esperaba la siguiente fanfarria sosteniéndola en el aire, cuando de pronto…

El telón de terciopelo se abrió. Leia caminó por el largo pasillo en la sala del trono hasta el estrado, donde la esperaban sus padres. Ambos estaban vestidos de un blanco puro que relucía aún más bajo los rayos del sol que se colaban dentro de la sala. Mientras Leia avanzaba, reconocía a sus amigos de pie a sus costados: Mon Mothma asintió levemente con la cabeza, Ress Batten estaba demasiado impresionada para reaccionar y Chassellon Stevis le guiñó un ojo. Casi al frente estaba Amilyn Holdo, quien se había teñido el cabello de un azul brillante pero llevaba un vestido verde simple, al fin encontrando el equilibrio.

Pero no estaba preparada para lo mucho que la conmovió lo que vio frente a sus padres. El blanco de sus vestimentas resaltaba el largo mechón plateado en el cabello de su madre y los tonos salpimienta que se habían colado en la barba de su padre. Declarar su derecho al trono inevitablemente significaba aceptar que, algún día, sus padres ya no estarían ahí.

El lenguaje formal de la ceremonia le vino a la mente: «Que ese día no llegue pronto».

Su padre inició la ceremonia esta vez:

—¿Es acaso nuestra Hija, que se presenta ante nosotros una vez más?

—Soy yo, Leia Organa, princesa de Alderaan.

Luego habló Breha:

—La última vez que estuviste aquí juraste emprender retos de Mente, Cuerpo y Corazón. Lo hiciste.

Leia sostuvo la empuñadura con más fuerza.

—¿Cómo me juzga, madre y reina mía?

—Juzgo que has completado los tres retos con gran fortaleza y espíritu. Has demostrado ser digna en toda la extensión de la palabra.

Haciendo un ademán para que Leia se acercara, Breha se levantó del trono.

Conforme Leia subía al estrado para unirse a sus padres, extendió la Espada de Rhindon en una mano. Breha se estiró para sostener la empuñadura junto con ella: dos gobernantes compartiendo el peso del poder en lugar de pelear por él. Entonces Leia se puso de rodillas y bajó la cabeza mientras su padre daba unos pasos hacia ella. Alcanzaba a ver de reojo el brillo de las joyas, pero no podía levantar la mirada. Entonces sintió el peso de la corona de la heredera encajando perfectamente en el nido de trenzas que le

había hecho 2V. Aunque Leia había esperado toda su vida para portar la corona, la realidad la conmovió más de lo que jamás habría imaginado.

«Por Alderaan», pensó, prometiéndole tanto a Kier como a sus padres cuidar muy bien lo que le habían dado ese día.

—¡Que todos los presentes sean testigos! —dijo Breha—. ¡Mi hija ha sido investida como princesa heredera, digna del trono de Alderaan!

Aplausos y ovaciones llenaron la habitación cuando Leia se levantó y giró para quedar frente al público. Sus padres la flanqueaban, rebosantes de orgullo, incluso más del que podían adivinar muchos de sus invitados. A través de los vitrales, Leia podía ver el planeta hermoso que algún día reinaría.

«Mis padres. Mis amigos. Mi planeta… Esto es lo que el Imperio jamás podrá quitarme».

FIN



CLAUDIA GRAY

La exitosa autora, reconocida por *The New York Times*, ha escrito innumerables *best-sellers* para jóvenes, como *Defy the Stars* y las series Firebird y Evernight. Este es su tercer viaje a una galaxia muy, muy lejana después de haber escrito *Estrellas perdidas* y *Líneas de sangre*. Desde muy pequeña es fanática de películas y series de televisión *geeks*. También lee y, ocasionalmente, escribe *fanfiction*. Sin embargo, de vez en cuando sale de casa para remar en kayak, hacer excursiones o viajar por el mundo. Vive en Nueva Orleans.